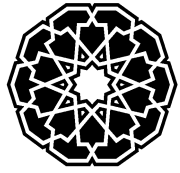
RESUMEN DE LA HISTORIA DE PALESTINA
DESDE LAS RAÍCES DEL SIONISMO HASTA EL DILUVIO DE AL-AQSA
MUHAMMED ILHAMI

Resumen de la historia

de Palestina

desde las raíces del sionismo

hasta el Diluvio de Al-Aqsa



Muhammed Ilhami

Derechos de autor © 2026 por Muhammed Ilhami

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o distribuida en ninguna forma ni por ningún medio—gráfico, electrónico o mecánico—incluyendo fotocopiado, grabación, mecanografiado o mediante cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo por escrito del editor.

بسم الله الرحمن الرحيم

Índice

Introducción **8**

Las raíces del sionismo **12**

Intentos judíos de regresar a Jerusalén 12

El sionismo cristiano 14

La década decisiva en la reactivación de la idea de Israel 17

La resistencia otomana al Estado judío 25

El establecimiento del movimiento sionista **33**

Herzl y el establecimiento del movimiento sionista 35

Herzl y el sultán Abdulhamid II 40

El movimiento sionista después de la muerte de Herzl 45

Condiciones en Palestina durante el periodo otomano tardío **48**

El estado del Imperio Otomano: "Ausencia de resistencia" 48

El periodo de la ocupación británica **59**

La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias 59

La ocupación de Palestina y Jerusalén 64

La preparación británica para Israel 65

La situación de la sociedad palestina bajo la ocupación británica 74

La resistencia en Palestina 80

La Nakba de 1948 y la proclamación del Estado de Israel **93**

Las condiciones en el mundo árabe antes de 1948 93

La partición de Palestina 101

La retirada británica y la entrega a los sionistas 108

La Nakba de 1948 111
El Movimiento de la Yihad Sagrada 113
El Ejército de Liberación Árabe 116
Los ejércitos árabes 124
Palestina entre 1948 y 1967 134
La posición de Israel 134
El Estado de Palestina entre las dos catástrofes 137
La situación de los países árabes tras la Nakba de 1948 144
La Nakba de 1967 y el auge de la expansión israelí 154
La Nakba de 1967 154
La caída del panarabismo y del nasserismo 158
Israel: la potencia regional dominante 160
El desplazamiento palestino tras la guerra de 1967 162
El camino hacia la rendición y la normalización 164
La guerra de octubre 164
El giro repentino hacia la paz 168
La causa palestina tras el retiro de Egipto 172
La era de la resistencia 176
Movimientos de resistencia no islámicos 177
La Primera Intifada de 1987 y el Surgimiento de la Resistencia Islámica 199
Normalización y Abandono Árabe 199
El Despertar Islámico 199
El Declive de los Movimientos de Resistencia Secular 202
Los Acuerdos de Oslo y el Establecimiento de la Autoridad Palestina 220
La Intifada de Al-Aqsa 232

La Liberación de la Franja de Gaza..... 240
Retiro israelí de Gaza 241
La Resolución Militar en Gaza 246
Las Cinco Guerras en Gaza 252
El Diluvio de Al-Aqsa (Ṭūfān al-Aqsā) 265
Perspectivas de la Historia Moderna de Palestina 269
Perspectivas Históricas e Intelectuales 269
Perspectivas Clave sobre la Resistencia 286
Referencias..... 295

Introducción

De todos los libros que he escrito, considero que este estudio ha sido el más arduo y exigente. Desde el principio sabía que sería una tarea difícil, pero al adentrarme en ella descubrí que resultaba aún más abrumadora de lo que había imaginado. En varias ocasiones pensé incluso en detenerme y posponerla, pero rápidamente deseché aquella idea como una tentación diabólica. ¡Cuántos trabajos han absorbido mi tiempo y esfuerzo solo para quedar archivados, esperando el "momento adecuado" para terminarlos! Sin embargo, con el paso del tiempo el ocio se reduce, las responsabilidades aumentan y tanto la energía como la salud disminuyen. No hay decisión peor para un escritor que aplazar una tarea; el trabajo postergado rara vez llega a completarse.

Desde joven tomé conciencia del problema de Palestina, y ha sido una preocupación profunda en todas las etapas de mi vida. Fue entonces cuando comprendí la enorme complejidad y sensibilidad de esta cuestión, que convierte el intento de resumirla en un libro en una empresa realmente formidable. En un principio, este estudio debía escribirse más adelante, una vez alcanzados los periodos moderno y contemporáneo en el proyecto del *Compendio de Historia Islámica*. No obstante, el estallido de la crisis de Al-Aqsa (*Tūfān al-Aqsà*) hizo necesario abordarla antes, pues se ha convertido en el tema más urgente de nuestro tiempo.

Conviene reiterar que la serie *Compendio de Historia Islámica* no está destinada a los historiadores ni a los investigadores académicos, sino a quienes están comprometidos con la misión de esta fe. Su propósito es ofrecerles una visión general que les permita captar los grandes temas, lecciones y enseñanzas de la historia islámica. Este objetivo determina directamente el estilo, el enfoque y el tono adoptados, que deben ser concisos. Alcanzar tal brevedad constituye el mayor desafío de este trabajo, ya que implica condensar una historia vasta y llena de acontecimientos, rica en detalles y en innumerables fuentes.

La mayoría de los líderes relacionados con esta causa han dejado testimonio de sus experiencias en memorias y diarios, o bien estas se recopilaron tras su muerte. Esta colección incluye palestinos, árabes y musulmanes, así como sionistas, británicos y estadounidenses. Casi toda figura relevante sobre este tema ha sido objeto de, al menos, un estudio. Además, los historiadores e investigadores han dedicado ingentes esfuerzos a analizar y tratar la cuestión; su número, y el de sus publicaciones, es incontable. A esto se añaden los extensos archivos de documentos y periódicos que abarcan más de un siglo.

No existe asunto, acontecimiento o personaje dentro de esta temática sobre el que no haya opiniones divergentes y contradictorias. Con frecuencia, estas perspectivas carecen de total sinceridad, pues resulta esencial comprender las motivaciones de los autores y su posición dentro del panorama político. Incluso quienes intentaron ser veraces no siempre pudieron expresar todo lo que sabían, por respeto a sensibilidades internas o externas. Algunos guardaron silencio; otros apenas insinuaron lo que solo un contemporáneo bien informado podría descifrar. Para el lector distanciado por el tiempo, entender tales matices es aún más difícil. Ante todo esto, ¿qué puede resultar más desafiante que extraer un resumen de esta historia a partir de un mar tan vasto y turbulento?

Soy consciente de que, por mucho esfuerzo que dedique a un estudio como este, siempre quedará mucho por fuera. También se deslizarán errores, pese a mis mayores esfuerzos por evitarlos. Las circunstancias me han obligado a concluir este trabajo con una lista de fuentes mucho más extensa que aquellas que alcancé a revisar. He intentado, dentro de mis limitaciones, seguir, comprender y sintetizar esta historia. Aunque me he ocupado de este tema desde mi juventud —leyendo, escribiendo y manteniéndome informado—, cada nueva fuente me sorprendía y me devastaba aún más. La magnitud de la traición es mayor de lo que uno puede imaginar, y la tragedia, más horrenda. Todo esto hace que el esfuerzo necesario para liberar a nuestra nación y a Palestina sea mucho mayor de lo previsto.

He procurado ofrecer una exposición equilibrada de la historia, abordando las dimensiones religiosas, políticas y sociales que se

entrelazan de manera inseparable en esta cuestión. Concluí el relato con las principales lecciones y enseñanzas derivadas de este recorrido histórico. Para quienes no tengan tiempo o paciencia para leer todo el libro, pueden dirigirse directamente a esos resúmenes, que deberían bastar, si Dios quiere.

No es necesario sumergir al lector en un laberinto de detalles metodológicos o científicos, ya que este estudio pretende ser conciso y no excesivamente extenso. Por ello, explicaré brevemente el enfoque adoptado, señalando que el lector puede concentrarse en el texto principal sin necesidad de detenerse en las notas al pie, que están pensadas para quienes deseen profundizar o verificar la información en su fuente. Este método ayuda a mantener la fluidez del relato sin la distracción de un exceso de notas. Aunque he procurado no abusar de ellas, soy consciente de que ciertos detalles pueden sorprender al lector, y en tales casos las referencias se vuelven indispensables. La mayoría de estas fuentes son primarias, en particular memorias de testigos presenciales. No he detallado la participación de cada persona ni su relación con el tema, pues el contexto resulta comprensible para quienes conocen a estas figuras o desean verificarlo.[1]

[1] Para ilustrar mi punto, permítanme ofrecer un ejemplo. Hice referencia al libro de Mahmoud Al-Sabbagh, *La verdad sobre la Organización Especial y su papel en el llamado de los Hermanos Musulmanes*, para abordar ciertos temas específicos. A primera vista, el lector podría preguntarse quién es Mahmoud Al-Sabbagh y qué relación guarda con una discusión sobre Abdel Qader Al-Husseini y Amín Al-Husseini. Esta curiosidad probablemente surge del desconocimiento acerca del trasfondo de Al-Sabbagh: él fue el oficial de enlace entre los Hermanos Musulmanes y el Comité Árabe Superior. Además, era amigo cercano y asistente de Abdel Qader Al-Husseini, supervisaba los esfuerzos de armamento y dirigió la primera unidad de voluntarios de los Hermanos Musulmanes enviada a Palestina. Explicar todo esto en detalle sobrepasaría el alcance del texto principal o de sus notas al pie.
De manera similar, cité el libro de Malika Oufkir, lo cual podría sorprender inicialmente a los lectores, ya que narra la historia del encarcelamiento de una mujer marroquí. Sin embargo, mi referencia se relaciona con la conexión entre los judíos y el régimen marroquí. En su obra, Oufkir incluye detalles poco conocidos sobre su padre, el general Mohamed Oufkir, quien fue la segunda figura más poderosa del régimen marroquí en aquel entonces. Tales observaciones, aunque tangenciales al relato principal, aportan un valioso contexto.

Tampoco pude explicar por qué opté por un relato determinado y lo preferí a otros, ya que una aclaración así sería demasiado extensa e inadecuada para un resumen. No obstante, en ocasiones incluiré una breve nota al pie sobre este asunto. Si una fuente no es primaria ni un testimonio directo, generalmente se trata de un estudio de un historiador destacado, autor de investigaciones rigurosas y de calidad, ya sea sobre la historia del conflicto en general o sobre un tema específico dentro de él. Dichos historiadores suelen basarse en documentos de archivo que son inaccesibles o difíciles de conseguir. He evitado por completo las fuentes de carácter emotivo o poco confiables académicamente.

Quien reflexione sobre las notas al pie y su disposición comprenderá que he tenido en cuenta diversos factores técnicos, académicos e históricos que no pueden explicarse aquí en detalle. Por ejemplo, al tratar el periodo otomano, puedo citar las palabras de un líder árabe nacionalista en lugar de figuras islámicas, o recurrir al testimonio de alguien cuya veracidad sea incuestionable respecto de un hecho determinado, siguiendo el principio del testigo directo. Al abordar hechos ampliamente conocidos, suelo omitir la fuente, salvo cuando se trata de tragedias o masacres. En esos casos, prefiero remitir al lector a unas memorias antes que a un informe, pues las memorias transmiten el aspecto humano y emocional de los acontecimientos, mientras que los informes se limitan a cifras y estadísticas frías. Si el lector desea profundizar, es mejor que acuda a una fuente que comunique la carga emocional y la tragedia del hecho, en lugar de una narración sistemática y distante.

He hecho un uso abundante de notas y referencias, que —como reitero— no están dirigidas principalmente a los lectores generales de este estudio, sino allí donde consideré que podrían resultar útiles, y las reduje cuando juzgué que sería más provechoso. La metodología que sustenta este enfoque es demasiado amplia para explicarla aquí, pero quien se detenga a analizarla la comprenderá. Cualquier acierto que haya logrado proviene solo de Dios, y todo error u omisión es mío, o del demonio. Dios y Su Mensajero están por encima de tales faltas.

Las raíces del sionismo

Los judíos creen tener derecho sobre Jerusalén y Palestina basándose en que son la tierra sagrada donde vivieron sus profetas: Abraham, Isaac y Jacob; a donde emigraron Moisés y Aarón, y los profetas que les siguieron. En ella se alcanzó la cúspide de sus eras: la de David y Salomón, los dos profetas-reyes que gobernaron desde Jerusalén. Tras sus muertes, el reino se debilitó y dividió, desintegrándose finalmente bajo las sucesivas conquistas de los imperios babilónico, egipcio y romano. Durante estos periodos, los judíos vivieron en la tierra como un pueblo oprimido y derrotado, o fueron expulsados y llevados cautivos como esclavos.

Intentos judíos de regresar a Jerusalén

Durante más de tres mil años, los judíos han albergado el sueño de regresar a la Tierra Santa y restablecer allí su Estado. A lo largo de la historia, realizaron varios intentos, todos ellos fallidos, lo que plantea interrogantes sobre su seriedad y viabilidad. Entre los más destacados se encuentran:

1. El intento de David Raubini (1523): Rodeado de misterio, gran parte de su relato ha adquirido un carácter legendario.[1]
2. El intento de Joseph Nasi (1561): Judío que huyó de la Inquisición española y más tarde ingresó en la corte del sultán otomano. Se dice que intentó llevar grupos judíos a Tiberíades, ciudad que se le concedió para administrar y reconstruir.[2]

Considerando el contexto y los detalles de estos esfuerzos, resulta difícil considerarlos intentos genuinos de retorno. Más bien, parecen haber sido iniciativas para proteger a los judíos que huían de la

[1] Véase la introducción de *Los diarios de David Reubeni*, por David Reubeni [ed. árabe].
[2] Stanford J. Shaw, *Los judíos del Imperio Otomano y la República Turca*, p.89. Véase también Essam Sakhnini, *Tabariyah: Historia Enciclopédica*, p.252 y ss.

Inquisición, ofreciéndoles refugio bajo el patrocinio de una figura judía adinerada con conexiones en la corte otomana.

Probablemente todo esto habría quedado en el olvido de no ser por el establecimiento del Estado de Israel, que impulsó a sionistas e historiadores a escudriñar su historia en busca de rastros de intentos anteriores. Tres documentos otomanos, fechados en 989 AH / 1581 EC, 991 AH / 1583 EC y 993 AH / 1585 EC, arrojan luz sobre los esfuerzos de las autoridades otomanas para impedir el asentamiento judío en la península del Sinaí, especialmente en torno al monte Sinaí.[1]

Con el paso del tiempo y los cambios en el Imperio Otomano, mientras los imperios occidentales ascendían, los judíos buscaron aprovechar estas transformaciones. En Europa, su situación mejoró, superando las condiciones que enfrentaban en la Edad Media. Además, surgió una nueva secta cristiana—el protestantismo—que se consolidó en varios países, trayendo consigo una ideología más favorable hacia los judíos. Esto se abordará más adelante. Estos desarrollos renovaron las esperanzas judías de que su retorno a Palestina estuviera cerca. Tales esperanzas se manifestaron en súplicas, poemas, escritos y, eventualmente, en movimientos destinados a reunir a los judíos en Palestina.[2]

Uno de los aspectos clave que intensifica la sensibilidad y complejidad del asunto es que los judíos contemporáneos creen que el Templo (el gran templo) construido por Salomón, y que fue completamente destruido, se encontraba en el lugar donde hoy se alza la mezquita de Al-Aqsa. Esto implica que la reconstrucción del Templo requeriría la demolición de la mezquita de Al-Aqsa, que fue la primera Qibla y es la tercera mezquita más sagrada del Islam. Por lo tanto, en su esencia, el conflicto es religioso, y solo puede resolverse mediante la victoria definitiva de una de las partes. Los lugares sagrados no admiten

[1] Véanse los textos de los documentos y el comentario en Ibrahim Abdel Latif, Min Wathāʾiq al-Tārīkh al-ʿArabī (De los documentos de la historia árabe), Revista de la Universidad de El Cairo en Jartum, núm. 2, 1971, p.94 y ss.
[2] Regina Sharif, El sionismo no judío (ed. árabe), p.39 y ss., pp.59-60, 64 y ss.

compromiso ni división, y nadie tiene autoridad para actuar sobre ellos o renunciar a ellos.

El sionismo cristiano

Los cristianos sostienen que Jesús, hijo de María, nació en Palestina, específicamente en Belén. Fue allí donde fue enviado como profeta, crucificado para la salvación de la humanidad y sepultado en su tumba. Por ello, consideran esta tierra como sagrada y creen tener el deber religioso de "liberar la tumba de Cristo" del control de los infieles (es decir, los musulmanes).

El cristianismo fue adoptado oficialmente por el Imperio Romano bajo el emperador Constantino, tres siglos después de la muerte de Cristo. Posteriormente, el imperio se dividió en dos ramas. El Imperio Bizantino oriental tenía como capital Constantinopla (la actual Estambul), la iglesia de Santa Sofía como centro religioso, el griego como lengua y el cristianismo ortodoxo como doctrina. El Imperio Romano occidental tenía como capital Roma, el Vaticano como centro religioso y el latín como lengua.

La región de la Gran Siria, incluida Jerusalén, estuvo bajo control del Imperio Romano oriental (bizantino) durante muchos siglos, salvo breves intervalos de influencia persa. Tras las conquistas islámicas de Siria y Egipto en el siglo VII, el dominio musulmán prevaleció en estas zonas durante más de doce siglos.

Sin embargo, durante las Cruzadas, los cristianos occidentales, específicamente los latinos católicos alineados con el Vaticano, lograron controlar Jerusalén por un breve periodo. La presencia cruzada en el Levante duró aproximadamente dos siglos, pero su dominio sobre Jerusalén se limitó a unos cien años. A finales del siglo XII, el gran líder musulmán Salah al-Din al-Ayyubi (Saladino) liberó Jerusalén, y los mamelucos completaron la tarea de expulsar por completo a los cruzados, recuperando así la región para los musulmanes.

La situación se mantuvo así hasta hace cien años, cuando los británicos capturaron Jerusalén en diciembre de 1917. Ese día, un

periódico británico declaró célebremente: "Las Cruzadas han terminado."[1]

Sin embargo, la entrada británica no fue liderada por ortodoxos ni católicos, sino por un nuevo grupo religioso: los protestantes. El protestantismo surgió como una ruptura con la Iglesia Católica, iniciada por el sacerdote alemán Martín Lutero (1483–1546). Tras años de lucha, el protestantismo logró imponerse en las naciones occidentales más poderosas, comenzando por Gran Bretaña y extendiéndose luego a Estados Unidos.

Este grupo protestante introdujo varias creencias nuevas, incluida una perspectiva particular sobre los judíos, especialmente relevante en este contexto. Tradicionalmente, los católicos sostenían que, tras la venida de Cristo, el pueblo judío había perdido su condición de "Pueblo Elegido" por rechazar a Cristo. En consecuencia, la Iglesia se consideraba la legítima continuación de los fieles mencionados en la Torá, representando a quienes creían tanto en la Torá como en el Evangelio.

Desde esta perspectiva, la Iglesia Católica interpretaba las menciones en la Torá sobre el retorno judío a la Tierra Santa como cumplidas históricamente o como representaciones simbólicas de la Iglesia misma como sucesora espiritual de los fieles de la Torá.

Cuando surgieron los protestantes, introdujeron una visión que consideraba a los judíos contemporáneos no como una desviación, sino como una continuación de la línea fiel descrita en la Biblia. Esto los llevó a creer que los judíos modernos estaban destinados a regresar a la Tierra Santa—un retorno visto como preparación esencial para la Segunda Venida de Cristo.

Los protestantes también desafiaron el monopolio del clero sobre la lectura e interpretación de la Biblia, afirmando que las Escrituras debían estar al alcance de todos. Cada individuo podía interpretar la palabra de Dios de forma independiente, sin necesidad de mediación clerical. Este movimiento impulsó la traducción masiva de la Biblia a lenguas europeas

[1] Al-Mawsūʿah al-Siyāsiyah, Abdel Wahhab al-Kayyali (ed.), vol.3, p.659.

locales, facilitando su distribución. Como resultado, la historia judía y los relatos de los profetas israelitas en la Tierra Santa recibieron renovada atención, a menudo en detrimento de los santos y figuras históricas tradicionales del catolicismo. Esta relectura colectiva destacó a Jesús como profeta dentro del linaje de Israel, subrayando que la figura divina del cristianismo había nacido judía.

Con el tiempo, diversas ideas arraigaron e interactuaron en la imaginación europea. En regiones dominadas por el protestantismo—especialmente Gran Bretaña, que más tarde se convertiría en una potencia global—se desarrolló una visión histórica que identificaba Palestina como la tierra ancestral de los judíos. Esta perspectiva veía a los judíos como un pueblo exiliado de su patria y consideraba que la Biblia predecía y afirmaba su retorno a esa tierra sagrada. A partir del siglo XVII, comenzaron a aparecer libros y literatura que apoyaban y promovían este concepto.[1]

Esto dio lugar a lo que hoy se denomina "sionismo no judío" o "sionismo cristiano", una fusión de creencias unidas por la convicción de que los judíos debían ser restaurados en Palestina. Lamentablemente, este aspecto religioso del asunto no es tan prominente en el mundo islámico, donde los gobiernos seculares y sus sistemas mediáticos, educativos y culturales suelen enfatizar las dimensiones políticas, descuidando las raíces religiosas. Un examen más profundo revela que el sionismo cristiano es una ideología profundamente arraigada, extendida entre diversas élites occidentales, ya sean políticas, culturales o económicas. En esencia, el sionismo representa una continuación moderna de las Cruzadas medievales.

Estas creencias sionistas cristianas se fusionaron con ideologías políticas, moldeando agendas en diversos ámbitos. Sus partidarios buscaban aplicar directamente estas creencias o convencer a políticos seculares para que las integraran en sus políticas. Muchos políticos seculares o no religiosos, aunque no compartían personalmente estas creencias, reconocieron que las ideas sionistas podían ser herramientas

[1] Esta declaración se atribuye al general Edmund Allenby tras su entrada en Jerusalén el 11 de diciembre de 1917, después de la captura británica de la ciudad (A. R. Kelani).

útiles para avanzar en sus propios objetivos de expansión territorial e influencia estratégica, utilizando estas ideas para movilizar recursos y energías. Un tercer grupo, por su parte, veía el sionismo como una solución eficaz al llamado "problema judío" en Europa, considerándolo un método para trasladar poblaciones judías desde Europa a su tierra deseada.[1]

Esta confluencia de intereses ideológicos, políticos y estratégicos encontró un momento propicio durante uno de los periodos más decisivos de la historia islámica: la ocupación del Levante por Muhammad Ali Pasha.

La década decisiva en la reactivación de la idea de Israel

El inicio del declive y debilitamiento de la civilización islámica frente al Occidente suele marcarse con la campaña de Napoleón en Egipto y Siria. Al frente de las fuerzas francesas, Napoleón ocupó con éxito Egipto y avanzó hacia Siria, llegando hasta Acre. Los mamelucos en Egipto, vasallos del Imperio Otomano, junto con sus aliados otomanos, no lograron repeler a los ejércitos extranjeros. Fue la primera vez que fuerzas no musulmanas ocuparon El Cairo desde su fundación y capturaron la capital islámica de Egipto desde la conquista islámica. Este acontecimiento fue un profundo shock para el mundo musulmán y simbolizó el comienzo de una nueva era.

Se informó en la prensa francesa que Napoleón—aunque ateo en sus creencias, fingía devoción religiosa cuando era políticamente conveniente—llamó a los judíos a regresar a la Tierra Santa durante su campaña hacia Siria.[2] Aunque la autenticidad de esta afirmación sigue siendo incierta, marcó la primera señal de una convergencia entre intereses judíos y occidentales. Sin embargo, el fracaso de Napoleón en el sitio de Acre suspendió temporalmente esta iniciativa.

---

[1] Para ejemplos de obras de cristianos que abogaban por el retorno de los judíos a Palestina, véase Regina Sharif, El sionismo no judío, especialmente pp.30-31, 42 y ss., y p.55 en adelante.

[2] Para más detalles, véase Regina al-Sharif; Abdel Wahab El-Messiri, Enciclopedia de los judíos, el judaísmo y el sionismo, vol.6, p.136 y ss.

Tras la expulsión de las fuerzas francesas de Egipto por una alianza otomano-británica, los franceses buscaron un aliado que les ayudara a mantener influencia en la región. Lo encontraron en Muhammad Ali, un ambicioso oficial del ejército otomano que había desempeñado un papel clave en la expulsión de los franceses. Profundamente impresionado por Napoleón y sus políticas, Muhammad Ali formó una alianza con los franceses. Con el apoyo francés y el respaldo de líderes locales y figuras religiosas, Muhammad Ali se apoderó finalmente de Egipto.[1]

Muhammad Ali es reconocido como una de las figuras más influyentes de la historia del Medio Oriente en los últimos dos siglos. Sus logros superaron con creces los de Napoleón en Egipto, donde gobernó durante casi cincuenta años. Líder ambicioso y despiadado, estableció un Estado centralizado y moderno en Egipto, modelado según las potencias occidentales. Sin embargo, su reinado estuvo marcado por una severa opresión, y a pesar de proclamar lealtad al Imperio Otomano, su gobierno autoritario superó incluso al de Napoleón.

Muhammad Ali fue derrotado en todos los conflictos contra fuerzas no musulmanas, que a menudo le fueron impuestas. No obstante, sus victorias se dieron en guerras contra otros musulmanes, dejando un historial de masacres en el Hiyaz, Sudán, Egipto y Siria. Su campaña militar más significativa tuvo lugar en el Levante, donde, con un ejército egipcio, conquistó Siria al Imperio Otomano, derrotando a sus fuerzas y casi avanzando hasta Constantinopla. Esto representó una amenaza seria para el Occidente, lo que llevó a la intervención de Gran Bretaña, Rusia y Francia para restaurar el dominio otomano sobre Egipto y Siria. Finalmente, tras diez años de lucha, Muhammad Ali fue obligado a renunciar al control de Siria, asegurando Egipto como una monarquía hereditaria para sus descendientes.

Los diez años que Muhammad Ali gobernó Siria, incluida su administración sobre Jerusalén, desempeñaron un papel crucial en la reactivación de la idea de Israel, influyendo en el futuro panorama geopolítico.

[1] Regina Sharif, p.73 y ss.

Las políticas de Muhammad Ali en Egipto y el Levante se caracterizaron por una ocupación agresiva, indistinguible del colonialismo británico y francés. Su identidad musulmana y su lealtad nominal al Imperio Otomano hicieron que su gobierno fuera aún más brutal y peligroso, dificultando la resistencia contra él. Su política en Siria puede resumirse en una sola frase: Muhammad Ali trabajó para consolidar el dominio extranjero a expensas de sus súbditos, priorizando los intereses de judíos y cristianos sobre los de los musulmanes. Esto reflejó un cambio estratégico que fomentó una mayor influencia extranjera en la región, a menudo en detrimento de las poblaciones musulmanas locales.

Muhammad Ali fomentó la migración judía a Egipto e integró a los judíos en su administración, aumentando su presencia en cargos clave.[1] Un documento notable, fechado nueve años antes de su ocupación de Siria, es una carta de un individuo judío en el Levante que detalla las condiciones en Siria, Irak e Irán, y predice desarrollos futuros en Siria.[2] Esto podría indicar la existencia de una red judía organizada que operaba en favor de Muhammad Ali en estos territorios. Tras conquistar Siria, Muhammad Ali eliminó los impuestos que se imponían a los peregrinos cristianos y judíos que viajaban a Jerusalén,[3] reparó monasterios ortodoxos griegos y estableció una estación de cuarentena para peregrinos cristianos.[4] Además, asignó los fondos recaudados de estos peregrinos directamente a los monjes, una acción que contrasta con sus políticas financieras centralizadas habituales.

---

[1] Ilyas al-Ayyubi, Historia de Egipto en la época del Jedive Ismail, vol.1, p.328 y ss., donde cita las memorias de Ferdinand de Lesseps, hijo del cónsul francés y amigo cercano de Muhammad Ali, así como concesionario del Canal de Suez.

[2] Mikhail Fenter, Las relaciones de los judíos con las autoridades y la sociedad no judía, en Yaʿqūb Landau, La liberación de Egipto durante el período otomano, El Cairo: Centro Nacional de Traducción, 2000, p.522.

[3] Asad Rustam, Los archivos reales egipcios: una exposición de los documentos del Levante y lo que ayuda a comprenderlos y aclara los objetivos de Muhammad Ali Pasha, Beirut: Universidad Americana, 1940, vol.1, p.44.

[4].Constantine Bazili, Siria y Palestina bajo el dominio otomano, trad. Tariq Masrani, Moscú: Progress Publishers, 1989, pp.114–116; Dawud Barakat, El conquistador heroico Ibrahim, El Cairo: Fundación Hindawi, 2014, p.35.

Desde el principio, Muhammad Ali priorizó la construcción y renovación de sinagogas, incluso antes de consolidar su control sobre Siria.[1] Se construyeron nueve sinagogas en Jerusalén,[2] junto con numerosas iglesias y monasterios.[3] Dentro de la comunidad judía surgieron debates sobre si centrarse en más sinagogas o en viviendas para acomodar la afluencia de inmigrantes judíos,[4] ya que Jerusalén experimentó un crecimiento constante tanto en población judía como cristiana.[5]

Los cristianos también recibieron autorización para restaurar y construir iglesias sin necesidad de aprobación previa de las autoridades otomanas, como antes se requería. Los extranjeros obtuvieron acceso a lugares sagrados islámicos bajo protección local, lo que marcó un cambio de política.[6] Además, se permitió a comerciantes extranjeros operar en el interior de Siria, algo que los otomanos habían restringido a las ciudades costeras. Los impuestos sobre el comercio musulmán eran siete veces más altos que los del comercio extranjero,[7] y la supervisión sobre este último se redujo significativamente.[8] Incluso se permitió la entrada de comerciantes extranjeros en Damasco,[9] donde se celebró una recepción ceremonial para el cónsul británico.[10] Esto contrastaba fuertemente con las restricciones otomanas que anteriormente limitaban la presencia extranjera en Damasco, considerando a Siria como territorio islámico sagrado. Mientras tanto, los barcos otomanos tenían prohibido comerciar en Siria.[11]

Se permitió a judíos y cristianos establecer escuelas en Siria, donde familias judías adineradas fundaron instituciones modernas para formar

---

[1] Asad Rustam, vol.3, p.134.
[2] Asad Rustam, vol.3, p.136.
[3] Ibid., vol.4, p.296 y ss.
[4] Latifa Salim, El dominio egipcio en Siria, pp.248-250.
[5] Karen Armstrong, Jerusalén: Una ciudad, tres religiones, p.564.
[6] Constantine Bazili, p.117; Mukhakkarāt Tārīkhīyah, autor desconocido, pp.69-70.
[7] Ibid., p.162.
[8] Dawud Barakat, pp.133, 143.
[9] Asad Rustam, vol.3, p.135.
[10] Dawud Barakat, p.132.
[11] Mukhakkarāt Tārīkhīyah, pp.25, 68-69; Dawud Barakat, p.189.

una élite judía educada. Estas escuelas buscaban empoderar a los jóvenes judíos orientales para que defendieran su comunidad de forma independiente, sin depender de la influencia occidental.[1] Además, se nombró a cristianos y judíos en cargos militares y administrativos, otorgándoles rangos y títulos.[2] Por primera vez, judíos, cristianos, armenios y extranjeros fueron incluidos en el "Consejo Consultivo de Jerusalén", encargado de supervisar los asuntos de la ciudad.[3] También se les concedieron licencias para lanzar proyectos económicos y comerciales, dándoles acceso a tierras y propiedades de dotación islámica bajo control otomano.[4]

En 1839, por primera vez en la historia de Jerusalén, los británicos establecieron un consulado, que pronto se convirtió en un punto clave para apoyar a las comunidades judía y protestante en Jerusalén y en la región siria en general. Este consulado no solo sirvió como centro de influencia británica, sino también como base para esfuerzos misioneros.[5] Por esa misma época, el cónsul estadounidense en Jaffa también buscó nombrar un vicecónsul en Jerusalén,[6] marcando el inicio de la implicación formal de Estados Unidos en la ciudad.[7]

Durante este periodo, se produjo el primer intento judío organizado de reclamar parte de la explanada del muro de Burāq (conocido como el Muro de los Lamentos), con la ayuda del cónsul británico y el respaldo de las autoridades egipcias.[8]

---

[1] Muhammad Farid, Al-Bahjah al-Tawfīqīyah fī Tārīkh Muʾassis al-ʿĀʾilah al-Khudaywīyah, p.165.
[2] Dawud Barakat, p.189; Stanford J. Shaw, Los judíos del Imperio Otomano, p.158; Jonathan Frankel, El caso de Damasco: asesinato ritual, política y los judíos en 1840, p.376.
[3] Dawud Barakat, p.189.
[4] Asad Rustam, Las raíces árabes de la historia de Siria en la época de Muhammad Ali Pasha, vol.5, pp.224-226; Mustafa ʿAbd al-Ghanī, Los bienes religiosos en Jerusalén, pp.120-123.
[5] Asad Rustam, Los archivos reales egipcios, vol.2, p.326; vol.3, pp.65-66.
[6] Karen Armstrong, pp.565-566; Dawud Barakat, p.143; Abd al-Aziz Awad, La emigración de los judíos a Palestina y la posición del Estado Otomano al respecto, vol.3, p.155.
[7] Asad Rustam, Los archivos reales egipcios, vol.2, p.349.
[8].Mustafa Abd al-Ghani, p.69.

Bajo el gobierno de Muhammad Ali, judíos y cristianos gozaron de un estatus legal que los eximía en gran medida de las restricciones habituales. Los funcionarios egipcios incluso castigaban a los soldados que ofendían accidentalmente a estos grupos, y en ocasiones se perdonaba a cristianos o judíos implicados en incidentes graves, como el infame "incidente de Badiri."[1] Mientras las fuerzas egipcias reprimían los levantamientos locales con medidas extremas, mostraban una marcada indulgencia hacia los insurgentes cristianos[2]—un contraste que subrayaba la hostilidad que Muhammad Ali y su administración parecían tener hacia el Islam y sus seguidores.

Algunas mezquitas fueron convertidas en establos, mientras los musulmanes sufrían persecuciones severas. Muchos veían esto como el posible fin de la autoridad islámica en la región.[3] Las dotaciones islámicas fueron objeto de confiscaciones y daños extensos, mientras que las dotaciones cristianas y judías fueron preservadas e incluso apoyadas.[4] Numerosos notables musulmanes recurrieron a los consulados extranjeros en busca de protección, tratando de evitar el reclutamiento forzoso, los impuestos excesivos y la opresión general. Algunos incluso encontraron refugio bajo la protección del personal cristiano y judío de estos consulados, que gozaban de inmunidad extranjera. Como resultado, musulmanes respetados se vieron obligados a depender de

---

[1] Asad Rustam, Los archivos reales egipcios, vol.4, p.294 y ss.; Mustafa ʿAbd al-Ghanī, p.125.

[2] Mudhakkarāt Tārīkhīyah, pp.80-81, 117, 121-122; Ili Levi Abū ʿAsal, El despertar del mundo judío, p.154.

[3] El "incidente de Badiri" se refiere a un episodio durante el gobierno de Muhammad Ali Pasha en el Levante que expuso las tensiones derivadas de sus políticas hacia las comunidades religiosas. En los años 1830, Muhammad Ali otorgó nuevos derechos y protecciones a cristianos y judíos, incluyendo privilegios educativos, comerciales y de propiedad tradicionalmente reservados a los musulmanes. Esto generó resentimiento entre la población musulmana local, especialmente por los impuestos elevados y el reclutamiento obligatorio. En el incidente específico, un soldado egipcio ofendió a un judío o cristiano, y las autoridades respondieron con severidad para reforzar las políticas pro-minorías de Muhammad Ali, lo que intensificó el descontento local. Véase Véase https://dorar.net/history/event/4471 y https://www.hindawi.org/books/40837420/1.8/ [A. R. Kelani].

[4] *Mudhakkarāt*, p.78; Rustam, *Los archivos reales egipcios*, vol.4, p.356.

antiguos súbditos cristianos y judíos, soportando una situación de subordinación bajo el gobierno de Muhammad Ali.[1] Muchos otros abandonaron la región en busca de seguridad.

Esta agitación provocó una transformación demográfica en Jerusalén, donde los judíos pasaron a ser mayoría, seguidos por los cristianos, mientras los musulmanes quedaron reducidos a una minoría.[2] El cambio también transformó el paisaje social y económico, con los musulmanes en el escalón más bajo, los judíos y cristianos por encima de ellos, y los extranjeros ocupando el estatus más alto de todos.

El cambio en las dinámicas políticas, sociales y económicas durante el gobierno de Muhammad Ali inspiró a Moses Montefiore, un acaudalado financiero judío, a impulsar un plan de reasentamiento judío en Palestina. Esta iniciativa marcó el primer intento significativo de establecer una presencia judía en la región antes de Theodor Herzl. Montefiore buscó adquirir grandes extensiones de tierra con derechos especiales para la agricultura y el comercio. Muhammad Ali acogió calurosamente esta propuesta, llegando incluso a ofrecer autogobierno para las aldeas compradas.[3] Montefiore logró establecer asentamientos agrícolas, proyectos industriales y el primer barrio judío fuera de las murallas de Jerusalén, otorgando a los judíos en Siria y Palestina un estatus privilegiado.

Con el apoyo del cónsul británico, estos desarrollos transformaron finalmente a la comunidad judía en una entidad extranjera, cada vez más desconectada de la región y capaz de convertirse en una comunidad colonizadora. Este cambio de política dio lugar a la idea más amplia de trasladar a los judíos desde Europa a Palestina. Lo que comenzó como aspiraciones religiosas evolucionó hacia un discurso político, con debates en círculos intelectuales, reuniones políticas y, eventualmente, entre funcionarios gubernamentales.[4]

---

[1] Constantine Bazili, p.165; Mudhakkarāt, pp.59-60, 66; Dawud Barakat, p.139.
[2] Para más detalles, véase Muhammed Elhamy, En los pasillos de la historia, vol.3, p.171 y ss.
[3] Constantine Bazili, p.162.
[4] Karen Armstrong, p.567.

Por ejemplo, el pensador socialista Charles Fourier, en su obra *La Fausse Industrie* (1835–1836), expresó un profundo antisemitismo y sugirió que la solución al "problema judío" era expulsar a los judíos de Europa y reasentarlos en el Levante.[1]

2. En 1839, el conde de Shaftesbury[2] escribió una reseña en la influyente *Quarterly Review* sobre el libro de un viajero en Palestina. Shaftesbury argumentó que la tierra podía acoger a trabajadores judíos bajo la supervisión del cónsul británico en Jerusalén. Para 1840, había refinado esta idea y la presentó formalmente a Lord Palmerston en un memorando (25 de septiembre de 1840), destacando las ventajas estratégicas de una iniciativa de reasentamiento judío para Gran Bretaña.[3]

3. *The Times* informó que la idea del reasentamiento judío se había convertido en un tema político, y *The Globe*, periódico cercano al Ministerio de Asuntos Exteriores británico, publicó artículos entre 1839 y 1840 promoviendo el traslado de una población judía significativa al Levante. Esta propuesta recibió el respaldo de Lord Palmerston, quien ese mismo año escribió al embajador británico en Constantinopla sugiriendo el establecimiento de un Estado judío como barrera para el Imperio Otomano frente a Muhammad Ali.[4]

4. En 1841, el coronel Churchill presentó un memorando a Moses Montefiore, proponiendo la formación de un movimiento

---

[1] Para más detalles, véase Ili Levi Abu Asal, pp.144, 150-151, 171; Malaf Wathā'iq Filistīn, vol.1, p.45; Ben Halpern y Jehuda Reeinharz, El sionismo y la creación de una nueva sociedad, p.43; Frankel, p.376.

[2] El-Messiri, vol.6, p.17.

[3] Ibid., vol.3, p.167.

[4]Anthony Ashley Cooper, séptimo conde de Shaftesbury (1801–1885), fue un destacado reformador social inglés del siglo XIX, conocido por su labor en la mejora de las condiciones laborales y su defensa de los grupos desfavorecidos. Entre sus logros destacan su apoyo a la Ley de Fábricas de 1842, que prohibió el trabajo subterráneo para mujeres y niños menores de 13 años, y su impulso a las "escuelas de harapos" que ofrecían educación gratuita a niños pobres. También participó en el plan de viviendas Peabody para trabajadores y promovió el bienestar animal y causas cristianas evangélicas. Para 1839, Shaftesbury ya había hecho contribuciones significativas a la reforma social.

político para apoyar la restauración de la presencia judía en Palestina.[1]

En resumen, las políticas de Muhammad Ali en Siria catalizaron los debates sobre el establecimiento de un Estado judío. Su influencia lo posiciona, si no como fundador, al menos como precursor significativo del eventual establecimiento de Israel. De no haber existido restricciones políticas externas, Israel podría haber sido fundado cincuenta años antes.[2]

La resistencia otomana al Estado judío

Si bien las ambiciones de Muhammad ʻAlī en Siria terminaron frustradas, sus políticas dejaron un impacto duradero que moldeó el futuro de la región. Tras la recuperación de Siria, el Imperio otomano tuvo dificultades para restaurar plenamente el orden anterior. La zona había experimentado transformaciones significativas, como el aumento de las comunidades judías, nuevos proyectos económicos y el establecimiento de un consulado británico, símbolo del persistente influjo extranjero. Además, el regreso otomano al poder dependió en gran medida del apoyo británico, lo que reforzó una presencia extranjera —particularmente británica— que influiría más adelante en el panorama político.

Aunque los esfuerzos de Muhammad ʻAlī llegaron a su fin, las iniciativas judías continuaron. Entre su retirada de Siria y el surgimiento de Herzl y el sionismo, se emprendieron diversos intentos de establecer una presencia judía. Uno de ellos fue el del viajero judío Laurence Oliphant,[3] quien propuso en 1880 un plan descrito en su obra *The Land

[1] Malaf Wathāʾiq Filistīn, vol.1, p.47; Regina Sharif, p.62; El-Messiri, vol.6, p.161.

[2] Regina Sharif, pp.83-84, 91; Rafiq Shaker al-Nashtah, El sultán ʿAbd al-Hamīd II y Palestina, p.83; David Fromkin, Una paz para acabar con todas las paces: la caída del Imperio Otomano y la creación del Oriente Medio moderno, p.301; El-Messiri, vol.6, p.153 y ss.

[3] Laurence Oliphant (3 de agosto de 1829 – 23 de diciembre de 1888), miembro del Parlamento, fue un autor, viajero, diplomático y agente de inteligencia británico nacido en Sudáfrica, además de místico cristiano y sionista cristiano. Su libro más conocido en vida fue la novela satírica *Piccadilly* (1870). Sin embargo, tras su muerte, se hizo más famoso por su plan de establecer

of Gilead*. Otro fue el de Samuel Montagu, banquero judío británico, miembro del Parlamento y líder de los "Lovers of Zion," que en 1893 solicitó al sultán ʻAbdülhamid II permiso para el asentamiento judío en el este de Jordania. Ese mismo año, el sionista alemán Bohlen Dorf sugirió un proyecto para traer colonos sionistas a esa zona con la intención de expulsar a los beduinos.[1] Durante este periodo surgieron numerosas organizaciones judías en Europa y Rusia dedicadas a apoyar la migración judía a Palestina y fortalecer allí la comunidad judía mediante ayuda financiera o el desarrollo de proyectos agrícolas e industriales.[2]

Además, los esfuerzos de asentamiento judío estaban envueltos y reforzados por la influencia extranjera, principalmente a través de dos canales: los políticos y responsables influyentes en las capitales europeas, y los cónsules extranjeros establecidos en el Levante que representaban a esas potencias.

Líderes políticos destacados alinearon los intereses imperiales con el objetivo del reasentamiento judío en Palestina. Desempeñaron papeles importantes figuras como Ernest Laharanne,[3] secretario privado de

comunidades agrícolas judías en Tierra Santa, *The Land of Gilead*. Oliphant fue miembro del Parlamento británico por Stirling Burghs. Véase más en Wikipedia (Laurence Oliphant).

[1] Theodor Herzl, *Diarios de Theodor Herzl*. 1.ª ed. árabe. Beirut: Centro de Investigación Palestina, 1968, p. 542, véase el apéndice; Amin Abdullah, *Masharīʻ al-Istīṭān al-Yahūdī mundh Qiyām al-Thawrah al-Faransā ḥattā Niyāyat al-Ḥarb al-ʻĀlamiyyah al-Ūlā* (*Proyectos de asentamiento judío desde la Revolución Francesa hasta el final de la Primera Guerra Mundial*), Kuwait: Serie *ʻĀlam al-Maʻrifah* (n.º 74), p. 145; ʻAbd al-Wahhab al-Messiri, vol. 6, p. 313.

[2] ʻAbd al-ʻAzīz ʻAwad, *Nashʼat al-Istīṭān al-Suhyūnī fī Filasṭīn*, *Al-Majallah al-Tārīkhiyyah al-Miṣriyyah*, n.º 21, p. 256 y ss.

[3] Ernest Laharanne, nacido Jean Ernest Laharanne el 8 de noviembre de 1840 en Sauveterre-de-Béarn y fallecido el 10 de julio de 1897 en Moulins, fue un escritor político francés. Fue redactor jefe de *L'État: Journal de la République et de la liberté commerciale*, periódico que había comprado a Louis Ulbach bajo el título *La Cloche* y que apoyaba el libre comercio. Como católico liberal, Laharanne perteneció a la secretaría de Napoleón III. Es célebre por haber propuesto la reconstitución de la nacionalidad judía ya en 1860, apoyando esta idea en el principio de las nacionalidades adoptado por Napoleón III. Moses Hess lo cita en su obra *Roma y Jerusalén. La última cuestión nacional* (Undécima carta, 1862). Véase la Wikipedia francesa.

Napoleón III, quien escribió una obra promoviendo el retorno judío,[1] y Lord Palmerston, secretario de Asuntos Exteriores británico y posteriormente primer ministro. Palmerston realizó grandes esfuerzos para obtener del sultán otomano su aprobación a un hogar judío en Palestina.[2] Otros defensores,[3] como Lloyd George,[4] se inspiraron en su formación protestante y en su familiaridad con las tierras bíblicas, afirmando conocer mejor los pueblos de Palestina[5] que los de Europa, y estar más familiarizado con los reyes y profetas de Israel que con los monarcas británicos.[6]

En general, muchas naciones europeas emitieron promesas similares a la Declaración Balfour o compromisos comparables. Los Estados Unidos también se sumaron a las presiones sobre los otomanos, especialmente después de los pogromos antijudíos que estallaron en Rusia en 1881.[7]

En cuanto a los cónsules extranjeros, estos trabajaron —siempre que fue posible— para comprar tierras en Palestina amparándose en las leyes otomanas de propiedad extranjera, como todavía ocurre en muchos países. Esta práctica a menudo explotaba las condiciones existentes: unas, establecidas de forma natural (como las leyes que permitían la propiedad extranjera de tierras o inmuebles), y otras, derivadas de las

---

[1] Regina Sharif, p.77; El-Messiri, vol.6, p.153.

[2] Véase ʻĪlī Levī Abū ʻĀṣal, pp. 179-180.

[3] Lloyd George fue el jefe del gobierno en el cual Balfour, secretario de Asuntos Exteriores, emitió su famosa declaración. Aunque Lloyd George tuvo una influencia mucho mayor que Balfour, la notoriedad de la declaración otorgó a Balfour un reconocimiento que eclipsó al propio primer ministro.

[4] Véase Sharif, p. 80 y ss.

[5] George Antonius, *Yaqazat al-ʻArab* (*El despertar árabe*), p. 372; Regina Sharif, p. 109; David Fromkin, p. 300.

[6] Para información sobre la cuestión sionista en Estados Unidos y su desarrollo, véase Michael Oren, *Power, Faith, and Fantasy: America in the Middle East, 1776 to the Present* (ed. árabe), trad. Fundación al-Hindawi, Londres, 2009, pp. 305 y ss.

[7] Para mayor referencia, consúltese:

– Amin Abdullah, *Jewish Settlement Projects*, p. 33 y ss

– ʻĪsā al-Qaddūmī, *El archivo otomano y los tesoros históricos de Jerusalén*, Serie *Estudios Bayt al-Maqdis*, n.º 5, invierno 2008.

– Nayla al-Waʻrī, *El papel de los consulados extranjeros en la migración y el asentamiento judíos en Palestina: 1840–1914*, 1.ª ed., Ammán: Dār al-Shurūq, 2007.

secuelas de la era de Muhammad ʻAlī o de la debilidad otomana. Esta debilidad se evidenció en la crisis financiera que asoló al Estado otomano, cuyas deudas crecientes lo llevaron en ocasiones a subastar tierras para obtener fondos. Asimismo, los cónsules extranjeros extendieron protección a los judíos bajo privilegios foráneos y usaron su influencia consular para consolidar la presencia judía y fortalecerla. Muchos incluso eludieron o violaron abiertamente las leyes otomanas.[1]

Sin duda, esta influencia extranjera se infiltró en el sultanato otomano a través de funcionarios corruptos, ya fueran figuras occidentalizadas inclinadas hacia los intereses extranjeros o movidas por la ganancia y la ambición personal.[2]

Por lo tanto, examinar la resistencia otomana a un Estado judío implica más que la conocida respuesta del sultán ʻAbdülhamid II a Herzl, que se abordará más adelante. Dicha resistencia es anterior a Herzl y al sionismo. Como se mencionó antes, los sultanes otomanos en los periodos de fortaleza del imperio emitieron decretos oponiéndose al asentamiento judío en el Sinaí, siglos antes de estos acontecimientos. Entre las medidas más destacadas adoptadas por los sultanes otomanos posteriores para contrarrestar el asentamiento judío se encuentran:

1. La interrupción del gran proyecto de colonización de Moses Montefiore, inicialmente aprobado por Muhammad ʻAlī pero frustrado tras el restablecimiento del control otomano sobre Siria. Este golpe obstaculizó y desmanteló las aspiraciones de Montefiore.[3]

2. Un documento otomano fechado el 6 de Rabīʻ al-Thānī de 1262 H./3 de abril de 1846 d.C. contiene una orden del sultán ʻAbdülmecid dirigida al *mutasarrif* (gobernador) de Jerusalén. En ella se instruía la recuperación de unas tierras compradas por un judío británico y su reventa a un ciudadano otomano. El documento señala que existía una

[1] Véase Laurence Oliphant, *The Land of Gilead*, pp. 430, 461, 484; *Diarios de Herzl*, p. 356 y ss.
[2] ʻÎlī Levī Abū ʻĀṣal, p. 171.
[3] ʻÎsā al-Qaddūmī.

ley previa que prohibía a los judíos extranjeros poseer tierras en Palestina.[1]

3. Los persistentes intentos de Lord Palmerston —primero como secretario de Asuntos Exteriores británico y más tarde como primer ministro— de obtener permiso otomano para conceder una parte de la tierra palestina a colonos judíos.[2] Estos esfuerzos fracasaron finalmente debido a lo que se describió como "la firme obstinación de la Sublime Puerta."[3]

4. El 18 de Rayab de 1287 H./13 de octubre de 1870 d.C., el sultán 'Abdülaziz emitió un decreto real declarando que las tierras palestinas eran "propiedad del Estado" (*arāzī-i emīriye*), designándolas como tierras de la corona otomana para impedir el asentamiento judío. Aproximadamente el 20% de estas tierras permaneció en manos privadas.

5. En 1874, se elevó el estatus administrativo de Jerusalén a *mutasarrifato*, vinculándola directamente con la capital, Estambul, y no con gobernadores provinciales, lo que aumentó su importancia administrativa y la colocó bajo una supervisión más estrecha del gobierno central.

6. Laurence Oliphant atribuyó el fracaso de su propio proyecto de asentamiento de 1880 a la principal prioridad política del sultán 'Abdülhamid II y sus funcionarios: resistir toda forma de influencia extranjera.[4]

7. Del mismo modo, los repetidos intentos estadounidenses —encabezados por sucesivos embajadores ante 'Abdülhamid II— de abrir Palestina a los refugiados judíos que huían de los pogromos rusos también fracasaron. Pese a las condenas oficiales posteriores, ninguno de esos esfuerzos tuvo efecto duradero.[5]

---

[1] Véase *Malaf Watha'iq Filasṭin*, vol. 1, p. 47 y ss.
[2] Harold Temperley, *England and the Near East*, p. 444.
[3] Laurence Oliphant, p. 464.
[4] Michael Oren, p. 311.
[5] Para lecturas adicionales sobre este tema, véanse:

8. En Jumādā al-Awwal de 1299 H./abril de 1882 d.C., cuando comenzó la emigración judía desde Rusia a causa de la persecución, el sultán ʻAbdülhamid II emitió un decreto informando a los judíos que buscaban refugio en el Imperio otomano que no se les permitiría establecerse en Palestina. Podían, en cambio, emigrar a otras provincias otomanas con la condición de adquirir la ciudadanía otomana. Dos meses después, en Rayab de 1299 H./junio de 1882 d.C., se envió un telegrama desde las autoridades centrales al gobernador de Jerusalén ordenando que se impidiera el desembarco de inmigrantes judíos rusos en los puertos palestinos. Los barcos que los transportaban debían desviarse hacia otros puertos otomanos. Se emitieron órdenes para deportar a los que ya se habían asentado en Jerusalén, seguidas de directivas similares a todas las provincias del Levante para evitar la entrada o asentamiento de inmigrantes judíos en Palestina.

En 1884, el Imperio otomano emitió un decreto que limitaba la duración de las visitas judías a Palestina a un mes. Bajo presión extranjera, este periodo se amplió en 1887 a tres meses. La presión continuó, pero fue enfrentada con resistencia y contramedidas otomanas. En general, la década de 1880 marcó una fase de especial vigilancia y esfuerzos activos para contrarrestar los intentos judíos —particularmente los provenientes de Rusia y sus alrededores— de establecerse en Palestina.

9. A comienzos de la década de 1890, una serie de decretos sucesivos reflejaron una creciente conciencia otomana del plan sionista de colonizar Palestina. El 25 de Rabīʿ al-Thānī de 1308 H./7 de diciembre de 1890 d.C., el sultán ʻAbdülhamid II emitió un decreto para cerrar los vacíos legales que habían permitido a algunos judíos comprar tierras

– Ahmet Akgündüz, *The Unknown Ottoman State*, 1.ª ed., Estambul: Ottoman Research Foundation, 2008, p. 448 y ss.
– ʻAbd al-ʻAzīz ʻAwad, *La inmigración judía a Palestina y la postura del Estado otomano*, *Revista al-Ādāb*, Universidad de Riad, 1974, vol. 3, p. 160.
– Orkhan Muhammad ʻAlī, *Sultan ʻAbdülhamid II*, 4.ª ed., El Cairo: Dār al-Nīl, 2008, p. 214 y ss.
– Nayla al-Waʿrī, *El papel de los consulados extranjeros*, p. 192 y ss.
– Marwān Abū Shammālah, *La estrategia sionista hacia Jerusalén*, tesis de maestría, Gaza: Universidad Islámica, Facultad de Artes, 2012, p. 108 y ss.
– Muḥammad Shaʿbān Ṣawwān, *El sultán y la historia: por qué estudiamos la historia otomana*, 1.ª ed., Argel-Beirut: Ibn al-Nadīm, Rawāfid, 2016, p. 289 y ss.

privadas. También dispuso la adquisición de la mayor cantidad posible de tierras en Palestina con fondos de su tesoro personal, para impedir compras judías.

El 21 de Dhū al-Qa'dah de 1308 H./28 de junio de 1891 d.C., el sultán instruyó a sus ministros negar la entrada a los inmigrantes judíos expulsados de Europa, considerando que su asentamiento conduciría a la creación de un "gobierno mosaico" y a "numerosas conspiraciones".

El 28 de Dhū al-Qa'dah de 1308 H./5 de julio de 1891 d.C., reafirmó su decisión en una carta al comité militar, expresando que "la aceptación y asentamiento de estos judíos, o la concesión de la ciudadanía, es sumamente perjudicial, ya que podría derivar en el establecimiento de un gobierno mosaico." Al día siguiente, 29 de Dhū al-Qa'dah de 1308 H./6 de julio de 1891 d.C., 'Abdülhamid reiteró su postura, rechazando las críticas de los países que desaprobaban su negativa a admitir inmigrantes judíos. Advirtió: "Si estos judíos se establecen en cualquier parte del Imperio otomano, se infiltrarán gradualmente en Palestina pese a las medidas preventivas, y buscarán establecer un gobierno mosaico con el estímulo y la protección de las potencias europeas." En 1896 restringió aún más la propiedad judía de tierras, prohibiendo que las compañías judías adquirieran terrenos y permitiendo la propiedad inmobiliaria solo a los colonos judíos llegados antes de 1893.

Es importante destacar que todas estas medidas fueron adoptadas antes del surgimiento de Theodor Herzl y la fundación del movimiento sionista.[1]

Esto no significa que se lograra plenamente el objetivo deseado. De hecho, hubo infracciones debidas al debilitamiento del Estado otomano, la fuerte presión extranjera, la corrupción administrativa y otros factores.[2] No obstante, el propósito aquí es subrayar que los otomanos buscaron de manera constante proteger Palestina y resistir el establecimiento de un Estado judío. Esto debería ser evidente sin

[1] Asimismo, para una obra dedicada específicamente a este tema: Dr. Ḥasan Ḥallaq, *La posición del Estado otomano frente al movimiento sionista*.
[2] Para más detalles, véanse Orkhan Muhammad 'Alī, *Sultan 'Abdülhamid II*, pp. 215-216; Nayla al-Wa'rī, p. 195 y ss.

necesidad de extensas pruebas, pues es natural que los Estados defiendan su territorio y eviten la formación de entidades independientes dentro de sus fronteras. Sin embargo, resulta necesario abordarlo por dos razones:

Primero, la narrativa moderna que acusa al Estado otomano de traicionar a los árabes y descuidar Palestina ha llegado a ser aceptada como una "verdad" por generaciones sucesivas. Esta narrativa se promueve hoy con mayor fuerza para distorsionar la imagen y las políticas de Turquía, especialmente bajo el liderazgo de Erdoğan.

Segundo, las políticas equivocadas de los regímenes árabes modernos han difundido un concepto de nacionalismo y patriotismo que ha reducido, para muchos, la gravedad de abandonar Palestina y Jerusalén. Esta cuestión se considera políticamente aceptable, y muchos han llegado a creer que los líderes árabes y musulmanes no están obligados a liberar Palestina, combatir al sionismo ni defender la mezquita de Al-Aqsa. Tales actos se perciben como opcionales o secundarios. Esta visión proviene de una forma de nacionalismo ajena al Islam, según la cual los gobernantes son responsables únicamente dentro de las fronteras —impuestas por las potencias coloniales— de sus propios países.

En consecuencia, la santidad de Jerusalén y de Al-Aqsa se ha desvanecido en la mente de muchos, y se ha aceptado la idea de que los otomanos pudieron haber renunciado a estas tierras por motivos políticos o económicos, una percepción que debe corregirse. El Imperio otomano tenía en alta estima estas tierras, refiriéndose al Levante como *al-Shām al-Sharīf* —"el Noble Shām"—, con Jerusalén en su corazón.

El establecimiento del movimiento sionista

Los cristianos sostienen que los judíos fueron responsables de la muerte de Jesucristo, el hijo de María, o al menos contribuyeron a ella al traicionarlo ante las autoridades romanas, lo que finalmente llevó a su crucifixión. Los textos cristianos detallan el sufrimiento y la agonía que él soportó en la cruz. En consecuencia, la persecución de los judíos por parte de los cristianos se convirtió en un patrón recurrente en la historia, especialmente en el Levante después de que los emperadores romanos se convirtieran al cristianismo. Esto llevó con frecuencia a los judíos a aliarse con los persas durante sus ataques al Levante, ayudando a las fuerzas invasoras a destruir iglesias, matar cristianos y saquear tesoros. Estas acciones intensificaron la hostilidad hacia los judíos y provocaron actos de venganza generalizados cada vez que los romanos recuperaban el control del Levante. Los emperadores romanos y los comandantes militares en la región infligieron algunos de los golpes más aplastantes a los judíos, dispersándolos ampliamente y con severidad.[1]

En la Europa medieval, la persecución cristiana de los judíos fue un aspecto destacado del período, con los judíos siendo expulsados repetidamente de varios países en diferentes momentos de la historia.[2]

Las razones detrás de estas expulsiones fueron una mezcla de factores religiosos, políticos, económicos y sociales. La tensión religiosa se basaba en la supuesta hostilidad judía hacia Cristo, mientras que las motivaciones políticas y económicas surgían de la inclinación de la comunidad judía hacia el aislamiento. Los judíos a menudo se concentraban en áreas específicas que se conocían como barrios judíos o comunidades exclusivas (guetos), monopolizando con frecuencia ciertos oficios, particularmente el comercio y el oro, además de participar

[1] Shahin Makarios, *Tārīkẖ al-Isrāʾīlyīn* (La historia de los israelitas), p.18.
[2] El-Messiri, vol.2, p.335.

en la usura. Esto aumentaba su separación de la sociedad en general y intensificaba la hostilidad hacia ellos. Además, una aversión generalizada hacia los forasteros, junto con la tendencia de los gobernantes a depender de las minorías para avanzar sus intereses o planes, creaba condiciones que podían volverse en contra tanto de los gobernantes como de las minorías durante períodos de agitación pública o protesta popular.[1]

Si los propios cristianos se involucraban en guerras religiosas destructivas a lo largo de la era medieval—conflictos interconfesionales entre católicos, ortodoxos y más tarde protestantes—entonces, ¿cuánto más intensas serían las tensiones al involucrar a los judíos, que no solo eran una minoría religiosa sino también socialmente aislada, mantenían un estilo de vida cerrado, y eran vistos por algunos como un grupo parasitario en lo económico?[2]

La situación de los judíos en Europa comenzó a mejorar a medida que el continente se alejaba gradualmente del cristianismo y del dominio de la Iglesia, dando lugar al secularismo, al nacionalismo, al sistema moderno de Estados y a leyes y legislaciones positivas. Este cambio alteró la forma en que se percibía a los judíos, con una visión creciente de ellos como ciudadanos en lugar de simplemente como judíos. Como resultado, obtuvieron oportunidades para servir como funcionarios en departamentos gubernamentales, algunos llegaron a ser miembros del parlamento o ministros. Además, lograron éxito financiero, protegido por leyes seculares promulgadas por parlamentos electos que representaban los intereses de redes e influencias poderosas dentro del Estado. Los judíos se convirtieron en propietarios de bancos e instituciones financieras, con capital capaz de financiar guerras reales y principescas y cubrir los déficits presupuestarios de Estados y gobiernos.

---

[1] Una historia famosa que refleja la confusión cristiana al enfrentar la nueva situación de los judíos es *El mercader de Venecia* de William Shakespeare. La obra muestra cómo el prestamista judío explotó la ley en la ciudad italiana de Venecia hasta el punto de buscar derramar la sangre del cristiano que le debía dinero. El tribunal se encontró atrapado en un dilema entre aplicar la ley, que favorecía al judío, y las profundas tradiciones religiosas que prohibían derramar la sangre sagrada de un cristiano, especialmente a manos de un judío "profano". Este es el conflicto central de la historia.

[2] Shahin Makarios, pp.73, 193.

Esto coincidió con el auge del protestantismo, que trajo consigo un movimiento sionista cristiano que, como se discutió anteriormente, posicionó a los judíos como objeto de simpatía, cuidado e incluso respeto y veneración. Como resultado, la situación de los judíos mejoró significativamente, con avances notables en sus condiciones.[1]

Herzl y el establecimiento del movimiento sionista

Todas estas circunstancias se combinaron para inspirar a un joven periodista judío de Austria, llamado Theodor Herzl, quien era una persona brillante, astuta y sumamente activa. Supo aprovechar hábilmente todas las condiciones que lo rodeaban para apoyar el proyecto de establecer un Estado judío en Palestina.

Herzl basó su proyecto en tres pilares principales:

1. La posibilidad realista inspirada por las políticas de Muhammad Ali, que habían tenido lugar sesenta años antes. Los judíos seguían siendo mayoría en ciertas zonas, con fuertes actividades comerciales e influencia, mientras que el Imperio Otomano permanecía débil.[2]

2. El auge del nacionalismo, que estableció la idea de que cada nación debía tener su propio Estado con fronteras políticas claramente definidas y soberanía independiente. Herzl creía que los judíos eran un pueblo sin Estado, una nación sin tierra. Esto convertía en una obligación ética y natural que los judíos tuvieran su propio Estado. Esta idea formó la esencia de su libro *El Estado Judío*, publicado en 1896, marcando el inicio de su proyecto sionista. Este movimiento celebró su primera

[1] Es importante señalar que algunas de las figuras clave que prestaron servicios significativos al movimiento sionista sentían un profundo desprecio por los judíos, como Chamberlain, Lloyd George, Balfour y Sykes. Estos individuos y el movimiento sionista compartían el objetivo común de trasladar a los judíos a Palestina, aunque con intenciones y motivaciones distintas. Por ejemplo, véase: George Antonius, *El despertar árabe*, p.372; Regina Sharif, pp.106, 108, 116, 120, 163, 167; Rashid Khalidi, *La guerra de cien años*, p.62.
[2] *Diarios* de Herzl, p.74.

conferencia en Basilea, Suiza, en 1897, dando inicio a los esfuerzos por establecer un Estado judío.

3. La era del colonialismo y el dominio europeo, en la que Europa tenía un control sustancial sobre el mundo, ya fuera mediante ocupación directa o influencia significativa en regiones no ocupadas. Por lo tanto, establecer un Estado para los judíos era factible si lograba convencer a los políticos occidentales y alinear la idea de un Estado judío con los intereses coloniales del Occidente, abordando múltiples problemas a la vez—particularmente la migración judía desde Europa Oriental, que los países occidentales veían como un problema.

Mientras Herzl perseguía esto, descubrió que los judíos no aceptarían la idea de un Estado para ellos a menos que fuera en Palestina, específicamente en Jerusalén. Inicialmente, Herzl había considerado ubicaciones como Sudamérica o África para el Estado, pero se dio cuenta de que el éxito del proyecto dependía de conectar con los anhelos espirituales, los sueños y los vínculos históricos de los judíos con la tierra. En consecuencia, revisó su plan para establecer el Estado judío en Palestina.[1]

Herzl comenzó sus intensos esfuerzos para convencer a los políticos occidentales del proyecto de establecer un Estado judío en Palestina. Realizó numerosos viajes a Austria, Alemania, Italia, Francia, Inglaterra y el Imperio Otomano, desplegando toda su inteligencia y habilidades persuasivas en cada caso. Adaptó su enfoque a los intereses, conflictos y prioridades específicos de cada país, con el objetivo de alinear el proyecto del Estado judío con los objetivos nacionales de aquellos a quienes se dirigía.

Para los alemanes, la creación de un Estado judío en Palestina les ayudaría a gestionar el influjo de refugiados judíos que huían de la persecución rusa. También atraería mano de obra y agricultores judíos excedentes, estableciendo un Estado en Oriente Medio dependiente de trabajo judío barato y materias primas abundantes. Esto resultaría atractivo para los inversores y el capital europeos, especialmente en

[1] Ibid., p.70 y ss.

comparación con China. Además, evitaría que Alemania tuviera que absorber trabajadores judíos perseguidos que podrían unirse a movimientos revolucionarios. El Estado judío también actuaría como un amortiguador contra las ambiciones francesas y rusas (adversarios de Alemania) en caso de colapso del Imperio Otomano, ya que los judíos perseguidos resistirían la influencia rusa. Adicionalmente, el Estado reforzaría las políticas occidentales en la región, apoyaría a los cristianos orientales y evitaría que un solo país, particularmente Gran Bretaña (rival de Alemania), dominara las rutas comerciales vitales entre el Oriente y el Occidente, que Gran Bretaña ya controlaba mediante sus posesiones en India, el Golfo Arábigo, Egipto (el Canal de Suez) y Chipre.[1]

Para los británicos, Herzl propuso que el Estado judío proporcionaría una ruta terrestre alternativa y más corta entre el Oriente y el Occidente, asegurando el control total de Gran Bretaña sobre las redes de transporte y los intereses coloniales. El Estado judío construiría un ferrocarril que conectaría el Golfo con el Mediterráneo, con una rama que se extendería hasta Afganistán—beneficiando a Gran Bretaña más que a cualquier otra potencia, sin costo alguno para ella, ya que los judíos financiarían y gestionarían el proyecto. Además, el establecimiento de un Estado judío en la región debilitaría a Turquía y evitaría la expansión rusa hacia el Oriente. Si los judíos lograban ganarse el favor del sultán mediante apoyo financiero, el Imperio Otomano podría evitar endeudarse con Francia y Rusia (enemigos de Gran Bretaña), reduciendo así su influencia. Para los británicos religiosos, también existía un motivo teológico: el regreso de los judíos a su tierra ancestral era visto como un requisito necesario para la Segunda Venida de Cristo.[2]

En cuanto a los rusos, Herzl presentó la idea de un Estado judío como una excelente oportunidad para resolver el "problema judío" mediante la reubicación de los judíos en Palestina. Esta reubicación sería fluida y sin obstáculos, ya que los propios judíos la acogerían con agrado. Dado que muchos judíos eran rusos y compartían su cultura, el Estado judío quedaría bajo influencia rusa, bloqueando efectivamente la expansión de la influencia occidental en el Oriente. Además, los judíos

[1] Ibid., pp.23–24, 49, 65.
[2] Ibid., pp.50, 71.

ofrecerían dinero al sultán otomano para comprar la tierra, y el sultán se vería obligado a utilizar esos fondos para implementar reformas y mejoras, especialmente aquellas exigidas por las naciones cristianas para mejorar la situación de los cristianos. En efecto, parecería como si los judíos hubieran financiado el bienestar de los cristianos, muchos de los cuales estaban influenciados por Rusia.[1] Herzl también se encargó de tranquilizarlos respecto a Jerusalén, asegurando: "Jerusalén permanecerá libre de transacciones comerciales."[2]

Herzl incluso presentó el proyecto a un representante del Papa, renunciando a los lugares santos que no quedarían dentro de las fronteras del Estado judío deseado, como Jerusalén, Belén y Nazaret.[3] Además, Herzl se reunió con el joven líder egipcio Mustafa Kamil, quien tenía solo 23 años en ese momento. Herzl quedó impresionado por el entusiasmo de Kamil por expulsar a los británicos de Egipto y consideró que esto podría alinearse con los intereses del movimiento sionista. Expulsar a los británicos los obligaría a renunciar al control del Canal de Suez, aumentando así su compromiso con el proyecto del Estado judío, que ofrecería una alternativa territorial.[4] Además, Herzl aprovechó hábilmente la doctrina protestante, que sostiene que el regreso de Cristo seguirá al retorno de los judíos a Palestina, y trabajó para apelar a esta creencia entre los funcionarios religiosos.[5]

En Europa, Herzl se enfrentó a otro desafío: el escepticismo de los judíos sobre la seriedad y viabilidad del proyecto. La carga de tres mil años de fracaso y persecución era pesada. Muchos judíos, particularmente rabinos y grupos religiosos, veían el proyecto como una conspiración contra ellos, y como una continuación de los esfuerzos prolongados de los movimientos antisemitas para expulsarlos de Europa. Estas dudas se intensificaban por el hecho de que el movimiento sionista era secular, no religioso, lo que llevó a algunos a percibirlo como un intento de desplazarlos de sus refugios seguros hacia un lugar donde no

[1] Ibid., pp.29, 66.
[2] Ibid., p.183.
[3] *Diarios* de Herzl, p.27.
[4] Ibid., pp.62–63.
[5] Ibid., p.71.

había garantía de seguridad ni de éxito. A pesar de estas preocupaciones, Herzl y el movimiento sionista, después de él, las abordaron con todos los medios de persuasión y seducción disponibles—si no mediante coerción o incluso violencia. Herzl no representaba simplemente los sueños de los judíos; él y el movimiento sionista trabajaron activamente para movilizar a los judíos en favor de la causa de un Estado judío, ya fuera por elección—si era posible—o por la fuerza. Herzl declaró célebremente: "Los antisemitas serán nuestros amigos más confiables, y los países antisemitas serán nuestros aliados."[1] El movimiento sionista incluso colaboró con los nazis con el objetivo de expulsar a los judíos de Alemania.[2]

La filosofía de Herzl para establecer un Estado judío se basaba completamente en el poder y las herramientas del colonialismo. A partir de intentos previos que habían fracasado en establecer una presencia judía a pesar de considerables esfuerzos financieros y logísticos, el enfoque de Herzl resultó exitoso. La creación de un Estado judío en Palestina no habría sido posible sin el respaldo de las potencias coloniales, con sus métodos coercitivos, ejércitos y flotas—independientemente de las habilidades de Herzl o de las capacidades de la comunidad judía. Esta dependencia del poder colonial fue la clave de su éxito donde otros habían fallado durante más de tres mil años. Sin embargo, esta filosofía tenía un lado oscuro: condujo a la aceptación y sacrificio de muchos judíos en masacres brutales para atraer o presionar a otros a abandonar sus países y emigrar a Palestina.

Desde el principio, Herzl rechazó firmemente avanzar el proyecto del Estado judío mediante una infiltración gradual de judíos en Palestina o mediante la fabricación de un "problema judío" que provocara la intervención de las grandes potencias. Estaba decidido a evitar cualquier apariencia de rebelión judía contra el sultán, ya que esto pondría en riesgo el fracaso o la destrucción total del proyecto. En cambio, buscaba que el Estado judío fuera una decisión tomada por las grandes capitales, con el sultán consintiendo voluntariamente mediante incentivos o siendo presionado por las potencias. Esta estrategia garantizaría la realización

[1] Regina Sharif, pp.164, 166.
[2] Ibid., p.168.

del proyecto, fomentaría la emigración judía, motivaría a los judíos ricos a apoyarlo y financiarlo, y permitiría su establecimiento con mínimas pérdidas.[1]

Herzl y el sultán Abdulhamid II

La estrategia de Herzl lo llevó inevitablemente a buscar una audiencia con el sultán otomano Abdulhamid II, ya que este era el camino más directo para asegurar tierras para los judíos en Palestina, entonces parte del Imperio Otomano. Herzl trabajó diligentemente para concertar una reunión con Abdulhamid y elaborar una propuesta convincente que presentara al Estado judío como beneficioso para el Imperio Otomano, ofreciéndolo como una oportunidad valiosa para el sultán.

La propuesta de Herzl destacaba que un Estado judío en Palestina (intencionalmente alejado de Jerusalén, ya que no se atrevía a sugerir establecerlo allí)[2] serviría como un sólido apoyo y escudo protector para el Imperio Otomano. Argumentaba que los judíos aún sentían una profunda gratitud hacia los musulmanes, especialmente los otomanos, ya que habían sufrido persecución continua en Europa y solo habían encontrado refugio y estabilidad bajo el dominio musulmán. Históricamente, los judíos habían buscado asilo en tierras islámicas para escapar de la Inquisición y la persecución religiosa. Herzl los retrataba como la minoría más leal a los musulmanes, buscando protección idealmente bajo el gobierno del sultán Abdulhamid. Un Estado judío en el Levante, afirmaba, actuaría como un amortiguador contra las ambiciones coloniales europeas, frenando su influencia mientras fortalecía el poder otomano-islámico. Además, los judíos de Europa y Rusia aportarían capital y conocimientos técnicos, estimulando el desarrollo en la región con mano de obra asequible—todo en beneficio del tesoro otomano.[3]

Herzl reforzó su propuesta con una oferta financiera sustancial en un momento en que el Imperio Otomano enfrentaba una grave crisis

[1] *Diarios* de Herzl, pp.20–21, 24, 25, 38, 43, 64, 66–67, 81.
[2] *Diarios* de Herzl, pp.29, 33.
[3] Ibid., pp.57, 173 y ss.

económica, que casi lo obligaba a hipotecar sus finanzas ante una comisión colonial europea para pagar sus pesadas deudas. La oferta de Herzl era de apenas ochenta mil liras, pero enfatizaba que tal propuesta financiera era única. Solo los judíos, sostenía, estaban interesados en comprar tierras que de otro modo carecían de atractivo, presentando a los otomanos una oportunidad para liberarse del dominio europeo.[1]

Además, Herzl prometió hacer esfuerzos para calmar a los armenios y a sus líderes en Europa. Esto ocurría en un período de intensa rebelión, cuando los enemigos del Imperio Otomano intervenían para impulsar su división y conceder independencia a los armenios.[2] Herzl también se comprometió a utilizar su influencia mediática para defender las políticas otomanas y la imagen del sultán en la prensa occidental, que lo representaba de forma distorsionada e incitaba constantemente en su contra.

Sin embargo, el sultán Abdulhamid rechazó esta oferta y pronunció sus famosas palabras a Herzl: "No puedo vender ni un pie de esta tierra, porque no me pertenece a mí, sino a mi pueblo. Mi pueblo adquirió este imperio derramando su sangre. Lo ha sostenido con su sangre, y lo defenderemos con nuestra sangre antes de permitir que alguien nos lo arrebate. Que los judíos se queden con sus miles de millones, porque si el imperio se divide, los judíos podrían recibir Palestina gratuitamente. Pero solo se dividirá sobre nuestros cadáveres, y no aceptaré que nos desmiembren por ningún motivo."[3]

No obstante, Abdulhamid buscó aprovechar la energía y los contactos de Herzl, por lo que no rompió relaciones con él. A través de Izzat Pasha (un asesor cercano de Abdulhamid, árabe de Damasco), tentó a Herzl con una segunda propuesta: la idea de que los judíos compraran Chipre (entonces bajo ocupación británica) y lo regalaran al sultán, junto con dinero adicional, a cambio de un terreno en Palestina. La propuesta intrigó a Herzl,[4] y también se le pidió que calmara a los líderes armenios y a la prensa europea respecto al tema territorial. Herzl

[1] Ibid., pp.25, 35, 55, 174 y ss.
[2] Ibid., p.29 y ss., p.38 y ss.
[3] Ibid., p.35, p.73.
[4] Ibid., pp.35, 66.

hizo grandes esfuerzos en este sentido, esperando que lo acercara a su objetivo. Durante este tiempo, apoyó al Imperio Otomano y a Abdulhamid, temiendo que las potencias europeas buscaran deponer al sultán. Su destitución sería problemática para el movimiento sionista, ya que el nuevo sultán, respaldado por el Occidente, no necesitaría el dinero de los judíos y probablemente abandonaría la idea de un Estado judío. Herzl también apoyó al Imperio Otomano en su guerra contra Grecia, con ayuda de Rusia, lanzando campañas médicas y financieras para apoyar a los otomanos e incluso fundando un periódico para reforzar su posición política.[1] En reconocimiento a sus esfuerzos, y para incentivarlo a hacer más, Abdulhamid otorgó a Herzl una medalla.[2] Mientras tanto, Herzl persistía en promover la idea de un Estado judío, suavizando y cediendo en algunas de sus demandas en cada intento. Incluso sugirió al sultán que asumiera personalmente el liderazgo del movimiento sionista y anunciara que ofrecería Palestina como una provincia bajo su soberanía total, a cambio de un pago anual de un millón de libras.[3]

Considerando el intento de Herzl, el sultán logró explotar con éxito a Herzl y sus esfuerzos, mientras que Herzl no obtuvo nada de Abdulhamid.

Abdulhamid persistió en sus esfuerzos por impedir el asentamiento judío en Palestina. En 1897, estableció un comité especial en Jerusalén para supervisar la aplicación de las restricciones sobre la entrada de judíos al país. En junio de 1898, emitió instrucciones que prohibían a los judíos extranjeros entrar en Palestina a menos que pagaran un depósito de seguridad y se comprometieran a salir en el plazo de un mes. El sultán endureció aún más las regulaciones aeroportuarias, sin conceder excepciones, ni siquiera al vicecónsul británico en Antioquía, únicamente por ser judío. Estas restricciones fueron posteriormente aplicadas con mayor rigor.

En 1901, el sultán promulgó una ley que regulaba las visitas judías a Jerusalén, exigiendo que llevaran un pase de viaje que detallara su trayecto y duración. Este pase debía ser intercambiado por un permiso de

[1] Ibid., p.53 y ss.
[2] Ibid., pp.45–46.
[3] Ibid., pp.28, 33, 34, 38, 45, 52, 55, 66, 73.

residencia temporal, marcado con un color especial, válido por no más de tres meses en Palestina. Los infractores de esta normativa eran tratados con firmeza y decisión.

En 1904, se restableció la ley que prohibía la venta de tierras a judíos de todas las nacionalidades. En 1906, el sultán rechazó la propuesta de Herzl para la Universidad Hebrea. Ese mismo año, Abdulhamid destituyó a Rashid Pasha, gobernador de Jerusalén, tras repetidas quejas sobre sus políticas indulgentes hacia los judíos, y lo reemplazó por Ali Ahmad Bey. Bey realizó esfuerzos significativos para combatir la inmigración judía y desarrollar Jerusalén, manteniéndose firme ante las presiones de quienes se beneficiaban de la migración, ya fueran agentes extranjeros o funcionarios corruptos.

En septiembre de 1907, el sultán emitió una orden que prohibía la transferencia de propiedad de tierras estatales a judíos otomanos, lo que obstaculizó los esfuerzos de los bancos extranjeros para comprar tierras palestinas. Hacia el final de su reinado en 1908, nombró a sus secretarios como gobernadores de Jerusalén para mantener una supervisión directa de la situación a través de su círculo íntimo.[1]

Sin embargo, los esfuerzos de Abdulhamid no dieron los resultados deseados. Por el contrario, la población judía en Palestina creció durante su reinado,[2] debido a varios factores, entre los cuales los más significativos fueron: la corrupción administrativa generalizada en los últimos años del Imperio Otomano, las presiones extranjeras y la influencia de los cónsules, y la colaboración de estas potencias extranjeras y sus cónsules en la emisión de documentos a judíos o en la concesión de protección extranjera, como se mencionó anteriormente. El Imperio Otomano, en su estado debilitado, estaba aquejado por las dolencias de un imperio moribundo. Su capacidad para resistir las presiones extranjeras se había reducido, al igual que su capacidad para reformar su sistema administrativo y renovarlo con personal competente.

---

[1] Abd al-Aziz Awad, vol.3, pp.164–165; Orhan Muhammad Ali, pp.215–216; Naela al-Waʿari, p.202 y ss.; M. Shaʾban Sawwān, *El sultán y la historia*, p.303 y ss.
[2] Véase Awad, pp.158–159; al-Waʿari, pp.206–207.

Además, el crecimiento natural de la población judía y su movimiento regular dentro de los territorios otomanos contribuyeron al aumento general. A pesar de la ocupación de Egipto, Túnez, Argelia y otras tierras durante el reinado de Abdulhamid, el Imperio Otomano no reconoció ni aceptó dichas ocupaciones. Como resultado, los peregrinos y visitantes judíos provenientes de estas regiones no fueron impedidos de entrar, y algunos viajes que comenzaron como peregrinación o visita terminaron en asentamiento.

Desde una perspectiva meramente numérica, podría concluirse que Abdulhamid y los otomanos fracasaron en impedir la migración judía; algunos incluso podrían sugerir que la facilitaron. Sin embargo, si se considera el porcentaje de judíos que lograron establecerse en Palestina en relación con las grandes oleadas de migración judía desde Rusia—frecuentemente impulsadas por conspiraciones extranjeras (estimadas en no más del 25% en el mejor de los casos)—podría argumentarse que Abdulhamid y los otomanos lograron limitar la migración judía y proteger Palestina.

En conjunto, considerando todos estos factores, cifras y perspectivas entrelazadas,[1] queda claro que el sultán Abdulhamid II actuó como un obstáculo significativo para el establecimiento de cualquier Estado judío.[2] Herzl expresó con frecuencia su frustración en sus diarios, sintiendo que Abdulhamid lo había engañado y utilizado sin concederle nada a cambio. En un momento dado, Herzl incluso ofreció tres millones de francos de manera incondicional para demostrar la buena voluntad tanto suya como del movimiento sionista hacia el Imperio Otomano. Esta oferta enfureció al sultán, quien rechazó los fondos y cortó todo contacto posterior.[3]

Herzl propuso entonces establecer una universidad judía en Jerusalén sin costo alguno, presentándola como una institución moderna bajo control otomano que reuniría a los mejores profesores judíos de universidades occidentales de élite. Esto, argumentaba, evitaría que los

[1] Sobre estos factores y perspectivas, véase M. Shaban Sawwan, *El sultán y la historia*, p.320 y ss.
[2] Véase *Diarios* de Herzl, p.211.
[3] Ibid., p.211 y ss.

jóvenes otomanos tuvieran que viajar al Occidente, donde podrían estar expuestos a influencias extranjeras o ser atraídos hacia la oposición al sultán. Sin embargo, el sultán también rechazó esta propuesta.

Al final, hacia el cierre de su vida, Herzl consideró un plan para bombardear el Palacio Yıldız con el fin de asesinar o capturar al sultán, esperando despejar el camino para un gobierno turco que pudiera aceptar conceder Palestina a los judíos. Sin embargo, el temor al posible fracaso del plan lo detuvo.[1] Abdulhamid fue finalmente derrocado en 1909, en un golpe que él consideraba en gran parte resultado de su oposición a la migración judía hacia Palestina. Había anticipado que los objetivos sionistas avanzarían si perdía el trono, y efectivamente, eso fue lo que ocurrió.

Con la caída de Abdulhamid, las puertas a la migración judía se abrieron aún más. Los estudiosos han descrito de forma concisa la diferencia entre la postura de Abdulhamid y la de sus sucesores.[2] Mientras que las posiciones de Abdulhamid eran de principios y estratégicas, haciendo concesiones tácticas ocasionales bajo presión, sus sucesores se guiaban más por el oportunismo que por el principio. Mostraron indulgencia hacia la migración sionista, pero imponían restricciones de forma temporal y táctica cada vez que percibían una amenaza inmediata.[3]

El movimiento sionista después de la muerte de Herzl

Herzl falleció en 1904 a la edad de cuarenta y cuatro años. A pesar de su vida breve, aseguró su lugar en la historia durante siglos, habiendo sembrado las semillas de un sueño largamente sostenido que había permanecido sin realizarse durante tres mil años. Anticipó que el primer Congreso Sionista sería el punto de partida de un futuro Estado, uno que surgiría en cinco años, o cincuenta como máximo. Su predicción resultó

---

[1] Ibid., p.356 y ss.

[2] Véase Awni Farsakh, *El desafío y la respuesta en el conflicto árabe-sionista: raíces del conflicto y sus leyes reguladoras (1799–1949)*, p.223

[3] Véase también George Antonius, *El despertar árabe*, p.365; El-Messiri, vol.6, pp.43–44.

acertada, ya que el Estado emergió cincuenta años después. En sus diarios escribió que la fundación de un Estado "descansa en la voluntad del pueblo de crearlo, pero igualmente en la voluntad de un solo individuo con suficiente fuerza para hacerlo realidad."[1]

Tras la muerte de Herzl, el movimiento sionista atravesó un período de confusión e inestabilidad, bajo líderes que carecían de su nivel de inteligencia y dinamismo, entre ellos David Wolffsohn (1905–1911) y Otto Warburg (1911–1920). Sin embargo, el movimiento recuperó su impulso y fuerza cuando Chaim Weizmann, una figura poderosa, asumió el liderazgo en 1920. Weizmann demostró ser tan capaz y resistente como Herzl, guiando la visión sionista hasta su realización dentro de su propia vida y convirtiéndose finalmente en el primer presidente del Estado de Israel tras su establecimiento.

Esta agitación y confusión que afectó al movimiento sionista sirve como una de las pruebas más contundentes de que el movimiento en sí carecía de la fuerza necesaria para tener éxito en un proyecto tan monumental como el establecimiento de un Estado judío en Palestina. Su éxito fue principalmente el resultado del apoyo de las potencias imperiales europeas. ¿Cómo podría un movimiento, cuyo progreso se había estancado efectivamente durante dieciséis años tras la muerte de su fundador, retomar un proyecto tan ambicioso como el establecimiento de una patria?

Sin embargo, reconocer este hecho no disminuye el inmenso esfuerzo que Chaim Weizmann realizó. Así como el sionismo no pudo establecer una patria únicamente por su propia fuerza, el colonialismo occidental tampoco puede dar vida a un cuerpo sin vida ni revivir una entidad inerte y perezosa. Aunque pueda parecer que Weizmann fue tan decidido y ambicioso como Herzl, fue mucho más afortunado, ya que las circunstancias y los vientos predominantes estaban a su favor. La más significativa de estas circunstancias fue el debilitamiento del Imperio Otomano—comenzando con el golpe contra el sultán Abdulhamid y su destitución en 1909, seguido por la derrota del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial (1914–1918). Las fuerzas británicas ocuparon

[1] *Diarios* de Herzl, p.89.

entonces Palestina e Irak, obteniendo el control sobre Transjordania, lo que eliminó el principal obstáculo para el establecimiento de Israel e introdujo un fuerte aliado para impulsar esta causa.

Por esta razón, la estrategia del movimiento sionista cambió. Durante el reinado del astuto sultán del Imperio Otomano, Herzl rechazó categóricamente la idea de permitir que los judíos se infiltraran y aparecieran como inmigrantes ilegales, ya que esto facilitaría su expulsión y complicaría los esfuerzos por atraer más migrantes. Sin embargo, tras la destitución del sultán, el Octavo Congreso Sionista en La Haya en 1907 decidió apoyar un plan para la infiltración lenta y continua de judíos, organizándola y gestionándola de modo que el sionismo pudiera establecer una presencia que ejerciera presión sobre el Imperio Otomano y buscara protección internacional. Este enfoque fue reafirmado por el Noveno Congreso Sionista en Hamburgo en 1909 y el Décimo Congreso en Basilea en 1911.[1]

[1] Abd al-Aziz Awad, p.262; El-Messiri, vol.6, p.323.

Condiciones en Palestina durante el periodo otomano tardío

Los historiadores suelen destacar las condiciones en Palestina durante el periodo otomano tardío para contrarrestar la afirmación de Herzl y la propaganda sionista que retrata Palestina como "una tierra sin pueblo". Nuestro objetivo aquí, sin embargo, no es refutar esas afirmaciones, sino explorar los factores que hicieron vulnerable a la región frente a la ocupación. Por ello, en lugar de centrarnos en los signos de civilización, desarrollo y cultura presentes en Palestina en ese momento, examinaremos las debilidades internas de la tierra y su gente que contribuyeron a ese desenlace.

El estado del Imperio Otomano: "Ausencia de resistencia"

El historiador Ibn al-Athīr explicó la rápida expansión de los mongoles por las tierras islámicas y el colapso de estos territorios ante ellos diciendo: "Su éxito se debió a la ausencia de resistencia. Esta ausencia surgió porque el Shah de Khwarazm, Muhammad, había tomado el control de las tierras, matado a sus reyes y eliminado a sus gobernantes, quedando él como único soberano de todos los territorios. Así, cuando fue derrotado, no quedó nadie en esas tierras que pudiera resistir o protegerlas."[1]

Esta observación aguda merece ser considerada como una teoría clave en los estudios políticos e históricos. Cuando un Estado, gobernante o sultán centraliza el poder, concentrando la autoridad en sus propias manos mientras debilita las fuerzas circundantes, todo el sistema se vuelve dependiente de su liderazgo. En consecuencia, si es derrotado, muere o sufre una desgracia, toda la estructura se derrumba. Este

[1] Ibn al-Athīr, *al-Kāmil fi al-Tārīkh*, vol.10, p.335.

escenario ofrece una de las explicaciones más claras para la condición del Imperio Otomano en sus últimos años.

Durante su declive, el Imperio Otomano emprendió un proceso de "modernización", un modelo occidental y secular de gobierno y administración que concentró el poder en manos de la autoridad gobernante, alejándola de la sociedad. Gradualmente, y a menudo sin darse cuenta, el Estado otomano se apartó del sistema islámico que se había basado en un "equilibrio de poderes". Este cambio reflejaba la teoría de Ibn Jaldún según la cual los pueblos conquistados tienden a imitar a sus conquistadores. Sin embargo, esta modernización no tuvo el efecto fortalecedor que los otomanos esperaban. A pesar de adoptar el modelo europeo, los otomanos continuaron sufriendo derrotas a lo largo del siglo XIX. Esto se debe a que el ascenso de Europa no fue únicamente resultado de la modernización, y el declive otomano no puede atribuirse simplemente a su fracaso en modernizarse.

Lo que nos interesa aquí es la creciente centralización y monopolización del poder dentro del Estado otomano, al expandir su aparato burocrático para abarcar todos los territorios restantes bajo su dominio, incluida Palestina. Esta vasta e intrusiva burocracia, profundamente entretejida en el tejido social, erosionó progresivamente la cohesión social, debilitó las fuentes locales de fortaleza y disminuyó la capacidad de autosuficiencia. Como resultado, la sociedad perdió la habilidad de gestionar sus asuntos de forma independiente y de restaurar el orden frente al caos o la corrupción dentro de la administración otomana.

Además, el declive del Imperio Otomano abrió la puerta a una influencia extranjera significativa por parte de las potencias occidentales y de Rusia, especialmente a través de su apoyo a las minorías cristianas y judías, lo que fortaleció sus privilegios e influencia. Esta dinámica desempeñó un papel clave en el surgimiento del nacionalismo árabe, liderado por cristianos árabes en el Levante, junto con el ascenso del nacionalismo turco. Estas regiones islámicas, influenciadas por las ideologías nacionalistas que se difundían en el Occidente, vieron surgir movimientos apasionados que abogaban por la independencia árabe en

los territorios árabes y por la turquificación de los árabes dentro del gobierno otomano.

La situación había cambiado respecto a lo que era antes. En el periodo otomano tardío, cualquier persona nacida en Palestina, como la mayoría de los árabes en ese momento, no tenía dudas ni vacilaciones al identificarse como otomano. Era su identidad, su vínculo y su sentido de pertenencia. Aunque sus raíces fueran árabes, se encontraba en las calles, barrios y escuelas con otro niño de origen turco, que a menudo tenía un nombre árabe. Este niño turco no se veía a sí mismo simplemente como turco, sino también como otomano. Ambos estudiantes se unían en el estudio de geografía o historia, o al cantar himnos que alababan al Imperio Otomano y sus victorias.[1]

La ruptura ya había comenzado, y su crisis se profundizó con la agitación que siguió a la deposición de Abdulhamid y la entrada del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial. Fue una época marcada por una intensa sospecha, durante la cual el nacionalismo turco se consolidó como fuerza dominante, especialmente evidente durante la era del Comité de Unión y Progreso. Este periodo vio el ascenso de un régimen militar turco secular que aplicó políticas de turquificación en el Levante, impuso un control estricto sobre las provincias árabes y ejecutó medidas punitivas con rapidez. Fue una era amarga, personificada por el gobierno severo de Jamal Pasha en el Levante.

Por otro lado, la idea del nacionalismo árabe había evolucionado significativamente. Ya no era simplemente un llamado de unos pocos cristianos en el Levante; los británicos se habían involucrado, atrayendo al Sharif Hussein—el Sharif de La Meca y gobernante del Hiyaz—con la promesa de un califato árabe, con él a la cabeza.[2] Curiosamente, este califato estaba destinado a limitarse a los territorios árabes bajo control otomano, razón por la cual su lema era "De Rafah a Taurus",[3] y no "del Atlántico al Golfo". Era un "califato" diseñado según el modelo de la

[1] Ahmad al-Shuqeiri, *Obras completas*, vol.3, p.719 y ss.
[2] Véanse las cartas intercambiadas entre Sharif Hussein y McMahon, el alto comisionado británico en Egipto, en: Archivo de Documentos sobre Palestina, vol.1, p.169 y siguientes
[3] Shuqeiri, vol.3, p.727.

ocupación occidental. Más que una idea, se había convertido en una realidad peligrosa, ya que el Sharif Hussein y sus fuerzas árabes se rebelaron, abriendo un nuevo frente contra los otomanos en un momento crítico, cuando ya estaban debilitados por la guerra mundial.

Aquí comenzó un ciclo de cuestiones interconectadas, cada una amplificando a la otra y escalando las tensiones: errores, pasos en falso e incluso políticas y acciones ordinarias eran rápidamente interpretadas como expresiones de nacionalismo árabe o turco, lo que provocaba una respuesta contraria alimentada por sentimientos nacionalistas en reacción.

Cuando el Imperio Otomano fue derrotado en la Primera Guerra Mundial, la sociedad quedó en un estado que ejemplificaba el concepto de Ibn al-Athīr de "ausencia de resistencia". Para ese momento, la sociedad ya había perdido gran parte de su autosuficiencia. Muchos de sus miembros habían perecido en la guerra—ya fuera reclutados en el ejército otomano derrotado, o uniéndose a las fuerzas del Sharif Hussein, cuyos lemas públicos llamaban a rebelarse contra el Comité de Unión y Progreso y a restaurar el califato musulmán otomano oprimido. Otros se dispersaron, huyendo de los horrores de la guerra, el hambre y las tragedias del desplazamiento.

Así, en Palestina, solo quedaban las formas más fundamentales de cohesión social: los vínculos de familia, tribu y clan. Dentro de estos grupos, eran principalmente los acomodados—quienes se habían establecido en las ciudades y mantenían vínculos con el aparato administrativo otomano—los que destacaban. Estos individuos eran a menudo quienes priorizaban, o más bien podían permitirse, enviar a sus hijos a estudiar en las grandes capitales como Estambul, El Cairo, Londres y París, esforzándose por preservar su posición social.[1]

Por lo tanto, cuando los británicos entraron en Palestina, encontraron una sociedad en este estado fragmentado. Las élites y figuras prominentes restantes estaban abiertas a la negociación por diversos medios: ya fuera mediante promesas de preservar sus posiciones sociales, privilegios e influencia; apelando al sentimiento nacionalista árabe que

[1] Rashid Khalidi, p.35.

los británicos promovían activamente en ese momento; o mediante el atractivo del progreso y el modelo occidental de modernización, que había cautivado a algunas de estas élites y a sus hijos educados en el extranjero. Estos incentivos se contrarrestaban con la cruda realidad de la falta de medios para oponerse a la presencia británica. ¿Qué podía hacer una población pequeña y pobre frente a un imperio poderoso que acababa de vencer a las grandes potencias del mundo?

Un líder nacionalista árabe de Acre relató haber escuchado a ancianos referirse con nostalgia a la era otomana como "los días de prosperidad y dignidad."[1] Incluso aquellos que, bajo el dominio británico, llegaron a ver el periodo otomano como una ocupación, lamentaban la pérdida de la unidad de las tierras árabes, ya que la unidad árabe había sido una realidad bajo el dominio otomano—aunque "bajo ocupación". Pero con la llegada de los británicos y franceses, esa unidad se disolvió, reemplazada por ocupación y fragmentación, y la bandera de la unidad árabe desapareció.[2]

La civilización islámica ofreció un ejemplo sin precedentes en el trato justo y compasivo hacia las minorías, integrándolas y protegiendo sus derechos de una manera que ninguna otra civilización ha igualado en la historia.[3] Algunos que leen la historia desde una perspectiva materialista o no islámica podrían argumentar que los musulmanes, en su generosidad y tolerancia hacia las minorías no musulmanas, sin querer sentaron las bases de su propio declive. Con el tiempo, estas minorías se volvieron contra ellos, asestando un golpe profundo a la unidad y fortaleza de la nación y su civilización.

Cuando el historiador judío Shahin Makarios revisó la historia de los judíos, reconoció que los judíos encontraron en el mundo musulmán un nivel de aceptación que no experimentaron bajo ninguna otra nación.

---

[1] Shuqeiri, vol.3, p.722.

[2] Ibid., vol.3, p.739; véase también Bahjat Abu Gharbieh, *En servicio de la lucha árabe palestina*, p.19.

[3] Cuando el historiador judío Shahin Makarios revisó la historia de los judíos, reconoció que los judíos encontraron en el mundo musulmán un nivel de aceptación que no experimentaron bajo ninguna otra nación. Señaló solo dos incidentes de persecución a lo largo de las eras islámicas—y aun estos dos casos son objeto de debate y discusión. Véase Shahin Makarios, pp.65–66, 70, 72.

Señaló solo dos incidentes de persecución a lo largo de las eras islámicas—y aun estos dos casos son objeto de debate y discusión.

Sin embargo, no compartimos esa visión. Más bien, creemos que si pudiéramos retroceder en el tiempo, volveríamos a acoger a las minorías con la máxima buena voluntad, tal como lo ordena nuestra religión. El origen de los problemas radicó en apartarse de nuestros principios al asignar a las minorías puestos sensibles y depositar en ellas plena confianza, a pesar de saber—como Dios advierte en la sura Āl ʻImrān:

﴿ يَا أَيُّهَا الَّذِينَ آمَنُوا لَا تَتَّخِذُوا بِطَانَةً مِّن دُونِكُمْ لَا يَأْلُونَكُمْ خَبَالًا وَدُّوا مَا عَنِتُّمْ قَدْ بَدَتِ الْبَغْضَاءُ مِنْ أَفْوَاهِهِمْ وَمَا تُخْفِي صُدُورُهُمْ أَكْبَرُ ﴾

"Oh vosotros que habéis creído, no toméis como confidentes a quienes no son de los vuestros. No escatimarán en corromperos. Desean que sufráis. Ya ha aparecido el odio en sus bocas, y lo que ocultan sus corazones es aún mayor." [3:118]

Además, fue la debilidad militar y política lo que volvió vulnerable a nuestra nación frente a amenazas internas y externas. Incluso una nación noble se convierte en blanco fácil cuando es débil. La fuerza es el mejor resguardo para la moral; como dice el refrán, la firmeza es la cerca de la justicia, y la misericordia mal ubicada no es más que una forma de debilidad.

La dolorosa historia del sionismo es, en esencia, el relato de cómo el judaísmo y la mentalidad cruzada protestante se volvieron contra el mundo islámico—un mundo que durante siglos les había ofrecido santuario y protección, especialmente en momentos en que enfrentaban el peligro de exterminio. Encontraron seguridad y refugio en tierras musulmanas en momentos en que los musulmanes, si lo hubieran querido, podrían haberlos eliminado sin que ninguna potencia externa interviniera para defenderlos.

Numerosos historiadores judíos y protestantes han atestiguado esta realidad, demasiado extensa para cubrirla por completo aquí. Sin embargo, algunos ejemplos clave sobre la relación entre judíos, protestantes y el Imperio Otomano merecen ser destacados. Uno de ellos

proviene del historiador israelí Michael Winter, quien comentó: "Aunque el Imperio Otomano era un Estado islámico suní conservador, también era un Estado ilustrado. La visión equilibrada del sultán hacia sus súbditos, combinada con perspectivas doctrinales y científicas, mejoró significativamente la situación de los judíos en todo el imperio. Durante el periodo otomano, especialmente para los judíos que trabajaban en el Departamento del Tesoro, alcanzaron alturas que nunca antes habían conocido, o al menos no desde la era fatimí en la Edad Media."[1] Como resultado, el Imperio Otomano se convirtió en un "santuario de libertad religiosa"[2] para los judíos expulsados de la España y Portugal católicas en los siglos XV y XVI, así como para los perseguidos y expulsados del Imperio ruso y de Europa oriental en los siglos XVIII y XIX.

Además, el historiador judío estadounidense Salo W. Baron, considerado "el más grande historiador judío del siglo XX", testificó que "los centros más prósperos de comunidades judías, desde el surgimiento del califato hasta la abolición de los guetos judíos en Europa, se encontraban en tierras islámicas: en Irak bajo el dominio abasí, en España durante el periodo bereber, y más tarde en el Imperio Otomano." [3]

Los protestantes, originalmente una facción disidente de la Iglesia Católica occidental, vivieron una historia marcada por masacres, persecuciones y guerras brutales. En su momento de necesidad, solo encontraron refugio en el Imperio Otomano. El historiador protestante británico Thomas Arnold señala que el trato otomano hacia los súbditos cristianos "demuestra una tolerancia que en ese tiempo era completamente desconocida en el resto de Europa. Los calvinistas de Hungría y Transilvania, y los unitarios de esta última región, durante mucho tiempo prefirieron someterse a los turcos antes que caer en manos de la fanática casa de Habsburgo; y los protestantes de Silesia miraban con ojos esperanzados hacia Turquía y habrían aceptado

[1] Michael Winter, *Relaciones judías con el sultán y la sociedad no judía*, en *Historia de los judíos en Egipto durante el periodo otomano*, por Yaqub Landra, trad. Jamal Ahmed al-Rifa'i y Ahmed Abdel-Latif Hamad. El Cairo: Consejo Supremo de Cultura, 2000, p.472.

[2] Carl Brockelmann, *Historia del pueblo islámico*, 5.ª ed. árabe, pp.489–490.

[3] Hamilton Gibb y Harold Bowen, *La sociedad islámica y Occidente*, 1.ª ed. árabe, vol.2, p.310.

gustosamente la libertad religiosa a cambio de someterse al gobierno musulmán. Fue hacia Turquía que los judíos españoles perseguidos huyeron en enormes números a finales del siglo XV, y los cosacos pertenecientes a la secta de los Viejos Creyentes, perseguidos por la iglesia estatal rusa, encontraron en los dominios del sultán la tolerancia que sus hermanos cristianos les negaban."[1]

Los judíos y cristianos en Palestina vivían de forma similar a como lo hacían en otras partes del mundo islámico, especialmente en Egipto y el Levante, ya que estas regiones solían estar gobernadas por la misma autoridad a lo largo de la historia islámica. Como resultado, los judíos y cristianos en Palestina no enfrentaban desafíos únicos o distintos durante ese periodo.

Esta situación solo comenzó a cambiar cuando el Imperio Otomano se debilitó y las potencias europeas empezaron a intervenir bajo el pretexto de proteger a las minorías. La competencia se centró principalmente en las minorías cristianas: Rusia se enfocaba en los ortodoxos, y Francia en los católicos y maronitas. Los judíos, sin embargo, permanecieron en gran medida al margen hasta el ascenso del sionismo en Gran Bretaña, tras el predominio del protestantismo allí—como se mencionó anteriormente. Los británicos vieron a los judíos como una minoría que podían aprovechar, del mismo modo que otras potencias competidoras se apoyaban en sus propias minorías. En medio de la resistencia otomana y el fracaso de las iniciativas occidentales, la situación de la minoría judía no experimentó un cambio significativo dentro del contexto imperial. Incluso hacia finales del siglo XIX, los judíos no enfrentaban ninguna crisis o problema distintivo en el Imperio Otomano. De hecho, se les describía como "no se rebelan, no causan disturbios, no se quejan ni sufren, sino que alaban al Estado (otomano) día y noche, en tiempos buenos y malos, expresando constantemente gratitud por su protección y cuidado. Esto se debía a que ningún Estado europeo afirmaba defenderlos."[2]

[1] Thomas Walker Arnold, *La predicación del Islam*, p.134.
[2] Mustafa Kamil Pasha, *La cuestión oriental*, p.8.

Incluso las oleadas de migración judía que se intensificaron tras la persecución rusa de 1881, aumentando la presencia judía en Palestina, tuvieron un impacto limitado. La mayoría de estos migrantes eran refugiados empobrecidos, cuyas vidas estaban marcadas por la dificultad y la precariedad. Dependían en gran medida de donaciones y asistencia financiera de judíos adinerados, sin los recursos necesarios para impulsar un cambio significativo por sí mismos. Además, sus circunstancias no indicaban que pudieran representar una amenaza sustancial de manera independiente.

Era común que muchos judíos que llegaban a Palestina durante sucesivas oleadas migratorias acabaran marchándose en busca de mejores oportunidades en Europa, América u otros lugares.[1] Para muchos, la fe en la "tierra prometida" estaba ausente o no era suficiente para motivarlos a quedarse. Sin embargo, algunos sí permanecieron, ya fuera por convicción religiosa o porque lograron mejorar sus condiciones de vida participando en proyectos financiados por el movimiento sionista y benefactores judíos durante ese periodo.[2]

Este cambio en la situación de los judíos se produjo tras el derrocamiento del sultán Abdulhamid II en 1909. Este evento sumió al Imperio Otomano en un ciclo de agitación, con frecuentes cambios de gobierno y golpes de Estado, lo que abrió la puerta a riesgos en múltiples frentes, entre ellos:

1. El nombramiento de varios judíos en altos cargos gubernamentales durante este periodo.
2. Una necesidad urgente de fondos, que llevó a negociaciones con el movimiento sionista, el cual ofrecía apoyo financiero a cambio de levantar las restricciones sobre la inmigración judía. Esto condujo a la venta de algunas tierras estatales en Palestina.
3. La inestabilidad general causada por los constantes cambios de gobierno en la capital, lo que facilitó la adquisición de tierras y permitió una mayor explotación de vacíos legales.

[1] Michael Oren, p.306.
[2] El-Messiri, vol.7, pp.99–91.

4. Una ola sostenida de emigración judía desde Rusia, tras su derrota ante Japón y la agitación política resultante.[1]

En medio de esta agitación, los judíos en Palestina dieron otro paso decisivo al establecer una guardia armada para sus asentamientos en 1909, marcando el inicio de lo que se convertiría en el ejército sionista. Dos años después, en 1911, solicitaron formalmente que el hebreo fuera reconocido como lengua oficial.

Sin embargo, el apoyo de los judíos a los Aliados durante la Primera Guerra Mundial contra el Imperio Otomano, entonces bajo dominio unionista, provocó que los otomanos se volvieran contra ellos. Jamal Pasha, comandante otomano en Siria, recibió información sobre un complot sionista para establecer un Estado judío en Palestina. En respuesta, lanzó una campaña amplia contra las instituciones judías, confiscó sus bienes, desarmó a las guardias de los asentamientos y prohibió el uso de la bandera judía o cualquier señal en hebreo.[2]

La derrota del Imperio Otomano siguió poco después, poniendo fin a su dominio sobre Siria tras la Primera Guerra Mundial. Esto marcó el cierre de una era y el comienzo de otra.[3]

Aquellos judíos que vivieron en tierras musulmanas disfrutaron de una prosperidad que no encontraron en ningún otro lugar; sin embargo, cuando percibieron una oportunidad para volverse contra quienes los habían honrado y protegido, no dudaron. No obstante, esta historia también revela la grandeza de nuestra nación y la nobleza de su carácter. Incluso en sus momentos más débiles, el Imperio Otomano buscó una solución para proteger a los judíos de la persecución y la violencia, al tiempo que procuraba que no se convirtieran en una amenaza. Pero ellos eligieron convertirse en una amenaza y servir como aliados de las potencias occidentales en la desintegración del imperio.

---

[1] Abd al-Aziz Awad, vol.3, p.169 y ss.; El-Messiri, vol.7, p.90.
[2] Arif al-Arif, *Historia detallada de Jerusalén*, vol.1, p.547.
[3] El Dr. Abd al-Aziz Awad revisó brevemente las etapas del asentamiento judío en Palestina desde la entrada de Muhammad Ali en Siria hasta el final de la era otomana, en un estudio publicado en la *Revista Histórica Egipcia*, número 21, p.253 y ss.

A los colonos sionistas se les ofreció constantemente la oportunidad de adquirir la ciudadanía otomana y establecerse en Palestina como otomanos, en lugar de como una presencia colonial respaldada por potencias extranjeras. El problema no era simplemente miles de judíos sin Estado o que buscaban refugio ante la opresión; era el establecimiento de una población extranjera que evolucionaría hacia un Estado colonial de orientación occidental—uno que finalmente rechazó la solución ofrecida.[1]

Al leer la historia, es esencial distinguir entre los judíos nativos que vivieron bajo el Imperio Otomano y aquellos que llegaron del extranjero. Los primeros representaban mucho menos daño y amenaza; de hecho, muchos de ellos temían al sionismo y a la creación de Israel. Con el tiempo, sin embargo, se integraron al movimiento dominante, adoptando sus objetivos y metas, y así se convirtieron en parte de él. Al hacerlo, se volvieron contra la civilización islámica y traicionaron a los musulmanes que durante tanto tiempo los habían honrado. Aunque su implicación en esta gran transgresión es innegable, sigue siendo menos significativa que la de los colonos extranjeros.[2]

También es importante recordar que hubo judíos, incluso entre los inmigrantes sionistas, que gozaron de seguridad y respeto por parte de los árabes, incluso en el punto álgido de los conflictos posteriores. La razón era sencilla: sabían convivir e interactuar con su entorno árabe con respeto y buen carácter.[3]

[1] El-Messiri, vol.6, p.43; Roger Garaudy, *Los fundamentos míticos de la política israelí*, pp.29–30.
[2] Véase Bahjat Abu Gharbieh, pp.16, 28; Rashid Khalidi, p.48.
[3] *Autobiografía de Ariel Sharon*, ed. árabe, p.20; Roger Garaudy, pp.29–30.

El periodo de la ocupación británica

Las rivalidades internacionales y los intereses contrapuestos entre Gran Bretaña**,** Francia y Rusia contribuyeron a prolongar la existencia del Imperio otomano. Mientras el imperio seguía debilitándose, estas potencias a menudo chocaban entre sí y dudaban en emprender una guerra costosa para repartirse su legado, lo cual permitió que el imperio resistiera un poco más. Desde su posición debilitada, el sultán Abdulhamid II intentó maniobrar entre esas rivalidades, esperando que un gran conflicto entre ellas ofreciera una oportunidad para el resurgimiento otomano. Sin embargo, aquellas potencias pospusieron sus conflictos y los resolvieron a costa suya, lo que se tradujo en una erosión gradual del imperio durante su reinado. La guerra anticipada estalló solo cinco años después de su destitución**.**

La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias

Aunque la Primera Guerra Mundial fue, en esencia, un conflicto europeo con poca participación inicial de los otomanos, su impacto inevitablemente se extendería a los territorios ocupados por ellos —como Egipto y el Norte de África— y sus consecuencias afectarían a las regiones no ocupadas: el Levante, Iraq, la Península Arábiga, el Cáucaso y Anatolia. Por ello, resultaba crucial para los otomanos evaluar la postura de las grandes potencias. Las fuentes indican que los Aliados estaban decididos a desmantelar el Imperio otomano tras la guerra y se negaron a ofrecer garantías o acuerdos que protegieran sus tierras. Ante esta incertidumbre, los otomanos se vieron forzados a aliarse con Alemania y las Potencias Centrales.[1]

La guerra concluyó, tras numerosos episodios, con la derrota de las Potencias Centrales, incluido el Imperio otomano, que perdió Iraq y la

[1] Shakib Arslan, Una autobiografía, p.99 y ss., p.187.

Península Arábiga. Sin embargo, lo que aquí nos concierne especialmente es lo ocurrido en el Levante, concretamente en Palestina.

Durante la guerra, los británicos formularon tres promesas clave: una a los árabes, otra a los **judíos**, y una con Francia. Fueron las siguientes:

1. **Promesa a los árabes (Husayn–McMahon/Faisal–Weizmann):**

   Gran Bretaña prometió a Sharif Husayn ibn ʻAlī, gobernante del Hiyaz, que se convertiría en califa árabe de un amplio Estado que incluiría el Levante, Iraq y la Península Arábiga. Se forjó una alianza sólida entre ambas partes, y Husayn y sus hijos, Faisal y Abdullah, se convirtieron en algunos de los aliados más leales del imperio británico. A cambio, combatirían a las fuerzas otomanas en el Hiyaz y en el Levante. Husayn abrazó por completo esta ruptura con Estambul, infligiendo un golpe significativo a los otomanos en su momento de mayor vulnerabilidad.[1] Además, los británicos aseguraron la aprobación de Faisal a la Declaración Balfour y la facilitación de la inmigración judía mediante el Acuerdo Faisal–Weizmann (firmado con el líder sionista Chaim Weizmann) el 3 de enero de 1919. En dicho acuerdo, Faisal aceptó renunciar a Palestina a cambio de un Estado árabe gobernado por su padre y sus hermanos.

   Una vez asentado el polvo, la traición británica quedó clara: Husayn perdió el Hiyaz a manos de ʻAbd al-ʻAzīz Āl Saʻūd y fue desterrado a Chipre, sin recibir nada a cambio. Los británicos nombraron a su hijo ʻAbdullah gobernante de un territorio desértico que más tarde se conocería como "Jordania", mientras Faisal fue proclamado rey de Siria. Cuando surgió una disputa entre Francia y Gran Bretaña por el reparto de Siria e Iraq, ambas acordaron que Francia controlaría Siria, y Gran Bretaña se quedaría Palestina. Tras la ocupación francesa de Siria, Gran

[1] Para una breve explicación del papel importante que desempeñaron las fuerzas de Sharif Hussein en el apoyo a los británicos y la derrota de los otomanos, véase: Liddell Hart, La estrategia y su historia en el mundo, traducido por Haytham Al-Ayyoubi, 4.ª ed., Beirut: Dar Al-Talîa, 2000, p.179 y siguientes.

Bretaña trasladó a Faisal a Iraq y lo hizo su rey. Lo significativo aquí es que el Reino de Jordania fue esencialmente un régimen creado por los británicos para uno de sus agentes más leales, 'Abdullah ibn Husayn. Este régimen desempeñaría un papel crucial en la cuestión palestina desde entonces hasta hoy.

Conviene señalar que, antes de estos amargos desenlaces, la opinión predominante en Palestina era que el Califato otomano constituía la autoridad legítima, y que Sharif Husayn había quebrantado el islam al desafiar al califa otomano, Mehmed V Reşad.[1]

2. **Promesa a los judíos (Declaración Balfour):**

El ministro de Asuntos Exteriores, Arthur James Balfour, emitió su famosa declaración prometiendo el establecimiento de un "hogar nacional" judío en Palestina. El texto decía:

"El Gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará sus mejores esfuerzos para facilitar la consecución de este objetivo, entendiéndose claramente que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, ni los derechos y el estatus político de que gozan los judíos en cualquier otro país."

La declaración trataba a Palestina como una tierra sin pueblo ni dueño, considerando a sus habitantes como simples "comunidades no judías." Esta promesa fue refrendada por el presidente estadounidense Woodrow Wilson (el 31 de agosto de 1918) en una carta similar al líder sionista estadounidense rabí Stephen Wise.[2] Wilson lo reiteró en su mensaje a la Conferencia de Paz de París, alentando el retorno judío a Palestina y

[1] Ahmad al-Shuqeiri, vol.3, p.722.
[2] Regina Sharif, p.127.

prometiendo que la Sociedad de Naciones reconocería un Estado judío una vez establecido.[1]

La importancia práctica de la Declaración Balfour radica en que constituyó el mayor éxito de los esfuerzos sionistas: una gran potencia mundial no solo adoptó sus demandas, sino que abanderó su causa, proporcionando al proyecto sionista el respaldo de un Estado y no solo el de una organización judía. Además, fortaleció al movimiento sionista frente a críticos judíos internos que dudaban de sus objetivos o de su viabilidad; atrajo más apoyos y fondos y —tal vez lo más importante— alentó la inmigración judía a Palestina, ahora bajo la protección de una gran potencia.

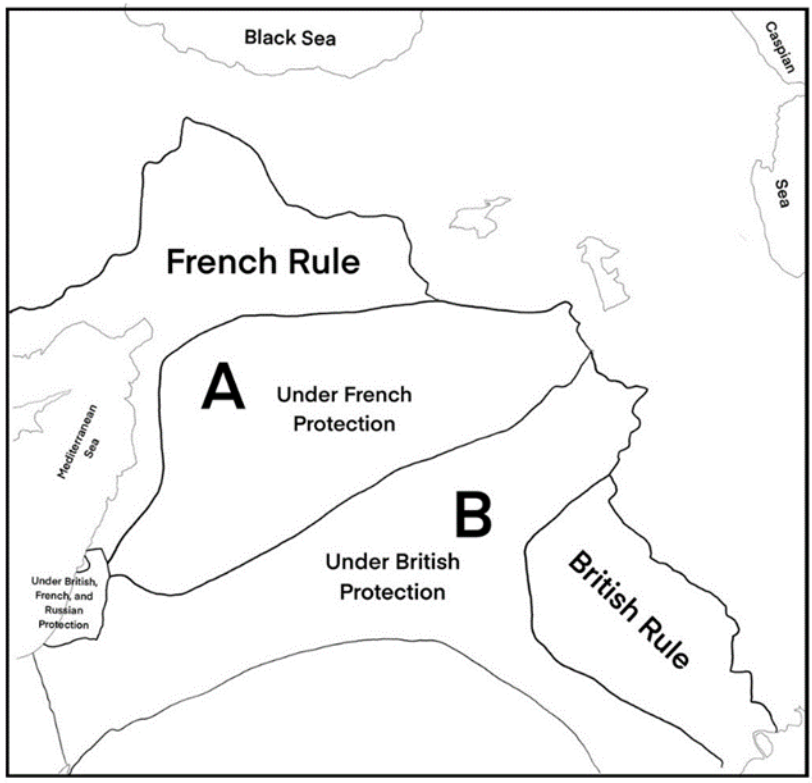
3. **Acuerdo con Francia (Sykes–Picot):**

   Gran Bretaña y Francia llegaron a un acuerdo para dividir los territorios del Levante**,** Iraq, el este de Arabia y el este de Anatolia heredados de los otomanos: el acuerdo Sykes–Picot. Firmado por el diplomático británico Mark Sykes y el francés François Georges-Picot, establecía el reparto del Levante e Iraq, situando la parte norte de la Palestina actual, **incluida** Jerusalén, bajo mandato internacional. Sin embargo, los británicos acabaron tomando el control directo de Palestina, incumpliendo el acuerdo. Al mismo tiempo, Francia tomó Damasco y colocó a Siria bajo su dominio directo. En consecuencia, Gran Bretaña trasladó al rey Faisal ibn Husayn a Iraq, y se fijaron en gran medida las **fronteras modernas** de la región, dividiendo el Levante en cuatro Estados: Jordania, Siria, Líbano y Palestina.

Es evidente que, de las tres promesas, solo se cumplió una: la Declaración Balfour; las otras dos quedaron vacías por la maniobra política británica. La víctima principal de esta traición fue Sharif Husayn, que pronto pagó el precio de su deslealtad: terminó exiliado en Chipre. Él mismo confesó que no podía pagar el alquiler de la casa que le asignaron. Su historia es un ejemplo contundente de traición. A pesar de su intenso anhelo de trono, Husayn reconoció repetidamente que los británicos lo engañaban;

[1] Ibid., p.129.

aun así, no se detuvo a reflexionar ni a protegerse. Puso todo su futuro en manos británicas, confiando en ellas sin reservas—una fe ciega que lo condujo a su caída. Nada de esto habría sido posible sin la victoria británica en la guerra y la posterior entrada de sus ejércitos en Jerusalén.



Sykes-Picot Agreement

May 1916

La ocupación de Palestina y Jerusalén

La conquista de Jerusalén no fue tarea fácil, pero Gran Bretaña contaba con una ventaja militar clara y una posición estratégica crucial al haber ocupado Egipto desde 1882. Durante esas décadas, Gran Bretaña controló los recursos egipcios, lo que le permitió movilizar recursos humanos y financieros para reforzar su posición militar. Más de medio millón de egipcios fueron incorporados a las fuerzas británicas,[1] y combatieron junto a ellas contra el ejército otomano y diversas insurrecciones islámicas en regiones como Darfur, Libia y más allá. Con todo, lo que aquí nos ocupa es el frente palestino.

El Canal de Suez era la piedra angular de la red colonial británica: una vía acuática crítica construida inicialmente bajo la dinastía de Muhammad ʻAlī**.** Este canal supuso una grave brecha en la seguridad árabe e islámica, pues brindó a Gran Bretaña una ruta directa vital para transportar tropas y recursos desde la India en el este hasta el Atlántico en el oeste. Conscientes de su importancia estratégica, los otomanos buscaban recuperar el control del canal, mientras que los británicos estaban decididos a defenderlo y mantener a raya a los otomanos. Ello derivó en duros combates cerca de Gaza, culminando en las "Tres Batallas de Gaza"**.** Los otomanos vencieron en las dos primeras, lo que obligó a los británicos a relevar a su comandante, Murray, y reemplazarlo por uno de sus generales más capaces, Edmund Allenby, quien finalmente aseguró la victoria británica en la tercera batalla de Gaza, abriendo así el frente palestino.

Las fuerzas egipcias integradas en el ejército británico fueron decisivas en esta campaña que condujo a la pérdida de Palestina. Su contribución fue más allá del combate: ingenieros y obreros egipcios construyeron infraestructuras esenciales para transportar agua potable y

[1] Para más información sobre los campesinos egipcios que fueron forzados a alistarse en el ejército británico y sus condiciones trágicas, véase: Mohamed Abul-Ghar, La legión egipcia: el crimen de secuestrar a medio millón de egipcios, 1.ª ed. árabe, El Cairo: Dar Al-Shorouk, 2022. La investigación sobre este tema se basa principalmente en el estudio del historiador estadounidense Kyle Anderson, El cuerpo laboral egipcio. Su traducción al árabe fue publicada recientemente en El Cairo por el Centro Nacional de Traducción, 2023.

suministros a través del árido desierto del Sinaí, apoyando a las tropas británicas. Este apoyo logístico permitió a los británicos sostener la campaña y triunfar en la tercera batalla de Gaza.

El 17 de diciembre de 1917, el general británico Allenby entró en Jerusalén, y un titular de prensa británico proclamó: "Las Cruzadas han terminado." Las fuerzas británicas prosiguieron su avance hacia el norte, ocupando el resto de Palestina **y** desoyendo su acuerdo previo con los franceses, y completaron la ocupación en 1918.

Muchas interpretaciones han tratado de explicar el firme apoyo británico al proyecto sionista. La cuestión suele analizarse a la luz de la retirada forzada británica décadas después. En aquel momento, sin embargo, dicho apoyo no resultaba sorprendente. Las potencias coloniales tenían un ímpetu arraigado por el control, la expansión y la hegemonía. Gran Bretaña vio una oportunidad única: el Imperio otomano debilitado y cerca del colapso; una férrea competencia con otras potencias (en especial Rusia, Alemania y Francia); la importancia estratégica y religiosa de la región; y afinidades ideológicas entre protestantismo y judaísmo. Todo ello convirtió la influencia y el control sobre Palestina en una pieza esencial de la ambición colonial británica. Cuando Gran Bretaña se lanzó a impulsar un Estado judío, desde luego no preveía retirarse treinta años más tarde. Más bien, imaginaba que el Estado judío permanecería bajo soberanía británica, de forma similar a lo ocurrido en Egipto, Iraq y Jordania, donde las fuerzas británicas mantenían presencia militar y autoridad última, mientras gobiernos locales gestionaban la administración diaria y proyectaban una apariencia de autonomía nacional ante la opinión pública.

La preparación británica para Israel

La primera unidad militar judía entró en Palestina junto al ejército británico, con el respaldo de Gran Bretaña allanando el camino. Chaim Weizmann visitó Jerusalén, no como inversor como lo había hecho en el pasado, sino ahora como líder del proyecto sionista, iniciando rápidamente esfuerzos para avanzar sus objetivos. Para 1919, había establecido los cimientos de una red de inteligencia sionista, destinada a recopilar información detallada sobre la tierra, sus habitantes, las

posibilidades de adquisición de tierras, las fuentes potenciales de resistencia y más. De este modo, la estructura de seguridad y defensa del futuro Estado sionista comenzó a tomar forma, treinta años antes de su declaración oficial.

Dos años antes de que las fuerzas británicas entraran en Jerusalén, un ministro sionista en el gobierno británico redactó un informe en 1915, concluyendo que las condiciones aún no estaban maduras para establecer una patria judía en Palestina. En su lugar, abogaba por un periodo inicial de ocupación británica para preparar el terreno, escribiendo: "Sean cuales sean los méritos o defectos de esa propuesta (el establecimiento de un Estado judío), es seguro que aún no ha llegado el momento... Cualquier intento prematuro de realizar el sueño de un Estado judío podría retrasar su establecimiento real por muchos siglos. Los líderes del movimiento sionista comprenden plenamente estas consideraciones."[1]

Herbert Samuel, nombrado por Gran Bretaña como Alto Comisionado de Palestina en 1920, sentó sistemáticamente las bases para un Estado judío, convirtiéndose de facto en el arquitecto de Israel mediante las siguientes medidas:

1. Fomentar la inmigración judía a Palestina mediante la abolición de las restricciones otomanas que anteriormente la limitaban.
2. Disolver el Banco Agrícola Otomano, que ofrecía préstamos accesibles a los agricultores árabes, y establecer el Banco Judío de Préstamos e Hipotecas. Este cambio permitió al banco judío dominar el capital agrícola, lo que llevó a que los agricultores árabes perdieran gradualmente sus tierras debido a deudas acumulativas.[2]
3. Permitir que los judíos se armaran y formaran una fuerza militar separada.
4. Autorizar el establecimiento de un sistema educativo judío independiente.

[1] Véase Malaff Wathāīq Filistīn, vol.1, pp.159–160.
[2] M. Shaban Sawwan, p.334.

5. Reconocer el hebreo como lengua oficial.

6. Confiscar tierras estatales y comunales, junto con otras propiedades bajo control gubernamental, y transferirlas a propiedad judía.

7. Promulgar leyes para reclamar tierras comunales, estatales y propiedades sin documentación de propiedad, al tiempo que se facilitaba el proceso para que los judíos adquirieran tierras. Estas leyes finalmente facilitaron amplias transferencias de tierras a manos judías.[1]

Todas estas acciones fueron legitimadas política e internacionalmente mediante la Carta del Mandato,[2] que Gran Bretaña utilizó como base para sus políticas en Palestina. Esta carta incorporaba los principios centrales de la Declaración Balfour, con el artículo II obligando a Gran Bretaña a preparar las condiciones en Palestina para un Estado judío. Este mandato recibió la aprobación internacional de más de veinte países en la Sociedad de Naciones, la organización global establecida tras la Primera Guerra Mundial.

El dominio británico se convirtió así en catalizador del crecimiento de una comunidad judía extranjera, facilitando su presencia financiera, social y política a expensas de la sociedad palestina—los legítimos propietarios de la tierra. La cuarta cláusula del mandato estableció además la "Agencia Judía" para cooperar con la ocupación británica, sentando las bases para la eventual creación de un Estado judío. Esta fue la semilla política de la entidad sionista, que representaría a los judíos, supervisaría sus asuntos y construiría las instituciones del futuro Estado.

---

[1] Bahjat Abu Gharbieh, p.29.

[2] El término "mandato" es un eufemismo colonial engañoso que disfraza la verdadera naturaleza de la ocupación. Implica que las grandes potencias y las naciones emergentes "designaron" a Gran Bretaña para gobernar a un pueblo, con la tarea de educarlo, entrenarlo y civilizarlo hasta que fuera capaz de autogobernarse. De este modo, la ocupación y la subyugación se presentaban como una misión noble y humanitaria. Irónicamente, el mismo ocupante que afirmaba ayudar a esta nación a progresar aprovechó la oportunidad para establecer un nuevo Estado en su tierra, trayendo inmigrantes de todos los rincones del mundo mientras desplazaba y expulsaba a la población indígena, dejando al país vulnerable ante los colonos extranjeros.

A la agencia se le concedió incluso la autoridad para representar a los judíos a nivel internacional, mucho antes del establecimiento del Estado. En consecuencia, la Agencia Judía evolucionó hacia un poder gubernamental dentro del mandato británico, creciendo gradualmente como una autoridad paralela e independiente.

De este modo, Gran Bretaña llevó a cabo las promesas contradictorias de la Declaración Balfour. Mientras intentaba establecer una patria para los judíos, violaba directamente los términos de la declaración que exigían la protección de los derechos de la población no judía. Aunque se le encomendó fomentar instituciones, Gran Bretaña restringió este desarrollo exclusivamente a instituciones judías, obstaculizando el surgimiento o crecimiento de cualquier institución palestina, a pesar de que los palestinos constituían el 92% de la población en ese momento.

Para 1925, apenas cinco años después, la población judía y sus asentamientos habían aumentado, y sus instituciones y estructuras administrativas comenzaron a emerger como entidades distintas, separadas de las que representaban a la población palestina:

1. Establecimiento de un gobierno autónomo para Tel Aviv.
2. Formación de un sindicato laboral, dirigido por el propio Ben-Gurion.
3. Inauguración de la Universidad Hebrea en una ceremonia solemne a la que asistieron figuras destacadas, entre ellas el primer ministro británico Lloyd George, el gobernador militar Allenby, Balfour, Churchill, Chaim Weizmann y Herbert Samuel.

La fuerza militar organizada de la comunidad judía se hizo evidente durante el levantamiento de 1929, cuando los palestinos fueron sorprendidos por formaciones judías armadas con rangos estructurados y organización militar. La administración británica que gobernaba Palestina incorporó elementos judíos y cristianos en sus filas, dejando a los musulmanes como minoría tanto en número como en estatus frente a judíos y cristianos. Esta administración militar empoderó y se apoyó en

grupos minoritarios, reconfigurando la dinámica social dentro de Palestina.

Entre 1930 y 1935, más de 150,000 judíos emigraron a Palestina, duplicando efectivamente la población judía. La mayoría eran alemanes, incluyendo un número considerable de empresarios adinerados, y el contrabando de armas hacia las comunidades judías aumentó significativamente.

En 1935, fábricas sionistas exportaban diamantes y algodón desde Palestina. Ese año también marcó el punto máximo de una gran ola de inmigración judía desde Alemania, con más de sesenta mil nuevos inmigrantes.

A lo largo de veinte años de esfuerzo concertado, la comunidad judía fortaleció sus números mediante la inmigración, adquirió armas con apoyo británico y ganó experiencia a través del entrenamiento militar. Su influencia creció hasta el punto de establecer organizaciones pseudo-"islámicas" y "nacionales" destinadas a socavar los grupos islámicos nacionalistas genuinos, sembrar discordia y alimentar divisiones y crisis.

El aparato de seguridad había desarrollado un perfil detallado de los miembros de organizaciones islámicas en Palestina, identificando a quienes podían ser abordados, sobornados o eliminados según se considerara necesario. Esta agencia, que más tarde sería conocida como el Mossad, incluso estableció una división para entrenar a judíos árabes como espías, con el fin de infiltrarse en sus propias comunidades en países árabes.[1]

Hacia finales de la década de 1930, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, quince mil judíos se alistaron en las fuerzas aliadas. Esta participación les proporcionó entrenamiento extenso, dominio de armas y conocimientos militares avanzados, muy superiores a los disponibles para los palestinos. Durante este periodo, la Haganá evolucionó hasta convertirse en un ejército formalizado, con su propia flota aérea.

[1] Memorias de Amin al-Husseini, p.69; El-Messiri, Rihlatī al-Fikriyah (Mi viaje intelectual), p.478.

La guerra también provocó una nueva ola de inmigración judía a Palestina, especialmente desde Alemania y Europa, donde los judíos sufrían la persecución nazi. Algunos líderes sionistas respaldaron esta persecución como medio para motivar la migración judía a Palestina.[1] El propio Ben-Gurion declaró: "Si tuviera que elegir entre rescatar a todos los niños judíos en Alemania enviándolos a Inglaterra o salvar solo a la mitad enviándolos a Israel, elegiría lo segundo."[2]

En paralelo con estas iniciativas militares, los esfuerzos de inteligencia se centraron en compilar un "archivo de aldeas": un registro detallado y exhaustivo de cada aldea palestina.

En 1939, se produjo una ruptura seria entre los sionistas y sus patrocinadores británicos. Gran Bretaña había estado intentando suprimir la Gran Revuelta Palestina, que duró tres años (1936–1939), y con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, pacificar Palestina se volvió una prioridad urgente. Este esfuerzo culminó en la emisión del "Libro Blanco", una política que prometía poner fin a la inmigración judía. Los sionistas se opusieron vehementemente a esta medida, ya que amenazaba sus planes de establecer un Estado, especialmente cuando la guerra desplazaba a más judíos de Europa, en particular de Alemania, donde sufrían una persecución severa que más tarde sería conocida como el Holocausto.

Ben-Gurion navegó este conflicto con Gran Bretaña con astucia, resumido en su célebre declaración: "David Ben-Gurion se comprometió a ayudar al ejército británico en la lucha contra el fascismo como si el Libro Blanco no existiera, mientras se oponía a los términos del Libro Blanco como si la guerra no hubiera comenzado."

Aunque las milicias judías habían combatido junto a los británicos en la Segunda Guerra Mundial, algunas de las facciones más radicales se separaron de la Haganá, formando milicias como el Irgún en 1937. Del Irgún, una facción aún más extrema se escindió en 1940, conocida como la Banda Stern, liderada por su fundador polaco, Yair Stern. Estos grupos disidentes pronto se volvieron contra los británicos, a quienes ahora

[1] Regina Sharif, pp.13–14, 168; Roger Garaudy, p.87 y ss.; Rashid Khalidi, p.66.
[2] Garaudy, pp.87–88.

veían como un obstáculo para sus aspiraciones de Estado, y buscaron expulsarlos de Palestina. La Banda Stern, en particular, intensificó su hostilidad hacia los británicos, llegando incluso a intentar contactar con la Alemania nazi—a pesar de su persecución a los judíos—con la esperanza de colaborar para socavar los intereses británicos en Palestina. Stern creía que los británicos representaban una amenaza mayor para la visión de un Estado judío, especialmente con la política del Libro Blanco, que restringía la inmigración judía y proponía una partición de Palestina, incluyendo un Estado para los árabes.

Aunque el intento de Stern de aliarse con los nazis fracasó, continuó sus ataques contra los británicos hasta que fue localizado y asesinado. No obstante, tanto el Irgún como la Banda Stern intensificaron sus agresiones contra objetivos británicos. Uno de los actos más notorios fue el asesinato de Lord Moyne, el funcionario británico de más alto rango en Oriente Medio, en El Cairo el 6 de noviembre de 1944, debido a su apoyo a la política del Libro Blanco.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la situación en Palestina era crítica en todos los niveles:

1. A nivel internacional: La victoria de los Aliados sobre las potencias del Eje—en quienes los árabes y palestinos habían depositado sus esperanzas—allanó el camino para que el proyecto del Estado sionista avanzara sin obstáculos políticos.
2. A nivel interno: La influencia sionista sobre el terreno crecía a un ritmo acelerado:
    - Las milicias de la Haganá habían evolucionado hasta convertirse en un ejército formal, equipado con entrenamiento militar, armas y equipo adquiridos durante su participación en la guerra junto a Gran Bretaña.
    - La inmigración judía se disparó, con más de 90,000 judíos llegando a Palestina durante la guerra y más de 60,000 en los años posteriores. Las fuerzas sionistas habían confiscado 270,000 dunams de tierra y establecido 73 nuevos asentamientos.

- El aparato de seguridad sionista estaba completando una estrategia integral para las aldeas palestinas, recopilando datos detallados sobre el tipo de tierra, población, economía, afiliaciones políticas y los desafíos logísticos de ocupar cada aldea. Ampliaron su red de informantes, intensificaron la vigilancia sobre la sociedad palestina y sus últimos centros de influencia, y establecieron organizaciones "nacionalistas islámicas" diseñadas para competir con las instituciones genuinas, sembrar discordia y desviar la atención pública.

Uno de los resultados más significativos de la Segunda Guerra Mundial fue el declive de la influencia de Gran Bretaña y Francia, dando paso al ascenso de Estados Unidos y la Unión Soviética. El movimiento sionista reconoció rápidamente este cambio, trasladando su enfoque y apoyo principal de Gran Bretaña a Estados Unidos en 1942, continuando así su estrategia establecida de alinearse con las potencias globales para avanzar sus objetivos. En ese momento, EE.UU. heredaba la influencia británica y francesa en el Oriente, y trabajaba para desmantelar lo que denominaba "el viejo colonialismo", reemplazándolo por una nueva forma de control indirecto. En consecuencia, EE.UU. comenzó a promover ideales como la liberación de los pueblos, el derecho a la autodeterminación y principios similares.

Pero esto no era mera retórica. Las milicias sionistas, incluida la Haganá, comenzaron a lanzar ataques directos contra objetivos, instalaciones y personal británico. La Haganá, aunque oficialmente separada, cooperaba en secreto con las facciones más radicales como el Irgún y la Banda Stern, una alianza que culminó en el atentado contra el Hotel King David en Jerusalén el 22 de julio de 1946. El hotel, que albergaba la administración militar y civil británica en Palestina, fue el escenario de un ataque devastador que causó la muerte de más de noventa personas. La operación fue desencadenada por la obtención, por parte de las autoridades británicas, de documentos que implicaban a la Haganá en acciones militares anti-británicas.[1] Este ataque marcó un punto de inflexión decisivo, señalando a los británicos que los sionistas

[1] Véase Menachem Begin, La revuelta, pp.289–295.

se habían vuelto completamente en su contra y ahora estaban alineados con el poder emergente estadounidense, que aspiraba a heredar la influencia, el estatus y los recursos de las "viejas potencias coloniales".

A partir de ese momento, el sionismo adoptó el disfraz de movimiento de liberación, afirmando luchar por la expulsión de los ocupantes británicos de la patria. Esta narrativa se convirtió en un grito de guerra para los sionistas en todo el mundo, alineándose con las ideologías dominantes entre 1948 y 1970, que enfatizaban los derechos de los pueblos y la autodeterminación. Estas ideas fueron promovidas tanto por Estados Unidos como por la Unión Soviética, no por preocupación genuina por el bienestar de los pueblos, sino como parte de sus respectivas agendas geopolíticas para socavar la influencia británica y francesa.

Gran Bretaña, alegando que ya no podía resolver la situación en Palestina, remitió el asunto a la recién creada Organización de las Naciones Unidas—una institución establecida por las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial para supervisar la gobernanza global. Este paso marcó un momento decisivo en la cuestión palestina, tras los pasos iniciales de Gran Bretaña hacia el establecimiento de un Estado judío.

Entre 1918 y 1948, durante el periodo de ocupación británica, la población judía en Palestina se multiplicó por trece. En 1918, había unos 50,000 judíos, lo que representaba el 8% de la población. Para 1948, su número había aumentado a 650,000. En contraste, los palestinos poseían el 98.5% de la tierra en 1918, pero en 1948 los judíos controlaban el 60%.

Aunque Theodor Herzl suele ser considerado el padre del sionismo por haber sembrado la semilla inicial del movimiento, no debemos pasar por alto los papeles decisivos de quienes lo sucedieron—especialmente Chaim Weizmann, Herbert Samuel y David Ben-Gurion. Este trío influyente trabajó incansablemente para moldear tanto las condiciones internacionales como internas que facilitaron el establecimiento del Estado sionista. Al mismo tiempo, se aseguraron de que Israel no dependiera por completo de los vaivenes políticos del Occidente, sino que construyera su propia independencia militar, económica y de seguridad, posicionando su autosuficiencia como un elemento crucial en

el panorama político. A pesar de sus esfuerzos por movilizar el apoyo popular y religioso entre los judíos, su enfoque principal fue crear las condiciones que hicieran inevitable la formación del Estado. Para cuando llegó la declaración de Israel, el Estado ya se había convertido en un hecho consumado.

La situación de la sociedad palestina bajo la ocupación británica

Los palestinos quedaron profundamente conmocionados por la ocupación británica de su tierra. Tras haber soportado ya un sufrimiento inmenso durante la Primera Guerra Mundial, muchos palestinos fueron reclutados para luchar junto al Imperio Otomano en diversos frentes. Las batallas contra las fuerzas aliadas causaron una destrucción generalizada en las ciudades palestinas, y una hambruna severa asoló el país, provocando la muerte de innumerables personas. Gaza fue una de las zonas más afectadas, al haber presenciado tres grandes batallas entre británicos y otomanos, y extensas áreas fueron devastadas por los bombardeos británicos.[1]

Cuando los otomanos fueron derrotados en la Primera Guerra Mundial, los habitantes de la tierra se encontraron, por primera vez en seis siglos, bajo ocupación extranjera. Desde la era mameluca, cuando los cruzados fueron expulsados de las costas del Levante, ninguna potencia extranjera había establecido presencia en estas tierras. La gente de esta región solo había conocido el Califato Islámico, con los otomanos representando su forma final durante cuatro siglos.

Pocos años después de la guerra, Mustafa Kemal Atatürk ascendió al poder en Turquía, declarando la abolición del Califato y reduciendo el vasto Imperio Otomano a las fronteras del Estado turco moderno. Proclamó a Turquía como patria independiente, cortando todos los vínculos con las tierras que antes gobernaba el imperio. Esto dejó al pueblo de Palestina en una situación sin precedentes y desconcertante. Durante catorce siglos, desde que la región pasó a estar bajo dominio islámico, siempre había formado parte de un Califato islámico vasto o de un Estado islámico significativo bajo el Califato. Nunca había existido

[1] Rashid Khalidi, p.42.

como entidad independiente. ¿Cómo podía ahora ser independiente y, al mismo tiempo, estar bajo ocupación extranjera, sin que nadie asumiera la responsabilidad de su defensa o liberación?

Esta situación generó una intensa agitación intelectual y psicológica. Hasta entonces, el pueblo de Palestina no se identificaba explícitamente como "palestino"; este término tenía poco significado como marcador de identidad. En cambio, las personas se identificaban por su familia, ciudad, religión o como parte del millet otomano. Pero ahora comenzaba a tomar forma un nuevo concepto—una idea novedosa y una identidad emergente: Palestina. A partir de este momento, "Palestina" comenzó a adquirir un significado único, no solo como región geográfica, sino como patria distinta, separada de otras, bajo ocupación extranjera, encarnando una identidad colectiva para su pueblo.[1] Se convirtió en una patria que buscaba un camino hacia la liberación y la autodeterminación.

Las ideas nacionalistas comenzaron a permear la sociedad palestina a través de varios canales clave:

1. La expansión de la educación: La proliferación de escuelas establecidas por organizaciones misioneras y misiones extranjeras llevó a un aumento en el número de personas educadas. En respuesta, el Estado otomano fundó sus propias escuelas para conservar influencia sobre sus ciudadanos,[2] aunque incluso estas instituciones fueron influenciadas por los sentimientos nacionalistas en ascenso. Los niveles educativos también estaban en aumento en países vecinos como Egipto, Siria y Líbano, donde el nacionalismo era un tema dominante que moldeaba los planes de estudio, los medios de comunicación, la literatura y las narrativas culturales. Estas ideas comenzaron a resonar con fuerza entre la clase educada en crecimiento, que ganaba influencia social.

2. El nacionalismo como producto de la ocupación extranjera: La ocupación extranjera fomentó las ideas nacionalistas, ya que las potencias ocupantes tienden a introducir sus ideologías en los

[1] Rashid Khalidi, pp.51–52.
[2] Ibid., p.34.

países que controlan, utilizando tanto la coerción como el incentivo. Así como los ocupantes reorganizan las estructuras sociales para alinearlas con sus intereses, los pueblos ocupados a menudo comienzan a adoptar elementos de la cosmovisión del ocupante. Esto puede generar una tendencia entre los oprimidos a emular al poder dominante, y las ideas nacionalistas circularon ampliamente, especialmente entre las clases más vinculadas a la ocupación.

3. El colapso de la autoridad islámica: Con la derrota del Califato Islámico y su posterior abolición por parte de Mustafa Kemal, se produjo un cambio profundo. Las ideologías derrotadas suelen enfrentar rechazo, y las sociedades tienden a gravitar hacia las ideas prevalecientes de quienes están en el poder. Esto contribuyó al declive en la adhesión al pensamiento islámico y al aumento de la atracción por las ideologías nacionalistas.[1] Incluso líderes religiosos y jurídicos influyentes, incluidos eruditos y jueces, comenzaron a adoptar las ideas seculares que ganaban terreno en ese momento.[2]

4. Ausencia de apoyo regional para la defensa de Palestina: Los líderes regionales ya no veían la defensa de Palestina como su responsabilidad. Mientras tanto, el poder ocupante, arraigado en una identidad nacionalista y étnica europea, promovía activamente una identidad nacional dentro de Palestina—específicamente, un Estado judío. Esto, combinado con un sistema internacional construido sobre el nacionalismo a través de la Sociedad de Naciones, convirtió al nacionalismo en un recurso natural para resistir al ocupante y buscar la independencia. Los palestinos y otros pueblos colonizados recurrieron a los principios de liberación, independencia nacional y derecho a la autodeterminación—principios que fueron públicamente respaldados por el presidente estadounidense y ampliamente adoptados por los pueblos colonizados. A través de estos ideales, muchos intentaron

[1] Ahmad al-Shuqeiri, vol.3, p.723.
[2] Véase Khalidi, pp.52–53.

negociar su independencia en las conferencias globales que siguieron a la Primera Guerra Mundial.

Debido a estos factores, junto con otras influencias menores, las ideas nacionalistas comenzaron a arraigarse entre la población, que gradualmente pasaría a ser conocida como el "pueblo palestino". Esta identidad emergente echó raíces—y de hecho, era necesaria—ante la doble presión de la ocupación británica y sionista. Desde el principio, el pueblo palestino, en este sentido nacionalista moderno, se encontró en una lucha continua por afirmar su existencia, reivindicar su derecho a la tierra y buscar la libertad frente al dominio británico y la amenaza existencial que representaba el sionismo.

Esto no implica que los palestinos abandonaran su identidad y afiliaciones islámicas. A lo largo de todos los periodos de lucha y resistencia, la presencia islámica permaneció predominante, con la santidad del Islam sirviendo como fuerza principal para despertar emociones, movilizar esfuerzos y atraer apoyo desde más allá de las fronteras de Palestina. Más bien, el punto aquí es que estos diversos factores orientaron colectivamente el panorama político hacia un marco nacionalista y patriótico. Como resultado, gran parte del discurso político y mediático se desplazó en esa dirección, centrado en la liberación de un Estado nacional: Palestina.

Uno de los principales objetivos del mandato británico, desde Herbert Samuel, fue impedir que los palestinos formaran un Estado o una entidad política que pudiera representarlos. La política británica, respaldada por sus fuerzas militares, se opuso activamente a la creación de cualquier consejo representativo para los palestinos, como lo exigía el Congreso Árabe de 1928 en Jerusalén—ya que dicho consejo habría tenido una abrumadora mayoría árabe. Además, la política británica buscaba sofocar el surgimiento de cualquier liderazgo capaz de representar a los palestinos y suprimir cualquier movimiento que pudiera conducir a la formación de una fuerza política palestina.

Así, la política británica persiguió simultáneamente dos objetivos contradictorios: facilitar, apoyar y fomentar el establecimiento de un Estado judío carente de los elementos esenciales de la soberanía estatal, mientras impedía activamente la creación de un Estado palestino con

todos los atributos necesarios de soberanía. Esta situación excepcional y anómala fue única en Palestina. En contraste, en otros países árabes bajo ocupación británica, el enfoque británico consistía en instalar regímenes clientes, como se evidenció en Egipto, Jordania, Irak y otros lugares.

Una consecuencia de esta política fue la intensificación de la rivalidad y el conflicto entre familias palestinas influyentes, como los Husseini y los Nashashibi. Haj Amin al-Husseini, quien había emergido como el principal líder político palestino, fue perseguido por las autoridades británicas y buscó refugio en la Mezquita de Al-Aqsa. Para arrestarlo, los británicos desplegaron un batallón indio "musulmán" para asaltar la mezquita, pero al-Husseini logró escapar de Palestina, lanzando sus esfuerzos de resistencia desde el extranjero. Esta separación entre el liderazgo político y las actividades sobre el terreno debilitó significativamente la cohesión del movimiento.

Al mismo tiempo, las ideologías nacionalistas seculares y comunistas de izquierda comenzaron a difundirse entre la élite palestina y la juventud educada en ascenso social. Esta afluencia de ideas modernas y extranjeras fracturó la unidad de la sociedad palestina, creando divisiones entre su identidad islámica tradicional y las nuevas ideologías, perturbando así su armonía interna.

Además, los jóvenes educados avanzaban socialmente al ocupar puestos dentro de las instituciones administrativas establecidas y supervisadas por las fuerzas ocupantes para gestionar los asuntos cotidianos de la población palestina. Esta clase emergente de empleados tenía la tarea de recaudar impuestos y reforzar el alcance administrativo de los ocupantes. Su participación no se debía a una intención o lealtad hacia los ocupantes, sino más bien a la necesidad, ya que estos roles representaban una de las pocas trayectorias profesionales viables para los graduados. El empleo en estas instituciones también ofrecía una vía de movilidad social—una aspiración natural para individuos de clase media y baja,[1] e incluso un medio para preservar la posición social y económica de las clases altas dentro de la sociedad.

[1] Bahjat Abū Gharbieh, pp.34, 43.

La sociedad palestina se encontraba así bajo ocupación extranjera, enfrentando una afluencia de ideas occidentales y un sistema dominante que estructuraba las vías para la educación, el progreso financiero y la movilidad social. En conjunto, estas influencias socavaron la formación y unidad de un movimiento de resistencia cohesivo.

La ocupación británica también fomentó y explotó deliberadamente las divisiones religiosas entre musulmanes, cristianos y judíos.[1] Aunque las minorías cristianas y judías inicialmente mostraban reservas ante la ocupación entrante, el curso de los acontecimientos, junto con las dinámicas de poder prevalecientes y las políticas sostenidas, atrajo gradualmente a muchos judíos hacia el proyecto sionista, mientras que los cristianos se inclinaron cada vez más hacia la protección británica. Los cristianos opositores al colonialismo habían esperado promover una identidad árabe secular y nacionalista en lugar de una islámica—un enfoque que tuvo dificultades para ganar tracción en una sociedad predominantemente musulmana. Además, el favoritismo británico hacia la minoría cristiana, marcado por la asignación gradual de cargos de alto rango y privilegios exclusivos, redujo aún más la resistencia a la ocupación. Solo un pequeño contingente, impulsado por una identidad árabe compartida y una aguda conciencia del peligro que representaba la ocupación, mantuvo su oposición.[2]

Es natural y esperable que una fuerza ocupante siembre discordia, incite conflictos y aumente las tensiones entre palestinos y judíos en la búsqueda de sus objetivos políticos. Esta estrategia persistió durante toda la duración del mandato británico.[3]

A pesar de la turbulencia política, muchas fuentes árabes relatan una historia de convivencia entre musulmanes y judíos, especialmente entre las poblaciones locales y los judíos de origen árabe. Esta convivencia era particularmente evidente en las principales ciudades comerciales, donde las interacciones sociales y la tolerancia se desarrollaban con frecuencia al margen del panorama político más amplio. La dinámica cotidiana se

[1] Abu Gharbieh, pp.12, 16.
[2] Ira M. Lapidus, Historia de las sociedades islámicas, vol.2, p.914.
[3] Véase por ejemplo: Abu Gharbieh, p.16; Salah Khalaf, Filistīnī bi lā Hawiyah (Un palestino sin identidad), p.31.

caracterizaba por una armonía natural; un joven de Jaffa incluso comentó que "no era raro" que hombres palestinos se enamoraran de mujeres judías, y los matrimonios con mujeres judías no eran infrecuentes.[1] Sin embargo, este tejido social comenzó a desgarrarse en los años previos a la Nakba, a medida que las tensiones políticas se intensificaban, generando un creciente clima de miedo e incertidumbre.

Comprender las circunstancias en las que existía la sociedad palestina ofrece una valiosa perspectiva sobre la naturaleza de la resistencia que generó, los obstáculos que enfrentó y ayuda a establecer expectativas más realistas sobre sus posibles resultados.

La resistencia en Palestina

Dadas las condiciones en que vivía la sociedad palestina, las formas de resistencia pueden dividirse en dos categorías: primero, resistencia política y legal pacífica, y segundo, resistencia armada, violenta o ilegal (según la definición de la ley británica, por supuesto).

La resistencia política y legal pacífica buscaba aprovechar los principios políticos, leyes y lemas británicos en apoyo de la causa palestina y en beneficio del pueblo palestino. Su objetivo era presionar a los británicos para que cumplieran con sus propios valores proclamados, utilizando métodos como la denuncia pública, el descrédito y otras tácticas permitidas bajo el dominio británico. Esta forma de resistencia suele ser adoptada por los débiles—aquellos que aún no han adquirido la fuerza para confrontar directamente a sus opresores. En este caso, refleja una sociedad que había perdido el poder islámico que antes la protegía, ahora continuamente drenada bajo la ocupación de una superpotencia global.

Aunque la resistencia política y legal pacífica no es un camino hacia la liberación o la independencia, se convierte en un recurso necesario cuando no existen medios alternativos de fuerza. La naturaleza arraigada de la ocupación, junto con el poder abrumador del Occidente y su prolongada duración, llevó a algunos sectores de la sociedad a adoptar este enfoque pacífico, especialmente cuando coincidía con sus intereses

[1] Salah Khalaf, pp.23–24.

personales. En tal entorno, los ocupantes, con su estrategia política manipuladora, cooptaron a élites locales y figuras adineradas para servir a sus intereses. A estos individuos se les concedieron privilegios y cargos que les permitían pacificar y controlar a la población.[1] Este fenómeno, denominado por algunos investigadores como "nacionalismo domesticado,"[2] vio a estas élites competir por demostrar su capacidad para apaciguar a los ocupantes y suprimir el descontento popular. Al mismo tiempo, buscaban ganarse el favor del pueblo presentándose como capaces de obtener concesiones de los ocupantes sin recurrir a confrontaciones costosas y de alto riesgo.

Es crucial señalar que estos individuos no pueden ser fácilmente descartados como traidores. Las circunstancias eran complejas y estratificadas, mezclando debilidad, vulnerabilidad e intereses en conflicto entre el bienestar nacional y el beneficio personal o familiar. Algunos eran simplemente ingenuos o mal orientados, mientras que otros se alinearon plenamente con la ocupación. Ciertas figuras comenzaron como colaboradores engañados pero luego se convirtieron en firmes defensores de la resistencia, mientras que otros iniciaron resistiendo solo para ser gradualmente cooptados o forzados mediante promesas y amenazas, alineándose finalmente con los intereses de la ocupación. Por lo tanto, evaluar a estos líderes e individuos debe abordarse caso por caso, con una investigación cuidadosa y matizada.

Además, es importante reconocer que la fragmentación regional debilitó gravemente el liderazgo árabe. El colapso del marco otomano, que antes ofrecía vínculos nacionales más amplios, dejó a los líderes aislados dentro de límites nacionales estrechos.[3] Esta situación limitó sus capacidades, restringiendo su potencial para resistir, desafiar y montar una oposición significativa.

---

[1] Véase: Fathi al-Shaqaqi, Rihlat al-Dam al-Ladhī Hazam al-Saif (Obras completas: El viaje de sangre que venció a la espada), vol., p.176.

[2] El poeta y académico palestino Tamim Barghouti escribió una tesis doctoral con este título, centrada en la clase política egipcia bajo la ocupación británica. Sin embargo, la descripción es igualmente aplicable a todos los países ocupados durante la era colonial.

[3] Abu Gharbieh, p.30.

Las expresiones más notables de esta resistencia pacífica tomaron forma a través de una serie de congresos árabes, cuyos objetivos principales incluían la anulación de la Declaración Balfour, detener la inmigración judía, frenar la venta de tierras a judíos y establecer un consejo legislativo que representara a los palestinos, con el objetivo final de formar un gobierno palestino. Esta serie de congresos comenzó con el Primer Congreso en 1919 en Jerusalén, donde los delegados condenaron la partición de la Gran Siria y afirmaron que Palestina era parte de una Siria unida bajo dominio árabe.[1] Sin embargo, la fuerza abrumadora de las potencias coloniales, combinada con la sumisión de los hijos de Sharif Hussein—Faisal y Abdullah—a la autoridad extranjera y su aceptación de cargos designados en Irak y Jordania, hizo que estas demandas resultaran ineficaces.

Los congresos continuaron, con siete celebrados hasta 1928 bajo el liderazgo de Musa Kazem al-Husseini, quien fue el principal líder político palestino hasta su muerte en 1934. Para disminuir su influencia, los británicos crearon los cargos de Muftí de Jerusalén y Presidente del Consejo Islámico, nombrando a su primo, Amin al-Husseini, en dichos puestos. Esta decisión provocó ciertas tensiones y divisiones.[2] Aunque Amin al-Husseini adoptó inicialmente una postura conciliadora hacia los británicos, pronto emergió como el líder indiscutible de la resistencia palestina, trabajando con vigor para contrarrestar la ocupación británica.

Un punto poco destacado en los estudios históricos redactados por nacionalistas y arabistas es que esta resistencia—tanto pacífica como militante—estuvo marcada en gran medida por un carácter islámico. La figura principal de la época fue el Muftí, Haj Amin al-Husseini, quien, aunque respaldado por la fuerza de la familia al-Husseini, se apoyaba aún más en su autoridad religiosa y su influencia sobre los bienes religiosos, los tribunales de la Sharía, jueces, imanes y predicadores. A ello se

[1] Véase Archivo de Documentos sobre Palestina, vol.1, pp.263–264. Cabe señalar aquí que esto no era simplemente el deseo de políticos aislados, como podría ser el caso hoy, sino el sentimiento predominante entre el público en ese momento, también reflejado por la prensa. Véase también Ahmad Shuqeiri, vol.3, p.729 y siguientes, y p.745; Bahjat Abu Gharbieh, p.30; Rashid Khalidi, p.56.
[2] Khalidi, p.69.

sumaban los maestros de las escuelas coránicas, que, al igual que las escuelas contemporáneas, estaban profundamente arraigadas en la vida de las aldeas. La estatura religiosa del Muftí también extendía su influencia mucho más allá de Palestina, ya fuera con líderes políticos o con eruditos islámicos y dirigentes de movimientos en toda la región.[1] Como resultado, el partido del Muftí y su plataforma gozaban de amplio apoyo popular. Las facciones opositoras, como la familia Nashashibi y sus seguidores, luchaban por igualar su influencia solo mediante vínculos familiares.[2]

La resistencia pacífica también abarcó diversos métodos, como visitas diplomáticas a Londres, organización de protestas, emisión de peticiones y presentación de apelaciones—acciones típicas de los movimientos de resistencia pacífica.[3] Aunque estos esfuerzos lograron cierto éxito limitado en circunstancias específicas, no cambiaron sustancialmente el rumbo del conflicto.[4] Sin embargo, esta vía de resistencia pacífica sufrió dos grandes reveses. El primero fue la visita fallida de Musa Kazem al-Husseini y la delegación árabe a Londres en 1930. El segundo fue la carta del primer ministro británico Ramsay MacDonald a Chaim Weizmann en febrero de 1931, conocida como la "Carta Negra", que reiteró el compromiso británico con el sionismo. Esta carta anuló efectivamente la promesa previa de Gran Bretaña de octubre de 1930, en la que había acordado restringir la inmigración judía basándose en la recomendación de un experto británico que afirmaba que no quedaban tierras disponibles en Palestina para nuevos colonos judíos.[5]

Las iniciativas pacíficas continuaron, ya que incluso aquellos comprometidos con la resistencia armada no podían declararla abiertamente. Necesitaban actividades pacíficas para encubrir sus movimientos, identificar simpatizantes, movilizar el sentimiento árabe e

[1] Véase las memorias de Amin al-Husseini, que destacan la extensa red de sus relaciones en el mundo árabe e islámico.
[2] Bahjat Abu Gharbieh, pp.31–32.
[3] Véase ejemplos de estas protestas y peticiones en Archivo de Documentos sobre Palestina, vol.1, p.263 y ss.
[4] Abu Gharbieh, p.13; Khalidi, pp.54, 67.
[5] Muhsin Saleh, La cuestión palestina, p.48.

islámico, y asegurar fondos o iniciar acciones. En 1931, se celebró en Jerusalén el Congreso Islámico General, considerado "la mayor reunión islámica de la era moderna."[1] Atrajo a destacados líderes islámicos como Rashid Rida, Muhammad Iqbal, ʿAbd al-ʿAziz Thaʿalibi de Túnez y Shaukat Ali de la India. El congreso emitió resoluciones para establecer una universidad islámica, formar una compañía para proteger las tierras palestinas y crear comités de Palestina en cada país.[2]

En 1935, se convocó la Conferencia de Eruditos Palestinos, que emitió una fatwa prohibiendo la venta de tierras a judíos y condenando a quienes participaran en dichas transacciones.[3]

La fuerte presencia británica también desempeñó un papel significativo en el control de la dinámica política, con el poder de elevar o suprimir líderes, otorgar reconocimiento diplomático o revocarlo a voluntad. Gran Bretaña explotó frecuentemente estos poderes para socavar la unidad palestina y su representación política mediante afiliados cercanos, ya fueran engañados o cómplices activos. Esta estrategia se utilizó repetidamente durante el periodo de ocupación para desestabilizar cualquier atisbo de resistencia unificada.[4]

A pesar de las enormes dificultades que enfrentaban los palestinos bajo el dominio británico, persistieron en resistir con toda la fuerza que podían reunir dentro de sus circunstancias adversas. Surgió una serie constante de levantamientos palestinos, dirigidos principalmente contra colonos judíos, evitando enfrentamientos directos con las fuerzas británicas. Esta elección estratégica buscaba evitar el choque con el ejército británico, más poderoso, con la esperanza de presionar a Gran Bretaña para que reconsiderara su postura pro-sionista.

Ejemplos clave de estos levantamientos incluyen los disturbios en Jerusalén en 1920, Jaffa en 1921, la Revuelta de Buraq en 1929 y nuevas protestas en Jerusalén y Jaffa en 1933. Fueron en gran medida revueltas lideradas por musulmanes, y aunque las tasas de víctimas entre árabes y

[1] Shuqeiri, vol.3, p.750.
[2] Muhsin Saleh, pp.48–49.
[3] Enciclopedia Palestina, parte II, vol.2, p.1035.
[4] Véase Khalidi, p.98.

judíos fueron comparables, hubo una diferencia significativa: los judíos fueron asesinados por árabes con armas rudimentarias como palos y cuchillos, mientras que los árabes fueron principalmente asesinados por los británicos con armas de fuego.[1]

Como era habitual, surgieron pequeños movimientos armados que fueron rápidamente reprimidos y desmantelados. Un ejemplo notable es el movimiento Mano Verde, liderado por Ahmad Tafesh, que se formó durante la Revuelta de Buraq pero terminó con el arresto de Tafesh en febrero de 1930.[2] A diferencia de los movimientos anteriores que se centraban principalmente en objetivos judíos evitando el enfrentamiento directo con los británicos, este movimiento cambió su enfoque para atacar a ambos grupos. Surgió un sentimiento predominante de que los británicos eran la causa raíz, y la presencia judía se veía como un efecto secundario—como la sombra de un árbol que desaparecería si se cortaba el árbol mismo. Esta perspectiva ganó fuerza entre 1930 y 1935, un periodo marcado por el aumento de la inmigración judía y la creciente militarización.

Estas primeras chispas de resistencia culminaron en lo que se convirtió en el mayor levantamiento de su época—la revuelta liderada por el jeque Izz al-Din al-Qassam. En 1935, al-Qassam consultó con líderes palestinos sobre el lanzamiento de una rebelión contra los británicos, pero le advirtieron que el público aún no estaba preparado, que el momento era inoportuno y que aún quedaba esperanza de lograr derechos mediante el diálogo y la negociación.[3] Sin inmutarse, al-Qassam siguió adelante con la revuelta, convirtiéndose finalmente en uno de sus primeros mártires el 20 de noviembre de 1935, durante un enfrentamiento inicial con las fuerzas británicas.

El número exacto de miembros en la organización de al-Qassam sigue siendo desconocido, con estimaciones que oscilan entre 200 y 800. Del mismo modo, la fecha exacta de fundación del grupo es incierta—una dificultad común al documentar movimientos de resistencia clandestinos, especialmente cuando sus primeros líderes se convierten en

[1] Abu Gharbieh, p.13 y ss.; Mushin Saleh, p.46.
[2] Saleh, p.50.
[3] Fathi al-Shaqaqi, vol.1, pp.186–187.

mártires. Sin embargo, se cree que fue establecido entre 1925 y 1930. Operando principalmente en el norte de Palestina, donde los asentamientos judíos se expandían, el grupo atacaba a colonos judíos, británicos y sus espías y colaboradores. La organización seguía una estructura descentralizada basada en células, donde cada miembro conocía solo a los cuatro integrantes de su propia unidad. Tras el martirio de al-Qassam, el liderazgo pasó a Farhan al-Sa'di.[1]

La decisión de lanzar la revuelta se aceleró tras el descubrimiento en Haifa de que las cajas que llegaban a las tiendas judías no contenían mercancías ni telas, sino armas y municiones.[2] Las figuras religiosas comenzaron a dominar cada vez más el movimiento de al-Qassam, y de los cuarenta miembros clave, treinta y seis ostentaban el título de "Sheikh."[3] Al-Qassam no recibió apoyo de ningún gobierno árabe, y su muerte se atribuye a la complicidad de colaboradores árabes con las autoridades británicas.[4] Incluso los líderes prominentes de la sociedad palestina, que encarnaban el modelo de "nacionalismo aceptable," se abstuvieron de asistir al funeral del mártir por temor a represalias británicas contra sus propiedades.[5]

En Jerusalén, surgió otro grupo armado liderado por Abd al-Qader al-Husseini, conocido como "La Yihad Sagrada," que recibió apoyo del líder político Haj Amin al-Husseini. Para 1935, se estimaba que el grupo contaba con unos 400 miembros.[6]

El martirio de al-Qassam desencadenó el mayor levantamiento en la historia palestina bajo ocupación británica, conocido como la Revuelta Palestina o la Gran Revolución Palestina. La revuelta fue provocada por una operación llevada a cabo por los seguidores de al-Qassam, liderados por Farhan al-Sa'di, en la que dos judíos fueron asesinados el 15 de abril de 1936. Esto dio lugar a una cadena de acciones de represalia, que culminaron en una huelga general declarada por los palestinos el 20 de

[1] Muhsin Saleh, p.51.
[2] Mustafa al-SibaÏ, Nuestro combate en Palestina, p.6; Abu Gharbieh, pp.43–44.
[3] Fathi Shaqaqi, vol.1, p.182.
[4] Salah Khalaf, p.64.
[5] Fathi Shaqaqi, vol.1, pp.178, 189.
[6] Muhsin Saleh, p.51.

abril de 1936. La huelga duró seis meses, convirtiéndose en un aspecto central de la revolución, y es recordada como la huelga general más larga en la historia palestina. Algunos investigadores incluso la consideran "la huelga más larga de la historia llevada a cabo por una nación entera."[1]

Aunque al-Qassam no vivió para ver los resultados de sus esfuerzos, Palestina fue testigo de su realización tras su martirio. Los hombres de su organización se convirtieron en figuras clave de la Gran Revuelta, junto a otros líderes que emergieron de la revolución, incluidos líderes regionales, tribales y personas con habilidades destacadas. Juntos, formaron la columna vertebral militar del levantamiento.

El liderazgo político tomó forma rápidamente en los primeros días de la revuelta. El 25 de abril de 1936, las facciones políticas árabes palestinas se unificaron bajo el "Comité Árabe Superior", liderado por Haj Amin al-Husseini. El comité presentó tres demandas fundamentales como base de la huelga general:

1. El establecimiento de un gobierno palestino responsable ante un parlamento electo.
2. La cesación de la inmigración judía.
3. La prohibición de la venta de tierras a judíos.

Comencemos por el curso político de la revolución antes de abordar su evolución militar y en el terreno. Gran Bretaña se vio sorprendida por este desarrollo repentino y la erupción generalizada de la revolución. En respuesta, recurrió a la violencia y a la presión política para obligar a los palestinos a poner fin a la huelga, que había resultado inesperada y difícil de contener debido a su extensión, expansión y duración prolongada. Gran Bretaña instruyó a los gobernantes árabes bajo su influencia para que intervinieran y presionaran al Comité Árabe Superior a fin de terminar la huelga,[2] lo que finalmente ocurrió.

---

[1] Ibid., p.52.

[2] El mensaje dice: "Les instamos a buscar la paz para evitar más derramamiento de sangre, confiando en las buenas intenciones de nuestro amigo, el gobierno británico... Tengan la seguridad de que continuaremos nuestros esfuerzos para ayudarles." Este mensaje fue firmado por el rey Abdulaziz Al Saud (Arabia Saudita), el príncipe Abdullah bin Hussein (Jordania), el rey Ghazi (Irak) y el

Gran Bretaña respondió prometiendo enviar una comisión de alto nivel para evaluar la situación, conocida como la Comisión Peel. Este enfoque combinado de presión, incentivos y acciones militares severas llevó a los palestinos a suspender la huelga, con la esperanza de abrir espacio para posibles soluciones diplomáticas árabes y británicas. Sin embargo, los líderes árabes no ofrecieron ningún apoyo concreto, y la comisión británica tardó un año entero en publicar su informe en julio de 1937. El informe recomendó finalmente la partición de Palestina entre árabes y judíos—marcando la primera propuesta formal para desplazar y desposeer al pueblo palestino de su tierra natal.

Este resultado parecía principalmente una táctica para ganar tiempo y apaciguar la revuelta. Aunque los judíos poseían solo el cinco por ciento de la tierra en ese momento, la comisión propuso asignarles un tercio del norte de Palestina, dos tercios en el sur para los árabes, y designar el corredor entre Jerusalén y Haifa como zona administrada por los británicos. Este arreglo político, una nueva ganancia para los judíos asegurada mediante la política británica, resultó insuficiente para ellos y—como era habitual—no se detuvieron allí.

Esto avivó la ira palestina y reavivó la revolución. En respuesta, Gran Bretaña disolvió el Comité Árabe Superior y arrestó a sus líderes, exiliando a cuatro de ellos a las Seychelles. El líder del comité, Haj Amin al-Husseini, logró escapar y huyó al Líbano en octubre de 1937, desde donde continuó apoyando y dirigiendo la revolución desde el extranjero.[1]

Las operaciones militares y de campo de la revolución se dirigieron no solo contra sionistas y británicos, sino también contra colaboradores y espías. Las acciones clave incluyeron ataques a oficinas gubernamentales británicas e infraestructura, así como a asentamientos judíos. Los revolucionarios también se centraron en eliminar a funcionarios de alto rango y presionar a los agentes de policía árabes que cooperaban con los británicos. Entre las operaciones más significativas estuvo el asesinato del gobernador británico Lewis Andrews el 26 de julio

imán Yahya Hamid al-Din (Yemen), como se indica en las memorias de Amin al-Husseini, pp.26–27.

[1] Amin al-Husseini, p.29 y ss.

de 1937, poco después de que la Comisión Peel propusiera la partición de Palestina.

La revuelta continuó intensificándose, alcanzando su punto álgido en el verano de 1938, cuando los rebeldes lograron controlar casi toda la Palestina rural e incluso tomaron varias ciudades del control británico, aunque de forma temporal.[1]

Como en muchos movimientos de resistencia islámicos, voluntarios musulmanes de Egipto, Jordania, el Levante e Irak se unieron a la revolución.[2] Algunos ascendieron a posiciones de liderazgo, como Fawzi al-Qawuqji.

En cada levantamiento popular, las fuerzas británicas respondieron con una brutalidad intensa para aplastar la resistencia, empleando una amplia gama de tácticas represivas, incluyendo asesinatos, ejecuciones, arrestos masivos, exilio y juicios. Estas acciones fueron reforzadas por operaciones de inteligencia y estrategias políticas destinadas a fragmentar el liderazgo palestino y socavar el movimiento mediante la incitación a divisiones sectarias y religiosas.[3] La Gran Revuelta Palestina soportó el peso de todo el aparato represivo británico. Su enfoque fue sistemático: asesinar a líderes de campo, separar a los líderes políticos de las operaciones sobre el terreno mediante el exilio o facilitando su huida de Palestina, y desarmar rigurosamente a los civiles. Se demolían hogares si se encontraba siquiera una bala usada, y se utilizaban civiles como escudos humanos, atándolos al frente de vehículos y trenes británicos para disuadir emboscadas.[4]

Decidida a poner fin a la revuelta de tres años, Gran Bretaña desplegó 20,000 soldados, liderados por cuatro generales veteranos de la Primera Guerra Mundial. Para finales de 1938 y comienzos de 1939, Gran Bretaña había reocupado efectivamente Palestina, imponiendo un gobierno militar directo y reforzando sus fuerzas hasta alcanzar los 100,000 soldados—equivalente a un soldado por cada cuatro palestinos.

---

[1] Ibid., pp.38–39; Bahjat Abu Gharbieh, p.119 y ss.; Khalidi, p.73.
[2] Al-Husseini, p.41; Ahmad Shaqiri, vol.3, p.752; Mahmoud al-Sabbagh, La verdad sobre la organización especial, p.88.
[3] Al-Husseini, pp.42–43; Abu Gharbieh, p.18.
[4] Khalidi, p.71 y ss.

Esta presencia abrumadora subrayó la magnitud de la campaña británica, especialmente si se contrasta con la afirmación del líder sionista radical Ze'ev Jabotinsky de que establecer Israel requeriría no menos de 50,000 soldados.[1]

Los tres años de revolución (1936–1939) provocaron el martirio de unos cinco mil palestinos, con aproximadamente catorce mil heridos,[2] además de los arrestados, exiliados o forzados a huir. Algunas estimaciones sugieren que estas pérdidas representaron el 10 % de la población masculina adulta con capacidad de combate. En términos prácticos, esto significó la eliminación de la generación que podría haber enfrentado a las milicias sionistas una década después. Por lo tanto, la realidad es que la Nakba se puso en marcha de manera efectiva con la represión de la revolución palestina a finales de la década de 1930.[3]

Los palestinos demostraron una valentía extraordinaria, a pesar de que su resistencia estaba dispersa y fragmentada.[4] Su primer movimiento popular organizado tomó forma en una gran manifestación en 1933, que luego evolucionó en los levantamientos de Jerusalén y Jaffa. Esta larga demora pone de relieve las dificultades de una sociedad fragmentada y privada de liderazgo efectivo; pasaron quince años antes de que pudieran montar un movimiento popular pacífico comparable a la resistencia de Gandhi en la India.[5]

Además de su fragmentación, la resistencia palestina se vio obstaculizada por un enorme desequilibrio en poder y armamento, agravado por la complicidad global—especialmente británica—y por la traición árabe, con muchas capitales regionales gobernadas por líderes alineados con los ocupantes. Es crucial recordar que el Imperio Británico era la potencia dominante del mundo en ese momento. Incluso países populosos y ricos en recursos como India, Egipto e Irak enfrentaron luchas prolongadas para liberarse del dominio británico. ¿Cómo podía entonces un pueblo pequeño y pobre en recursos como el palestino

[1] Ibid., p.81.
[2] Véase al-Husseini, p.40; Muhsin Saleh, p.54.
[3] Khalidi, pp.21, 70–71.
[4] Salah Khalaf, p.63.
[5] Bahjat Abu Gharbieh, p.37 y ss.

triunfar en una lucha tan desigual? Y sin embargo, los palestinos realizaron hazañas extraordinarias de valor, logrando resultados que desafiaron la enorme disparidad de recursos. Su sola decisión de emprender esta lucha y sostener su resistencia es testimonio de su valentía única.

La resistencia palestina no fue en vano, ya que la respuesta británica a este levantamiento implacable la llevó a buscar una medida de apaciguamiento. Con la Segunda Guerra Mundial en el horizonte, Gran Bretaña necesitaba urgentemente estabilidad en la región. En consecuencia, revocó el plan de partición de Palestina, liberó a los líderes exiliados del Comité Árabe Superior y convocó una conferencia en Londres para negociaciones entre árabes y judíos. En mayo de 1939, Gran Bretaña emitió el *Libro Blanco*, representando su concesión más sustancial a los palestinos. Este documento, sin embargo, provocó tensiones con la comunidad judía, ya que limitaba la inmigración judía a 75,000 personas y restringía la venta de tierras, prohibiéndola en algunas zonas. No obstante, Gran Bretaña se negó firmemente a conceder amnistía a los rebeldes palestinos y prohibió el regreso de Amin al-Husseini, el líder político de Palestina.[1] Gran Bretaña buscaba una paz controlada, evitando cuidadosamente cualquier acción que pudiera reavivar el fervor revolucionario.

Amin al-Husseini no pudo regresar a Palestina, pero emprendió un viaje desafiante y lleno de acontecimientos, pasando por Líbano, Irak, Irán y Turquía antes de establecerse finalmente en Alemania. Allí, buscó una alianza con los alemanes, enemigos de Gran Bretaña, con la esperanza de obtener un compromiso que contrarrestara la Declaración Balfour. Su objetivo era lograr un acuerdo en el que los árabes se alinearan con Alemania a cambio de apoyo para liberar sus tierras y desmantelar el proyecto sionista. Dicho acuerdo fue efectivamente formalizado y se extendió a la capacitación alemana de fuerzas árabes y al suministro de cierto armamento.[2]

[1] Al-Husseini, p.43 y ss.
[2] Ibid., p.73 y ss., y p.109 y ss.

Sin embargo, la situación se revirtió con la derrota de Alemania e Italia en la Segunda Guerra Mundial, posicionando a los británicos entre los vencedores. Además, Estados Unidos emergió como una nueva superpotencia, concluyendo la guerra y situándose como la fuerza más dominante—intacta y no agotada por el conflicto global como sí lo estaban los británicos, franceses y rusos.

En ese momento, Gran Bretaña abandonó oficialmente el Libro Blanco, tal como lo anunció el ministro de Asuntos Exteriores Ernest Bevin el 14 de noviembre de 1945. A ello siguieron dos grandes oleadas de inmigración judía: más de 90,000 judíos durante la guerra y otros 60,000 después de su finalización.

La situación de Hajj Amin al-Husayni se volvió cada vez más difícil: huyó a Francia, donde fue capturado, aunque finalmente consiguió escapar. Logró llegar a Egipto, donde intentó liderar la siguiente fase crucial de la resistencia palestina durante el tenso periodo que precedió a la Nakba y a la proclamación del Estado de Israel.

La Nakba de 1948 y la proclamación del Estado de Israel

En 1948, los palestinos entraron en la guerra controlando el 94% del territorio y constituyendo el 69% de la población de Palestina. Al concluir el conflicto, Israel había ocupado el 78% del territorio, desplazando a 800,000 palestinos en el proceso.

Las condiciones en el mundo árabe antes de 1948

Tras la Primera Guerra Mundial, los países árabes se encontraron en un estado de dificultad y dependencia, gobernados por regímenes títeres establecidos por las potencias coloniales. Aunque se les concedió una independencia nominal, la soberanía real permaneció en manos de Gran Bretaña y Francia**.** Para comprender la situación en Palestina, es esencial examinar las condiciones de las naciones árabes circundantes.

Egipto

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, Egipto llevaba casi cuarenta años bajo ocupación británica. Los británicos habían tomado el control del país para garantizar la estabilidad de la dinastía de Muhammad ʻAlī, que había introducido la modernización, pero también había convertido a Egipto en una fuente de recursos para la explotación extranjera.

Durante la guerra, los británicos hicieron múltiples promesas para apaciguar al pueblo egipcio y ganar tiempo, entre ellas, una promesa de retirada futura. Cuando los británicos retrasaron esa retirada y los dirigentes políticos no actuaron con eficacia, estalló una gran revolución egipcia en 1919, que casi sacudió los cimientos del dominio británico.

En respuesta, los británicos buscaron sofocar la revolución creando un liderazgo leal a ellos, y lo lograron. Saad Zaghloul, una figura cercana a los intereses británicos, emergió como líder de la revolución. Sin embargo, en lugar de mantener el levantamiento popular, lo desvió hacia

la negociación, lo que condujo a una independencia simbólica. Se promulgó una nueva constitución que otorgaba amplios poderes al rey, y se estableció un parlamento con autoridad limitada. A partir de 1923, Egipto entró en lo que se denominó la "era liberal", pero el poder real permaneció firmemente en manos británicas. Sus partidarios occidentalizados controlaban la prensa y los medios, dirigían los partidos políticos y promovían una lucha pacífica por una independencia que no alcanzarían hasta tres décadas después.

Durante este periodo, se consolidó el concepto de Estado-nación, especialmente en forma de nacionalismo laico egipcio. Los políticos egipcios, en su mayoría, ignoraron la causa palestina.[1] De hecho, Egipto albergaba una importante comunidad judía, junto a una prensa judía pro-sionista, con publicaciones como *Israel*, *al-Shams* ("El Sol") y *al-Ittiḥād al-Isrāʾīlī* ("La Unión Israelita"), que abiertamente apoyaban el sionismo. Incluso los medios no sionistas solían reflejar puntos de vista favorables a esta ideología.

Muchos políticos egipcios, intentando navegar esas dinámicas, expresaban públicamente simpatía por los derechos judíos y condenaban la resistencia palestina, calificándola de intolerancia religiosa o extremismo ideológico. Así, la cuestión palestina se volvió altamente divisiva entre la élite política egipcia, con posturas que iban desde la indiferencia pasiva hasta el abandono total, dejando a menudo la causa marginada del discurso político.[2]

Las autoridades y élites egipcias ofrecieron con frecuencia un apoyo abierto a los intereses sionistas, mientras detenían activamente a palestinos y a sus simpatizantes en numerosas ocasiones. Por ejemplo, los palestinos que protestaban contra la Declaración Balfour durante su visita a Egipto fueron arrestados. Durante el levantamiento de Al-Burāq en 1929, el gobierno egipcio, bajo el primer ministro Muhammad Mahmoud, adoptó una postura hostil. El periódico estatal *Al-Siyasah* incluso amenazó con deportaciones de palestinos, citando acusaciones

[1] Ṭāriq al-Bishrī, *al-Ḥarakah al-Siyāsiyyah fī Miṣr* (La vida política en Egipto), p. 316.

[2] Ibid., p. 317 y ss. Véase también ʿAwāṭif ʿAbd al-Raḥmān, *Miṣr wa Filasṭīn* (Egipto y Palestina), p. 154 y ss.

de incitación a conflictos sectarios y disturbios públicos;[1] de hecho, varios palestinos, incluido Abdel Qader al-Husseini, fueron finalmente expulsados.[2] En 1930, bajo el primer ministro Ismail Sidqi, el gobierno cerró el periódico palestino *Al-Shura*.[3] Al mismo tiempo, el periódico *Al-Saray*, vinculado al palacio, apoyó abiertamente la idea de una patria judía en Palestina, afirmando que la migración judía aportaría conocimientos técnicos y capital valioso—una aprobación total de los argumentos sionistas. El periódico incluso alegó que hasta los "extremistas" comenzaban a aceptar esta solución, sugiriendo que los palestinos se mostraban cada vez más receptivos a la presencia judía mediante la convivencia.[4]

Bajo el primer ministro Ahmad Zīwār, el gobierno envió a Ahmad Lutfī al-Sayyid, rector de la Universidad Egipcia, como representante oficial a la inauguración de la Universidad Hebrea.[5] Tāhā Ḥusayn también envió un telegrama de felicitación y posteriormente **visitó Jerusalén** invitado por la Universidad Hebrea y el gobernador británico.[6] Husseini incluso encontró formas de eludir las regulaciones para facilitar la inscripción de un estudiante egipcio en la Universidad Hebrea.[7] En ese momento, Taha Hussein era un destacado defensor de una identidad egipcia arraigada en su herencia faraónica.[8]

Durante el gobierno de Ismāʿīl Sidqī, Egipto participó en la Exposición Sionista de Tel Aviv en la primavera de 1932.[9] El jedive ʻAbbās Hilmī II fue más lejos aún, ejerciendo su influencia sobre ciertos líderes para instar a los palestinos a reconciliarse con los judíos, llegando a proponer que abandonaran su tierra y se trasladaran al este del Jordán.[10]

---

[1] Ṭāriq al-Bishrī, *op. cit.*, p. 316.
[2] *Al-Mawsūʿah al-Filasṭīniyyah* (La Enciclopedia Palestina), vol. 3, p. 168.
[3] Ṭāriq al-Bishrī, *op. cit.*, p. 316.
[4] ʿAwāṭif ʿAbd al-Raḥmān, *op. cit.*, p. 92.
[5] Ibid.
[6] Suzan Ṭāhā Ḥusayn, *Maʿak* (¡Contigo!), p. 80.
[7] Ibid., p. 153.
[8] Aḥmad al-Shuqayrī, *op. cit.*, vol. 3, p. 755 y ss.
[9] ʿAwāṭif ʿAbd al-Raḥmān, *op. cit.*, p. 92.
[10] Shakīb Arslān, *ʿUrwat al-Ittiḥād bayn Ahl al-Jihād* (El lazo de unión entre los combatientes), pp. 97–98.

Durante la gran huelga palestina de 1936, el gobierno de Mustafā al-Nahhās permitió que cientos de trabajadores egipcios viajaran a Palestina para suplir la escasez de mano de obra causada por la huelga.[1] Cuando el primer ministro Muhammad Mahmūd Pasha fue preguntado en Europa sobre el problema palestino, respondió:

"Soy el primer ministro de Egipto, no el primer ministro de Palestina."[2]

En Egipto se publicaron numerosos libros que elogiaban al pueblo judío y promovían la idea de su retorno a Palestina.[3] Algunos llegaron incluso a instar al rey y al gobierno egipcios a apoyar la creación de un Estado judío y contribuir al "rescate de este pueblo oprimido."[4] Mientras tanto, publicar obras que denunciaban las masacres y la destrucción en Palestina resultaba peligroso: los autores debían publicar anónimamente, distribuir en secreto **y** arriesgarse a represalias.[5]

Desde 1920, se publicaba en Egipto el periódico *Israel*, afiliado al movimiento sionista.

El propósito aquí no es evaluar la posición del gobierno egipcio respecto a la causa palestina, ni examinar sus incoherencias, sino subrayar que nunca fue una postura de principios. El enfoque fue variable y condicionado por intereses cambiantes, con los mismos actores ajustando su discurso según agendas personales**,** cálculos estratégicos o rivalidades internas.

Las fuerzas policiales, el poder militar y los recursos económicos permanecían bajo control británico efectivo. Aunque el pueblo egipcio se mostraba solidario, empático y dispuesto al sacrificio por Palestina, sus acciones se limitaron a lo que las autoridades británicas permitían.

---

[1] ʿAwāṭif ʿAbd al-Raḥmān, *op. cit.*, p. 96.

[2] *Majallat al-Nadhīr*, n.º 9, 25 de julio de 1938, pp. 6–7.

[3] Véase, por ejemplo, Shahīn Makarios, *Tārīkh al-Isrāʾīliyyīn* (Historia de los israelitas), publicado en 1904.

[4] Véase, por ejemplo, Ilī Levi Abū ʿAṣal, *Yaqẓat al-ʿĀlam al-Yahūdī* (El despertar del mundo judío), publicado en 1934.

[5] *Majallat al-Nadhīr*, n.º 9, 25 de julio de 1938, p. 1; Maḥmūd ʿAbd al-Ḥalīm, *al-Ikhwān al-Muslimūn: Aḥdāth Ṣanaʿat al-Tārīkh* (Los Hermanos Musulmanes: acontecimientos que hicieron historia), vol. 1, pp. 175–176.

Como resultado, Egipto se convirtió en uno de los principales centros de la propaganda sionista en el mundo árabe.[1]

Jordania

Tras la Primera Guerra Mundial, las ambiciones de Sharif Husayn de establecer un califato árabe que se extendiera desde Iraq hasta el Levante quedaron en nada, pues las promesas británicas no se cumplieron. Su vida terminó en el exilio en Chipre, despojado de su reino y de su título, a pesar de haber sido Sharif de La Meca y de haber puesto sus fuerzas al servicio de los intereses británicos.

Su hijo mayor, ʻAbdullah, recibió de los británicos una porción estéril de desierto al este del río Jordán, con la que se formó una entidad política algo extraña llamada "Emirato de Transjordania."

Esta región —que más tarde se transformaría en el Reino Hachemí de Jordania en 1947— carecía de recursos, infraestructura e incluso de una ciudad importante. En sus comienzos, el emirato estaba lejos de ser un Estado funcional, y mucho menos un reino.

ʻAbdullah heredó de su padre una profunda lealtad hacia Gran Bretaña, convirtiéndose en uno de sus aliados más confiables y dóciles. Su relación con los británicos fue descrita como "excepcionalmente estrecha e inigualable."[2] Ellos lo financiaron para que formara un ejército personal, sostuviera su gobierno y consolidara su autoridad sobre las tribus árabes de la región. Este ejército, dirigido por oficiales británicos, buscaba reclutar miembros tribales como soldados para constituir una fuerza que aparentara ser nacional, con el destacado comandante británico Glubb Pasha al mando.

ʻAbdullah nunca se sintió satisfecho con el territorio árido y exiguo que había recibido, carente de recursos significativos. Mientras que los británicos habían otorgado Iraq a su hermano menor Faisal, el Hiyaz había caído de manos de la familia cuando Ibn Saʿūd, con la connivencia británica, se apoderó de él, tras el retiro del apoyo inglés a Sharif Ḥusayn y sus hijos. Al norte, Siria estaba bajo dominio francés. Cercado por

[1] ʿAwāṭif ʿAbd al-Raḥmān, *op. cit.*, pp. 8, 18–19.
[2] Mary Wilson, *King Abdullah, Britain and the Making of Jordan*, p. 13 [edición árabe].

todos lados, ʻAbdullah dirigió sus ambiciones hacia Palestina, viéndola como una plataforma para expandirse hacia Siria o Iraq. Consideraba que Palestina, al carecer de un gobierno formal,[1] podía anexionarse fácilmente a su emirato.

Sus aspiraciones cobraron impulso en 1946, cuando obtuvo una independencia nominal, aunque su ejército seguía financiado por Gran Bretaña, ya que los recursos del emirato eran insuficientes para sostenerlo. Sin poder real y atado estrechamente a los intereses británicos, ʻAbdullah decidió convertirse en su aliado más fiel, esperando que eventualmente respaldaran sus ambiciones en Palestina. Algunos informes señalan que, al enterarse de los planes británicos de retirarse de Palestina, se sintió tan atemorizado por perder su apoyo que incluso llegó a considerar abdicar,[2] una actitud típica de quien depende por completo de una potencia extranjera.

Durante sus treinta años de gobierno (1921–1951), la colaboración de ʻAbdullah con los intereses británicos, e incluso con los objetivos sionistas, fue notoria. Con frecuencia actuó como si fuera un administrador colonial leal designado por los británicos. Su cooperación se extendió a reuniones **y** arreglos con destacados líderes sionistas, como David Ben-Gurion**,** Golda Meir **y** Moshe Dayan, desempeñando un papel crucial en facilitar la conquista sionista de Palestina. Cabe destacar que fue el único líder árabe que apoyó el Plan de Partición de la ONU para Palestina, ya que los británicos le aseguraron que las zonas asignadas a los árabes quedarían bajo su control.[3]

Siria

Al principio, los británicos colocaron a Faisal ibn Husayn como gobernante de Damasco. Sin embargo, al incumplir sus promesas a los franceses en el acuerdo Sykes-Picot, se produjo una invasión francesa de

[1] Como se ha señalado, los británicos tomaron medidas deliberadas para garantizar que Palestina permaneciera sin una autoridad gubernamental.
[2] Ibid., pp. 16–17.
[3] El distinguido historiador palestino Dr. Anīs Ṣayyigh escribió una obra exhaustiva que analiza las posturas y políticas de los hachemíes respecto a la cuestión palestina, titulada *Los hachemíes y la causa palestina*.

Siria, que culminó con la expulsión de Faisal. Los británicos, entonces, lo nombraron rey de Iraq.

Siria permaneció bajo ocupación francesa desde 1920 hasta su independencia en 1946, aunque obtuvo un cierto grado de autonomía administrativa bajo supervisión francesa a partir de 1936, de forma similar al arreglo que Egipto alcanzó tras 1922. Con la llegada de la Segunda Guerra Mundial, la influencia estadounidense comenzó a eclipsar a las antiguas potencias coloniales europeas, ejerciendo presión sobre Francia para que pusiera fin a su dominio colonial, mientras los Estados Unidos imponían un nuevo modelo de influencia en la región.

Surgió entonces una rivalidad entre los regímenes de Siria y Jordania. El rey de Jordania aspiraba a anexionar Siria, impulsado por el sueño incumplido de su padre —o más bien, por su propia obsesión heredada— de crear un gran Estado árabe que abarcara el Levante, Iraq y la Península Arábiga.

Por su parte, el nuevo régimen sirio, aunque su independencia era en gran medida nominal **y** limitada**,** rechazaba la monarquía y buscaba establecer una república civil y democrática. Desde la perspectiva siria, Jordania era un territorio injustamente separado de su dominio natural, y muchos sirios creían que debía reunificarse con Siria. Además, la reputación de ʻAbdullah —marcada por la traición— lo hacía inaceptable incluso para aquellos sirios que, de otro modo, podrían haber considerado la idea de una monarquía.[1]

A medida que la situación en Palestina se deterioraba y los acontecimientos se acercaban a la intervención militar, ʻAbdullah se mostró cada vez más nervioso ante la posibilidad de que las fuerzas saudíes y sirias aprovecharan la oportunidad para invadir y ocupar Jordania. En respuesta, buscó apoyo en Iraq, gobernado por sus parientes hachemíes, para obtener asistencia militar frente a lo que percibía como una conspiración inminente.

En aquel tiempo, el mundo árabe estaba dividido en dos bloques:

[1] *Las memorias de ʿĀdil Arslān*, vol. 2, p. 849.

- por un lado, Egipto, Arabia Saudí y Siria;
- y por otro, Iraq y Jordania.[1]

Por encima de todos ellos se encontraba Gran Bretaña, que mantenía el control efectivo, excepto en Siria, cuyo régimen mostraba un mayor grado de independencia relativa. Aun así, 'Abdullah temía que cualquier desviación de la política británica pudiera provocar una ocupación de su reino por parte de los británicos.

Esta era la situación de los llamados "Estados de primera línea," cuyos actos contribuyeron decisivamente a la consolidación de la presencia sionista, al debilitamiento de la resistencia palestina y a la negación de la soberanía palestina. Puede incluso afirmarse que el Estado sionista no habría podido establecerse ni consolidarse sin la complicidad de estos regímenes árabes. Como veremos más adelante, las acciones de estos Estados durante la guerra de 1948 desempeñaron un papel crucial en la afirmación del poder sionista.

Detrás de los "Estados de primera línea", la situación en el resto del mundo árabe era igualmente precaria. En Iraq, la otra rama de la familia hachemí —con Faisal ibn Husayn, expulsado por los franceses de Siria— gobernaba bajo la sombra del dominio británico.

Tras la revolución de 1920 y su represión, los británicos colocaron a Faisal como rey, una vez concedida la independencia nominal del país. Este arreglo repetía el modelo británico aplicado en Egipto después de la revolución de 1919.

El régimen hachemí en Iraq enfrentó múltiples intentos de liberación, todos sofocados con intervención británica, como el golpe de Rashid ʿAlī al-Kīlānī en 1941. Finalmente, un golpe militar en 1958 derrocó la monarquía e instauró una república militar.

Incluso si estos gobernantes hubiesen deseado apoyar la causa palestina —algo de por sí cuestionable—, sus posibilidades eran limitadas. Cabe recordar que el propio rey Faisal había participado en un acuerdo con Chaim Weizmann**,** respaldando la creación de un Estado

[1] *Las memorias de Fawzī al-Qāwqjī*, p. 333.

judío como parte del supuesto "gran Estado árabe" que Gran Bretaña había prometido a Sharif Husayn, y que posteriormente traicionó.

En Arabia Saudí, ʻAbd al-ʻAzīz Āl Saʿūd gobernaba con vínculos con los británicos tan estrechos —o incluso mayores— que los de los hachemíes. Fueron los británicos quienes trazaron las fronteras de su reino y luego lo ayudaron a aplastar el movimiento de los Ijwān, cuando este amenazó con rebelarse contra su autoridad.

Aun si ʻAbd al-ʻAzīz hubiese querido ayudar a Palestina, su capacidad era limitada: gobernaba un territorio enorme, escasamente poblado y carente de recursos significativos, pues esto ocurrió antes del descubrimiento y la explotación del petróleo, que más tarde sería gestionado por compañías británicas y estadounidenses.

Más lejos, el resto del mundo árabe —incluidos los pequeños emiratos del Golfo y los países del norte de África— permanecía bajo control colonial. Aunque sus pueblos estaban profundamente conmovidos por la causa palestina y movidos por una sincera solidaridad, sus recursos eran demasiado limitados como para asegurar su propia independencia, y mucho menos para enfrentar la conspiración que se cernía sobre Palestina.

En todos estos países, los gobiernos eran, en el mejor de los casos, débiles e ineficaces, y subordinados a sus amos coloniales. Solo diferían en el grado de dependencia y lealtad hacia dichas potencias.

La partición de Palestina

Gran Bretaña emergió de la Segunda Guerra Mundial agotada y debilitada. A medida que su influencia se desvanecía, el movimiento sionista redirigió sus esfuerzos hacia la nueva superpotencia mundial, los Estados Unidos.

Al mismo tiempo, las milicias sionistas en Palestina lanzaron una campaña contra los británicos, presentándose como un movimiento de liberación que luchaba por expulsar a los colonizadores. Este discurso se alineaba con la retórica global sobre la autodeterminación, impulsada por las potencias ascendentes —Estados Unidos y la Unión Soviética—, que

buscaban heredar los dominios coloniales de los debilitados imperios británico y francés.

El modelo estadounidense de imperialismo fue innovador: favorecía el control indirecto mediante la influencia política y los gobiernos clientes, en lugar de la ocupación militar directa. El movimiento sionista supo adaptarse hábilmente a este enfoque, convirtiéndose en un instrumento de la influencia estadounidense para expulsar a los británicos de Palestina. Bajo el disfraz de una lucha por la liberación, se benefició de la simpatía internacional al oponerse al dominio colonial británico.[1]

En el Congreso Sionista de Atlanta (1944), el movimiento exigió oficialmente la retirada de las fuerzas británicas de Palestina y pidió protección internacional para la comunidad judía.

Los sionistas intensificaron sus esfuerzos a través de una campaña guerrillera calculada contra las fuerzas británicas, recurriendo a atentados, asesinatos y secuestros de gran impacto. Entre 1946 y 1947, las bajas británicas ascendieron a 169 soldados. Al final del Mandato Británico, las milicias sionistas habían realizado más de 500 operaciones contra objetivos británicos.

Resulta particularmente irónico que Winston Churchill, quien había desempeñado un papel clave en el entrenamiento de las primeras milicias judías, expresara públicamente su frustración y emitiera advertencias ante las Naciones Unidas. Sin embargo, estas advertencias fueron percibidas como retórica vacía, sin acciones ni consecuencias tangibles.

A pesar de todo esto, Gran Bretaña permaneció en gran medida en silencio, absteniéndose de tomar medidas significativas contra los sionistas. Para entonces, el movimiento sionista ya contaba con la protección de Estados Unidos. Además, muchos miembros de las fuerzas policiales y militares británicas destacadas en Palestina eran judíos o estaban alineados con intereses sionistas. Al mismo tiempo, Gran Bretaña seguía reprimiendo la resistencia palestina, arrestando a personas

[1] ʿAbd al-Wahhāb al-Messīrī, *Riḥlatī al-Fikriyyah* (Mi viaje intelectual), p. 493; Walid Khalidi, *op. cit.*, p. 29.

simplemente por poseer armas, lo que condujo a 300 detenciones solo en la primera mitad de 1946.

En el ámbito internacional, el movimiento sionista desempeñó un papel decisivo en la financiación de la campaña del presidente estadounidense Harry Truman, un cristiano sionista simpatizante.[1] Tras su victoria, Truman recompensó su apoyo aprobando la inmigración de 100,000 judíos a Palestina.

En Estados Unidos, las organizaciones sionistas movilizaron a las comunidades judías para recaudar fondos destinados al establecimiento de industrias militares en Israel. Esto permitió a las milicias de Haganá producir sus propias armas, fortaleciendo aún más su posición —incluso frente a los británicos—.

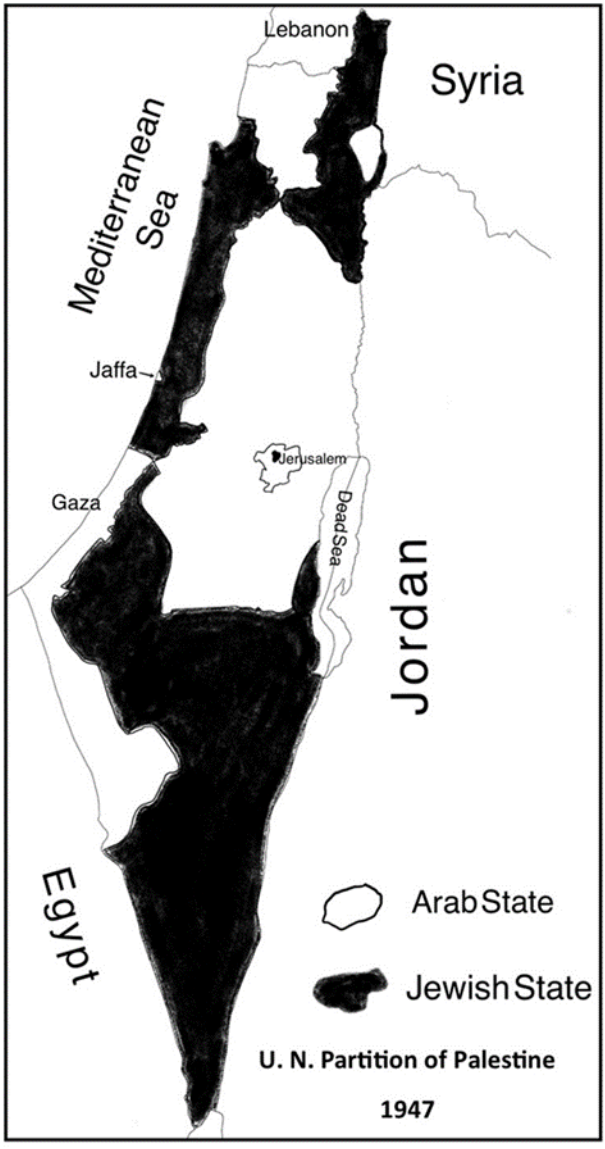
En este punto, la situación en Palestina se había cristalizado en tres realidades distintas:

1. Ocupación británica: tras casi tres décadas de control, Gran Bretaña se encontraba bajo creciente presión de Estados Unidos para retirarse. Mientras tanto, enfrentaba la resistencia tanto palestina como sionista, y su posición se tornaba cada vez más insostenible.

2. Expansión sionista: la población judía había crecido considerablemente, y ya contaba con organizaciones militares, sistemas educativos, estructuras industriales, redes mediáticas y empresas comerciales consolidadas. Exigían la independencia del dominio británico y gozaban de fuerte apoyo internacional, especialmente de Estados Unidos, además de apoyo indirecto de regímenes árabes vecinos.

3. Resistencia palestina: la población autóctona palestina, exhausta tras décadas de represión y empobrecimiento, buscaba liberarse tanto de la ocupación británica como de la sionista. Sin embargo, carecía de medios de resistencia y del respaldo de aliados influyentes, quedando en una posición de gran desventaja.

[1] Sobre el sionismo de Truman, véase Regina Sharif, *op. cit.*, p. 137 y ss.


Lebanon
Syria
Mediterranean Sea
Jaffa
Jerusalem
Gaza
Dead Sea
Jordan
Egypt
Arab State
Jewish State
U. N. Partition of Palestine
1947

Después de la guerra, las potencias victoriosas fundaron una organización internacional —las Naciones Unidas— para supervisar los asuntos globales, actuando en la práctica como un gobierno mundial. Esta organización otorgó privilegios especiales a las cinco naciones vencedoras —Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China—, haciéndolas miembros permanentes del Consejo de Seguridad, cada una con poder de veto. Este poder permitía bloquear cualquier resolución, incluso si contaba con mayoría. Así, las Naciones Unidas se convirtieron en una herramienta de las potencias vencedoras para mantener su dominio mundial, bajo la apariencia del derecho internacional y las resoluciones universales.

La cuestión palestina se presentó ante las Naciones Unidas como un conflicto entre árabes y judíos, ambos reclamando derechos históricos sobre la tierra. Gran Bretaña anunció su intención de retirarse de Palestina en mayo de 1948, renunciando a su mandato y trasladando el asunto a las Naciones Unidas.

El escenario quedó listo para que las potencias internacionales, a través de la ONU, impulsaran una resolución de partición del territorio entre los dos grupos. Esta decisión, conocida como la Resolución 181, fue aprobada en 1947. Asignaba el 54,7% del territorio palestino a los judíos, el 44,8% a los palestinos, y Jerusalén y Belén se designaron como zona internacional.[1]

Esta resolución fue anómala y arbitraria, pues otorgaba a otras naciones el poder de decidir el destino de una tierra que no les pertenecía ni comprendían. Muchos de los países que la apoyaron —como Haití, Filipinas, Guatemala y Liberia— no tenían ninguna relación con Palestina.[2] Además, la resolución determinaba el futuro de un país y su

[1] Véase el texto de la Resolución 181 en *Palestine's Documents File*, vol. 1, p. 895 y ss.

[2] Algunos países inicialmente se opusieron o se abstuvieron de votar la resolución, lo que puso en peligro su aprobación. Sin embargo, sus posturas cambiaron bajo el peso de presiones y sobornos orquestados por las grandes potencias y empresarios judíos influyentes. Se ofrecieron regalos lujosos, como diamantes y abrigos de piel para las esposas de ciertos dirigentes, suficientes para modificar sus decisiones políticas. Del mismo modo, promesas de incentivos económicos o amenazas de sanciones financieras lograron efectos similares. En

pueblo sin consultarlos, negándoles el derecho a la autodeterminación. Cabe añadir que las resoluciones de la Asamblea General son no vinculantes, incluso según la propia Carta de la ONU.

El reparto territorial fue también completamente ilógico e injusto. A pesar de los años de inmigración judía, compra y confiscación de tierras, los palestinos aún poseían el 90% de la tierra de Palestina, incluyendo el 80% de las tierras cultivables. ¿Cómo, entonces, podía una resolución otorgarles solo el 44% del territorio?

Si analizamos las potencias que impulsaron y aprobaron esta resolución, resulta evidente que Gran Bretaña fue su promotora inicial y su patrocinadora desde el comienzo. Posteriormente, Estados Unidos asumió el liderazgo, convirtiéndose en su principal defensor. En cuanto a la Unión Soviética, sus dirigentes ingenuamente creyeron que el nuevo Estado podría adoptar la ideología comunista y servirles como puerta de entrada a la región y al Mediterráneo.

Cuando se anunció el Plan de Partición, la posición oficial árabe fue de rechazo, excepto la de ʻAbdullah, rey de Jordania. Movido por su ambición de expandir su reino hacia el oeste, apoyó el plan con el objetivo de anexionar la parte de Palestina asignada a los árabes. Esta postura coincidía con los intereses británicos y llevó a ʻAbdullah a participar activamente en facilitar e implementar el plan.

Desde otra perspectiva, el control del rey ʻAbdullah sobre las partes restantes de Palestina constituyó el escenario más ventajoso tanto para los británicos como para los sionistas. Como uno de sus aliados más leales y cooperativos, garantizaba una colaboración fluida con sus agendas. Para los palestinos, sin embargo, esta anexión fue profundamente rechazada, pues la percibían simplemente como un traslado del dominio británico directo a un control indirecto bajo influencia británica.[1]

---

la práctica, Palestina y las tierras del islam se redujeron a un banquete ofrecido a todos: quienes deseaban una parte la desgarraron, mientras que otros vendieron su porción del botín por beneficio personal. (Véase: Muḥsin Ṣāliḥ, *The Palestinian Cause*, pp. 59–60; Roger Garaudy, *The Founding Myths*, p. 228).

[1] Walid Khalidi, *op. cit.*, pp. 87–88.

El rechazo oficial árabe al Plan de Partición no fue más que retórica vacía. Las declaraciones no reflejaban intenciones reales y, aun cuando algunos dirigentes pudieran haber sido sinceros, carecían de los medios prácticos para traducir su postura en acción. Esta debilidad provenía del hecho de que estos gobiernos estaban subordinados al control británico y poseían solo una independencia nominal. Además, la Liga Árabe —el organismo encargado de coordinar los esfuerzos árabes— era intrínsecamente débil, pues había sido creada para servir a los intereses británicos y permanecía firmemente bajo su influencia.

Las fuerzas militares árabes estaban igualmente mal preparadas, carentes de efectivos, de armamento y de organización para enfrentar a las fuerzas británicas que ya dominaban Palestina. También carecían de inteligencia suficiente sobre el terreno y sobre su adversario sionista, y operaban sin un mando unificado, ni siquiera parcialmente coordinado.

Aunque algunos individuos dentro de la Liga Árabe estaban impulsados por auténticos sentimientos islámicos, árabes y nacionalistas, las acciones del organismo en su conjunto facilitaron, apoyaron e incluso fortalecieron el establecimiento del Estado sionista. La Liga se adhirió a la política británica, que prohibía la entrada de fuerzas árabes en Palestina hasta el 15 de mayo de 1948, fecha oficial de la retirada británica.

Mientras tanto, la transferencia del control de Palestina de manos británicas a manos sionistas ya estaba en marcha. Los sionistas adquirían armas de los británicos mediante compras y obtenían otros recursos mediante apoyo directo. A comienzos de 1948, habían comprado 24 aviones por cinco millones de libras esterlinas. En los ámbitos administrativo y militar, la Agencia Judía había consolidado un control efectivo, disponiendo de una fuerza combatiente que incluía las milicias Haganá (35 000 miembros), 10 000 combatientes especializados, y organizaciones extremistas como Irgun y Stern.

Por el contrario, la sociedad palestina se hallaba en una situación de gran desventaja. Exhausta tras la Gran Revuelta de 1936–1939, se le prohibía portar armas o recibir entrenamiento militar. Tampoco contaba con apoyo político o militar de los países vecinos. Su única defensa residía en su valor indomable. Quienes se unían a las organizaciones de

resistencia enfrentaban limitaciones extremas, pues carecían de armas y su preparación se reducía a ejercicios físicos y lecciones teóricas.[1]

Otro posible recurso para los palestinos, además de su valentía, era la movilización de voluntarios árabes y musulmanes dispuestos a participar en la lucha. Sin embargo, como veremos, tanto los regímenes árabes como las potencias internacionales trabajaron para privarles incluso de esta esperanza.

El Plan de Partición, que supuestamente buscaba la paz, se convirtió en catalizador de la guerra. Los sionistas lucharon por apoderarse de la tierra asignada y expulsar a sus habitantes árabes, mientras los árabes combatían por resistir esta usurpación. Por su parte, Gran Bretaña prestó un último servicio a la causa sionista: aunque había anunciado su retirada para mayo de 1948 y prometido castigar cualquier ataque contra sus tropas hasta entonces, orquestó simultáneamente la entrega gradual de las principales ciudades a las fuerzas sionistas de manera coordinada.

Así, los palestinos y las fuerzas árabes que los apoyaban solían despertarse con la noticia de retiros británicos anticipados, solo para descubrir que las fuerzas sionistas ocupaban inmediatamente las ciudades y tomaban los edificios gubernamentales. Esto colocó a los sionistas en una posición cada vez más ventajosa para lanzar su campaña de conquista territorial y desplazamiento de la población.

La retirada británica y la entrega a los sionistas

El 10 de marzo de 1948, dos meses antes del fin del Mandato Británico, la Haganá concluyó un plan meticuloso para despoblar las aldeas palestinas. Este plan priorizaba el terror psicológico sobre la superioridad militar, con el fin de provocar un pánico tan profundo que los habitantes huyeran sin resistir. Las masacres y los ataques masivos eran considerados esenciales para lograr ese objetivo. Los prisioneros capturados eran con frecuencia ejecutados en el acto antes de ser enviados a campos de detención centrales, consolidando un clima de miedo que paralizaba cualquier intento de resistencia organizada.

[1] Ṣalāḥ Khalaf, *op. cit.*, pp. 29–30.

Las aldeas solían ser rodeadas por tres lados y sometidas a intenso bombardeo, dejando un flanco abierto para la huida. Esto forzaba a los residentes a escapar en medio del pánico. La campaña de desplazamiento comenzó a lo largo de la costa mediterránea y avanzó hacia el este, asegurando que el nuevo Estado sionista mantuviera acceso al mar. Los primeros objetivos fueron aldeas y pueblos del norte y oeste de Palestina, con un estimado de 350 000 palestinos desplazados por la fuerza en su fase inicial.

Las milicias sionistas emplearon una amplia gama de métodos brutales: asaltos directos a las aldeas, bombardeos de mercados, explosiones de automóviles, emboscadas en los caminos y asesinatos indiscriminados de civiles palestinos. Unidades especiales, los llamados mistaʿaravim (agentes disfrazados de árabes), realizaban operaciones encubiertas. En algunos casos, los suministros de agua fueron contaminados deliberadamente con bacterias; en otros, aldeas enteras fueron incendiadas con sus habitantes dentro.[1]

La magnitud de estos acontecimientos —tan amargos, dolorosos y horrendos— desafía toda documentación exhaustiva en un relato breve. Sin embargo, es fundamental que todo musulmán conozca estos hechos, pues no solo ilustran la mente, sino que forman la conciencia, sacuden las emociones y fortalecen la humanidad interior, a menudo con más fuerza que la comprensión intelectual.

Si estas obras pretenden cultivar la conciencia y la razón, deben también resaltar la importancia de conocer los detalles que exponen con claridad e irrefutabilidad la naturaleza del enemigo —su brutalidad, su crueldad y su arrogante desdén por la vida humana.

El propio Menachem Begin se jactó abiertamente de que la masacre de Deir Yassin desempeñó un papel decisivo en sembrar el terror en las regiones vecinas, facilitando la caída de Haifa "como un cuchillo que corta la mantequilla."[2]

---

[1] Para más detalles, véase Ilan Pappé, *The Ethnic Cleansing of Palestine* (*La limpieza étnica de Palestina*).
[2] Menachem Begin, *The Revolt* (*La revuelta*), p. 165.

Haifa cayó en abril de 1948, un mes antes de la retirada británica, fruto de una coordinación entre británicos y sionistas. Esta ciudad tenía una importancia excepcional como centro comercial y portuario con refinería de petróleo. Su población árabe superaba los 70 000 habitantes. Los ataques sionistas comenzaron en diciembre de 1947 y se intensificaron en abril de 1948, con apoyo de artillería y aviación. Al finalizar la ofensiva, la población árabe de Haifa había sido reducida, mediante asesinatos y desplazamientos forzados, a apenas 3 000 o 4 000 personas.

Pocos días después, Jaffa sufrió un destino similar. La ofensiva sobre sus suburbios comenzó el 27 de abril de 1948. A medida que las zonas caían, las milicias sionistas colocaban artillería para bombardear las partes restantes de la ciudad, dejando a los residentes sin otra opción que huir. Jaffa, que también contaba con unos 70 000 árabes, vio su población reducida a solo 4 000 o 5 000 al concluir las operaciones.

Otras ciudades —como Safed, Beisan y diversas áreas de Galilea— cayeron en campañas similares y coordinadas. Un patrón constante fue la retirada anticipada de las fuerzas británicas de posiciones clave, meticulosamente sincronizada con las milicias sionistas. Mientras tanto, Gran Bretaña prohibía estrictamente la entrada de fuerzas árabes a Palestina hasta el 14 de mayo de 1948, fecha oficial de su retirada. El Ejército de Liberación Árabe, compuesto por voluntarios, quedó en una situación precaria, como se analizará más adelante.

Así culminó la conspiración contra el pueblo palestino, indefenso y agotado por la guerra. Desposeídos de recursos, fueron incapaces de defenderse ante las milicias sionistas, numerosas, bien entrenadas y fuertemente armadas.

En cada relato sobre la caída de una ciudad o una masacre en una aldea, oleadas de refugiados se desbordaban, huyendo de ciudades ocupadas o de pueblos destruidos, o anticipando que pronto compartirían la misma suerte. Sin medios de resistencia ni apoyo externo, emprendían la huida para evitar un destino semejante.

Estas masas desesperadas vagaban sin rumbo: algunas lograban alcanzar la Cisjordania, Gaza, Líbano o Siria, según sus posibilidades;

otras perecían en el camino, víctimas del agotamiento, la enfermedad, el hambre, el frío o las picaduras de escorpiones y serpientes. Los más afortunados hallaban refugio en cuevas o entre las rocas, pero para la mayoría no existía refugio alguno.

El 14 de mayo de 1948, los británicos se retiraron oficialmente de Palestina. David Ben-Gurion dio un paso al frente y proclamó la independencia del Estado de Israel, de pie bajo un retrato imponente de Theodor Herzl, el visionario ideólogo que había sembrado las semillas del sionismo. Herzl había muerto apenas ocho años después de formular su visión, pero cuatro décadas más tarde, su sueño se cumplía.

Así se cumplió la profecía coránica antigua, que anuncia el retorno de los judíos a la Tierra Santa:

﴿وَقُلْنَا مِنۢ بَعْدِهِۦ لِبَنِىٓ إِسْرَٰٓءِيلَ ٱسْكُنُوا۟ ٱلْأَرْضَ فَإِذَا جَآءَ وَعْدُ ٱلْءَاخِرَةِ جِئْنَا بِكُمْ لَفِيفًا﴾

"Y dijimos, después de él, a los Hijos de Israel: 'Habitad la tierra; pero cuando llegue la promesa del Más Allá, os traeremos de regreso en una congregación'." (Sūrat al-Isrāʾ, 17:104)

Este acontecimiento marcó el inicio de un nuevo y desgarrador capítulo en la historia de Palestina, del mundo árabe, del islam y de toda la humanidad.

La Nakba de 1948

A pesar del apoyo sin precedentes que los sionistas recibieron del poderoso Imperio británico durante más de tres décadas, su conquista de Palestina distó mucho de ser fácil. Fue enfrentada con feroz resistencia por parte de los palestinos. Aunque estaban asediados por circunstancias extremas, escasos recursos y una traición internacional y árabe generalizada, se mantuvieron firmes y combatieron con valentía y determinación admirables.

Para simplificar la historia de este periodo turbulento y complejo, la resistencia puede clasificarse en tres niveles fundamentales:

1. La resistencia palestina, encabezada principalmente por el Movimiento de la Yihad Sagrada, bajo el liderazgo de ʿAbd al-Qādir al-Ḥusaynī.
2. El Ejército de Liberación Árabe, creado por la Liga Árabe para organizar voluntarios y enviarlos a combatir en Palestina.
3. Los ejércitos árabes oficiales, que entraron en Palestina tras el fin del Mandato Británico y participaron en la guerra de 1948.

Es esencial reconocer que estos tres niveles de resistencia, ya actuaran de manera independiente o conjunta, estaban enormemente subequipados en comparación con las milicias sionistas. Carecían de armas suficientes, municiones, entrenamiento militar y experiencia logística. Sus recursos financieros y líneas de abastecimiento eran muy limitados. Además, no contaban con el respaldo político sólido que sí poseían las fuerzas sionistas. Incluso los ejércitos árabes oficiales sufrían escasez de efectivos y armamento, carecían de experiencia en combate, y operaban bajo regímenes aún controlados de facto por potencias coloniales extranjeras.

El pueblo palestino fue, en la práctica, privado de su derecho a defenderse y defender su tierra, a pesar de su deseo de asumir esa responsabilidad. Eran quienes mejor conocían su territorio y a su enemigo, y por tanto, quienes más capacitados estaban para resistir el asalto sionista. Solo necesitaban de los Estados árabes el apoyo financiero y militar necesario.[1]

Además, dejar la resistencia exclusivamente en manos palestinas habría tenido ventajas políticas significativas: habría desmontado la propaganda sionista que presentaba a Israel como un pequeño Estado que luchaba por su independencia, injustamente asediado por naciones árabes mayores y mejor equipadas. Esta imagen era completamente falsa, ya que, como veremos, las milicias sionistas superaban a los ejércitos árabes combinados en número y en armamento.

---

[1] ʿĀrif al-ʿĀrif, *Nakbat Filasṭin* (La catástrofe de Palestina), vol. 1, pp. 14–15; Bahjat Abū Gharbiyyah, *op. cit.*, vol. 1, pp. 146–147; Maḥmūd al-Sabbāgh, *op. cit.*, pp. 91, 169.

Aun así, la Liga Árabe y los regímenes árabes oficiales insistieron en intervenir directamente, agravando la situación y allanando el camino a un desenlace catastrófico. Un examen minucioso de los hechos revela que las políticas y acciones militares árabes de ese periodo fueron instrumentales para facilitar y consolidar el establecimiento del Estado de Israel.[1]

Por otra parte, la comunidad palestina padecía la ausencia de un liderazgo político efectivo en el terreno. Muchos consideran que el mayor error de esa etapa fue la ausencia del Hajj Amīn al-Ḥusaynī, el único líder palestino ampliamente reconocido. Aunque el rey Faruq de Egipto le prohibió regresar a Palestina, era vital que al-Ḥusaynī encontrara una manera de superar esta restricción y asumiera su papel histórico en un momento tan decisivo.[2]

El Movimiento de la Yihad Sagrada

El esfuerzo de ʿAbd al-Qādir al-Ḥusaynī por transformar el sentimiento popular en resistencia armada organizada representa una de las empresas más exitosas en la historia de la resistencia palestina desde la Gran Revuelta de 1936–1939. Figura destacada en aquella revuelta, al-Ḥusaynī había sido herido y arrestado, pero logró escapar, residiendo luego en diversos países árabes y europeos.

En el verano de 1946, ʿAbd al-Qādir al-Ḥusaynī se reunió en El Cairo con su primo, el muftí Amīn al-Ḥusaynī, líder político del pueblo palestino. El muftí había huido de Palestina, viajando por varios países en busca de alianzas con las potencias del Eje para contrarrestar el apoyo aliado al proyecto sionista. Sin embargo, la derrota del Eje en la Segunda Guerra Mundial frustró sus ambiciones. Perseguido tanto por las fuerzas judías como por los Aliados, acabó estableciéndose en El Cairo.

---

[1] *Las memorias de Amīn al-Ḥusaynī*, p. 103; ʿAbd Allāh ʿAzzām, *al-Dhakhāʾir al-ʿIẓām*, vol. 1, p. 835.

[2] Ibrāhīm Ghuṣhah, *al-Miʾdhanah al-Ḥamrāʾ: Sīrah Dhātiyyah* (*El minarete rojo: una autobiografía*), p. 23; ʿAwnī Farsakh, *al-Taḥaddī wa al-Ijābah* (*El desafío y la respuesta*), pp. 873–874.

Allí, el Comité Árabe Superior se reunió y acordó crear un movimiento de resistencia armada, el Movimiento de la Yihad Sagrada, bajo el liderazgo de ʿAbd al-Qādir al-Ḥusaynī.

El líder viajó por numerosas aldeas palestinas, aprovechando su reputación ejemplar y sus amplias conexiones para reclutar a gran cantidad de jóvenes. Estos reclutas fueron organizados no solo para operaciones militares, sino también para proteger y administrar las aldeas, en cooperación con los dirigentes locales.

El Movimiento de la Yihad Sagrada se estructuró en varias unidades especializadas, entre ellas:

- Unidad de boicot y lucha contra la colaboración: advertía a quienes colaboraban con las fuerzas judías. Si las advertencias eran ignoradas, se destruían sus almacenes, viviendas y mercancías.
- Unidad de protección de tierras: encargada de impedir la venta de tierras; advertía a intermediarios y eliminaba a quienes persistían en vender a entidades sionistas.
- Unidades militares regionales: responsables de operaciones armadas en distintas zonas.
- Unidades de apoyo y logística: dedicadas a funciones auxiliares y de suministro.
- Unidad de inteligencia: centrada en la recopilación de información crucial.

Jerusalén fue designada como cuartel general del movimiento, elegida por su importancia estratégica como centro de los asentamientos sionistas y corazón de la lucha palestina. La ciudad era vista como el campo de batalla decisivo, cuyo resultado determinaría el destino del Estado ilegítimo que los sionistas pretendían fundar. De hecho, muchas de las batallas más trascendentales dirigidas por la Yihad Sagrada se libraron en Jerusalén y sus alrededores.

El movimiento poseía varias ventajas de las que carecían tanto el Ejército de Liberación Árabe (formado por voluntarios árabes) como los ejércitos árabes oficiales:

- Un liderazgo competente y dedicado.
- Combatientes nativos de la tierra, familiarizados con su geografía, su gente y la naturaleza del enemigo.

El Ejército de la Yihad Sagrada protagonizó numerosas batallas importantes, mostrando un valor y heroísmo extraordinarios, muy por encima de sus escasos medios. Obtuvo victorias decisivas frente a adversarios que lo superaban en número y armamento. Sin embargo, no logró detener el avance del Estado sionista, fuertemente respaldado por las potencias internacionales.

La dura realidad fue que los combatientes lucharon hasta agotar su munición, y muchos de sus líderes fueron martirizados o capturados.

La complicidad árabe desempeñó un papel crítico en este desenlace. Desde el principio, la Liga Árabe intentó obstaculizar y neutralizar los esfuerzos de ʿAbd al-Qādir al-Ḥusaynī. Buscó subordinar su resistencia y ponerla bajo su control. A pesar de estos obstáculos, al-Ḥusaynī logró mantener su independencia y establecer el movimiento. No obstante, su labor dependía de apoyo financiero y material, lo que lo obligó a mantener un vínculo precario con la Liga Árabe.

Tras prolongadas negociaciones, la Liga Árabe aceptó brindar apoyo limitado, pero impuso condiciones restrictivas, entre ellas:

- prohibirle recaudar fondos directamente de las aldeas;
- limitar sus operaciones a la región de Jerusalén;
- e imponer otras medidas destinadas claramente a reducir su eficacia.

A pesar de tales limitaciones, al-Ḥusaynī trabajó incansablemente para sortearlas y mantener viva la resistencia, enfrentándose a condiciones abrumadoras.

El Ejército de Liberación Árabe, lejos de apoyar a ʿAbd al-Qādir, se opuso activamente a él, negándose a cooperar o proporcionarle las armas y municiones que tanto necesitaba. En su último intento, al-Ḥusaynī viajó a Damasco para solicitar refuerzos en el cuartel general del Ejército de Liberación Árabe. Su súplica fue rechazada con desdén y desprecio.

Mientras aún se encontraba en Damasco, recibió una noticia alarmante: la aldea estratégica de al-Qastal había caído en manos de las fuerzas sionistas. Esta aldea era crucial, pues se hallaba en la ruta de suministros entre Jaffa —puerto de llegada de refuerzos— y Jerusalén, el epicentro de los asentamientos y operaciones sionistas. Sin vacilar, regresó de inmediato para recuperarla. Aunque logró liberar al-Qastal, fue martirizado en la batalla, lo que supuso un golpe devastador para su ejército.

Dos días antes de su muerte, ʿAbd al-Qādir al-Ḥusaynī escribió una carta conmovedora al secretario general de la Liga Árabe:

"Los hago responsables por haber abandonado a mis soldados en el momento de sus victorias, sin apoyo ni armas."

Trágicamente, el 9 de abril de 1948, solo un día después de su martirio, tuvo lugar la infame masacre de Deir Yassin, que ensombreció su funeral y acentuó aún más la tragedia palestina.

El Ejército de Liberación Árabe

El auge del fervor árabe e islámico por la yihad en Palestina alcanzó tal magnitud que los regímenes árabes ya no pudieron sofocarlo ni contenerlo. Para canalizar esta ola de entusiasmo, estos regímenes anunciaron la creación del "Ejército de Liberación Árabe", ofreciendo, al menos en apariencia, la posibilidad de que los voluntarios se unieran a sus filas. Sin embargo, esta iniciativa marcó el inicio de una conspiración calculada contra los pueblos árabes, utilizando el ejército como un instrumento de control.

El primer paso de esta conspiración fue prohibir el voluntariado fuera de la autoridad directa del ejército. Se disolvieron las unidades independientes, despojando a los grupos ya establecidos de su cohesión y eficacia organizativa. Quienes desobedecieron estas restricciones

fueron castigados: se les negó el acceso a armas y municiones, lo que debilitó gravemente su capacidad para integrar nuevos reclutas, especialmente en un contexto en el que las armas ya escaseaban.[1]

Con cuartel general en Damasco, el Ejército de Liberación Árabe fue dirigido por tres figuras de renombre militar, aunque su actuación durante el conflicto resultó desastrosa, en fuerte contraste con su reputación previa. Trataron al ejército como si se tratara de una fuerza regular, ignorando las realidades de una milicia de voluntarios. Sus decisiones, en más de una ocasión, parecieron alinearse con los intereses británicos de debilitar la lucha palestina. Estos tres comandantes fueron Ismail Ṣafwat, Ṭāhā al-Hāshimī y Fawzī al-Qāwqjī.

1. Ismail Ṣafwat era un oficial iraquí que había ascendido en el ejército sin mayores distinciones, salvo su participación en la revolución iraquí de 1920. Su carrera reflejaba la de un oficial convencional, carente de logros notables o de visión estratégica.

2. Ṭāhā al-Hāshimī, también iraquí, era conocido por sus valiosas obras sobre táctica militar e historia bélica, especialmente en geografía militar y guerra urbana. Desempeñó cargos importantes, como ministro de Defensa en 1938 y primer ministro en 1941. A los sesenta años, poseía vasta experiencia y conocimiento, pero estos atributos no se tradujeron en eficacia en el campo de batalla.

3. Fawzī al-Qāwqjī, por su parte, se acercaba a los sesenta años en 1948 y era ampliamente reconocido como experto en guerra de guerrillas. Veterano curtido en múltiples frentes, había combatido a los británicos en Basora, servido con los otomanos en la Primera Guerra Mundial, y resistido la invasión francesa de Siria, destacando en la batalla de Maysalun. Lideró la revolución de Hama contra las fuerzas francesas y fue una figura clave en la Gran Revuelta Siria de los años veinte. Su vida fue una sucesión de luchas: allí donde se oía un llamado a las armas, él respondía. También voluntario en Palestina durante la revuelta de 1936,

[1] Muṣṭafā al-Sibāʿī, *Jihādunā fī Filasṭīn* (Nuestra lucha en Palestina), p. 9 y ss.

participó más tarde en el fallido golpe de 1941 de Rashid ʿAlī al-Kīlānī en Iraq. Su compromiso inquebrantable con la resistencia lo llevó nuevamente al Levante cuando se avecinaba la guerra de 1948.[1]

En contraste, ni Ismail Safwat ni Taha al-Hashimi tenían experiencia en guerra de guerrillas. Nunca habían pisado Palestina y desconocían su terreno.[2] Además, su relación con al-Qawuqji estaba marcada por la desconfianza mutua y las sospechas, lo que debilitó las operaciones del ejército y afectó negativamente los resultados de sus batallas.[3]

La división más grave, sin embargo, fue la que separó al mando del Ejército de Liberación Árabe del líder palestino Amīn al-Husaynī (el muftí de Jerusalén). El muftí era enemigo acérrimo de los regímenes hachemíes de Jordania e Iraq. Su rivalidad con el rey ʻAbdullah de Jordania era comprensible: un monarca alineado con los británicos frente a un opositor intransigente a la influencia británica, ambos compitiendo por el mismo territorio.

La oposición del muftí al régimen hachemí de Iraq se debía igualmente a su sujeción a los intereses británicos. De hecho, había apoyado el golpe fallido de Rashid ʿAlī al-Kīlānī en 1941, cuyo objetivo era expulsar la influencia británica de Iraq. Tanto Ṭāhā al-Hāshimī como Ismail Safwat eran leales al régimen iraquí, lo que agravó las tensiones con al-Husaynī.

La Liga Árabe diseñó la estructura del mando del Ejército de Liberación Árabe de manera que excluyera deliberadamente al muftí y a sus seguidores, reflejando su política de impedir que los palestinos organizaran su propia defensa de forma independiente.

El muftí insistía en armar y entrenar al pueblo palestino, argumentando que no se necesitaban unidades militares extranjeras y que, si la intervención externa era inevitable, los voluntarios debían

---

[1] Para más información sobre Fawzī al-Qāwqjī, véase *Al-Mawsūʿah al-Filasṭīniyyah* (La Enciclopedia Palestina), vol. 3, p. 480.

[2] *Mudhakkirāt Ṭāhā al-Hāshimī* (Memorias de Ṭāhā al-Hāshimī), vol. 2, p. 176.

[3] Véanse *Las memorias de Fawzī al-Qāwqjī*, pp. 335–337; *Mudhakkirāt Ṭāhā al-Hāshimī*, vol. 2, p. 188.

colocarse bajo su mando y el de su primo ʿAbd al-Qādir al-Husaynī. Defendía que los palestinos, profundos conocedores de su tierra, necesitaban armas, fondos y adiestramiento, no más hombres.[1]

El conflicto entre el mando del Ejército de Liberación Árabe y el bando del muftí tuvo consecuencias desastrosas, agravadas por el momento crítico de la guerra, en el que incluso las pequeñas divisiones resultaban fatales.

El Ejército de Liberación Árabe recibió gran número de voluntarios; la residencia de al-Qāwqjī en Damasco se describía como un constante hervidero de reclutas. Sin embargo, las armas proporcionadas por la Liga Árabe eran ridículamente insuficientes: *"apenas unos cientos de fusiles para decenas de miles de voluntarios"*. La Liga justificó su fracaso afirmando que ella sola asumía la responsabilidad de liberar Palestina.[2]

El ejército se vio paralizado por los limitados recursos suministrados por los regímenes árabes, incluidos fondos escasos, armas defectuosas y suministros retrasados. También padecía falta de autonomía y mala sincronización, lo que le impedía actuar con independencia operativa. Sus líderes criticaban abiertamente a los gobiernos árabes, acusándolos de procrastinación, política errática y de proveer equipamiento inadecuado.

Todo esto se agravó por la falta de claridad en la misión del ejército. ¿Debía apoyar directamente a los palestinos? ¿Lanzar una ofensiva total contra los sionistas? ¿O simplemente mantener la tensión hasta la entrada de los ejércitos árabes oficiales? Esta ambigüedad estratégica socavó su eficacia y le impidió obtener resultados tangibles.[3]

El Ejército de Liberación Árabe cometió una serie de errores graves, cuyas causas —según testigos e historiadores— oscilan entre la incompetencia y la traición. A continuación se resumen sin análisis detallado, dada la amplitud del tema:

---

[1] Ṭāhā al-Hāshimī, *op. cit.*, vol. 2, p. 181.
[2] Ṣalāḥ Khalaf, *op. cit.*, p. 65.
[3] Véase Ṭāhā al-Hāshimī, vol. 2, pp. 177 y ss., 183 y ss.

1. Restricción del reclutamiento: pese al entusiasmo masivo por unirse, solo se aceptó a una pequeña fracción de los voluntarios. Luego se cerró el alistamiento, con la vaga promesa de reabrirlo "si era necesario", dejando a miles de jóvenes fuera de la lucha.

2. Selección defectuosa de reclutas: Muchos de los reclutas aceptados provenían de grupos indisciplinados o poco aptos, incluidos civiles sin entrenamiento, personas con antecedentes penales y jóvenes ociosos. Este deficiente proceso de selección provocó numerosos incidentes de robo, saqueo y agresiones contra civiles y comercios.[1] Los conflictos internos entre los reclutas ocasionalmente escalaron hasta convertirse en enfrentamientos armados.[2] Más preocupante aún, la laxitud en la verificación permitió que espías judíos y colaboradores árabes al servicio del movimiento sionista se infiltraran en las filas, comprometiendo aún más la eficacia del ejército.[3]

3. Prácticas de entrenamiento ineficaces: En lugar de entrenar a los voluntarios en tácticas de guerra de guerrillas adecuadas al contexto del conflicto, el ejército adoptó métodos diseñados para soldados regulares. Este enfoque fue lento y rígido, incapaz de seguir el ritmo de los acontecimientos que se desarrollaban rápidamente sobre el terreno. La discrepancia entre los métodos de entrenamiento y las realidades del campo de batalla dejó al ejército mal preparado para responder de manera rápida y eficaz.[4]

4. Despliegue de combatientes sin planificación ni coordinación: Lanzar a los combatientes a la batalla sin una planificación, organización o coordinación adecuadas resultó en ofensivas caóticas y retiradas desorganizadas, que no solo fracasaron en

---

[1] Muṣṭafā al-Sibāʿī, *Jihādunā fī Filasṭīn* (Nuestra lucha en Palestina), pp. 9–10; Kāmil al-Sharīf, *Al-Ikhwān al-Muslimūn fī Ḥarb Filasṭīn* (Los Hermanos Musulmanes en la guerra de Palestina), p. 28; ʿĀrif al-ʿĀrif, *Nakbat Filasṭīn*, vol. 1, p. 247.

[2] *Mudhakkirāt Fawzī al-Qāwqjī*, pp. 346–347.

[3] ʿĀrif al-ʿĀrif, *op. cit.*, vol. 1, pp. 247–248.

[4] Fawzī al-Qāwqjī, *op. cit.*, p. 336.

lograr victorias, sino que a menudo causaron reveses significativos. En algunos casos, se observó a combatientes ociosos en cafés cercanos a las líneas del frente, abandonando sus puestos y descuidando sus deberes militares.[1]

5. Restricción de las operaciones del Ejército de Liberación Árabe a zonas asignadas a los árabes según el plan de partición:[2] Esta limitación desvió su atención hacia regiones que no estaban bajo amenaza inmediata. Por ejemplo, Fawzi al-Qawuqji se estableció en Nablus y no brindó apoyo a ciudades asignadas al lado judío, a pesar de su urgente necesidad de defensa. Como resultado, ciudades como Jaffa y Haifa cayeron sin una resistencia suficiente. De manera similar, el ejército no respondió a la crisis en Deir Yassin, a pesar de estar estacionado cerca de la aldea.[3]

6. Negarse a colaborar con otras facciones voluntarias y retener suministros críticos: Esto perjudicó gravemente la defensa de Jerusalén. Taha al-Hashimi, por ejemplo, negó a estas facciones los recursos necesarios para sostener su lucha. Además, el Ejército de Liberación Árabe se negó a proporcionar apoyo financiero para la compra de equipo militar británico excedente tras su retirada, lo que debilitó aún más el esfuerzo de resistencia.[4]

7. Rechazo de cooperación y suministro durante la defensa de Jerusalén: La negativa a colaborar con otras facciones

---

[1] El shaykh Muṣṭafā al-Sibāʿī relató que vio a Michel Aflaq y Ṣalāḥ al-Bīṭār (fundadores del Partido Baaz sirio) sentados en un café. Los reprendió recordándoles que se habían alistado como voluntarios y sin embargo estaban ociosos. Luego los llevó al frente: Aflaq se detuvo al poco de avanzar, mientras que al-Bīṭār caminó algo más antes de detenerse, presa del miedo. Véase: ʿAdnān Masʿūdī, *Ilā al-Muwājaha* (Hacia la confrontación), pp. 57–58.

[2] Las memorias de Ṭāhā al-Hāshimī indican que las operaciones del Ejército de Liberación Árabe se limitaron a las zonas árabes, lo que sugiere que fue creado para aplicar el plan de partición. Véase Ṭāhā al-Hāshimī, vol. 2, pp. 176–177.

[3] Muṣṭafā al-Sibāʿī, *op. cit.*, p. 33; ʿĀrif al-ʿĀrif, *op. cit.*, vol. 1, pp. 248–249, 256; Bahjat Abū Gharbiyyah, *op. cit.*, vol. 1, p. 146.

[4] Qāsim al-Rīmāwī, *Dākhil al-Sūr al-Qadīm* (Dentro del muro antiguo), pp. 372–373.

voluntarias y a proporcionar suministros esenciales, como municiones, debilitó gravemente la resistencia colectiva. Por ejemplo, Taha al-Hashimi[1] negó a estas facciones el acceso a recursos fundamentales, incluidos los fondos necesarios para adquirir armas del excedente militar británico tras su retirada.[2]

8. Rendición de ciudades clave con escasa resistencia: Ciudades como Jaffa, Haifa e incluso Jerusalén fueron entregadas sin una defensa significativa. Taha al-Hashimi intentó justificar esto afirmando que Jerusalén no era estratégicamente importante y que podría recuperarse fácilmente más adelante. Sin embargo, esta afirmación estaba muy alejada de la realidad. La caída de Jerusalén tuvo profundas repercusiones estratégicas y políticas, además de un enorme impacto psicológico tanto en árabes como en judíos.[3]

9. Seguir directrices de regímenes árabes sin considerar las realidades del campo de batalla: Esto obstaculizó aún más la eficacia del Ejército de Liberación Árabe. Las órdenes de avanzar o retirarse provenían a menudo de capitales políticas en lugar de líderes militares sobre el terreno. Este enfoque burocrático, poco adecuado para un ejército de voluntarios, provocó retiradas frecuentes y mal planificadas,[4] lo que permitió a los sionistas capturar territorios con sorprendente facilidad. En ocasiones, incluso los propios sionistas se sorprendieron por la rapidez con que cayeron estos territorios.[5] Además, algunos investigadores han destacado la práctica desastrosa del Ejército de Liberación Árabe de desarmar a los aldeanos en diversas zonas, solo para retirarse ante ataques sionistas, dejando a estas comunidades indefensas. Se informa que Fawzi al-Qawuqji llevó

[1] Muṣṭafā al-Sibāʿī, *op. cit.*, pp. 27–28.

[2] ʿĀrif al-ʿĀrif, *Nakbat Filasṭīn*, vol. 1, pp. 249–250.

[3] *Las memorias de Amīn al-Ḥusaynī*, pp. 393–394; Amīr al-Ḥusaynī menciona en múltiples pasajes la ingenuidad o falta de criterio de Ṭāhā al-Hāshimī en varios asuntos, remontándose incluso a su etapa como ministro en Iraq (véase p. 70).

[4] Muṣṭafā al-Sibāʿī, *op. cit.*, p. 33.

[5] ʿĀrif al-ʿĀrif, *op. cit.*, vol. 1, pp. 308–309.

a cabo tales acciones en aldeas de la Alta Galilea, lo que agravó la vulnerabilidad de la población local.[1]

10. Aceptar treguas en momentos decisivos: Esto permitió a los sionistas aprovechar la pausa para cambiar el equilibrio de la batalla a su favor, asegurando refuerzos en personal y armamento—un error ejemplificado por Fawzi al-Qawuqji durante la batalla de "Mishmar HaEmek."[2]

Además, durante momentos críticos, los voluntarios no recibieron apoyo ni refuerzos por parte de las capitales árabes, incluso después del ingreso de los ejércitos árabes. Los funcionarios árabes mostraron escasa preocupación cuando las fuerzas pedían ayuda, y con frecuencia les ordenaban retirarse—aun cuando tales retiradas ponían en riesgo masacres masivas de refugiados y residentes locales, ¡incluida la propia Jerusalén![3]

El resultado inevitable fue una serie de batallas desiguales y desorganizadas. Finalmente, estas fuerzas mal entrenadas y fragmentadas sucumbieron ante las milicias sionistas, bien organizadas, instruidas y respaldadas por el poder británico.

Estos fracasos empañaron significativamente la reputación del liderazgo del Ejército de Liberación Árabe. Figuras que antes eran celebradas con amplia admiración antes de la Nakba[4] se convirtieron posteriormente en objeto de dudas e incluso de acusaciones de traición.[5] El análisis riguroso de sus acciones exige un estudio dedicado y detallado.

Lo cierto es que la dirección del Ejército de Liberación Árabe carga con gran parte de la responsabilidad por la pérdida de Palestina y

---

[1] Esta información fue escuchada del reconocido pensador Dr. Munīr Shafīq, natural de Jerusalén, quien tenía catorce años al momento de la Nakba y es investigador de historia palestina; sin embargo, no he encontrado documentación de ello en las fuentes consultadas.

[2] ʿĀrif al-ʿĀrif, *op. cit.*, vol. 1, pp. 198–199.

[3] Muṣṭafā al-Sibāʿī, *op. cit.*, pp. 29–30.

[4] En todas las fuentes consultadas anteriores a la Nakba, Ṭāhā al-Hāshimī y Fawzī al-Qāwqjī son elogiados.

[5] Véanse, por ejemplo, Muṣṭafā al-Sibāʿī, *op. cit.*, pp. 27, 36; ʿAbd Allāh ʿAzzām, *Ḥamās: al-Judhūr wa al-Mīthāq* (en *al-Dhakhāʾir al-ʿIẓām*), vol. 1, p. 834.

Jerusalén. Su actitud hacia ʿAbd al-Qādir al-Husaynī en sus horas más críticas resume sus fracasos. En su última reunión con ellos, al-Husaynī pidió armas y fue rechazado. Furioso, se dirigió a Safwat y al-Hāshimī, exclamando:

"¡Sois traidores! ¡Sois criminales! Y la historia registrará que vosotros perdisteis Palestina."[1]

Abandonó aquella reunión sabiendo que su destino era el martirio —y así fue.

El Shaykh Mustafā al-Sibāʿī, quien dirigió a los voluntarios de los Hermanos Musulmanes de Siria, concluyó que el Ejército de Liberación Árabe había sido creado no para combatir seriamente, sino para apaciguar el sentimiento popular. Señaló que no participó en una sola batalla decisiva, que sus líderes desconocían la realidad del terreno, y que su misión principal fue disolver la Organización de la Yihad Sagrada dirigida por al-Husaynī.[2]

Otros autores sostienen que el ejército sirvió para retener armas, donaciones y ayuda destinadas al pueblo palestino, y para absorber la energía y entusiasmo de la juventud árabe, desviándolos hacia la implementación del plan de partición.[3]

A pesar de todos estos obstáculos, el pueblo palestino, junto con los voluntarios, logró mantener el control del 82% del territorio palestino antes de la entrada de los ejércitos árabes regulares.[4]

Los ejércitos árabes

Gran Bretaña prohibió la entrada de los ejércitos árabes en Palestina antes de la fecha prevista para la retirada británica, el 15 de mayo de 1948. Los ejércitos acataron ese calendario, aun cuando muchas ciudades clave fueron abandonadas por los británicos antes de esa fecha y ocupadas de inmediato por los sionistas. En consecuencia, las fuerzas de la Yihad

---

[1] ʿĀrif al-ʿĀrif, *op. cit.*, vol. 1, pp. 160–161; Qāsim al-Rīmāwī, *op. cit.*, pp. 372–373.

[2] Muṣṭafā al-Sibāʿī, *op. cit.*, p. 36.

[3] Bahjat Abū Gharbiyyah, *op. cit.*, p. 147.

[4] Muḥsin Ṣāliḥ, *al-Qadiyyah al-Filasṭiniyyah* (La causa palestina), p. 61.

Sagrada y el Ejército de Liberación Árabe se vieron enfrentadas a condiciones durísimas ante esta connivencia británico-sionista.

Conviene señalar que los Estados árabes no decidieron desplegar sus ejércitos hasta el 12 de mayo de 1948, apenas dos días antes de la retirada británica. Este retraso evidencia la falta de una voluntad real de intervenir desde el principio. Realistamente, ¿qué podía prepararse en dos días en términos de movilización y planificación estratégica? Además, "el número total de las fuerzas árabes no superaba los 25,000 combatientes, mientras que las Fuerzas de Defensa de Israel (nombre adoptado por el ejército del nuevo Estado) contaban inicialmente con 35,000 soldados. Durante la guerra, ambos bandos reforzaron sus efectivos; sin embargo, los árabes nunca se acercaron a los números israelíes, que alcanzaron 65,000 a mediados de julio y superaron los 96,000 en diciembre de 1948."[1]

La desigualdad en armamento y adiestramiento también favorecía abrumadoramente a las fuerzas sionistas. El ejército sionista se benefició de instrucción y pertrechos británicos, además de experiencia de combate acumulada en conflictos mayores como la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, los ejércitos árabes estaban mal equipados y deficientemente entrenados: eran fuerzas incipientes que operaban bajo dominación extranjera y representaban Estados de independencia superficial, sin soberanía real ni recursos para sostener una campaña militar prolongada.[2]

Las milicias sionistas contaban con una ventaja significativa en términos de información, ya que habían vivido y recibido entrenamiento en la tierra. Sus redes de inteligencia llevaban treinta años recopilando datos sobre el terreno y la población,[3] lo que les permitió elaborar planes detallados para la toma de aldeas. En marcado contraste, los ejércitos árabes carecían incluso del conocimiento más básico sobre las condiciones en Palestina. Mahmoud Al-Sabbagh, comandante de los voluntarios de la Hermandad Musulmana egipcia, relata que cuando solicitó mapas al mando del ejército egipcio, le proporcionaron mapas

[1] Eugene Rogan, Los árabes: una historia, p.343 [edición árabe].
[2] Mahmoud al-Sabbagh, La verdad sobre la organización secreta y su papel en el movimiento de los Hermanos Musulmanes, p.170.
[3] Mahmoud Al-Sabbagh, p.177.

obsoletos de hacía treinta años. Estos mapas eran completamente inútiles, ya que el paisaje había cambiado drásticamente con la construcción de nuevas carreteras, asentamientos e infraestructura judía. Como resultado, los voluntarios se vieron obligados a recopilar inteligencia desde cero.

Asimismo, a diferencia de las fuerzas sionistas —que contaban con respaldo político, financiero y militar de las grandes potencias—, los ejércitos árabes carecían de apoyo equivalente. Políticamente, los sionistas obtenían apoyo en organismos internacionales e incluso en ciertos círculos de gobernantes árabes. Financieramente, se beneficiaban de rutas marítimas abiertas que garantizaban el flujo de capital judío. Militarmente, podían recibir refuerzos y ayuda cuando lo necesitaban.

Por último, estos ejércitos no compartían ni siquiera un mínimo de confianza mutua, coordinación o objetivo común. Un historiador británico observó: "Si la intervención árabe hubiera estado marcada siquiera por un grado modesto de coordinación, planificación previa, una apariencia de confianza y una meta compartida, es posible que las fuerzas árabes hubieran logrado la victoria. En lugar de ello, los árabes entraron en Palestina combatiéndose entre sí más que al Estado judío."[1]

La falta de organización produjo situaciones absurdas. Por ejemplo, el ejército iraquí fue desplegado en una zona montañosa con tanques, inútiles en ese terreno, mientras que el ejército egipcio combatía en llanuras abiertas sin tanques. De igual modo, el ejército iraquí disponía de obuses de 25 libras pero sin munición, en tanto que el egipcio tenía munición para esa artillería pero no las piezas con las que usarla.[2]

Tales desigualdades bastaban para inclinar decisivamente la balanza de cualquier batalla. Aun un ejército entusiasta, entregado y valiente podría esperar una derrota aplastante en esas condiciones. ¿Qué decir, entonces, cuando a ello se añadían fallas internas y causas de colapso?

[1] Eugene Rogan, p.335.
[2] Mahmoud Shīth Khattāb, La voluntad de combatir en el yihad islámico, p.39.

La guerra de 1948 fue uno de los conflictos más trágicos y singulares, digno del adagio: "¡no sabes si reír o llorar!". A las circunstancias ya descritas se sumaron factores irónicos y catastróficos:

1. Mando bajo el ejército jordano: los ejércitos árabes quedaron subordinados al ejército de Jordania, aun cuando el rey 'Abdullah había aceptado el plan de partición. ¿Cómo podía dirigir la batalla contra la partición quien la respaldaba, y cuyo objetivo era anexionar a su reino las zonas asignadas a los árabes?

2. Mando británico del ejército jordano: el ejército jordano estaba dirigido por oficiales británicos, con Glubb Pasha —oficial británico con estrechos vínculos con los sionistas— al frente. Así, los ejércitos árabes que entraban en Palestina para liberarla quedaban, paradójicamente, bajo mando británico.

3. Ejércitos árabes armados por Gran Bretaña: los principales ejércitos —egipcio, iraquí y jordano— estaban equipados con armas y munición británicas. Habían sido constituidos durante la ocupación y su armamento se suministró con pleno conocimiento y cálculo británicos, asegurando que no representaran una amenaza real para los sionistas.

4. Los ejércitos árabes siguieron estrictamente las directrices políticas emitidas por políticos que, a su vez, eran subordinados de los ocupantes británicos. Sus acciones estaban dictadas por órdenes: avanzaban cuando se les ordenaba y se retiraban cuando se les instruía, sin planificación estratégica alguna en el campo de batalla para ninguno de los movimientos.[1] En ocasiones en que la situación se tornaba favorable para ellos, las Naciones Unidas intervenían para imponer un alto el fuego, al que los gobiernos y ejércitos árabes se adherían rápidamente. Esta pausa permitió a los sionistas reagruparse y fortalecerse, regresando tras la tregua con mayor número de combatientes y mejor armamento. Mientras tanto, los ejércitos árabes

[1] Ahmad Mansūr, Ahmad Yāsīn: testigo de la era de la Intifada, p.39.

permanecían inmovilizados y paralizados, atados a los términos del alto el fuego.

5. Muchos de estos ejércitos trataban a la población palestina como una carga en lugar de una base de apoyo. Era común que los soldados entraran en las aldeas y confiscaran armas bajo el pretexto de asumir la responsabilidad de la defensa del lugar y garantizar que no quedaran armas detrás de ellos. Sin embargo, cuando estos ejércitos fueron derrotados por las milicias sionistas, las aldeas quedaron indefensas, lo que obligó a los residentes a huir ante el temor de masacres.[1]

6. Como se señaló anteriormente, las fuerzas de resistencia palestinas preferían, en muchos casos, que los ejércitos oficiales se abstuvieran de intervenir directamente en el conflicto. En su lugar, abogaban por que los Estados árabes ofrecieran apoyo financiero y militar a la población local, que conocía mejor el terreno. Este enfoque también buscaba impedir que los sionistas explotaran el conflicto en el escenario internacional para obtener más respaldo político y financiero, presentándose como un Estado pequeño y vulnerable atacado por ejércitos árabes más grandes y mejor equipados—una narrativa que, desde el principio, era falsa.[2]

Por tanto, es crucial anticipar cómo podría desarrollarse un conflicto entre dos partes que operan bajo tales condiciones.

El rey 'Abdullah de Jordania se ganó la fama de "aliado sionista"; Ben-Gurion lo describió como un "gobernante sabio."[3] Mantuvo numerosas reuniones secretas con líderes sionistas,[4] a quienes aseguró que no combatiría contra ellos. Presentó esta promesa como un

[1] Ibid., p.37.
[2] Ibid., p.38.
[3] Menachem Begin, p.334.
[4] Abdullah al-Tall, La catástrofe de Palestina: Memorias de Abdullah al-Tell, comandante de la batalla de Jerusalén, p.64 y ss.; La guerra de Palestina: la versión oficial israelí, p.224; Tāha al-Hāshimī, vol.2, p.180.

compromiso inviolable de un rey beduino hachemí, comparable a una palabra dada a una mujer: sagrada e irrevocable.[1]

Además, la participación de Jordania en la guerra de 1948 fue orquestada en una reunión secreta celebrada en Londres el 17 de febrero de 1948. En dicha reunión se reunieron el primer ministro jordano Tawfiq Abu Al-Huda, Glubb Pasha, comandante británico del ejército jordano, y el ministro de Asuntos Exteriores británico Ernest Bevin.[2] Las ambiciones del rey Abdullah iban más allá de la anexión de la parte de Palestina asignada a los árabes. Su traición alcanzó tal magnitud que colaboró con cristianos libaneses para establecer un Estado cristiano en el Líbano, a cambio de incorporar a su dominio las regiones mayoritariamente musulmanas del país.[3]

La estrategia de los ejércitos árabes fue formulada inicialmente en Ammán, pero luego fue modificada, revisada y finalmente revertida a su forma original. Estos cambios repetidos ocurrieron después de que los ejércitos ya habían comenzado a avanzar según los planes modificados, lo que provocó confusión y esfuerzos fragmentados. Este desorden no solo alimentó la desconfianza, sino que también dejó a las fuerzas descoordinadas y mal unificadas como blancos fáciles frente a las milicias sionistas, organizadas y bien preparadas.

Para colmo, Glubb Pasha retuvo deliberadamente a las fuerzas jordanas fuera de Jerusalén, brindando a los sionistas la oportunidad crítica de asegurar la ciudad y volcar el equilibrio del conflicto. Siguió una sucesión de días violentos y extenuantes, recordados como los "Cinco Días Rojos" en Jerusalén.

Los sionistas se apoderaron de Jerusalén Oeste, anulando de facto el plan de partición de la ONU que preveía un régimen internacional para la ciudad, y forzaron el desplazamiento de unos 60,000 palestinos, agravando la tragedia.

---

[1] Golda Meir, Confesiones de Golda Meir, p.176 y ss.; Abdullah al-Tall, p.66 y ss.
[2] Mary Wilson, p.12.
[3] Tāha al-Hāshimī, vol.2, p.182.

Las acciones del ejército jordano no constituyeron una confrontación con los sionistas ni un intento de liberar los territorios ocupados. En cambio, se centraron en ejecutar el plan de partición mediante la captura de zonas de Cisjordania para anexarlas al Reino de Jordania. En efecto, el ejército estaba llevando a cabo el plan de establecimiento de Israel tal como lo habían delineado las potencias internacionales y según lo acordado entre el rey Abdullah, los sionistas y los británicos. Algunas fuentes incluso documentan casos en los que el ejército jordano entregó directamente posiciones a las fuerzas sionistas, una por una.[1]

El ejército jordano —incluidos sus oficiales británicos— frustró los intentos de liberar la Ciudad Vieja de Jerusalén y la mezquita de al-Aqsā. La política británica temía que la pérdida de al-Aqsā a manos sionistas incendiara a los musulmanes del mundo árabe y de India.[2]

El ejército egipcio, que ingresó desde el sur, recibió órdenes de avanzar directamente hacia Jerusalén. Las fuerzas sionistas, sin ofrecer resistencia, les permitieron el paso. Sin embargo, al acercarse a Jerusalén, las tropas egipcias fueron emboscadas por unidades provenientes de los asentamientos que habían dejado atrás—una de las trampas militares más simples, tan evidente que incluso un niño podría haberla evitado. El ejército egipcio quedó disperso, con algunas unidades rodeadas y sus movimientos paralizados. Posteriormente se emitieron órdenes de retirada, y el repliegue se llevó a cabo de manera difícil y prolongada, a pesar de que habría sido mucho más sencillo que el ejército abriera su propia ruta de escape enfrentando a los israelíes con fuego directo.[3]

Estos ejércitos dejaron una huella imborrable en la memoria palestina, con momentos grabados a fuego, como la respuesta recurrente del ejército iraquí cuando los palestinos pedían ayuda: "*Maako Awamir*"

[1] Abdullah Azzam, vol.1, p.835.
[2] Munir Shafiq, De brasa en brasa: páginas de las memorias de Munir Shafiq, pp.49–50.
[3] Ahmad Mansur, p.36.

("No tenemos órdenes"), es decir, no estamos autorizados para asistirles.[1]

Aunque algunas unidades de estos ejércitos demostraron valentía, combatieron con fiereza y participaron en batallas destacadas, a menudo fueron precisamente aquellas que desobedecieron las directrices políticas o se vieron obligadas por las realidades del campo de batalla a actuar de manera independiente del mando superior.[2] Desafortunadamente, las victorias que estos combatientes lograron fueron finalmente anuladas por los propios regímenes árabes, mediante órdenes de retirada, cambios en los planes estratégicos, interrupción de avances, cumplimiento de acuerdos de alto el fuego, e incluso el encarcelamiento de los combatientes—como ocurrió con la Hermandad Musulmana en Egipto[3]—o el enjuiciamiento de líderes iraquíes que se negaron a acatar las órdenes de retirada.[4]

La primera fase de los combates fue la más favorable para los árabes y la más desastrosa para los israelíes, a pesar de todo lo señalado anteriormente. Los israelíes se vieron sumidos en el caos, obligados a combatir en múltiples frentes simultáneamente. En ese momento crítico, la intervención política se manifestó en forma de una resolución de las Naciones Unidas que exigía un alto el fuego por un período determinado, acompañado de un embargo de armas. Los líderes árabes acataron el alto el fuego sin vacilación. Sin embargo, los israelíes aprovecharon la tregua para reforzar sus filas y reabastecer sus fuerzas, en violación directa de la resolución de la ONU.

Cuando terminó el primer alto el fuego, los sionistas ya habían recuperado el control de la situación. Los combates se reanudaron, y tomaron las regiones del norte, derrotando a los ejércitos sirio y libanés. También capturaron las ciudades de Lydda y Ramla al ejército jordano, y dirigieron su atención al frente egipcio en el sur. Posteriormente, las Naciones Unidas impusieron otra tregua prolongada, que duró tres

[1] Abdullah Azzam, vol.1, pp.835, 847; Ahmad Jibril, Memorias de la revolución, p.217.
[2] Ahmed Mansour, pp.35–36.
[3] Mahmoud al-Sabbagh, p.183.
[4] Abdullah Azzam, vol.1, p.834.

meses (del 19 de julio al 14 de octubre). Los israelíes utilizaron este período para reforzar aún más sus fuerzas y reponer sus suministros. Continuaron empujando a las fuerzas sirias y libanesas hacia el norte, y a las egipcias hacia el sur, hasta capturar territorio egipcio cerca del Golfo de Aqaba, específicamente la aldea de Umm al-Rashrash. A raíz de esto, las fronteras entre las fuerzas fueron delimitadas mediante acuerdos de alto el fuego, estableciendo de facto a Israel como una realidad permanente sobre el terreno.

Mientras tanto, las autoridades egipcias confiscaron las armas y equipos reunidos por los voluntarios,[1] impidiendo la continuidad de la resistencia tras la derrota de los ejércitos árabes.

Así, Palestina cayó. El papel de los colaboradores en esta tragedia fue tan decisivo como el de los sionistas o el de los ocupantes. Como dijo certeramente el Shaykh ʿAbd Allāh ʿAzzām: "En solo cinco meses, los judíos ganaron cinco veces más que en los cincuenta años anteriores."[2]

El saldo final de la Nakba fue la destrucción de 531 aldeas y ciudades palestinas,[3] y la apropiación de casi el 78% de la tierra palestina por parte de Israel. Es decir, Israel obtuvo por la fuerza más territorio que el 55% que le asignaba el plan de partición. Parecía que los ejércitos árabes no combatían a los israelíes, sino que, sin querer, impulsaban su causa, haciendo avanzar el proyecto sionista.

La guerra trajo, además, la tragedia devastadora de los refugiados: el 58% de la población palestina (805,076 personas) fue desplazada. Para muchos, huir era la única opción: gente desarmada y exhausta frente a milicias sionistas fuertemente armadas y despiadadas. En aquel momento, la creencia dominante entre los palestinos era que los Estados árabes no permitirían semejante injusticia; esperaban que sus ejércitos intervinieran, expulsaran a las milicias sionistas y los devolvieran a sus hogares. Su partida no fue rendición ni derrota, sino una decisión

[1] Mahmoud al-Sabbāgh, p.89 y ss.
[2] Abdullah Azzam, vol.1, p. 837.
[3] Ilan Pappe, p.3; Salman Abu Sitta, Haqq al-ʿAwdah (El derecho al retorno), p.8.

motivada por dos factores: su propia debilidad e impotencia, por un lado, y la esperanza alentada por las promesas árabes, por el otro.[1] Es esencial notar que la mitad de los refugiados fueron expulsados antes de la entrada de los ejércitos árabes, lo cual muestra que la crisis de refugiados no derivó directamente de la guerra, sino de la invasión sionista y de sus numerosas masacres, respaldadas por la complicidad británica.

Los refugiados se dispersaron en tres direcciones: la Franja de Gaza, la Cisjordania y destinos fuera de Palestina —Jordania, Siria, Líbano y otros países—. Las partes restantes de Palestina —Gaza (1.3% del área total) y Cisjordania (21.5%)— fueron rápidamente anexadas por Estados vecinos en lugar de dejarse en manos palestinas: Egipto anexó Gaza, mientras que Jordania se hizo con Cisjordania. Cabe destacar que el régimen jordano renunció a al-Ludd (Lydda) y Ramla, y el régimen egipcio cedió partes de Gaza que no habían sido tomadas por Israel en combate, sino entregadas en negociación por su representante.[2] Además, Egipto cedió la aldea de Umm al-Rashrash, otorgando a Israel una salida marítima al mar Rojo.

La anexión de Cisjordania por Jordania no fue rechazada por la mayoría de los palestinos; al contrario, algunos la vieron como una protección, para evitar que los restos del territorio palestino quedaran sin amparo, tal como ocurrió tras la Primera Guerra Mundial con la disolución de la protección otomana. De modo parecido a como líderes y notables palestinos pidieron en el Primer Congreso Árabe de Jerusalén la anexión de Palestina a Siria, la anexión de Cisjordania —aunque parcialmente impulsada por el rey 'Abdullah— no fue rechazada en esencia por notables y dirigentes palestinos.

Quienes recelaban o se oponían a la anexión lo hacían por las políticas del rey 'Abdullah, dada su fama de aliado firme de Gran Bretaña. Su oposición no se basaba en un rechazo a la unidad árabe o islámica, sino en la desconfianza hacia las intenciones del monarca.

---

[1] Salah Khalaf, p.32.

[2] Sulaiman Abu Sittah, ¿Cómo Israel se apoderó de la Franja de Gaza en un acuerdo secreto?, periódico Al-Hayah, Londres, 28 de marzo de 2009.

Palestina entre 1948 y 1967

La posición de Israel

Tras el establecimiento del Estado sionista, fue reconocido de inmediato por las principales potencias internacionales, incluidas las superpotencias de entonces: Estados Unidos y Rusia, seguidas por las naciones europeas. Desde su origen, Israel no perdió tiempo en consolidar su posición. Una de las primeras decisiones de Ben-Gurion fue declarar Jerusalén como capital de Israel, desafiando la voluntad de sus aliados internacionales, incluso aquellos que apoyaban el proyecto sionista. No obstante, Ben-Gurion siguió adelante, trasladando la sede del gobierno y los ministerios a Jerusalén, ignorando las objeciones de sus patrocinadores.

Solo el Ministerio de Asuntos Exteriores permaneció en Tel Aviv, ya que las embajadas y misiones diplomáticas continuaban operando allí. En consecuencia, Jerusalén se convirtió en la capital de facto de Israel desde el principio, sirviendo como centro administrativo del país, mientras Tel Aviv conservaba su estatus como capital oficial. La transición fue rápida; los ministros se apresuraron a mudarse a Jerusalén, y Golda Meir, por ejemplo, tuvo que residir temporalmente en una habitación sobre una azotea hasta que se preparó una residencia ministerial adecuada.

En el plano político, Israel trabajó incansablemente para asegurar su posición y consolidar su existencia como una realidad innegable. A partir de entonces, las preocupaciones de seguridad se convirtieron en la prioridad dominante, moldeando sus políticas y acciones.

Fundado sobre el desplazamiento de una parte sustancial de los habitantes originales de la tierra, Israel no escatimó esfuerzos en sembrar miedo e intimidación entre estas poblaciones desplazadas, con el fin de disuadir cualquier intento de recuperar sus tierras o incluso de infiltrarse en los territorios ahora bajo control israelí.

Rodeado por un mundo árabe que rechazaba abrumadoramente su existencia y buscaba su erradicación, Israel se centró en demostrar su fuerza militar y su capacidad de defensa. Con el tiempo, el estado fragmentado de las naciones árabes dio a Israel la confianza para ir más allá de la consolidación, aspirando a expandir su influencia e incluso anexar territorios adicionales, incluidos los restos de Palestina en Cisjordania y Gaza.

Con este objetivo, Israel lanzó numerosos ataques contra Cisjordania, Gaza, Siria y Jordania, causando la muerte de muchos civiles, policías y soldados. Incluso llegó a mutilar los cuerpos de quienes fueron capturados intentando infiltrarse en los territorios ocupados desde 1948.[1]

Una de las acciones militares más significativas y de mayor alcance de Israel fue su ataque a gran escala contra la península del Sinaí en 1956, en pleno territorio egipcio. Esta operación inició un conflicto que sirvió de pretexto para la intervención británica y francesa, tras el anuncio del presidente Gamal Abdel Nasser de la nacionalización de la Compañía del Canal de Suez. Aprovechando lo que percibía como debilidades y corrupción en el régimen de Nasser, Israel avanzó hacia el Sinaí. Mientras tanto, las fuerzas británicas y francesas ocuparon rápidamente la zona del canal, asestando un duro golpe al ejército egipcio.

Esta agresión, conocida como la Crisis de Suez o la Agresión Tripartita, fue recibida con fuerte oposición por parte de Estados Unidos y la Unión Soviética. Ambas superpotencias se resistieron al resurgimiento de las viejas potencias coloniales—Gran Bretaña y Francia—en una región que ellas mismas buscaban influenciar. Estados Unidos ejerció una presión diplomática inmensa contra la Agresión Tripartita, obligando finalmente a todas las partes a retirarse.

A pesar de la retirada eventual de las fuerzas británicas y francesas, Israel logró asegurar varias ventajas estratégicas significativas del conflicto, consolidando su posición en la región. Entre las ganancias más destacadas se encuentran:

---

[1] Para más detalles, véase el informe Violaciones de Israel a las líneas de armisticio, publicado por la Oficina de la Liga Árabe en Nueva York y difundido en El Cairo en 1955. El informe abarca los años 1949–1954.

1. **Demostrar su capacidad para ataques sorpresa exitosos**: El asalto a Egipto, el país árabe más grande con el ejército árabe más numeroso, fue la primera prueba del régimen militar de la Revolución de Julio. Este régimen había afirmado haber lanzado la revolución por varias razones, siendo la causa palestina la principal. Sin embargo, la guerra expuso su incapacidad para cumplir tales promesas.
2. **Asegurar el derecho a la libre navegación en el Golfo de Aqaba**: Esta vía marítima crucial conecta a Israel con el hemisferio sur. Aunque Israel ya controlaba la punta norte del golfo en Eilat, su salida sur estaba bloqueada por dos islas egipcias. A través de esta guerra, Israel obtuvo el derecho a la libre navegación a cambio de retirarse del territorio ocupado—una concesión que pasó en gran medida desapercibida para el público egipcio.
3. **Estacionar fuerzas internacionales en la frontera egipcio-israelí**: Este despliegue impidió efectivamente que Egipto lanzara un ataque sorpresa contra Israel. Cualquier ofensiva egipcia requeriría notificar o solicitar la salida de estas fuerzas internacionales, lo que hacía altamente improbable un ataque contra tropas protegidas internacionalmente.

Israel también estuvo cerca de colocar Gaza bajo supervisión internacional. Sin embargo, las protestas masivas lideradas por islamistas gazatíes aseguraron que la Franja permaneciera bajo soberanía egipcia.[1]

A través de la guerra de 1956, Israel fortaleció su poder e influencia regional, aumentó su relevancia estratégica y mostró audazmente sus ambiciones expansionistas. La guerra reveló que Israel no estaba satisfecho con las ganancias territoriales de 1948. La relativa facilidad con la que capturó el Sinaí lo envalentonó aún más, allanando el camino para sus acciones en 1967.

Durante este periodo, una de las estrategias más peligrosas de Israel fue la infiltración de regímenes árabes mediante agentes colocados en

[1] Ahmed Mansour, pp.48–49.

posiciones altamente sensibles. Entre los más destacados estuvieron Eli Cohen, quien ascendió al rango de vicepresidente en Siria, y Ashraf Marwan, yerno de Gamal Abdel Nasser y secretario personal de información. Ambos desempeñaron papeles decisivos al proporcionar inteligencia crítica a Israel durante la guerra de 1967 (conocida como la Segunda Catástrofe) y la guerra de octubre de 1973.

El Estado de Palestina entre las dos catástrofes

Bajo la ocupación británica, comenzó a cristalizar una identidad palestina distintiva dentro de la sociedad palestina. Sin embargo, este periodo también fue testigo de un marcado debilitamiento del apego colectivo a la identidad y solidaridad islámicas, atribuible a varios factores:

1. El declive de la identidad islámica en todo el mundo musulmán tras la caída del Califato Islámico, agravado por la ocupación de la mayoría de los países de mayoría musulmana por potencias extranjeras o su sometimiento a influencias externas directas.

2. El ascenso del secularismo en toda la región, dividido entre dos ideologías dominantes: el comunismo socialista alineado con el bloque oriental liderado por la Unión Soviética, y el liberalismo capitalista alineado con el bloque occidental liderado por Estados Unidos.

3. El auge del nacionalismo, a medida que el mundo islámico se fragmentaba en nuevos Estados nación. Estos adoptaron banderas, constituciones y marcos legales propios, fomentando identidades nacionales únicas. Para afirmar su independencia, a menudo buscaron construir narrativas históricas mediante la exploración de antigüedades y patrimonio antiguo, creando así historias nacionales diferenciadas.

Estos tres elementos—la ausencia del Califato Islámico, la expansión del secularismo y el arraigo del nacionalismo—interactuaron de forma mutuamente reforzante. Cada uno fue promovido y perpetuado por la influencia dominante de potencias extranjeras, lo que consolidó aún más su impacto colectivo.

Sin embargo, este debilitamiento general del vínculo islámico no implicó, en el caso palestino, una deriva hacia una identidad puramente nacional desligada de la identidad árabe más amplia. El pueblo palestino continuó viendo la liberación de su tierra como una obligación árabe compartida. Creían que los esfuerzos árabes en Palestina no eran actos de caridad ni asistencia, sino un deber natural. Varios factores contribuyeron al crecimiento y fortalecimiento de esta identidad árabe, entre los más destacados:

1. **Una base de vínculos profundos y duraderos**: La población palestina estaba entrelazada con comunidades vecinas, con familias a menudo divididas entre Palestina, Jordania, Egipto, Siria y Líbano. Por ejemplo, muchos propietarios de tierras vivían en Líbano o Siria mientras sus propiedades estaban en Palestina. Estas realidades hacían que la noción de fronteras nacionales distintas careciera de sentido, sin una separación geográfica o demográfica clara entre lo que se convirtió en la Palestina moderna y sus Estados vecinos. Además, más allá del hecho de que Palestina es una causa islámica sagrada que resuena en todo el mundo musulmán, muchos voluntarios árabes que lucharon en Palestina lo hicieron por un sentido directo de deber para defender a sus propias familias, tierras y dignidad.[1]

2. **El compromiso político y militar de los Estados árabes, especialmente los fronterizos con Palestina**: Estas naciones intervinieron en la lucha palestina bajo la bandera de la unidad árabe, presentando la liberación de Palestina y la lucha contra el

[1] Es importante aclarar un punto crucial: cuando usamos términos como "los árabes" y "ellos vinieron", estamos influenciados por el marco cultural dominante y la perspectiva nacionalista moderna. En aquel momento, estos individuos no eran considerados, ni se consideraban a sí mismos, como "árabes" en un sentido que los distinguiera de los "palestinos". No percibían su viaje a la tierra del yihad como una "llegada" para ayudar a un pueblo ajeno, ni los palestinos lo veían así. Sin embargo, a veces nos vemos obligados a emplear estas expresiones para comunicarnos con una audiencia contemporánea. Ni nosotros ni ellos podemos escapar por completo de la influencia de las ideologías predominantes que moldean nuestra realidad actual y el lenguaje que usamos.

> sionismo como una responsabilidad colectiva. Al hacerlo, a menudo restringieron los esfuerzos de autodefensa palestinos, afirmando que la causa era panárabe y no una lucha individual. Sostenían que el conflicto requería ejércitos organizados en lugar de milicias independientes, como se discutió anteriormente. Esta narrativa fue promovida por los líderes árabes, amplificada por los medios estatales y reforzada por intelectuales. Resonaba profundamente en una sociedad ya agotada y debilitada durante décadas, donde el atractivo de una retórica esperanzadora calaba fácilmente en los corazones de los oprimidos y marginados.

Durante la era de la Nakba, esta retórica alcanzó su punto máximo. El nacionalismo árabe secular llegó a la cúspide de su influencia con el ascenso del nasserismo en Egipto y del Partido Baʿath en Siria e Irak. Esta narrativa arabista enfatizaba la unidad de la nación árabe, la liberación de Palestina y la expulsión de las milicias sionistas. La causa palestina fue destacada en la primera proclamación del golpe militar egipcio (23 de julio de 1952). En ese momento, Egipto tenía un control casi monopólico sobre los medios de comunicación en el mundo árabe a través de su radio y prensa, alimentando un entusiasmo generalizado y una inmensa esperanza entre los palestinos y el público árabe en general. Lo más significativo es que esta retórica reforzó el sentido de pertenencia de los palestinos a una identidad nacionalista árabe más amplia.

Sin embargo, más allá de los elevados eslóganes y promesas, la realidad divergía drásticamente—y a menudo se oponía a esta narrativa. Los regímenes árabes comenzaron a manipular la causa palestina como palanca política, transformándola en una herramienta para reforzar su propio poder. Mientras que la era anterior estuvo marcada por los esfuerzos británicos para impedir el surgimiento de un liderazgo palestino unificado, este periodo vio tácticas similares empleadas ahora por los propios regímenes árabes.

El Comité Árabe Superior, bajo el liderazgo de Haj Amin al-Husseini, intentó establecer un gobierno palestino para llenar el vacío político dejado por la retirada británica. Este esfuerzo, realizado en vísperas de la Nakba, fue rechazado por los gobiernos árabes, siendo el

rey Abdullah de Jordania el opositor más firme. Abdullah, decidido a expandir su reino, albergaba un resentimiento de larga data por haber recibido un territorio pequeño y árido a pesar de ser el hijo mayor de Sharif Hussein.

Tras la Nakba y la derrota de los ejércitos árabes, el Comité Árabe Superior proclamó el establecimiento del Gobierno de Toda Palestina el 23 de septiembre de 1948. Aunque la mayoría de los países árabes reconocieron este gobierno, Jordania notablemente no lo hizo. El 1 de octubre de 1948, el comité convocó un consejo legislativo en Gaza, presidido por Haj Amin al-Husseini, para afirmar la legitimidad del gobierno.

Sin embargo, el gobierno egipcio pronto intervino, trasladando por la fuerza a Haj Amin al-Husseini, a los funcionarios del gobierno y a varios miembros del consejo a El Cairo, tomando efectivamente el control de la Franja de Gaza. Esto convirtió al gobierno en una entidad meramente simbólica—un gobierno en el exilio sin ninguna autoridad real. En El Cairo, al-Husseini estuvo bajo estricta vigilancia, y la sede del Comité Árabe Superior fue fuertemente monitoreada. El papel del jefe del Gobierno de Toda Palestina se redujo finalmente a representar a Palestina en la Liga Árabe.

De esta manera, los Estados árabes facilitaron inadvertidamente la expansión territorial de Israel, permitiéndole anexar áreas más allá de las asignadas en el Plan de Partición. [1]Los regímenes de Egipto y Jordania, mientras mantenían el control sobre Gaza y Cisjordania, hicieron esfuerzos concertados para suprimir cualquier operación de resistencia o intento palestino de infiltrarse en las fronteras "israelíes". Sus aparatos de seguridad infiltraron grupos militantes incipientes,[2] incluso frente a agresiones y violaciones israelíes continuas.

Un informe de la Liga Árabe detalló las medidas oficiales para frenar la infiltración, incluyendo el castigo de combatientes de la resistencia mediante encarcelamiento, multas, exilio y diversas formas de abuso

[1] Salah Khalaf, p.65.
[2] Ibid., pp.81, 84, 87.

físico, como golpizas y tortura.[1] Estas medidas se vieron reforzadas por campañas mediáticas de los regímenes destinadas a desacreditar y demonizar la resistencia.[2] Desde el principio, los regímenes árabes protegieron activamente a Israel y persiguieron a sus opositores.[3]

En estas circunstancias, sería ingenuo preguntar si los regímenes árabes siquiera consideraron movilizar sus ejércitos o lanzar una respuesta militar ante las incursiones y violaciones israelíes—y mucho menos contemplar la liberación de Palestina.[4]

Si los gobiernos árabes entregaron Palestina a los sionistas y facilitaron su control, esto no fue simplemente un descuido o un error involuntario. Más bien, las acciones de estos gobiernos respecto a Palestina reflejan una traición deliberada y sistemática. Los Estados que se proclamaban "independientes" y "liberados" del dominio colonial no se comportaron de manera distinta a como lo hacían bajo ocupación extranjera.

La sociedad palestina sufrió una profunda conmoción—política, económica y social—tras la Nakba y las sucesivas oleadas de desplazamiento que transformaron por completo su tejido social. Lo que antes era una sociedad debilitada y agotada por la ocupación británica, ahora enfrentaba una nueva realidad: una comunidad conmocionada, fragmentada y dispersa hasta el punto de que su cohesión estaba en entredicho.

---

[1] Informe: Violaciones israelíes de las líneas de alto el fuego; Salah Khalaf, p.83 y ss.; Ahmed Mansour, pp.75–76.

[2] Salah Khalaf, pp.82–83; Ahmad Mansour, p.75.

[3] El jeque Abdullah Azzam relata una historia reveladora sobre un vecino de su aldea, Silat al-Harithiya, quien vio que los israelíes habían llegado a su jardín. Fue a informar del incidente al centro del ejército jordano en Jenin, pero fue arrestado, encarcelado y llevado ante un tribunal militar. Solo fue liberado después de afirmar ante el juez que había estado dormido y soñando, y que al despertar creyó que era real. Azzam también comparte otras historias que revelan la crueldad de las autoridades jordanas y su complicidad. Véase al-Dhakhā'ir al-ʿIzām.

[4] De hecho, el informe de la Oficina de la Liga Árabe en Nueva York confirmó que "ninguno de los cuatro comités conjuntos de las Naciones Unidas ha encontrado evidencia para condenar a ningún gobierno árabe por planear, organizar o lanzar un ataque contra territorio israelí." (p.4)

El desastre del desplazamiento dio lugar a nuevas clases y estratos sociales, especialmente en los campos de refugiados y zonas urbanas circundantes. Muchos palestinos buscaron refugio en países vecinos, mientras que otros emigraron a los Estados del Golfo, que atravesaban un auge petrolero y emprendían importantes proyectos de desarrollo. Para estos palestinos, el Golfo ofrecía un rayo de esperanza y una vía de escape de la pobreza, mientras que la región se beneficiaba de su mano de obra cualificada en diversos sectores.

La educación se convirtió en una piedra angular de la resiliencia palestina, emergiendo como la principal vía de movilidad social ante la ausencia de tierra, propiedad o comercio. Este énfasis llevó a que los palestinos se convirtieran en una de las poblaciones más educadas del mundo árabe, con muchos obteniendo títulos universitarios en instituciones árabes, europeas y estadounidenses.[1]

Sin embargo, esta transformación socioeconómica generalizada, sumada a las políticas de los Estados árabes—particularmente Egipto y Jordania—obstaculizó gravemente la resistencia palestina, tanto en el plano político como en el militar. Políticamente, el Comité Árabe Superior cayó en la irrelevancia, y el otrora prominente Haj Amin al-Husseini vio disminuir su influencia. Vivió en confinamiento virtual en El Cairo antes de trasladarse al Líbano en 1958.

Los esfuerzos en el frente de la resistencia militar se limitaron a pequeñas operaciones llevadas a cabo por individuos o grupos reducidos que intentaban infiltrarse en las fronteras o atacar a soldados. A pesar de sus recursos modestos, lograron resultados significativos, causando según se informa alrededor de 1,200 bajas israelíes en siete años (1949–1956). Sin embargo, estas operaciones cesaron cuando el régimen nasserista reforzó la seguridad fronteriza y prohibió los ataques contra Israel tras la humillante derrota en la guerra de 1956.

De hecho, "el historial traicionero y sangriento de lo que estos regímenes cometieron contra la juventud de Gaza, cada vez que intentaban organizar la resistencia para liberar su patria, aún está por documentarse. Muchos de estos jóvenes languidecieron en las prisiones

[1] Salah Khalaf, p.39; Ahmad Jibril, pp.35–36; Muhsin Saleh, p.71.

y centros de detención de Nasser hasta la guerra de 1956, cuando estos expedientes fueron entregados a las fuerzas de ocupación israelíes."[1]

En medio de una desesperación generalizada y un vacío político absoluto, jóvenes palestinos tomaron la iniciativa en 1957 para fundar un nuevo movimiento: Fatah. La organización fue establecida en Kuwait, que en ese momento se había convertido en hogar de una creciente comunidad palestina. Durante nueve años, Fatah se organizó y preparó discretamente, hasta lanzar su primera operación militar en diciembre de 1964.

Inicialmente, Fatah se fundamentó en principios islámicos y dependía en gran medida de la juventud de los Hermanos Musulmanes. Sin embargo, con el tiempo, evolucionó hacia un movimiento secular—una transformación moldeada por diversas circunstancias y factores que exploraremos más adelante, si Dios quiere.

Una de las limitaciones de este estudio breve es su incapacidad para abordar plenamente la cuestión de los refugiados—una tragedia profunda que yace en el corazón de la experiencia de la sociedad palestina. Las familias fueron desgarradas, dispersas por distintos países e incluso continentes, moldeadas por las circunstancias variables, niveles educativos, talentos y oportunidades disponibles para cada individuo. Los refugiados sufrieron humillación, marginación y exclusión generalizadas en todos los países árabes donde buscaron refugio, a menudo tratados peor que otros extranjeros, y mucho menos como iguales o ciudadanos.

Ningún Estado árabe aprovechó plenamente los talentos palestinos ni los integró como iguales dentro de sus sociedades. En cambio, su trato osciló entre lo insuficiente y lo abiertamente discriminatorio, afectando todos los aspectos de la vida: desde los viajes, la educación y la atención médica hasta el empleo, la vivienda, la infancia e incluso el entierro de sus muertos. Durante periodos de agitación política y guerra, los refugiados se convirtieron con frecuencia en chivos expiatorios,

[1] Jalal Kishk, La revolución americana de julio, p.93.

sometidos a un sufrimiento inmenso y obligados a soportar las cargas más pesadas.

Si bien no se puede negar que una comprensión integral de la causa palestina está incompleta sin una exploración profunda de la crisis de los refugiados, el intento de este estudio por ser conciso y enfocado nos obliga a limitarnos a este breve reconocimiento, dejando este capítulo doloroso en gran medida sin desarrollar.

La situación de los países árabes tras la Nakba de 1948

La Nakba desencadenó una ola violenta de golpes de Estado, asesinatos y revoluciones en toda la región, especialmente en los Estados circundantes. Las interpretaciones sobre la Nakba y sus causas variaron, dando lugar a visiones divergentes sobre el futuro. Esta agitación interna, alimentada por la indignación árabe e islámica generalizada, coincidió con otro acontecimiento significativo: la irrupción de la influencia occidental, con Estados Unidos y la Unión Soviética reemplazando la hegemonía británica y francesa en la región. El área se convirtió en un escenario de poderes en competencia, lleno de actores, aventureros, organizaciones entrelazadas y políticas contradictorias. Las facciones locales aseguraron patrocinadores externos, mientras que las potencias extranjeras encontraron terreno fértil para intervenir y explotar.

Los años posteriores a la Nakba fueron de los más turbulentos, dinámicos y caóticos en el mundo árabe, particularmente en el Levante, Egipto e Irak. Al final, las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial—Estados Unidos y la Unión Soviética—emergieron como las fuerzas dominantes en la región.

La cuestión palestina sigue siendo un recordatorio contundente de que los golpes de Estado y las transformaciones dentro del mundo árabe no lograron generar un cambio significativo en beneficio de los pueblos árabes ni liberarlos de la influencia extranjera. A pesar del paso de monarquías a repúblicas, del reemplazo de reyes y del cambio de presidentes, la postura sobre Palestina permaneció inalterada. Ningún

líder árabe se atrevió a tomar medidas reales contra Israel ni a realizar un esfuerzo genuino por liberar Palestina o apoyar a su pueblo.[1]

Dadas las limitaciones de espacio, esta discusión se centrará en las condiciones de los países circundantes—Egipto, Jordania, Siria y Líbano—cuya influencia sobre la causa palestina ha sido particularmente significativa.

Egipto

Antes de que se disipara el polvo de la guerra de 1948, las autoridades egipcias lanzaron una ofensiva general contra los Hermanos Musulmanes—la fuerza más poderosa entre los voluntarios que combatían por Palestina. El gobierno emitió una orden para disolver la organización, confiscar sus bienes y arrestar a sus líderes y a numerosos miembros, incluidos aquellos que apoyaban activamente al ejército egipcio en el campo de batalla.[2] El régimen incluso adoptó el lema: *"Los Hermanos son más peligrosos que los sionistas."*[3] Poco después de esta campaña, Hassan al-Banna, fundador y líder del grupo, fue asesinado, sumiendo a la Hermandad en un periodo de desorden tras este golpe brutal.

Una facción dentro del ejército egipcio, liderada por Gamal Abdel Nasser, más tarde se apoyó en los esfuerzos previos de los Hermanos, comunistas y otros grupos para organizar un golpe militar y tomar el poder. Este golpe formó parte de una estrategia respaldada por Estados Unidos para reemplazar la influencia colonial británica en Egipto—un objetivo que finalmente se concretó. A través de esta maniobra, Egipto pasó de la dominación británica a la hegemonía estadounidense.

A pesar del papel crucial de los Hermanos en facilitar el golpe, habiendo asumido tareas clave como el asedio a los palacios reales en El Cairo y Alejandría, el grupo terminó enfrentando una traición devastadora. Abdel Nasser infiltró sus filas, desmanteló su liderazgo y les

---

[1] Salah Khalaf, p.65.

[2] Entre los libros más destacados que documentan el yihad de los batallones voluntarios de los Hermanos Musulmanes se encuentran: Los Hermanos Musulmanes en la guerra de Palestina de Kamal Al-Sharif, Un grupo que redimió a una nación de Hussein Hijazi, y La verdad sobre la organización especial y su papel en la misión de los Hermanos Musulmanes de Mahmoud Al-Sabbagh.

[3] Mahmud Sabbagh, p.35.

asestó un golpe aplastante. Consolidó el poder e inauguró una era de gobierno autoritario, marcada por la represión generalizada, la corrupción y el estancamiento, ganándose el sombrío apodo de "la era de la opresión y las derrotas."[1]

Este periodo resultó más duro que la ocupación británica que lo precedió. Abdel Nasser no logró una sola victoria militar. Permitió la secesión de Sudán, fracasó en mantener la breve unión con Siria, sufrió humillación en Yemen y padeció dos derrotas aplastantes frente a Israel. Para el momento de su muerte, Egipto había perdido Sudán, la Franja de Gaza y la península del Sinaí.

Además de estos fracasos políticos y militares, Egipto entró en una espiral de decadencia en todos los ámbitos—político, económico, social, cultural y moral—dejando a la nación en un estado de profunda crisis y estancamiento.

A pesar de la retórica apasionada sobre la liberación de Palestina, el "Estado prometido" y otros eslóganes similares, Abdel Nasser nunca contempló seriamente un ataque contra Israel.[2] Algunos informes incluso sugieren que consideró buscar la paz con Israel, pero se abstuvo por temor a ser asesinado, como le ocurrió al rey Abdullah de Jordania.[3] En los primeros años de su mandato,[4] recortó el presupuesto militar y mantuvo a los mismos líderes militares responsables de la derrota de 1956—líderes que más tarde estarían al frente de un fracaso aún más catastrófico en 1967. Durante este periodo, el ejército y otras instituciones estatales estaban sumidas en la corrupción y el deterioro, agravando aún más los males del país.

Siria

Siria inauguró la era de los golpes militares en el mundo árabe, con golpes que a menudo funcionaban como instrumentos de las potencias

[1] Así lo describió el historiador egipcio Dr. Ahmed Shalabi en el volumen nueve de su Enciclopedia de la historia islámica.
[2] Mohamed Hassanein Heikal, La historia de Suez: las últimas batallas en la era de los gigantes, p.22.
[3] Golda Meir, p.176.
[4] M. H. Heikal, p.22.

coloniales. En un solo año, Siria presenció tres golpes consecutivos: el de Husni al-Zaʿim (marzo de 1949), el de Sami al-Hinnawi (agosto de 1949) y el de Adib al-Shishakli (diciembre de 1949).

Adib al-Shishakli intentó inicialmente gobernar a través de un frente civil. Sin embargo, al fracasar esta estrategia, llevó a cabo su segundo golpe—el cuarto en la historia de Siria—en noviembre de 1951, estableciendo un régimen militar totalitario. Este régimen duró hasta otro golpe en febrero de 1954, liderado por Faisal al-Atassi, que derrocó a al-Shishakli y devolvió el poder a los civiles. Este acontecimiento marcó el inicio de lo que se conoció como la "primavera democrática" de Siria, un breve periodo de cuatro años de relativa apertura política.

En 1958, Shukri al-Quwatli propuso una unión con Egipto. Aunque Gamal Abdel Nasser dudó inicialmente, finalmente aceptó, dando lugar a la creación de la República Árabe Unida—una unión entre Egipto y Siria bajo una sola bandera. Sin embargo, la unión se disolvió apenas tres años después, tras un golpe militar en 1961 contra la administración egipcia, que había traído corrupción y autoritarismo a Siria.

La respuesta pasiva de Nasser al golpe reflejó su fracaso más amplio. A través de políticas erradas y falta de determinación, desperdició una oportunidad histórica para unir a las dos naciones árabes más decisivas en un momento crítico de la historia moderna.

En 1963, un golpe militar orquestado por el Comité Militar del Partido Baʿath sumió a Siria en una era de gobierno baazista rígido y opresivo. La situación empeoró en 1966 con otro golpe interno, que expulsó a la vieja guardia del Baʿath y profundizó la división entre sus facciones en Irak y Siria. Esta inestabilidad culminó en un tercer golpe interno en 1970, liderado por Hafez al-Assad. Assad desmanteló los últimos vestigios de gobernanza civil y pluralismo político, instaurando un régimen autoritario ampliamente considerado como uno de los capítulos más oscuros en la historia del Levante.

Este panorama pone de relieve la falta de preparación y capacidad de Siria para brindar apoyo significativo a la causa palestina. Por el contrario, Husni al-Zaʿim, líder del primer golpe, buscó un acuerdo de paz con Israel que incluía normalización total, intercambio de

embajadores y el reasentamiento de 300,000 refugiados palestinos en Siria. Sin embargo, David Ben-Gurion rechazó la propuesta, ya que buscaba el control total del lago Tiberíades en lugar de compartirlo con Siria, y se negó a establecer fronteras que limitaran sus ambiciones más amplias para un "Gran Israel."[1]

Jordania

En marcado contraste con la agitación en Siria y el derrocamiento de las monarquías en Egipto e Irak, Jordania disfrutó de un notable grado de estabilidad y continuidad. Fue el único país árabe donde el sistema de gobierno permaneció sin cambios, con la monarquía perdurando bajo el rey Abdullah y sus descendientes. Sin embargo, esta estabilidad no se basaba en la aprobación popular ni en una fortaleza intrínseca—ambas eran, en el mejor de los casos, frágiles. En cambio, fue sostenida por potencias coloniales decididas a preservarla. El régimen jordano demostró ser el más obediente y leal a los intereses extranjeros, especialmente en lo relativo a Palestina.

Tras la conclusión de la guerra de 1948, el rey Abdullah asumió el control de Cisjordania. Su profunda alineación con los británicos y los sionistas se hizo evidente rápidamente, posicionándolo como figura central en la traición a Palestina. Esta traición se acentuó por sus relaciones conflictivas con los regímenes de Egipto, Arabia Saudita y Siria, así como por su enemistad con Haj Amin al-Husseini, el líder palestino más prominente. Estos factores intensificaron la oposición hacia él.

El 20 de julio de 1951, mientras el rey Abdullah rezaba en la mezquita de Al-Aqsa, un habitante de Jerusalén lo asesinó en los escalones del templo. Su asesinato marcó la primera vez que un gobernante enfrentaba represalias por traicionar a Palestina.

Su nieto, Hussein bin Talal—quien más tarde ascendería al trono—relató que el rey Abdullah había previsto su asesinato, una premonición que compartió con sus allegados. El joven Hussein, presente durante el evento, presenció la tragedia de primera mano y quedó impactado por la

[1] Adel Arslan, vol.2, pp.839, 841–42, 846; Eugene Rogan, pp.348–49.

rapidez con que el séquito del rey lo abandonó, dispersándose en el momento de su muerte. Incluso el embajador estadounidense, entre otros, había anticipado tal desenlace.[1]

El asesinato sacudió al liderazgo árabe, infundiendo temor entre otros gobernantes ante la posibilidad de un destino similar. El propio Gamal Abdel Nasser admitió temer ser asesinado si buscaba la paz con Israel.[2] El régimen jordano, en respuesta, adoptó una postura más abiertamente nacionalista árabe para encubrir sus traiciones profundamente arraigadas. En retrospectiva, este evento dramático retrasó la normalización árabe con Israel durante casi tres décadas, y la normalización jordana durante aproximadamente cuatro.

Tras el asesinato de Abdullah, su hijo Talal, de 42 años, ascendió al trono pero fue depuesto menos de un año después, supuestamente por padecer una enfermedad mental. Posteriormente fue confinado en un sanatorio en el extranjero, donde pasó más de 20 años hasta su muerte. Las circunstancias exactas de su destitución siguen siendo uno de los enigmas persistentes de la historia árabe moderna. Se especula ampliamente que la negativa de Talal a ser tan complaciente con los intereses británicos[3] como lo fue su padre condujo a una conspiración en su contra, orquestada por el general Glubb Pasha (comandante británico del ejército jordano) y Tawfik Abu al-Huda (primer ministro pro-británico del rey Abdullah).

La destitución de Talal allanó el camino para que su hijo adolescente, Hussein II, ascendiera al trono a los 17 años. Hussein gobernó durante casi medio siglo, de 1952 a 1999, siguiendo en gran medida el camino de su abuelo al alinearse con los intereses israelíes. A medida que la influencia global británica disminuía, Hussein trasladó sus lealtades a Estados Unidos. Diversas fuentes revelaron posteriormente que había

[1] Hussein ben Talal, Mi trabajo es ser rey, p.36 y ss. [edición árabe].
[2] Golda Meir, p.176.
[3] Esto está respaldado por algunos testimonios atribuidos a él; véase, por ejemplo, Memorias de Amin al-Husseini, p.38.

sido registrado como agente de la CIA, con nombre en clave, número de identificación y una asignación regular.[1]

El régimen jordano es ampliamente considerado como uno de los más peligrosos, astutos y engañosos entre los gobiernos árabes. Sus orígenes y circunstancias lo obligaron a adoptar una estrategia de maniobra calculada en todos sus asuntos. Varios factores internos y externos moldearon este enfoque, entre ellos:

1. **Fundamentos frágiles**: El régimen carece de raíces sociales o históricas profundas en la tierra que gobierna, habiendo sido establecido y sostenido principalmente por el poder colonial británico.

2. **Dependencia del apoyo externo**: Jordania gobierna un país pequeño y pobre en recursos que no podría haber mantenido su régimen sin el apoyo sustancial de las autoridades coloniales británicas, trasladando luego su dependencia al respaldo estadounidense e israelí.

3. **Aspiraciones nacionalistas árabes**: Aunque el nacionalismo árabe fue inicialmente promovido por el bisabuelo del rey Hussein, Sharif Hussein bin Ali, y luego adoptado por su abuelo, el rey Abdullah bin Hussein, la antorcha del liderazgo árabe pasó finalmente a Egipto, Siria e Irak. Estas naciones más grandes y ricas en recursos, impulsadas por las aspiraciones de sus líderes a la hegemonía regional y su adopción de la causa palestina, se convirtieron en adversarios del régimen jordano.

4. **Alineamientos geopolíticos contrastantes**: Mientras Egipto, Irak y Siria estaban gobernados por regímenes alineados con el socialismo, el comunismo y la Unión Soviética, Jordania se alineó firmemente con Estados Unidos y el bloque occidental. Esta divergencia fomentó tensiones significativas, polarización y animosidad.

[1] The Washington Post, 17 de febrero de 1977. Véase también M. H. Heikal, Palabras sobre política: cuestiones y personajes, pp.117 y ss., 133 y ss.

5. **Dominio demográfico palestino**: El régimen jordano gobierna una población en la que los palestinos constituyen la mayoría. Antes de la ocupación británica y la creación de Jordania, los vínculos familiares y tribales se extendían a ambos lados del río Jordán. Tras la ocupación de Palestina, Jordania asumió el control de Cisjordania e integró a grandes cantidades de palestinos desplazados. Esta realidad demográfica ha moldeado las políticas del reino y ha añadido complejidad a sus desafíos internos y externos.

Por estas razones, el régimen jordano ha seguido de manera constante una estrategia de engaño, manipulación y maniobra calculada. Aunque proyecta una retórica nacionalista árabe y eslóganes grandilocuentes, sus políticas y lealtades están firmemente alineadas con los intereses sionistas y estadounidenses. El régimen abrió sus puertas e incluso otorgó cargos a fugitivos islamistas que huían de los regímenes represivos de Egipto, Siria e Irak—no por simpatía, sino como una maniobra estratégica para evitar que su población se alineara con líderes como Nasser u otros. Al mismo tiempo, explotó la causa palestina, permitiendo actividades limitadas y estrictamente controladas—no por apoyo genuino a los esfuerzos de yihad, sino para contener, apaciguar y canalizar las energías fervientes que clamaban por la resistencia al sionismo y la liberación de Palestina.

Con el tiempo, el régimen consolidó su poder, restringiendo sistemáticamente esas libertades limitadas tanto para islamistas como para palestinos. Como resultado, el aparato de seguridad jordano se volvió más poderoso y temido que su propio ejército, emergiendo como uno de los servicios de inteligencia más eficientes y temidos del mundo árabe. A diferencia de los métodos abiertamente violentos de las fuerzas de seguridad en Irak, Siria, Egipto y Argelia, el aparato jordano se basó en el profesionalismo, la sutileza y la precisión.

A través de este enfoque, Jordania se ha convertido en el resguardo más confiable de Israel, compartiendo con él la frontera más larga—650 kilómetros—a pesar de tener una población mayoritariamente palestina que anhela la resistencia, y a pesar de que el régimen permite un espacio limitado para los movimientos islamistas y palestinos. Jordania

representa un modelo único de neutralización de los movimientos de liberación e islámicos, no mediante represión abierta, sino mediante una contención suave y calculada. Sin embargo, esto no implica ausencia de dureza cuando se presentan oportunidades; más bien, pone de relieve que la astucia, el engaño y la manipulación estratégica han desempeñado un papel más importante en la estrategia del régimen que la fuerza bruta y la represión directa.

El modelo jordano se convirtió en una excusa conveniente para los regímenes de Egipto, Siria e Irak, así como para algunos palestinos, que justificaban sus fracasos alegando que Jordania obstaculizaba sus esfuerzos por liberar Palestina.[1] Aunque ambos bandos relatan con veracidad las faltas del otro, todos son cómplices, y ninguno puede reclamar honor, honestidad o inocencia.

Desde su fundación hasta el momento de redactar estas líneas, el régimen jordano ha mantenido una coherencia notable en su enfoque.[2] Esta coherencia fue resumida acertadamente por el primer ministro israelí Benjamin Netanyahu en sus memorias, donde afirmó: "Le aseguré (es decir, al rey Hussein) que consideraba la supervivencia del Reino Hachemita de Jordania como un interés vital y que, si fuera necesario, intervendríamos militarmente para evitar su caída."[3]

De la conducta de los Estados árabes respecto a Palestina pueden extraerse las siguientes conclusiones clave:

1. **Falta de unidad verdadera**: Estos regímenes nunca buscaron genuinamente la unidad árabe. En cambio, cada uno priorizó la consolidación de su poder y el refuerzo de su identidad

[1] Sobre las posturas del rey Hussein, véase Ahmad al-Shuqeiri, vol.5, p.1392 y ss.; Hussein bin Talal, Mi trabajo es ser rey, pp.204, 212 y ss.

[2] Un documento publicado por el periódico israelí Haaretz el 7 de septiembre de 2023 arroja luz sobre un episodio histórico significativo: se informa que el rey Hussein de Jordania se reunió con la primera ministra israelí Golda Meir poco antes de la guerra de octubre de 1973. Durante esta reunión, habría compartido inteligencia confirmada sobre los planes de Siria para lanzar un ataque contra Israel. Haaretz destacó este documento como evidencia de los profundos y estratégicos vínculos entre el rey Hussein e Israel.

[3] Benjamin Netanyahu, Bibi: Mi historia, p.374 [edición digital], p.296 [edición impresa].

nacional local, a pesar de su retórica nacionalista árabe y eslóganes como "La unidad es el camino hacia la liberación." Sus palabras desmentían sus verdaderas intenciones.

2. **Opresión de los refugiados palestinos**: Estos Estados no permitieron que los palestinos desplazados en sus territorios participaran en esfuerzos significativos para liberar Palestina. Restringieron el movimiento natural de líderes y jóvenes palestinos. De hecho, los palestinos a menudo fueron perseguidos por estos gobiernos, sufriendo tanto como las poblaciones nativas, si no más.

3. **Explotación de la causa palestina**: Potencias como Egipto, Siria e Irak redujeron Palestina a una ficha de negociación política, utilizándola para servir a sus propios intereses. Este enfoque fragmentó y dividió al pueblo palestino, fomentando celos y rivalidades, y alentando a oportunistas a competir por el liderazgo a expensas de la unidad.

4. **Ausencia de acción militar contra Israel**: Ninguno de estos Estados árabes contempló seriamente la posibilidad de hacer la guerra contra Israel ni de trabajar activamente para liberar Palestina. En cambio, cada régimen centró sus fuerzas militares y de seguridad en asegurar su propio poder y reprimir a su pueblo. Este periodo culminó finalmente en la segunda catástrofe—un desastre aún más severo y devastador que el primero: la Nakba de 1967.

La Nakba de 1967 y el auge de la expansión israelí

A casi seis décadas de la guerra de 1967, muchos de sus eventos y causas permanecen ocultos. Los regímenes árabes que sobrevivieron a ese periodo se han negado a liberar sus archivos, dejando a los historiadores dependientes de testimonios publicados y estudios extranjeros.

La Nakba de 1967

Uno de los aspectos más sorprendentes de esta guerra fue cómo el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser pareció precipitarse al conflicto como si estuviera plenamente preparado, solo para sufrir una derrota aplastante que parecía completamente imprevista. Las consecuencias de la guerra se extendieron mucho más allá de Egipto, ya que Israel, en un solo día (5 de junio de 1967), capturó territorios de cuatro Estados árabes:

1. **Egipto**: Israel ocupó Gaza, que estaba bajo control egipcio, y se apoderó de la península del Sinaí—una vasta región más grande que el propio Israel y el doble del tamaño de toda Palestina.
2. **Siria**: Israel tomó los Altos del Golán, una región de gran importancia estratégica por sus fortificaciones naturales.
3. **Jordania**: Israel capturó Cisjordania, que estaba bajo soberanía jordana.
4. **Palestina**: Lo que quedaba de la Palestina histórica—es decir, Gaza y Cisjordania—se perdió. Estas áreas, gobernadas por Egipto y Jordania bajo la bandera del nacionalismo árabe, fueron finalmente entregadas a Israel. Esta rendición representa una de las traiciones más significativas en la historia moderna árabe.

Egipto y Jordania habían gobernado Gaza y Cisjordania respectivamente, envolviendo su administración en la retórica del nacionalismo árabe. Sin embargo, tras ceder estos territorios a Israel, ambos regímenes adoptaron eslóganes nacionalistas, abandonando la causa árabe más amplia. Esto marcó no solo un fracaso militar y político, sino también un giro ideológico decisivo en el mundo árabe.

Esta guerra, conocida como la Guerra de los Seis Días, se ganó decisivamente en sus primeras seis horas, una hazaña que a menudo se describe como una de las victorias más completas en la historia militar moderna, comparada con el colapso épico del Imperio Bizantino ante las fuerzas árabes.

El conflicto comenzó cuando Nasser cerró el estrecho de Tirán al tráfico marítimo israelí. Esta medida no solo representó una escalada militar significativa, sino que también reveló a los egipcios, por primera vez, que barcos israelíes habían estado navegando por sus aguas desde 1956. El cierre fue seguido por la exigencia de Nasser de retirar la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas de la frontera entre Egipto e Israel, una señal clara de guerra inminente. Sin embargo, más allá de estos gestos dramáticos, no se tomaron preparativos sustanciales para la guerra.

Muchos historiadores ven las acciones de Nasser como una maniobra calculada para provocar una intervención internacional que le asegurara beneficios políticos o económicos. Sin embargo, su estrategia fracasó. La retirada de las fuerzas de la ONU lo dejó sin apoyo externo ni mediación, y parecía no estar preparado para los acontecimientos que siguieron.

Esta falta de previsión y planificación dejó al ejército egipcio en estado de parálisis. Sus tropas estaban mal preparadas, y los reservistas fueron movilizados apresuradamente y enviados al frente sin entrenamiento adecuado, sin objetivos claros ni conocimiento del terreno o de las posiciones enemigas. Estos factores agravaron la ya precaria situación de Egipto, culminando en una derrota rápida y decisiva.

El filósofo y portavoz de Nasser, Mohamed Hassanein Heikal, señaló que Egipto había decidido absorber el primer golpe en la guerra de 1967. Sin embargo, esta decisión resultó desastrosa, ya que el liderazgo egipcio no estaba preparado para mitigar sus efectos devastadores. El ataque inicial israelí fue abrumadoramente destructivo, sorprendiendo a Egipto a pesar de sus afirmaciones de estar listo.

El conflicto comenzó con la destrucción casi total de la fuerza aérea egipcia, que había sido dejada expuesta en las pistas sin protección, como si esperara ser aniquilada. Este fracaso militar sin precedentes preparó el terreno para un colapso rápido y catastrófico. Las tropas egipcias recibieron la orden de retirarse del Sinaí en desorden, sin un plan coherente. Las fuerzas en retirada se convirtieron en blancos fáciles para los ataques aéreos y terrestres israelíes, transformando la retirada en una masacre. Más de 10,000 soldados egipcios fueron asesinados y más de 5,000 capturados—muchos ejecutados o enterrados en fosas comunes, mientras que otros fueron liberados tras sufrir condiciones humillantes.

Los medios egipcios empeoraron la situación al difundir informes falsos de victorias, alegando pérdidas enemigas en aviones y tanques, y anunciando una inminente ofensiva sobre Tel Aviv. Esta desinformación creó una ilusión generalizada de éxito entre la población árabe. La cruda realidad solo emergió el 9 de junio de 1967, cuando Nasser admitió públicamente la derrota en un discurso sombrío. Anunció su renuncia, diciendo: "He tomado una decisión, y quiero su apoyo para ella", y asumió la responsabilidad por el desastre. Nasser nombró al ministro del Interior, Zakaria Mohieddin, como su sucesor.

Sin embargo, una mezcla de protestas genuinas y orquestadas estalló, instando a Nasser a permanecer en el poder. Aprovechando la oportunidad, presentó su regreso como una respuesta a la voluntad popular, consolidando efectivamente su autoridad. Nasser se movió rápidamente para eliminar a sus rivales políticos y militares, incluido su aliado cercano, el general Abdel Hakim Amer, comandante del ejército. La muerte de Amer, oficialmente declarada como suicidio, sigue envuelta en sospechas. Aprovechando la situación, Nasser reestructuró el liderazgo militar de Egipto e introdujo una nueva política que llamó

"eliminación de las consecuencias de la agresión", marcando un esfuerzo calculado por recuperar estabilidad y control tras la guerra.

Mientras tanto, Israel había ocupado completamente el Sinaí y aprovechó el canal de Suez como una formidable barrera natural. Aprovechando estratégicamente esta vía fluvial, Israel construyó un enorme terraplén en la ribera oriental del canal, añadiendo otra capa de defensa. Esta fortificación, reforzada por la robusta Línea Bar Lev—llamada así por su arquitecto—representaba un desafío militar significativo por su diseño estratégico y resistencia.

La Nakba de 1948, aunque devastadora, había sido en cierta medida anticipada. Sus raíces se encontraban en la facilitación británica, el dominio extranjero sobre las naciones árabes y los ejércitos árabes débiles y mal equipados bajo influencia o control externo. En marcado contraste, la Nakba de 1967 fue una catástrofe repentina y abrumadora. Para entonces, los países árabes habían alcanzado la independencia, abrazado el nacionalismo árabe y se habían unido en torno a Gamal Abdel Nasser como su líder. El régimen de Nasser proclamaba frecuentemente su responsabilidad por liberar Palestina, promoviendo una narrativa de fuerza militar que destacaba avances como cohetes y armamento sofisticado.

Sin embargo, ni siquiera los detractores más acérrimos de Nasser pudieron prever la magnitud y rapidez de la derrota. El ejército egipcio, junto con su arsenal, pareció desintegrarse, dejando a El Cairo alarmantemente vulnerable—a solo dos horas de un enemigo que muchos creían estar a punto de derrotar en su camino hacia Tel Aviv.

En Siria, los Altos del Golán—un terreno elevado y naturalmente fortificado—cayeron con sorprendente facilidad. Esta pérdida impactante, que podría haberse evitado con una preparación militar básica y vigilancia, provocó la muerte de 1,000 soldados sirios y puso de relieve el desorden dentro de las fuerzas árabes durante el conflicto.

En Jordania, la estrecha relación entre el rey Hussein, los israelíes y los estadounidenses llevó al monarca a depositar una confianza significativa en sus aliados, haciendo impensable que cuestionara sus intenciones. Las reuniones secretas entre el rey Hussein y líderes sionistas

ya habían comenzado—una acción considerada profundamente controvertida y prohibida en ese momento. Esta relación clandestina fue tan significativa que, según se informa, Israel advirtió al rey Hussein sobre sus planes militares días u horas antes de lanzar su ofensiva.

A pesar de ello, las fuerzas israelíes invadieron Cisjordania, entonces bajo control jordano, violando cualquier acuerdo o confianza existente. Algunos observadores sugieren que esta invasión pudo haber sido preacordada entre ambas partes, aunque tales afirmaciones siguen siendo especulativas. Más de 6,000 soldados jordanos perdieron la vida, y el río Jordán se convirtió en la nueva frontera entre Jordania e Israel. Esta derrota puso fin a las ambiciones del difunto rey Abdullah I, abuelo del rey Hussein, de expandir las fronteras de Jordania.

Como parte de esta invasión, la mezquita de Al-Aqsa—el tercer lugar más sagrado del Islam—cayó bajo ocupación israelí con una resistencia mínima. Sorprendentemente, según diversos testimonios, ni siquiera un puñado de jóvenes o soldados jordanos murió defendiéndola. La caída de Al-Aqsa representó un golpe simbólico y estratégico profundo para el mundo árabe e islámico, intensificando el sentimiento colectivo de pérdida y humillación en la región.

Israel demolió rápidamente el Barrio Marroquí de Jerusalén, adyacente a la mezquita de Al-Aqsa, poco después del inicio de la guerra, el 11 de junio de 1967. Los residentes fueron expulsados por la fuerza, y el área fue transformada en un sitio de culto judío frente al Muro Occidental (conocido por los judíos como el "Muro de los Lamentos"). El 27 de junio de 1967, apenas doce días después, Israel declaró Jerusalén como ciudad unificada bajo soberanía israelí.

La caída del panarabismo y del nasserismo

A lo largo de la historia, las ideologías prosperan cuando se vinculan a triunfos y se desvanecen cuando están marcadas por la derrota. La catastrófica pérdida militar de 1967 marcó un punto de inflexión crítico, señalando el declive del nasserismo, el panarabismo y el comunismo—ideologías que habían moldeado Egipto y gran parte del mundo árabe durante el liderazgo de Nasser. Este desmoronamiento ideológico fue tan profundo que algunos académicos llegaron a expresar gratitud,

viendo la derrota como una oportunidad para reiniciar los patrones de pensamiento predominantes.[1]

Durante esta época, el ateísmo abierto y la degradación moral eran rampantes en los medios estatales, acompañados por una avalancha de contenido inmoral en películas y televisión. Tales condiciones llevaron a muchos a temer la erosión de la identidad islámica en la región.

Semanas antes de la derrota de 1967, Ibrahim Ikhlas declaró audazmente en el periódico del ejército sirio: "Dios, el capitalismo, el imperialismo y todos los valores de la sociedad pasada se han convertido en reliquias embalsamadas en los museos de la historia."[2] Este sentimiento reflejaba el espíritu de una sociedad profundamente enamorada de la figura y visión de Nasser, donde incluso portar un libro islámico podía convertir a alguien en un marginado.[3]

Entre los resultados más significativos de la segunda Nakba, particularmente en relación con la historia de Palestina, se encuentran los siguientes:

1. **El colapso del nasserismo y del nacionalismo árabe secular**

   La derrota de 1967 socavó decisivamente el dominio político e ideológico de Gamal Abdel Nasser y la agenda nacionalista panárabe secular. Esta ideología, que alguna vez prometió unidad y fortaleza, se reveló fútil ante el fracaso militar, lo que llevó a una desilusión generalizada en todo el mundo árabe.[4]

2. **El resurgimiento del pensamiento islámico**

   Tras la derrota, las ideologías islámicas comenzaron a recuperar fuerza, especialmente en Egipto y el Levante, ofreciendo un nuevo marco para la identidad y la resistencia. Este

[1] El jeque Mohammed Metwally Al-Shaarawy mencionó esto sobre sí mismo en un video ampliamente difundido disponible en internet.
[2] Abdullah Azzam, vol.1, p.839.
[3] Ahmad Mansur, pp.78–81 y ss. La derrota no solo destruyó las esperanzas militares, sino que también erosionó la credibilidad de las ideologías que habían prometido liberación y unidad, pero no cumplieron ninguna de las dos. [Traductor]
[4] Salah Khalaf, p.94; Fathi al-Shiqaqi, vol.1, p.179.

resurgimiento representó un giro significativo respecto a las ideologías seculares que habían caracterizado las décadas anteriores.[1]

3. **Desencanto palestino y nacionalismo**

   Los palestinos, habiendo perdido su patria bajo la protección de fuerzas árabes ineficaces, experimentaron un profundo sentimiento de traición. Esta traición alimentó el rechazo a depender de los regímenes árabes o del nacionalismo secular, fomentando un sentido más fuerte de identidad nacional palestina. Como resultado, muchos palestinos se volcaron hacia facciones nacionalistas y movimientos de resistencia que buscaban la confrontación directa con la ocupación israelí.

4. **Compromiso egipcio y árabe con la resistencia palestina**

   Por primera vez, el gobierno egipcio comenzó a colaborar de forma limitada con los movimientos de resistencia palestinos, alejándose de su postura previa de rechazo y sospecha. Esto marcó el inicio de una alineación cautelosa que fue reflejada, en distintos grados, por otros gobiernos árabes. Sin embargo, algunos regímenes permanecieron profundamente escépticos o incluso hostiles hacia los grupos de resistencia palestinos.[2]

Estos desarrollos reconfiguraron tanto el panorama político regional como la lucha palestina, orientándola hacia nuevas direcciones ideológicas y estratégicas.

Israel: la potencia regional dominante

Israel alcanzó varios hitos decisivos en la guerra de 1967, marcando el punto culminante de su ascenso militar y político en la región. Esta guerra puede considerarse un punto de inflexión en la consolidación del poder israelí por las siguientes razones:

1. **Demostración de poder independiente**

[1] Abdullah Azzam, vol.1, pp.851–52.
[2] Salah Khalaf, pp.88, 96 y ss.

Aunque la fundación de Israel en 1948 dependió en gran medida del patrocinio británico y del respaldo colonial, la guerra de 1967 demostró su capacidad para sostener y expandir su poder de forma autónoma. Esta victoria evidenció su habilidad para actuar sin depender directamente de una superpotencia global.

2. **Consolidación de su legitimidad**

   Desde su creación, la supervivencia de Israel fue ampliamente cuestionada. Muchos dudaban de la viabilidad de un Estado pequeño en una región árabe hostil. Sin embargo, la victoria de 1967 disipó esas dudas, demostrando la capacidad de Israel para crecer, expandirse y sobrevivir a largo plazo. Este logro posicionó a Israel como un socio viable para acuerdos políticos, económicos y militares.

3. **Afianzamiento de las conquistas de 1948**

   La guerra solidificó las ganancias territoriales y políticas que Israel había logrado en 1948. Las discusiones sobre la eliminación de Israel desaparecieron del discurso político internacional. Incluso décadas después, las negociaciones se han centrado en regresar a las fronteras del 4 de junio de 1967, en lugar de cuestionar la existencia de Israel.

Tras la guerra de 1967, Israel emergió como la potencia preeminente de la región, sin rival entre sus vecinos. Su capacidad para derrotar simultáneamente a Egipto, Jordania y Siria lo posicionó como el único aliado confiable en la región para las potencias occidentales.

Antes de la guerra, potencias como Estados Unidos debatían si apostar por Israel o por otros Estados clientes en la región, como Egipto, Turquía o Irán. Estos países, con poblaciones más grandes, recursos abundantes y ambiciones geopolíticas, eran vistos como líderes regionales potenciales y aliados más naturales para los intereses extranjeros.

A pesar de ser una entidad extranjera implantada en una región hostil, la victoria de Israel convenció a las potencias globales de que podía superar a naciones más grandes y ricas en recursos. Esto alteró el cálculo

colonial, convirtiendo a Israel en el principal agente para salvaguardar los intereses occidentales, desplazando efectivamente a competidores regionales como Egipto, Turquía e Irán.

Al ganar de forma decisiva en 1967, Israel no solo expandió su control territorial, sino que también redefinió su relación estratégica con las potencias coloniales, consolidando una posición dominante sin oposición en la región.

El desplazamiento palestino tras la guerra de 1967

La guerra de 1967 desplazó a más de 300,000 palestinos adicionales. Aunque esta cifra es significativa, contrasta fuertemente con la escala del desplazamiento durante la Nakba de 1948. Varios factores contribuyeron a esta diferencia:

1. **Lecciones de 1948**

   Durante la Nakba, los palestinos creían que el desplazamiento sería temporal, anticipando un pronto regreso tras la victoria de los ejércitos árabes. Para 1967, habían aprendido por experiencia que las fuerzas israelíes buscaban una ocupación y asentamiento prolongados, lo que llevó a muchos a permanecer en sus hogares a pesar del conflicto.

2. **Enfoque israelí en 1967**

   A diferencia de 1948, Israel no implementó una política sistemática de desplazamiento masivo. Sus conquistas territoriales en 1967 fueron tan rápidas y extensas que superaron su capacidad inmediata para reubicar poblaciones por la fuerza.

3. **Botín de inteligencia**

   La captura de archivos de inteligencia egipcios y jordanos proporcionó a Israel una gran cantidad de información sobre redes de resistencia palestina. Esto debilitó la resistencia al permitir la identificación y neutralización de figuras clave.

4. **Impacto psicológico e ideológico**

> La derrota de 1967 desmoralizó profundamente a los palestinos y a otras poblaciones árabes. Con los movimientos islamistas reprimidos y la conciencia islámica debilitada en ese momento, la población era más susceptible al reclutamiento o coerción por parte de las autoridades israelíes.

Con el paso de los años, mediante medidas militares y de seguridad dirigidas, así como presión psicológica, Israel logró debilitar eficazmente los movimientos de resistencia en los territorios ocupados, reduciéndolos significativamente para 1973.

Por estos logros decisivos, algunos incluso propusieron erigir una gran estatua de Gamal Abdel Nasser en Israel, argumentando que sin sus políticas y decisiones, Israel quizás no habría alcanzado semejante éxito monumental.[1]

[1] Jalal Kishk, pp.23, 614.

El camino hacia la rendición y la normalización

Una guerra de desgaste estalló en forma de escaramuzas intermitentes entre las fuerzas egipcias e israelíes a lo largo del canal de Suez. Durante este conflicto, Israel llevó a cabo ataques en profundidad en el sur de Egipto, mientras que unidades egipcias lograron realizar operaciones limitadas detrás de las líneas israelíes. A pesar de estas acciones, los enfrentamientos no lograron alterar el equilibrio estratégico general. El conflicto terminó cuando Gamal Abdel Nasser aceptó el Plan Rogers, mediado por Estados Unidos, para un alto el fuego. Poco después, Nasser falleció, y su vicepresidente, Anwar Sadat, asumió la presidencia, iniciando una fase prolongada descrita como "ni guerra ni paz".

La guerra de octubre

Para el tercer año de su presidencia, Sadat había consolidado el poder, marginando a los leales a Nasser, y tomó medidas decisivas. El ejército egipcio lanzó una ofensiva sorpresa en el Sinaí, cruzando el canal de Suez y asegurando una penetración de 10 a 15 kilómetros en la ribera oriental. Para reforzar estos avances, Egipto desplegó sistemas de defensa aérea para proteger sus posiciones.

Simultáneamente, las fuerzas sirias iniciaron una ofensiva en los Altos del Golán, logrando avances iniciales. Sin embargo, Israel recuperó rápidamente la iniciativa, repelió a las fuerzas sirias y recapturó las posiciones perdidas. Los bombardeos israelíes penetraron profundamente en territorio sirio, alcanzando zonas de Damasco. El frente sirio acabó deteriorándose, dejando la región en peor estado que antes y aumentando la incertidumbre sobre el alcance potencial de futuras ofensivas israelíes.

En el frente egipcio, la campaña avanzó con éxito durante los primeros seis días, con las fuerzas egipcias manteniendo las posiciones liberadas según lo previsto. La estrategia se basaba en la premisa de que Israel no podía sostener una guerra prolongada debido a su dependencia de la movilización masiva de civiles, lo que paralizaba su economía. Además, la vasta y desolada península del Sinaí carecía de terreno defendible para las fuerzas israelíes, lo que alimentaba la expectativa de que una presión sostenida obligaría eventualmente a Israel a retirarse.

Sin embargo, surgieron complicaciones tras estos primeros logros. El presidente Anwar Sadat, desoyendo a sus comandantes militares, ordenó avanzar más profundamente en el Sinaí. Esta decisión resultó catastrófica, ya que expuso a las fuerzas egipcias a devastadores ataques aéreos israelíes, llevándolas más allá del alcance protector de sus sistemas de defensa aérea. El resultado fue la pérdida de más de la mitad de los 400 tanques egipcios en lo que llegó a conocerse como la "masacre de los tanques".

El avance imprudente también creó una brecha crítica en las líneas egipcias, que las fuerzas israelíes aprovecharon. Una división israelí cruzó al lado occidental del canal de Suez, rodeando al Tercer Ejército egipcio. Esta maniobra representó una amenaza directa a El Cairo, colocando a Egipto en una posición precaria.

Lo que comenzó como un triunfo se convirtió en un desastre estratégico. En ese momento, Estados Unidos intervino diplomáticamente, negociando un alto el fuego para poner fin a las hostilidades. El resultado en el frente egipcio fue, en el mejor de los casos, un estancamiento, aunque muchos lo consideraron un revés para Egipto. Israel logró recuperarse del ataque sorpresa inicial y retomó la ventaja.

Los acontecimientos posteriores a la guerra generaron un intenso debate sobre las intenciones y la estrategia de Sadat:

¿Su objetivo era librar una guerra genuina para recuperar territorio egipcio, solo para verse superado por las capacidades militares de Israel y el apoyo inquebrantable de Estados Unidos, lo que lo llevó a inclinarse hacia la paz? ¿O fue la guerra concebida desde el principio como una

operación limitada, diseñada para romper el estancamiento político, establecer su legitimidad y, finalmente, buscar negociaciones de paz desde una posición de fuerza?

La evidencia sigue acumulándose en favor de la segunda interpretación. Entre los puntos clave que la respaldan se encuentran:

1. **Declaraciones de comandantes de la guerra de octubre**

   Varios comandantes recuerdan que Sadat dijo antes de la guerra: "Solo necesito que liberen 10 centímetros al este del canal; el resto déjenmelo a mí."[1] Esto indica claramente un plan premeditado para utilizar la guerra como trampolín hacia negociaciones diplomáticas. Figuras no militares que se reunieron con Sadat antes de la guerra también han confirmado sentimientos similares.[2]

2. **Propuestas de paz prematuras**

   Mientras las expectativas públicas apuntaban a avances militares continuos—desde la liberación del Sinaí hasta, en el mejor de los casos, Jerusalén—Sadat sorprendió al proponer la paz y expresar su disposición a visitar Israel antes de que la dinámica del campo de batalla cambiara. Esto generó sospechas sobre sus objetivos más amplios.

3. **Búsqueda intransigente de la paz**

   La determinación de Sadat por finalizar el tratado de paz, incluso a costa de agitación política, provocó renuncias de alto perfil, incluidos dos ministros de Asuntos Exteriores. Su declaración firme, "La guerra de octubre es la última guerra", debilitó la posición negociadora de Egipto y evidenció su compromiso inquebrantable con el tratado.

4. **Tolerancia ante violaciones israelíes**

[1] Muhammad Fawzi, La guerra de octubre: estudio y lecciones, p.124.
[2] Salah Khalaf, pp.195–196, 200.

Durante y después de las negociaciones de paz, Sadat mostró escasa oposición ante acciones israelíes significativas, como el bombardeo de Irak y la declaración de Jerusalén como capital unificada—medidas que avergonzaron políticamente a Egipto. En contraste, trató a otras naciones árabes con condescendencia y arrogancia.

5. **Alineamiento con las potencias occidentales**

   El giro de Sadat hacia políticas alineadas con el Occidente—en lo político, económico y cultural—subrayó su intención de posicionar firmemente a Egipto dentro de la órbita liderada por Estados Unidos, señalando una alineación con los patrocinadores occidentales de Israel.

Estos factores han llevado a muchos a concluir que la guerra de octubre fue una maniobra calculada para incorporar a Israel en el mundo árabe bajo términos aparentemente honorables.[1] Algunos observadores perspicaces reconocieron desde el principio que los éxitos militares iniciales serían eclipsados por concesiones políticas, convirtiendo una victoria parcial en una derrota integral.[2] Aunque Israel se retiró oficialmente del Sinaí, entró efectivamente en El Cairo por la puerta de la paz.

Durante la guerra de octubre, el público egipcio percibía en gran medida el conflicto como parte de la lucha más amplia por liberar Palestina, considerando la ocupación de Palestina como más urgente que la del Sinaí.[3]

Las contribuciones de los combatientes de la resistencia palestina durante la guerra son con frecuencia subestimadas. Aunque sus operaciones guerrilleras carecieron de la prominencia de las acciones militares convencionales, desempeñaron un papel notable. Tanto Anwar Sadat como Hafez al-Assad utilizaron los esfuerzos de combatientes palestinos afiliados al Ejército de Liberación de Palestina (ELP). A través

[1] Moshe Sasson, *Siete años en la tierra de los egipcios*, p.234 [edición árabe]; Lapidus, vol.2, p.859.
[2] Ahmed Mansour, p.97; Rifāī Tāha, *Wa al-Ān Atadhakkar*, p.80.
[3] Rifāī Tāha, p.70.

de la coordinación con el liderazgo de la OLP, estos combatientes llevaron a cabo cerca de 100 operaciones, atacando posiciones israelíes en los Altos del Golán y la Alta Galilea.

Los intentos de involucrar a Jordania en un esfuerzo coordinado fracasaron. El rey Hussein mantuvo firmemente una política de mantener sus fronteras en calma[1]—una postura nada sorprendente en alguien como él.

El giro repentino hacia la paz

Al examinar las raíces de las iniciativas de paz con Israel, los esfuerzos de Sadat no parecen del todo inesperados. Intentos anteriores, como el de Husni al-Zaʿim en Siria, buscaron negociar la paz y establecer fronteras entre Siria e Israel. Sin embargo, David Ben-Gurion rechazó la propuesta debido a sus ambiciones de controlar la totalidad de las aguas del lago Tiberíades. Antes de eso, Egipto bajo el rey Faruq también exploró acercamientos pacíficos.[2]

En aquel momento, abogar por la paz con Israel equivalía a traición, pero tales sentimientos comenzaron a permear el ambiente. Las primeras señales de este cambio aparecieron ya en 1953, cuando figuras como Sayyid Qutb pronunciaron discursos contundentes en Jerusalén Este. Qutb afirmó: "No necesitamos ejércitos árabes para liberar Palestina", mientras que Mahmoud al-Sawwaf declaró célebremente: "La mano que se extienda en paz hacia Israel será cortada."[3]

En este contexto, Sadat no fue el primer líder árabe en buscar abiertamente la paz con Israel. Sin embargo, fue el primero en "lograr" formalizar tales esfuerzos. También es importante reconocer que los vínculos clandestinos entre Israel y ciertos líderes árabes precedieron la iniciativa de Sadat. Estos incluyeron relaciones encubiertas con el rey

[1] Salah Khalaf, p.202.
[2] Moshe Sasson, p.32 y ss.
[3] Ibrahim Ghoshah, p.48.

Abdullah de Jordania, su nieto el rey Hussein, el rey Hassan II de Marruecos[1] y su hombre fuerte, el general Mohamed Oufkir,[2] entre otros.

Visto en un contexto histórico más amplio, el giro repentino de Sadat hacia la "paz" con Israel destaca como una desviación inesperada y dramática. Los intentos previos de negociar la paz con Israel habían fracasado sistemáticamente, en gran parte debido a la postura inflexible de Israel, agravada por su expansión territorial agresiva durante la guerra de 1967. En ese momento, Israel era ampliamente vilipendiado en el mundo árabe, percibido como un adversario perpetuo que debía ser enfrentado militarmente. Los modestos logros de la guerra de octubre reforzaron la creencia de que recuperar los derechos requería la aplicación de la fuerza.

En este contexto, el anuncio de Sadat abogando por la paz y su disposición a visitar Israel causaron una conmoción profunda, inquietando tanto a las audiencias internas como regionales. Justificó su decisión afirmando que Egipto no podía sostener otra confrontación con Estados Unidos, declarando célebremente que "América controla el 99% de las cartas en la región." Sadat persiguió esta vía con determinación, ignorando la oposición generalizada—tanto interna como externa—y llegó incluso a destituir a líderes militares clave que habían desempeñado papeles fundamentales en la guerra de octubre, con el fin de consolidar su trayectoria hacia la paz.

Una serie de negociaciones condujo a los Acuerdos de Camp David en 1978 y al tratado de paz entre Egipto e Israel en 1979, alterando significativamente la dinámica regional y afectando profundamente la causa palestina.

---

[1] Salah Khalaf relata que el rey Hassan II de Marruecos fue el primero en sugerir a Yasser Arafat una reunión secreta con Nahum Goldmann, presidente del Congreso Judío Mundial. Véase Filistīnī bi lā Hawyiah, p.309.

[2] La relación entre Oufkir y los israelíes alcanzó un nivel familiar. En su libro Vidas robadas: Veinte años en una cárcel del desierto, Malika Oufkir cuenta que el hijo de Moshe Dayan era uno de sus amigos y que su padre se mostraba complacido con esa amistad. Véase Malika Oufkir, pp.88, 284, 289, 314 [edición árabe].

El acuerdo desmilitarizó el Sinaí, limitando la presencia militar egipcia a armamento ligero y una fuerza modesta. Los mapas de despliegue de tropas a lo largo de las fronteras indican claramente que Israel conserva una capacidad mucho mayor para reocupar el Sinaí que Egipto para defenderlo. En la práctica, el Sinaí funciona como una zona de amortiguamiento que refuerza la seguridad estratégica de Israel.

Los israelíes obtuvieron acceso irrestricto al Sinaí sin necesidad de permisos ni autorización de las autoridades egipcias—privilegios que no se extendieron a los ciudadanos egipcios comunes, quienes enfrentan restricciones para acceder a la región. El tratado también inició la normalización diplomática, incluyendo el intercambio de embajadores y el fomento de la cooperación económica, cultural y en materia de seguridad. Estos vínculos se profundizaron bajo administraciones posteriores, alcanzando niveles significativos durante la presidencia de Abdel Fattah al-Sisi.

Tras el asesinato de Sadat en 1981, Hosni Mubarak mantuvo la política de paz durante 30 años, a pesar de las repetidas violaciones del tratado por parte de Israel y sus acciones agresivas en la región. Bajo Mubarak, la paz con Israel se convirtió en un pilar central de la política exterior egipcia.

El resultado más crítico fue el retiro de Egipto de la lucha palestina. Al pasar del nacionalismo árabe a un enfoque nacionalista más estrecho, Egipto relegó Palestina a una "cuestión local", dejando su responsabilidad exclusivamente en manos de los palestinos.

La normalización árabe-israelí puede clasificarse en tres tipos distintos:

1. **Normalización pública**: Ejemplificada por el tratado de paz abiertamente declarado entre Egipto e Israel.
2. **Relaciones encubiertas**: Interacciones secretas entre ciertos regímenes árabes e Israel.
3. **Defensa condicional de la paz**: Llamamientos públicos a una paz integral, condicionados al retiro de Israel a las fronteras de 1967.

La trayectoria de la normalización abierta, iniciada por Sadat, se desarrolló con cautela y fue profundamente moldeada por su asesinato el 6 de octubre de 1981 a manos de miembros islamistas del ejército egipcio. Este evento sacudió a la región, desalentando a otros líderes de seguir acuerdos de paz con Israel y deteniendo efectivamente la normalización abierta durante casi cuatro décadas. En consecuencia, los esfuerzos de normalización de Egipto permanecieron en gran medida confinados a los ámbitos oficiales y políticos, sin penetrar en el sentimiento público ni en el compromiso popular.

La cooperación militar, de seguridad y económica entre Egipto e Israel se desarrolló de forma incremental,[1] con Jordania como excepción significativa. Jordania formalizó su tratado de paz con Israel en 1994, trece años después de la muerte de Sadat. Sin embargo, incluso el proceso de normalización jordano fue cauteloso, limitado principalmente a los dominios político y de seguridad. Públicamente, Jordania mantuvo un firme apoyo a los derechos palestinos y se opuso abiertamente a la agresión israelí, con sus medios de comunicación reflejando a menudo estas posturas.

Una nueva ola de normalización surgió tras el declive de la Primavera Árabe, encabezada por los Emiratos Árabes Unidos a principios de la década de 2020. Bahréin, Marruecos y Sudán pronto siguieron. Actualmente, están en marcha conversaciones sobre una normalización abierta entre Arabia Saudita e Israel. Dado el peso económico de Arabia Saudita, su influencia geopolítica y su papel como custodio de los Dos Santos Lugares, tal desarrollo podría transformar significativamente la dinámica regional, allanando el camino para que más naciones árabes e islámicas establezcan vínculos formales con Israel.

La vía de las relaciones encubiertas ha permanecido como un aspecto discreto pero persistente de la diplomacia árabe-israelí, con canales establecidos y activos entre Israel y países como Jordania y Marruecos.

Las iniciativas públicas que abogan por una paz duradera basada en el retiro israelí surgieron poco después de la normalización de Egipto con

[1] Para más detalles, véase Moshe Sasson, pp.114, 124, 159, 275–276.

Israel. En 1981, el príncipe heredero saudí Fahd bin Abdulaziz propuso una iniciativa de paz que, aunque polémica por implicar el reconocimiento de Israel y la aceptación de sus conquistas territoriales posteriores a 1948, marcó un giro significativo en la diplomacia árabe. La iniciativa fue presentada en las cumbres árabes de Fez, Marruecos, en 1981 y 1982, recibiendo aprobación mayoritaria y convirtiéndose en una propuesta oficial árabe. A pesar de ello, Israel rechazó la oferta. Dos décadas más tarde, el rey saudí Abdullah bin Abdulaziz revivió una iniciativa similar en la cumbre de la Liga Árabe en Beirut en 2003, que nuevamente obtuvo respaldo árabe, solo para ser ignorada por Israel una vez más.

La causa palestina tras el retiro de Egipto

Aunque Egipto es solo uno de los 23 Estados árabes en términos numéricos, su peso geopolítico y demográfico es incomparable. Representando una cuarta parte de la población del mundo árabe y poseyendo el ejército más fuerte entre las naciones árabes, el retiro de Egipto de la lucha colectiva contra Israel supuso un golpe mucho más grave que la pérdida de un solo Estado. Su ubicación estratégica, fronteriza tanto con Palestina como con Israel, subraya aún más su importancia crítica, ya que la ausencia de Egipto en el conflicto debilitó lo que equivalía a la mayor parte del poder militar y político árabe.

Incluso desde una perspectiva puramente nacionalista o secular, desligada de ideologías religiosas o panarabistas, Palestina sigue siendo una cuestión vital de seguridad nacional para Egipto, dada su proximidad y las implicaciones regionales de su inestabilidad.

La decisión unilateral de Sadat de forjar la paz con Israel sacudió al mundo árabe, especialmente entre los palestinos. Antes de los Acuerdos de Camp David, tal movimiento era inconcebible. El vicepresidente de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) declaró célebremente: "Ningún Estado árabe aceptaría un acuerdo sin nosotros, y mucho menos uno en contra nuestra."[1] Sin embargo, al reflexionar más tarde, comentó: "La guerra de octubre, para los palestinos y el mundo árabe, fue apenas una breve tregua. En lugar de avanzar en la liberación

[1] Salah Khalaf, p.13.

de los territorios ocupados, afianzó la influencia estadounidense en Oriente Medio y facilitó los esfuerzos para desmantelar la resistencia palestina."[1]

El tratado de paz tuvo profundas repercusiones regionales, fortaleciendo significativamente la posición de Israel y permitiéndole una mayor maniobrabilidad en la región. Entre los acontecimientos clave posteriores al tratado se incluyen:

- **1 de mayo de 1980**: Intento de volar la mezquita de Al-Aqsa, lo que evidenció el aumento de las tensiones en torno a Jerusalén.
- **30 de julio de 1980**: Israel declaró Jerusalén su "capital eterna e indivisible", incorporando este estatus en su marco constitucional.
- **Junio de 1981**: Israel bombardeó el reactor nuclear de Irak, días después de una reunión entre Sadat y el primer ministro israelí Menachem Begin en Sharm El Sheikh.
- **Invasión del Líbano en 1982**: Israel invadió el Líbano, alcanzando Beirut y llevando a cabo, directa o indirectamente a través de aliados, varias masacres. La masacre de Sabra y Shatila (16–18 de septiembre de 1982) provocó la muerte de entre 1,000 y 3,000 refugiados palestinos.

El ministro saudí Ghazi Al-Gosaibi reflexionó sobre estos acontecimientos, escribiendo en sus memorias: "La crisis del Líbano demostró que sin Egipto, el mundo árabe no puede enfrentarse militarmente a Israel. Neutralizar a Egipto en el conflicto árabe-israelí fue como dar luz verde, permitiendo a Israel dominar la región sin restricciones."[2]

Aún más preocupante fue que el gobierno egipcio no tomó medidas sustantivas para disuadir tales atrocidades. Según se informa, el embajador israelí en Egipto se sorprendió de que, tras la masacre de Sabra y Shatila, la única respuesta de Egipto fuera retirar a su embajador

[1] Ibid., pp.211, 326.
[2] Ghazi al-Gosaibi, *al-Wazīr al-Murāfiq*, p.202.

en Israel. Además, funcionarios egipcios aseguraron a Estados Unidos que esa retirada sería el límite de su escalada prevista—una reacción que ni siquiera alcanzó las expectativas mínimas de Israel respecto a Egipto.

La cuestión de Gaza, que había sido arrebatada a Egipto por Israel, también reflejó esta postura. El régimen egipcio dejó de considerarse responsable de la liberación de Gaza, a pesar de su papel directo en la pérdida del territorio. En cambio, relegó Gaza a ser exclusivamente un asunto palestino.

Esto dejó a Palestina políticamente huérfana, separada de su identidad árabe e islámica más amplia—un proceso que comenzó con la ocupación británica. La abolición del califato por Mustafa Kemal desmanteló aún más el marco islámico de responsabilidad sobre Palestina, dispersando el deber de su liberación entre Estados árabes fragmentados, ninguno de los cuales asumió plenamente el rol. Los regímenes nacionalistas árabes reemplazaron la acción con retórica, ofreciendo eslóganes vacíos antes de entregar finalmente el resto de Palestina al control sionista. Posteriormente, la era de los tratados de paz y acuerdos de normalización consolidó aún más este abandono, dejando a Palestina bajo ocupación sin ningún esfuerzo concreto de liberación.

Para quienes examinan los registros históricos solo en la superficie, estos eventos presentan una trayectoria trágica. Pero una mirada más profunda a los testimonios presenciales y documentos desclasificados revela una realidad aún más condenatoria. La caída de Palestina no fue simplemente el resultado de negligencia o traición pasiva. Fue agravada por la colaboración activa, donde algunos líderes árabes conspiraron con los sionistas—no solo contra Palestina, sino en ocasiones contra sus propias naciones—todo en busca de asegurar o mantener el poder y la autoridad política.

Israel intensificó la construcción de asentamientos y expandió la presencia judía en Gaza y Cisjordania, desencadenando una ola implacable de apropiación de tierras, agua y recursos. Esto dejó a los palestinos con pocas opciones más que buscar empleo bajo control israelí, lo que agravó su dependencia del ocupante. Además, Israel implementó programas de múltiples niveles diseñados para normalizar

su presencia, alterar el tejido social e infiltrarse en los dominios culturales e intelectuales palestinos.

Ante estas presiones crecientes, los palestinos reconocieron que recuperar su patria requería autosuficiencia. Esta lucha, sin embargo, era abrumadora—una batalla casi imposible dada la marcada desigualdad de poder. El dominio militar israelí, reforzado por un amplio respaldo internacional, y la traición árabe generalizada—manifestada en la indiferencia y el abandono—multiplicaron los desafíos. A pesar de estos obstáculos, los palestinos nunca abandonaron su resistencia. Por el contrario, lanzaron su ola más fuerte de desafío durante la era de los tratados de paz y la normalización, señalando su compromiso inquebrantable con la causa.

La era de la resistencia

A lo largo de la historia, los conquistadores dominantes han tendido a borrar o absorber las culturas de los pueblos que someten. Ejemplos de ello incluyen la erradicación o asimilación de las poblaciones indígenas en Australia y América, así como la conversión forzada o exterminio de musulmanes en Al-Ándalus y partes de Europa Oriental. Cuando los opresores poseen un poder abrumador y adoptan una política de exterminio y colonización—no meramente de explotación o sometimiento—suelen lograr aplastar la resistencia y reconfigurar el destino de los pueblos conquistados.

Palestina podría haber sufrido un destino similar de no ser por la presencia de Jerusalén y la mezquita de Al-Aqsa—lugares sagrados centrales en la fe islámica, mencionados en el Corán y profundamente venerados por musulmanes de todo el mundo. Estos sitios sagrados han proporcionado a la resistencia palestina un anclaje espiritual profundo, sirviendo como fuente inquebrantable de determinación. Esta conexión con la fe fortaleció la resistencia en circunstancias que, de otro modo, podrían haber conducido a una completa subyugación o borrado cultural.

Inicialmente, la resistencia palestina abarcaba tanto facciones islámicas como no islámicas, siendo estas últimas dominantes durante un periodo. Sin embargo, la profundidad espiritual y religiosa de la causa de Jerusalén fue orientando gradualmente el liderazgo de la resistencia hacia los movimientos islámicos. Con el tiempo, las facciones no islámicas se debilitaron, declinaron o, en algunos casos, colaboraron con la ocupación. A pesar de los vaivenes políticos, el fundamento islámico de la resistencia ha permanecido firme, sosteniendo el espíritu perdurable del desafío palestino. Sigue siendo la piedra angular de su lucha contra la ocupación y la opresión, incluso cuando otros movimientos flaquearon o se desviaron de la causa.

Movimientos de resistencia no islámicos

La resistencia palestina tras la Nakba persistió de forma intermitente, sostenida por esfuerzos voluntarios hasta que prácticamente cesó tras la guerra de 1956. Entre los contribuyentes notables se encontraban miembros de los Hermanos Musulmanes, como Kamal Al-Sharif, junto con voluntarios de Gaza y el Sinaí.

La fundación de Fatah en Kuwait en 1957, liderada por Yasser Arafat, marcó un punto de inflexión significativo. Aunque el movimiento comenzó con una orientación islámica, apoyándose fuertemente en la juventud de los Hermanos Musulmanes, gradualmente se expandió para incluir diversas facciones ideológicas, adoptando finalmente una postura secular. Fatah lanzó sus primeras operaciones militares a finales de 1964, señalando su participación activa en la resistencia.

Para comprender el surgimiento de un movimiento de resistencia palestino independiente, separado de los regímenes árabes, es crucial examinar los factores que motivaron su formación:

1. **Desencanto con los regímenes árabes**: La creciente frustración ante la inacción de los gobiernos árabes, especialmente Egipto—que enfrentó un ataque israelí en 1956 pero no tomó medidas concretas para liberar Palestina—generó el deseo de una acción autónoma.
2. **Inspiración en la revolución argelina**: La lucha exitosa de Argelia por la independencia frente a Francia ofreció a los palestinos un ejemplo poderoso de lo que una nación decidida y autosuficiente podía lograr. Demostró que la liberación era posible sin ejércitos árabes ni la unidad largamente prometida pero nunca realizada, probando que la independencia podía preceder a la unificación.[1]

[1] Sobre el impacto de la Revolución Argelina en la juventud del movimiento palestino en ese momento, véase Salah Khalaf, p.67; Ahmad Jibril, *Dhākirat al-Thawrah al-Filistīniyah al-Muʿāsirah*, pp.36, 40, 53, 57. Volveremos a tratar los paralelismos entre la situación de Argelia y la de Palestina en las conclusiones presentadas al final de este estudio, si Dios quiere.

3. **Creencia en la lucha armada**: Surgió la convicción de que la resistencia armada era el único camino viable para unir a los palestinos en torno a su causa y forzar la atención internacional sobre su situación.

4. **Frustración ante la inacción**: Los palestinos reconocieron la necesidad urgente de superar la retórica vacía de los regímenes árabes y los partidos políticos, que no habían logrado traducir los eslóganes y discursos en acciones significativas.[1]

Este contexto sentó las bases para el surgimiento de un movimiento de resistencia palestino distintivo, caracterizado por su diversidad ideológica y su compromiso con la recuperación de Palestina, preparando el terreno para su evolución y lucha continua.

La narrativa prosigue con Yasser Arafat, líder del movimiento Fatah y figura clave entre los estudiantes palestinos residentes en Egipto. Arafat estaba vinculado a los Hermanos Musulmanes y presidía la Unión de Estudiantes Palestinos, que estuvo predominantemente bajo la influencia de islamistas o sus aliados hasta 1957. Este periodo de liderazgo islamista terminó abruptamente tras la severa represión contra los Hermanos Musulmanes bajo el régimen de Nasser.

Khalil al-Wazir, más conocido como Abu Jihad, se convirtió en el segundo al mando de Fatah durante tres décadas. Miembro de los Hermanos Musulmanes en Gaza, participó activamente en operaciones de resistencia dirigidas por Kamal Al-Sharif. Sin embargo, al-Wazir fue arrestado repetidamente y finalmente exiliado por el régimen de Nasser, lo que limitó su capacidad de operar dentro de Gaza. Esto lo obligó a trasladarse—primero a El Cairo, luego a Arabia Saudita y finalmente a Kuwait, donde se unió a los esfuerzos para fundar Fatah.

Un examen de los miembros fundadores de Fatah revela que muchos estaban vinculados a los Hermanos Musulmanes. Entre las figuras notables se encuentran Saeed Al-Muzayen, Ghalib Al-Wazir, Salim Al-Zaʿnoun, Salah Khalaf, Asʿad Al-Saftawi, Muhammad Youssef Al-Najjar, Kamal Adwan y Rafiq Al-Natsheh. Inicialmente, Fatah mantuvo sus

[1] Salah Khalaf, pp.53, 67 y ss.; Ibrahim Ghosheh, p.107.

vínculos islamistas, incorporando miembros de los Hermanos hasta 1963. Luego amplió su alcance, acogiendo a individuos de diversos orígenes ideológicos y políticos, reflejando su transición hacia un movimiento nacionalista secular.[1]

Si Yasser Arafat estaba cerca de los Hermanos Musulmanes, el segundo al mando de Fatah provenía de sus filas, y muchos de sus fundadores y miembros eran islamistas, ¿por qué Fatah no evolucionó hacia un movimiento islamista alineado con los Hermanos? ¿Cómo se convirtió en una organización nacionalista secular, y por qué los islamistas estuvieron ausentes del liderazgo de la resistencia hasta su reaparición durante la Primera Intifada a finales de los años ochenta?

La respuesta radica en los golpes devastadores sufridos por los movimientos islamistas, particularmente en sus dos bastiones principales: Egipto y el Levante. En Egipto, los Hermanos Musulmanes fueron objeto de una represión paralizante bajo Gamal Abdel Nasser en 1954, seguida de otra campaña aún más dura en 1965–66, que culminó con la ejecución del destacado líder Sayyid Qutb en 1966.[2] De manera similar, en Siria, los Hermanos enfrentaron una persecución implacable, con leyes que castigaban la afiliación con la pena de muerte. Las olas de represión en Siria continuaron durante casi dos décadas, alcanzando su punto máximo a mediados de los años ochenta.[3] Además, tras la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza, muchas figuras islamistas clave fueron exiliadas para impedir que se convirtieran en líderes de la resistencia.[4]

Por otro lado, Jordania adoptó un enfoque distinto: contención en lugar de represión. Esto se debió a la frágil estabilidad interna del régimen jordano y a su temor de ser eclipsado por la creciente marea del nacionalismo panárabe en Egipto, Irak y Siria. Jordania se convirtió así en refugio para islamistas que huían de la persecución. Sin embargo, su situación precaria les dejó escasas oportunidades para rebelarse o organizar un movimiento de resistencia formal. La fragmentación interna

[1] Ahmad Mansur, pp.75–76; Ibrahim Ghosheh, p.68; Muhsin Saleh, p.78.
[2] Ahmad Mansur, pp.66, 77.
[3] Abdullah Azzam, vol.1, p.850.
[4] Ahmad Mansur, pp.71–72.

y la dispersión de su liderazgo dificultaron aún más su capacidad para articular una resistencia estructurada durante este periodo convulso.

Ante la debilidad generalizada provocada por desafíos abrumadores, los movimientos islamistas buscaron una vía que se ajustara a la naturaleza de su situación y a su estado de desaliento. Adoptaron la creencia de que la liberación de Palestina no podía lograrse únicamente mediante los esfuerzos de su pueblo, considerado demasiado débil para enfrentarse a los sionistas y sus aliados. En su lugar, sostuvieron que la liberación vendría a través del establecimiento de un Estado islámico capaz de asumir esta tarea monumental.

Esta creencia redirigió efectivamente los esfuerzos lejos de la resistencia activa contra los sionistas, enfocándolos en actividades educativas, académicas y mediáticas orientadas a construir los cimientos de un Estado islámico. Como resultado, el movimiento islamista se retiró de la resistencia en curso. Además, adoptó posturas firmes contra los miembros que optaban por participar en la resistencia activa, expulsándolos y distanciándose de otros grupos comprometidos con la lucha. La magnitud de la derrota pesó profundamente sobre los islamistas, fomentando una tendencia al repliegue y a centrarse en la supervivencia más que en el enfrentamiento directo.

Este enfoque enfrentó resistencia interna. Muchos miembros de los movimientos islamistas desertaron para unirse a facciones izquierdistas, nacionalistas y otras corrientes. Algunas facciones dentro del movimiento intentaron corregir el rumbo, organizar revueltas o formar grupos escindidos, pero estos esfuerzos fracasaron finalmente. Sin embargo, estos fracasos allanaron el camino para el surgimiento del Movimiento de Resistencia Islámica, o Hamas, a principios de los años ochenta.[1]

Cabe destacar que la idea adoptada por los islamistas—la noción de establecer un Estado para liderar la liberación de Palestina—no era

[1] Véanse las memorias de Ibrahim Ghosheh, *El Minarete Rojo*, y las de Adnan Masoudi, *Hacia el Enfrentamiento*. Ambos líderes intentaron corregir el rumbo del movimiento islamista, instándolo a unirse al esfuerzo de resistencia, aunque sin éxito. Más tarde, ambos se convirtieron en líderes clave y fundadores de Hamas.

exclusiva de ellos. Muchos movimientos políticos surgidos tras la Nakba, en particular los partidos nacionalistas árabes, abrazaron una premisa similar. Estos grupos sostenían que la liberación de Palestina excedía la capacidad de los palestinos por sí solos, enmarcándola como una causa panárabe. Su visión priorizaba la unificación del mundo árabe como paso previo para emprender la lucha por la liberación de Palestina,[1] una perspectiva que resonó entre muchos palestinos en aquel momento.[2]

A pesar de esta premisa compartida, islamistas y nacionalistas divergieron en sus trayectorias. Los islamistas enfrentaron una era de represión severa, especialmente en Egipto y Siria, donde sus movimientos fueron sistemáticamente desmantelados. Mientras tanto, los nacionalistas árabes prosperaron durante el auge del nacionalismo árabe, gozando de influencia significativa en esos mismos países. Aunque el repliegue islamista puede atribuirse a su estado debilitado y a la persecución implacable, los nacionalistas merecen un escrutinio mayor por su fracaso en lograr avances sustantivos, limitando a menudo sus contribuciones al apoyo retórico.

En última instancia, la responsabilidad de iniciar la lucha por la liberación no recayó ni en los islamistas ni en los nacionalistas, sino en los "patriotas", quienes sostenían que los propios palestinos eran capaces de—o al menos podían tomar la iniciativa en—emprender la batalla por la liberación. Este enfoque marcó una ruptura con la dependencia de marcos ideológicos más amplios, centrándose en cambio en la agencia y determinación del pueblo palestino.

Así, puede decirse que quienes cargaron con el peso de la lucha no fueron ni los islamistas ni los nacionalistas, sino los "patriotas", que creían que los palestinos eran capaces—si no completamente, al menos en dar los primeros pasos—de iniciar el esfuerzo de liberación de forma independiente. A partir de este punto, la identidad nacional palestina comenzó a emerger, consolidarse y profundizarse, un desarrollo que trajo consigo tanto beneficios como desafíos.

---

[1] Munir Shafiq, *Min Jamr ilà Jamr*, p.84 y ss.
[2] Salah Khalaf, pp.47, 66, 100; Ahmad Jibril, pp.53, 87.

Fatah desempeñó un papel decisivo en esta transformación, buscando liberar la causa palestina del control de los regímenes árabes. Adoptó una estrategia de actuar con independencia, en la medida de lo posible, dentro de un entorno político difícil. Fatah también intentó mantener un equilibrio cuidadoso entre conservar autonomía en su toma de decisiones y navegar la influencia de Estados árabes más poderosos, cada uno de los cuales competía por controlar la cuestión palestina. Mientras tanto, la política árabe y regional aprovechaba la situación para sus propios fines. A veces cooptaban la causa palestina bajo el pretexto de la unidad árabe, y otras veces eludían la responsabilidad, argumentando que los palestinos eran los legítimos y autónomos custodios de su lucha.

La resistencia palestina organizada comenzó en serio cuando Fatah estableció su ala militar, Al-Asifah (La Tormenta), lanzando operaciones en diciembre de 1964. En menos de dos años, hasta 1967, llevó a cabo cerca de 200 operaciones. Con el tiempo, el carácter secular y nacionalista de Fatah se volvió tan pronunciado que sus influencias islámicas iniciales parecían casi completamente borradas.

Fatah no estuvo solo en este periodo formativo. El Movimiento Nacionalista Árabe, originado entre estudiantes de la Universidad Americana de Beirut, adoptó inicialmente una postura nacionalista alineada con el nasserismo. George Habash fue una de sus figuras prominentes. Este movimiento evolucionó posteriormente hacia la ideología marxista y, para 1967, se unió a otros grupos menores para formar el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP).

Esta situación provocó tanto preocupación como sospechas en Gamal Abdel Nasser, quien previamente había desmantelado el Gobierno de Toda Palestina y sometido a su líder, Amin al-Husseini, y a su administración a severas restricciones hasta que se extinguieron. Al observar estos desarrollos, Nasser buscó restablecer una entidad política palestina, aprovechando una resolución de la Liga Árabe de 1959 que había quedado inactiva. Como resultado, se fundó la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en 1964, con Ahmad Shukeiri al frente, respaldado por Nasser. El Consejo Nacional Palestino se reunió en Jerusalén el 28 de mayo de 1964, congregando a más de 400

representantes del pueblo palestino. El consejo eligió a Shukeiri como líder de la OLP, reafirmó su compromiso con la liberación de toda Palestina y resolvió establecer el Ejército de Liberación de Palestina.

Aunque los palestinos celebraron este acontecimiento con entusiasmo generalizado, los movimientos de resistencia emergentes mostraron escepticismo. Grupos como Fatah y las facciones de izquierda, que ya estaban comprometidos con la vía de la resistencia, dudaron en unirse a la OLP, viéndola como otro intento de los Estados árabes por controlar la causa palestina sin un compromiso genuino con la liberación.[1] Al mismo tiempo, Fatah aún no había alcanzado prominencia como movimiento de resistencia líder, por lo que no despertaba gran atención por parte del régimen nasserista ni de otros actores políticos árabes.

La derrota catastrófica de la guerra de 1967, conocida como la segunda Nakba, tuvo repercusiones mixtas. Por un lado, permitió a la resistencia palestina establecer bases operativas en Estados fronterizos donde la autoridad estatal era débil (como Líbano y Jordania).[2] Por otro lado, las actividades de resistencia fueron reprimidas en Estados con regímenes fuertes, como Egipto y Siria.[3] Muchos países árabes influyentes veían con sospecha y hostilidad el ala militar de Fatah, Al-Asifah, y se mostraban reacios a respaldar sus esfuerzos de resistencia.[4]

Los tres años entre 1967 y 1970 marcaron una edad dorada para la resistencia palestina,[5] particularmente en Jordania. Tras el impacto de perder Cisjordania durante la guerra de 1967, el rey Hussein de Jordania

[1] Salah Khalaf, p.78 y ss.; Ahmad Jibril, pp.83, 91–92.
[2] Salah Khalaf, p.96.
[3] Esta observación es crucial: los regímenes fuertes en la era contemporánea rara vez han dirigido su poder hacia el beneficio de sus pueblos. En cambio, su creciente fuerza suele correlacionarse con una mayor opresión interna y una mayor sumisión ante adversarios externos. Por el contrario, los regímenes débiles tienden a favorecer los intereses nacionales, desafiando inadvertidamente los objetivos del enemigo.
[4] Salah Khalaf, p.97.
[5] Ahmad Jibril, p.214; Muhsin Saleh, p.89.

se vio obligado a liberar a activistas y combatientes palestinos, permitiéndoles establecer bases de operaciones a lo largo del río Jordán.[1]

Este periodo alcanzó su punto culminante con la Batalla de Karameh, el 21 de marzo de 1968. En este enfrentamiento decisivo, las fuerzas de resistencia palestina, junto al ejército jordano, repelieron con éxito una incursión israelí. La batalla resultó en más de 30 muertos y más de 100 heridos israelíes, obligando a los invasores a retirarse. Este hecho supuso un importante impulso moral para los árabes, disipando el mito de la invencibilidad israelí que se había consolidado tras la guerra de 1967.[2]

La victoria en Karameh generó un entusiasmo generalizado, atrayendo a decenas de miles de voluntarios que se unieron a Fatah, que emergió como la fuerza dominante en la lucha palestina. Durante este periodo, jóvenes activistas islámicos intensificaron la presión sobre sus líderes para que se sumaran al esfuerzo de resistencia. Esto llevó a la creación de los llamados "Campamentos de los Sheijs" en Jordania, que reunían a jóvenes islámicos y figuras religiosas. Sin embargo, estos campamentos operaban finalmente bajo el liderazgo del movimiento secular Fatah.[3]

La actividad de resistencia se disparó durante estos años, con operaciones que pasaron de 12 por mes en 1967 a 52 en 1968, 199 en 1969 y alcanzaron 279 por mes en los primeros meses de 1970. Este periodo de fervor consolidó las bases para los futuros esfuerzos de liberación palestina.[4]

Las secuelas de la Nakba y la Batalla de Karameh elevaron el estatus de Fatah, redefiniendo su papel en la política palestina y árabe. Durante este periodo, Fatah se unió a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y rápidamente se convirtió en su facción dominante, logrando el control total para el verano de 1968. En febrero de 1969, Yasser Arafat asumió la presidencia de la OLP.[5] Este hecho marcó un

[1] Salah Khalaf, p.102.
[2] Para más detalles sobre la batalla de Karameh, véase Salah Khalaf, p.102 y ss.
[3] Ibrahim Ghosheh, p.108.
[4] Salah Khalaf, p.106.
[5] Salah Khalaf, p.112 y ss.

hito significativo para los palestinos, ya que el líder de la OLP emergía no por designación externa de un líder árabe, sino por la credibilidad ganada a través de las actividades de resistencia sobre el terreno.

Sin embargo, el liderazgo de Arafat vino acompañado de desafíos complejos. La OLP abarcaba diversas facciones palestinas, cada una con vínculos con distintas potencias regionales. Estas facciones a menudo perseguían sus propias agendas, lo que dificultaba a Arafat imponer una estrategia unificada. Al mismo tiempo, no podía desvincularse ni expulsar abiertamente a las facciones disidentes, incluso cuando contradecían las políticas generales de la OLP.

La combinación de estos logros y responsabilidades impulsó a Fatah hacia una nueva crisis. El movimiento, que había ascendido rápidamente y capitalizado la debilidad del régimen jordano, se volvió excesivamente confiado. Muchos de sus miembros adoptaron una actitud peligrosamente arrogante, convencidos de que eran una fuerza poderosa sobre el terreno e incluso consideraron derrocar al rey, abolir la monarquía y establecer una república.[1] Difundieron el lema "Todo el poder a la resistencia" y realizaron acciones como el secuestro de aviones, aterrizándolos en el aeropuerto de Ammán y renombrándolo como "Aeropuerto Revolucionario." Estas acciones socavaron significativamente la soberanía y autoridad del rey.[2]

Además, las ideologías seculares y de izquierda dentro de Fatah llevaron a algunos miembros a burlarse abiertamente de la religión y de Dios. Esta mentalidad revolucionaria[3] y atea provocó numerosos conflictos con soldados jordanos, élites locales y líderes religiosos, tanto en Jordania como entre los propios palestinos. Asimismo, las profundas divisiones dentro de las facciones palestinas generaron oportunidades para el sabotaje interno, la manipulación y la aparición de nuevas facciones con agendas competitivas.

---

[1] Abdullah Azzam, vol.1, p.840; Ahmed Mansour, pp.86–87 y ss.; Ahmad Jibril, pp.205–206.
[2] Tala.l, *Mi oficio es ser rey*, pp.212 y ss., 234, 239, 240; Ahmad Jibril, pp.21, 238
[3] Abdullah Azzam, vol.1, pp.849, 852 y vol.4, p.51; Ahmad Jibril, p.219.

Por otro lado, a pesar de haber sufrido un golpe significativo en 1967, el régimen jordano no se liberó de la influencia estadounidense ni se transformó en un Estado revolucionario de resistencia. Desde su origen, dependió fundamentalmente de potencias extranjeras—primero británicas y luego estadounidenses. Por ello, entrar en guerra directa con Israel nunca fue una consideración seria. Además, motivado por el instinto de preservar la monarquía, el régimen no podía tolerar la creciente autonomía militar que desafiaba su autoridad, exponía sus vulnerabilidades y disminuía su soberanía.

La posición del régimen se vio reforzada por el sólido respaldo de Estados Unidos y Reino Unido,[1] apoyo que difícilmente se inclinaría hacia movimientos que enfrentaran a Israel. Como creación de la inteligencia británica y continuación del legado del rey Abdullah I, el sistema jordano se basó en maniobras evasivas, estrategias manipuladoras y un uso intensivo de tácticas de inteligencia. Este enfoque incluía el reclutamiento de informantes o el estímulo de individuos impulsivos y oportunistas para escalar provocaciones, fomentar la desconfianza y desestabilizar relaciones, creando así las condiciones necesarias para represiones decisivas.

Un factor externo amplificó estas tensiones internas. La aceptación por parte del presidente egipcio Gamal Abdel Nasser de la iniciativa de alto el fuego del secretario de Estado estadounidense William Rogers, que pausó la guerra de desgaste entre Egipto e Israel, introdujo una nueva dinámica. Este acuerdo, rechazado por Fatah y otras facciones palestinas, alineó los objetivos de Nasser y del rey Hussein en cuanto a frenar la resistencia palestina disruptiva. Su reconciliación, tras un periodo de relaciones tensas, fue simbolizada por la recepción ceremonial del rey en Alejandría. Esto sugiere fuertemente que sus conversaciones incluyeron planes coordinados para abordar los desafíos que planteaban las facciones palestinas.[2]

Por todas estas razones, los acontecimientos escalaron rápidamente hasta convertirse en lo que se conoce como "Septiembre Negro" en

[1] Hussein ben Talal, p.207.

[2] Salah Khalaf, pp.133 y ss., p.150; compárese con la narrativa del rey Hussein en *Mi oficio es ser rey*, pp.234–235, 238.

1970, marcado por intensos enfrentamientos entre el ejército jordano y Fatah. Estas batallas devastaron ciudades y hogares, provocando una destrucción generalizada y un trauma profundo. El terror infligido a los civiles fue tan severo que muchos niños sufrieron efectos psicológicos y mentales duraderos.[1] El rey Hussein, según se informa, estaba "dispuesto a salvar su trono a cualquier costo, incluso si eso significaba enterrar su capital bajo los bombardeos,"[2] y empleó una fuerza abrumadora. La campaña alcanzó su punto culminante con la aniquilación de combatientes en los bosques de Jerash por tanques jordanos.[3] Tras numerosos enfrentamientos amargos, el conflicto concluyó con la expulsión de Fatah y sus combatientes de Jordania—o, más precisamente, de lo que quedaba de ellos tras cientos de muertos y miles de encarcelados. Así terminó lo que se describió como "la era del orgullo del movimiento palestino."[4]

Esta derrota le costó a la resistencia palestina su base operativa más crítica. Jordania ofrecía el frente más largo y contiguo para el enfrentamiento con Israel, un apoyo popular significativo debido a su gran población palestina, y un sistema de gobierno relativamente débil. A estas pérdidas se sumaba la vulnerabilidad del régimen, que acababa de perder Cisjordania, y su joven rey, de apenas 35 años, aún navegando las complejidades de gobernar una monarquía precaria.[5]

¿Fue derrotada la resistencia palestina únicamente por su inferioridad militar, incapaz de enfrentarse al ejército jordano? ¿O su derrota se debió a problemas más profundos, como la fragmentación interna, el desorden y las brechas de seguridad—including traiciones y acuerdos individuales con el régimen jordano u otros? ¿Sin estos factores,

[1] Abdullah Azzam, vol.1, p.840.
[2] Salah Khalaf, p.7.
[3] Abdullah Azzam, vol.1, p.840.
[4] Salah Khalaf, p.127.
[5] Un relato equilibrado de estos acontecimientos, a pesar de estar escrito por un miembro fundador de Fatah, es el de Abu Iyad (Salah Khalaf) en sus memorias *Palestino sin identidad*, a partir de la p.127. El rey Hussein también ofrece su perspectiva en sus memorias *Mi oficio es ser rey*, desde la p.233 en adelante. Además, Ahmad Jibril presenta su versión en *Memoria de la Revolución*, desde la p.219.

podrían haber salido victoriosos? Las narrativas en torno a estos eventos ofrecen perspectivas ampliamente divergentes.

Surge otra pregunta significativa sobre el papel de los regímenes árabes que, en teoría, apoyaban la resistencia mientras se oponían al rey Hussein. Estos regímenes, cuyo respaldo era central en los cálculos estratégicos de la resistencia, adoptaron posiciones inesperadamente pasivas o incluso cómplices. Líderes como Nasser y Qaddafi guardaron silencio o se limitaron a provocaciones sutiles antes del estallido del conflicto, mientras que el ejército sirio se abstuvo de intervenir por completo. ¿Fue esto una mera coincidencia? ¿O fue un acto deliberado de colusión con el rey Hussein, el adversario que durante años habían vilipendiado, para debilitar a la resistencia que públicamente decían respaldar? Aquí también existen múltiples interpretaciones, cada una respaldada por abundantes detalles y relatos contradictorios.

La conclusión fue dolorosamente clara: incluso en su apogeo, la resistencia palestina carecía de la fuerza para enfrentarse al ejército de un régimen árabe inestable. En su hora más desesperada, sus principales aliados permanecieron inactivos, sin brindar el apoyo tan críticamente necesario. Esta realidad influyó profundamente en las estrategias y perspectivas de las generaciones actuales y futuras de líderes de la resistencia. Sin embargo, las lecciones aprendidas tras la derrota rara vez son imparciales. A menudo están teñidas por la angustia del fracaso y el desgaste moral.

Los acontecimientos de Septiembre Negro tuvieron consecuencias profundas y de largo alcance, siendo la más significativa el inicio de una etapa de debilidad dentro del movimiento de resistencia palestino. Por primera vez, el movimiento enfrentó su incapacidad para superar a un régimen árabe débil, y mucho menos para desafiar al Estado sionista fuertemente armado, respaldado por el Occidente y equipado con armamento avanzado. Esta derrota marcó un punto de inflexión, ya que la ideología de resistencia comenzó a reflejar elementos de vulnerabilidad y una apertura hacia métodos alternativos de lucha. Incluso quienes aún no se habían involucrado en la lucha extrajeron lecciones sobrias de estos eventos, restringiendo su confianza a los palestinos dentro de los

territorios ocupados y evitando la confrontación con regímenes árabes, independientemente de sus acciones o traiciones abiertas.

A pesar de este sombrío comienzo, la década de 1970 presenció algunos de los logros políticos más notables para la resistencia palestina. En octubre de 1974, durante la cumbre árabe celebrada en Marruecos, los Estados árabes reconocieron oficialmente a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) como el único representante legítimo del pueblo palestino. Aunque esta decisión había sido tomada técnicamente el año anterior, se mantuvo en secreto debido a las objeciones del rey Hussein, quien albergaba aspiraciones de recuperar Cisjordania con respaldo estadounidense. En cambio, la política estadounidense aprovechó sus ambiciones como herramienta para contrarrestar los esfuerzos de la resistencia palestina.[1]

Este reconocimiento suele presentarse como un acto de solidaridad árabe con la OLP. Sin embargo, Salah Khalaf (Abu Iyad), destacado líder dentro de Fatah, la OLP y su aparato de inteligencia, reveló una narrativa más compleja. Según Abu Iyad, los líderes árabes fueron presionados para tomar la decisión bajo amenaza de asesinato. Relató que se planearon atentados contra el rey Hussein en Marruecos, entre otras figuras, aunque no se identificaron todos los posibles objetivos, lo que dejó un ambiente de peligro generalizado. Esta amenaza latente obligó finalmente a los líderes a aprobar y anunciar la decisión, reconfigurando el rumbo de la resistencia palestina.[2]

Esta decisión representó un logro significativo para los palestinos en la afirmación de su independencia, especialmente frente al rey Hussein. Al igual que su abuelo Abdullah, Hussein había proyectado durante mucho tiempo una sombra sobre Palestina, buscando dominar y monopolizar la representación de su causa. También depositó su confianza por completo en británicos y estadounidenses, y ni se le temía ni se confiaba en sus traiciones.[3]

---

[1] Salah Khalaf, pp.226–227.
[2] Ibid., p.227 y ss.
[3] Salah Khalaf, pp.216, 226; Rashid al-Khalidi, pp.88–89.

Al mismo tiempo, la decisión permitió a los Estados árabes eludir sus responsabilidades hacia la causa palestina, delegándola en un grupo de palestinos con escaso poder y recursos. Estos quedaron dependientes de una ayuda árabe intermitente, y a menudo retenida, por parte de reyes y presidentes.

Al mes siguiente, en noviembre de 1974, Yasser Arafat fue invitado a dirigirse a la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York. Este momento marcó un hito para la causa palestina en el escenario internacional, elevándola de una cuestión humanitaria centrada en los refugiados a la de un pueblo bajo ocupación, presentada ante la comunidad global.

Este avance no fue únicamente fruto de los esfuerzos palestinos ni del respaldo árabe. Fue, en gran medida, producto del contexto político global de la época, definido por la rivalidad de la Guerra Fría entre el bloque oriental liderado por la Unión Soviética y el bloque occidental encabezado por Estados Unidos. Esta competencia bipolar abrió espacios para que actores pequeños y débiles se afirmaran e influyeran en asuntos internacionales. Durante este periodo se adoptaron varias resoluciones internacionales favorables a los palestinos. Entre las más destacadas se encuentra la resolución de 1975 que equiparó el sionismo con la discriminación racial, así como el reconocimiento del derecho del pueblo palestino a la autodeterminación y a recuperar sus derechos por todos los medios necesarios.

Sin embargo, estas resoluciones tuvieron un impacto práctico limitado. El apoyo incondicional de Estados Unidos a Israel, sumado a la menguante voluntad de los Estados árabes de respaldar genuinamente la causa palestina, convirtió estos logros en gestos mayormente simbólicos.

En el plano militar y operativo, los palestinos, pese a perder el frente jordano—insustituible por su extensión y apoyo popular—lograron trasladar sus actividades a Líbano. Aunque este país ofrecía solo un acceso fronterizo estrecho (79 kilómetros frente a los 360 de Jordania), era la única opción restante. Crucialmente, no estaba controlado por un gobierno central fuerte, lo que permitía mayor flexibilidad operativa.

Las circunstancias en Líbano compartían similitudes con las de Jordania, pero también presentaban diferencias significativas. Ambos países albergaban grandes poblaciones de refugiados palestinos, que crecían con el tiempo. Estos vivían en campamentos que evolucionaron en zonas densamente pobladas marcadas por pobreza extrema y marginación. Sufrían una profunda sensación de alienación, perpetuada por leyes y regulaciones que los relegaban a una condición de segunda o tercera clase. Como en Jordania, los movimientos de resistencia palestinos reclutaban combatientes entre los refugiados, armándolos para operaciones guerrilleras.

Además, la era posterior a la Nakba de 1967 vio a los gobiernos regionales relajar su control sobre la resistencia, lo que permitió un resurgimiento de las actividades palestinas. Este renacimiento cobró mayor impulso tras la batalla de Karameh en 1968, que elevó la moral de los combatientes. Sin embargo, esta nueva confianza a menudo se manifestó en demostraciones de poder excesivas, provocando enfrentamientos innecesarios con fuerzas estatales.

En contraste, la dinámica interna de Líbano difería profundamente del aparato estatal relativamente unificado de Jordania. Líbano estaba profundamente fracturado por líneas sectarias y políticas—divisiones entre sunníes y chiíes, musulmanes y cristianos, nacionalistas árabes y facciones prooccidentales. Estas fisuras erosionaban la cohesión del gobierno libanés y su capacidad de decisión. Aunque esto debilitaba al Estado, simultáneamente creaba oportunidades para grupos dispuestos a explotar estas fracturas para encender y escalar conflictos.

Los primeros enfrentamientos significativos entre combatientes palestinos y el ejército libanés ocurrieron a finales de 1969. El presidente egipcio Gamal Abdel Nasser intervino como mediador, negociando el Acuerdo de El Cairo de 1969. Este acuerdo otorgó a los movimientos de resistencia palestinos libertad para operar en el sur de Líbano. Aprovechando esta nueva base operativa, la resistencia lanzó varias operaciones audaces, incluida la célebre operación del Hotel Savoy el 6 de marzo de 1975. En esta misión, combatientes palestinos infiltraron Tel Aviv por mar, tomaron el control del hotel y tomaron rehenes, exigiendo la liberación de prisioneros palestinos. El enfrentamiento fue

intensamente desigual: ocho combatientes se enfrentaron a fuerzas especiales israelíes. La batalla terminó con el agotamiento de su munición, resultando en el martirio de siete de ellos, mientras infligían bajas significativas—casi 100 israelíes muertos.

En comparación con las operaciones de Fatah, el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), junto con el Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP) y otras facciones menores o independientes, ganaron notoriedad por sus tácticas distintivas. Estas incluyeron el secuestro de aviones para intercambiar rehenes por prisioneros palestinos; ataques a sitios sensibles como el aeropuerto de Lod en 1972; toma de rehenes en el extranjero, como en Múnich en 1972; asaltos a asentamientos para capturar rehenes, como en Kiryat Shmona (Khalasa) en 1974; e incluso ataques a escuelas militares israelíes, como en Ma'alot (Tershiha) en 1974.

En represalia, Israel llevó a cabo bombardeos sobre bases palestinas, destrucción de infraestructura en Líbano y asesinatos selectivos de líderes palestinos. Estos incluyeron figuras políticas civiles y comandantes militares, como Ghassan Kanafani y Wael Zuaiter en 1972, así como Mahmoud Al-Hamshari, Hussein Abu Al-Khair, Mohammed Yousef Al-Najjar, Kamal Adwan y Kamal Nasser en 1973.

El lanzamiento de operaciones guerrilleras desde Líbano, junto con la capacidad de Israel para ejecutar asesinatos en suelo libanés, exacerbó las tensiones. Miembros de la OLP, que incluía a Fatah y otras facciones, interpretaron estos hechos como posible colusión o incluso participación del ejército libanés. Esta percepción alimentó la indignación y exigencias de que el ejército cumpliera con sus responsabilidades. Mientras tanto, el gobierno y el ejército libanés consideraban los campamentos de refugiados, organizaciones y combatientes como centros de poder peligrosos fuera de su control. Estas entidades no solo provocaban conflictos externos, sino también inestabilidad interna, lo que llevó a llamados para una regulación más estricta de los campamentos.

Los palestinos, experimentando una nueva sensación de poder y su atractivo embriagador tras años de humillación—aunque aún no completamente libres de ella—resistieron cualquier intento de control. Entre las facciones libanesas, los cristianos maronitas destacaban por su

hostilidad y disposición a enfrentarse a los palestinos. Esta animosidad facilitó una creciente alianza entre los maronitas e Israel, que les suministraba armas, asesoría y entrenamiento de forma constante.[1] Estos factores sobre el terreno culminaron en provocaciones repetidas y enfrentamientos cada vez más intensos.

Un tercer factor emergió en medio del caos: la fragmentación de las facciones palestinas, ya operaran bajo el paraguas de la OLP o de forma independiente. Algunas de estas facciones se convirtieron en mercenarios, al servicio de los intereses de sus financiadores. Esta dinámica permitió a regímenes como los de Irak o Siria, entre otros, dirigir a sus facciones afiliadas—o sobornar a grupos o individuos específicos—para llevar a cabo asesinatos o atentados contra figuras u organizaciones libanesas. Estas acciones avivaron aún más las llamas del conflicto, profundizando la animosidad hacia los palestinos y el movimiento de resistencia en general.

Esta situación volátil culminó finalmente en el estallido de la guerra civil libanesa en 1975. La chispa inicial fue una masacre perpetrada por fuerzas cristianas maronitas, que emboscaron un autobús que transportaba palestinos, abriendo fuego indiscriminadamente y matando a todos a bordo, incluidas mujeres y niños.

Los palestinos en Líbano, ya fueran refugiados desplazados en campamentos o combatientes militantes, se convirtieron en un tema central y polémico del conflicto, atrapados en el fuego cruzado de facciones enfrentadas. Los combatientes palestinos fueron arrastrados a

[1] Quien haya estudiado la historia del Levante reconocerá instintivamente la magnitud de las traiciones cometidas por los cristianos de la región durante las cruzadas, las invasiones mongolas y más tarde durante el colonialismo británico y francés. Sin embargo, el auge de las ideologías seculares contemporáneas, la actitud derrotista de muchos musulmanes ante ellas y el dominio de estas ideologías sobre las instituciones culturales, mediáticas y educativas han llevado a una reescritura de la historia moderna que a menudo oculta o maquilla tales actos de traición. Algunos individuos, habiendo pagado un alto precio por su negligencia, han documentado estos hechos—ya sea admitiéndolos con pesar o sin reconocerlos ni arrepentirse. Para un ejemplo, véase Salah Khalaf, pp.263–264.

la guerra como participantes activos en sus alianzas cambiantes, mientras también soportaban el peso de su devastación.

La guerra civil libanesa abrió las puertas a un escenario de espionaje desenfrenado, tráfico de armas y atentados devastadores en diversas regiones. Las milicias cristianas intensificaron sus ataques contra los campamentos palestinos, imponiendo asedios y perpetrando masacres generalizadas. En respuesta, la OLP se involucró directamente en el conflicto, esforzándose por defender sus posiciones, proteger a las comunidades palestinas y apoyar a sus aliados musulmanes en Líbano.

Este no es el espacio para detallar las complejas alianzas, giros y contradicciones de la guerra civil libanesa. En resumen, la resistencia palestina se alineó con los drusos bajo las banderas del nacionalismo árabe y la ideología izquierdista—aunque el islam desempeñó un papel mucho menor—contra los cristianos maronitas, respaldados por sionistas, estadounidenses y ciertos regímenes árabes. El conflicto osciló hasta que las fuerzas cristianas comenzaron a flaquear, lo que provocó la intervención del ejército sirio en enero de 1976, con aprobación estadounidense y consentimiento israelí.[1] Las fuerzas sirias entraron como aliadas de los maronitas, volviéndose contra la OLP y Fatah.

Bajo el pretexto de restaurar el orden, el ejército sirio brindó cobertura a las fuerzas cristianas que asediaban los campamentos palestinos. Finalmente, traicionaron a los palestinos sitiados, lo que condujo a la masacre de Tel al-Zaatar el 12 de agosto de 1976, en la que fueron asesinados aproximadamente 3,000 palestinos. La guerra se tornó cada vez más brutal, con cristianos y soldados sirios derramando sangre palestina y libanesa en una serie de episodios atroces.

El conflicto alcanzó un punto crítico con el Acuerdo de Riad, mediado por Arabia Saudita. Este acuerdo autorizó el despliegue de

[1] Hafez al-Assad no se habría atrevido a entrar en Líbano sin luz verde de Estados Unidos y aprobación de Israel. Esto es algo que incluso quienes desconocen los entresijos podrían suponer, pero ahora está documentado en varias fuentes. Assad fue confrontado con esto en vida, pero no logró ofrecer una respuesta convincente. Véase Salah Khalaf, pp.300–301, y compárese con el relato de Ahmad Jibril, leal al régimen sirio, en *Memoria de la Revolución*, p.280 y ss.

fuerzas árabes para estabilizar Líbano. Sin embargo, los regímenes participantes se abstuvieron de enviar tropas, cediendo de facto el control al ejército sirio. Así, la presencia siria en Líbano fue legitimada con aprobación árabe bajo los términos del acuerdo.

En el frente israelí, Israel reclutó con éxito a Saad Haddad, un oficial maronita libanés, cuyas fuerzas establecieron un cinturón de seguridad a lo largo de la frontera sur, sirviendo como barrera protectora para los intereses israelíes. El objetivo principal de Israel seguía siendo la erradicación total de los combatientes palestinos en Líbano, quienes mantenían bastiones en el sur. Mientras tanto, los guerrilleros palestinos reanudaron sus operaciones contra Israel. En respuesta, el ejército israelí lanzó una invasión del sur de Líbano en marzo de 1978. Aunque la ofensiva no logró eliminar la presencia guerrillera, reforzó el cinturón de seguridad y fortaleció la milicia proxy liderada por Haddad.

Tres años después, con las operaciones palestinas persistiendo y enfrentando duras represalias israelíes contra civiles, y tras el retiro de Egipto del conflicto tras los Acuerdos de Camp David, Israel lanzó una invasión a gran escala del sur de Líbano. Movilizando casi toda su fuerza militar activa (120,000–150,000 soldados de un total de 180,000), el ejército israelí alcanzó Beirut en solo cinco días (4–9 de junio de 1982). Se libró una feroz batalla entre el ejército israelí y las fuerzas combinadas de resistencia palestina y libanesa. La resistencia decidida de los defensores frenó el avance israelí hacia Beirut durante más de dos meses. Finalmente, mediadores internacionales negociaron un acuerdo que exigía la evacuación de la resistencia palestina de Líbano.

Sin embargo, tras la retirada de los combatientes, Israel y sus aliados maronitas cristianos perpetraron una de las masacres más brutales en la historia palestina: la masacre de Sabra y Shatila (16–18 de septiembre de 1982). Aproximadamente 3,500 palestinos, incluidos mujeres, ancianos y niños, fueron asesinados sistemáticamente.

La expulsión forzada de Líbano supuso un golpe catastrófico para la resistencia palestina y marcó un punto de inflexión en su trayectoria. Selló efectivamente todas las vías para la lucha armada, ya que los Estados vecinos se volvieron inaccesibles. La dispersión de aproximadamente 12,000 combatientes guerrilleros a lugares distantes como Túnez, Sudán

y Yemen debilitó significativamente sus capacidades operativas. La dirigencia de la OLP se trasladó a Túnez, pero los servicios de inteligencia israelíes continuaron atacando a figuras clave palestinas. Entre ellas, Abu Jihad, el segundo al mando de Fatah, fue asesinado en Túnez el 16 de abril de 1988.

Estas operaciones, aunque demostraron la resiliencia, el coraje y la audacia de los combatientes palestinos, enfrentaron un desequilibrio de poder profundo. Se encontraban aislados frente a un Estado militar en ascenso, rodeados por la apatía e inacción de los regímenes árabes vecinos, especialmente los Estados fronterizos. Algunos, como Egipto, habían firmado acuerdos de paz formales con Israel, mientras que otros, como Jordania y Siria, mantenían arreglos de paz de facto. Aquellos no alineados oficialmente con Israel a menudo participaban en cooperación encubierta de seguridad e inteligencia, como ocurrió con Líbano, Marruecos y otros. A esto se sumaba el apoyo inquebrantable que Israel recibía de las naciones occidentales, no solo en forma de ayuda financiera, armas y respaldo político, sino también mediante asistencia operativa. Embajadas y casas seguras servían frecuentemente como refugios y puntos de partida para operativos israelíes de élite. Mientras tanto, la diáspora judía global ofrecía un apoyo constante y multifacético a la causa israelí.

A estas dificultades se añadieron ciertas operaciones externas—como secuestros de aviones y ataques en aeropuertos—que alienaron tanto a naciones árabes como occidentales, generando una oposición generalizada a las organizaciones palestinas. Esto provocó una gran pérdida de cuadros, con líderes políticos y militares siendo sistemáticamente eliminados mediante asesinatos. En este clima, los llamados a soluciones políticas, negociaciones y paz ganaron fuerza dentro del liderazgo palestino, un giro facilitado por la pérdida de figuras prominentes y decididas.

En el plano ideológico, la resistencia militar sostenida se basaba en ideales seculares, que se traducían en objetivos políticos expresados por la OLP en su retórica y propuestas. Su objetivo era establecer una Palestina unificada—no como Estado judío ni islámico, sino como Estado secular, donde todos los ciudadanos gozaran de igualdad de

derechos y responsabilidades. Esta visión dependía en gran medida del retorno de los refugiados y del cese de las actividades de asentamiento, asegurando una mayoría demográfica palestina y árabe.[1]

El secularismo de la OLP funcionaba tanto como causa como como solución propuesta. Era causa en tanto que el dominio global del secularismo durante las décadas de 1950, 1960 y 1970 dio lugar a un movimiento intelectual arrollador que llevó a muchos jóvenes a alejarse de la religión, incluso hasta oponerse a ella. Más allá de esta ola ideológica, el secularismo—manifestado en sus formas liberal y comunista—se impuso mediante una serie de masacres brutales contra movimientos islámicos, cerrando efectivamente la posibilidad de recurrir al islam como vía de solución. Esto dejó al secularismo como medio práctico para evitar conflictos con los regímenes árabes y las potencias internacionales.

Así, el llamado a un Estado secular unificado logró armonizar varios elementos: la base secular de las facciones de resistencia palestina, el rechazo nacionalista y panárabe a la entidad sionista y su compromiso con un Estado judío, y la hegemonía secular global—tanto liberal como comunista—que dominaba la época. Este marco global promovía la idea de un Estado nacional único en el que todos los ciudadanos tuvieran igualdad de derechos, independientemente de su religión. Para los palestinos, esta idea ofrecía una vía estratégica para apelar a las inclinaciones seculares de las grandes potencias orientales y occidentales, basándose en los mismos principios que sustentaban el orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Si estas grandes potencias hubieran estado genuinamente comprometidas con el secularismo, habrían apoyado a los palestinos frente a los sionistas, cuya ideología y Estado encarnan precisamente la exclusividad religiosa y el racismo que el secularismo afirma rechazar. Sin embargo, el proyecto israelí no fue meramente una empresa colonial secular; también fue un proyecto de tipo cruzado, profundamente arraigado en la ideología religiosa, que sigue siendo un aspecto perdurable de la civilización occidental.

[1] Salah Khalaf, pp.64, 113, 220–221, 314.

La aceptación de un Estado secular único que uniera a árabes y judíos como iguales representó la primera gran concesión de la OLP, surgida a finales de los años sesenta. Este giro implicaba abandonar la exigencia de que los colonos judíos regresaran a sus países de origen.[1] Tras la guerra de octubre y sus resultados impactantes, la OLP se vio obligada a tomar "decisiones audaces" que pusieron fin al enfoque de "todo o nada".[2] Esto condujo a otra concesión en el XII Congreso Nacional de 1974, donde se reconoció que la acción política era un medio legítimo para liberar Palestina, reemplazando la creencia hasta entonces inquebrantable de que la lucha armada era el único camino hacia la liberación. Este cambio abrió la puerta a soluciones transitorias y graduales, permitiendo la creación de un Estado palestino en cualquier territorio liberado.[3]

Una concesión adicional se produjo cuando la OLP, posiblemente bajo presión, aceptó la iniciativa de paz del príncipe heredero saudí (entonces príncipe Fahd), que proponía la retirada de Israel a las fronteras de 1967 a cambio de reconocimiento. Esta propuesta fue adoptada en la cumbre árabe de 1982 en Marruecos, lo que equivalía a reconocer la ocupación israelí de 1948.[4]

Así, los reveses militares de la OLP se reflejaron en importantes retrocesos políticos. La década de 1980 marcó un periodo de declive para la organización, ya que el llamado a un Estado secular único en el que árabes y judíos coexistieran como iguales demostró ser ineficaz. Sin embargo, pronto se produciría un giro dramático con el estallido de la mayor revuelta popular en medio siglo: la Primera Intifada.

[1] Muhsin Saleh, p.94.
[2] Salah Khalaf, pp.211, 216 y ss.
[3] Muhsin Saleh, p.94.
[4] Véase Ghazi al-Gosaibi, p.179 y ss.

La Primera Intifada de 1987 y el Surgimiento de la Resistencia Islámica

A finales de los años setenta y principios de los ochenta, una combinación de dinámicas internas y externas dentro del movimiento islámico y del contexto palestino convergieron para crear un terreno fértil para el surgimiento de la resistencia islámica. Estos desarrollos pueden resumirse como sigue:

Normalización y Abandono Árabe

La adopción por parte del régimen egipcio de la paz y la normalización con Israel expuso la inutilidad de confiar en los regímenes árabes para la liberación de Jerusalén y Palestina. Se hizo evidente que quien aspirara a alcanzar ese objetivo tendría que depender únicamente de sus propios esfuerzos, como dice el refrán: "Nadie rasca tu espalda como tus propias uñas."

Otros regímenes árabes reflejaron este desapego en distintos grados de pasividad o complicidad. Algunos, como Siria, se abstuvieron de confrontar directamente a Israel. Otros, como Jordania y Marruecos, mantuvieron relaciones clandestinas. Los Estados del Golfo ofrecieron un apoyo económico y político inconsistente y a menudo contradictorio. Mientras tanto, regímenes como Irak y Libia explotaron a las facciones palestinas para sus propias agendas políticas, exacerbando las divisiones dentro de la lucha palestina.

El Despertar Islámico

A principios de los años setenta, el declive del movimiento izquierdista allanó el camino para el surgimiento y expansión del despertar islámico en numerosos países. Más allá de las causas subyacentes, lo relevante en este contexto es el notable crecimiento y

rápida expansión de este movimiento, especialmente en Egipto y los Estados del Golfo.

Egipto, hogar de una cuarta parte de la población árabe, desempeñó un papel central en este resurgimiento. Con las tasas de alfabetización más altas entre los países árabes, Egipto produjo un flujo constante de graduados que ocuparon cargos clave en la educación, el poder judicial y diversas profesiones en todo el mundo árabe, amplificando su influencia. Simultáneamente, los Estados del Golfo experimentaron un auge petrolero sin precedentes y una prosperidad financiera que proporcionó recursos sustanciales para apoyar el despertar islámico. Este aumento de financiación impulsó la difusión de literatura islámica, el establecimiento de instituciones religiosas y una serie de actividades que promovían el renacimiento islámico.

La década de 1970 concluyó con tres acontecimientos monumentales que energizaron significativamente el despertar islámico: la Revolución Iraní, el incidente de Juhayman al-Otaybi en Arabia Saudita y la invasión soviética de Afganistán. Los tres ocurrieron en el año decisivo de 1979. Además, un cuarto acontecimiento—el posible ascenso de los islamistas en Turquía bajo el liderazgo de Necmettin Erbakan—fue truncado por un golpe militar brutal en 1980, lo que frustró otro hito potencial para el movimiento.

La Revolución Iraní, un levantamiento islámico chií, logró la hazaña sin precedentes de derrocar al Sha, uno de los aliados más estratégicos de Estados Unidos en la región. Por primera vez en la historia moderna, los eruditos religiosos ascendieron al poder, consolidaron firmemente su gobierno y resistieron con éxito todos los intentos de derrocarlos. Este cambio sísmico sacudió a toda la región. Para los estadounidenses, representó una erosión dramática de su influencia; para los islamistas, simbolizó el amanecer de una nueva era—una de recuperación de la agencia y ruptura con décadas de ocupación y sometimiento.

En sus inicios, la Revolución Iraní adoptó una estrategia prudente, evitando cuidadosamente la confrontación con los musulmanes sunníes y manteniéndose al margen de las divisiones sectarias, que habían permanecido en gran medida latentes durante la era secular. La

revolución cortó decisivamente los lazos con Israel, abrazando abiertamente la causa palestina y sus representantes.[1]

El impacto más profundo de la revolución en la causa palestina residió en las preguntas que suscitó dentro del movimiento islámico: ¿Por qué no estamos resistiendo? ¿Por qué no nos estamos levantando? Rompió la ilusión de la imposibilidad, demostrando que el cambio impulsado por el islam podía triunfar. Este despertar no se quedó en el plano retórico. Catalizó la acción, poniendo en marcha los engranajes de la resistencia islámica.[2]

El incidente de Juhayman fue una rebelión de pequeña escala liderada por un grupo saudí en la Gran Mezquita de La Meca al inicio del siglo XV de la Hégira, proclamando la aparición del Mahdi. Aunque las fuerzas de seguridad saudíes, con la asistencia de operativos franceses y extranjeros, suprimieron rápidamente el levantamiento, sus repercusiones fueron profundas. El incidente resonó intensamente entre los musulmanes, incluidos muchos presentes en la mezquita, revelando un anhelo generalizado de liberarse de una era de derrota y humillación. Este sentimiento generó una simpatía significativa hacia el movimiento, con algunos incluso uniéndose a sus filas.

La rebelión también dejó al descubierto el creciente descontento entre los habitantes de la Península Arábiga con las políticas saudíes, que en ese momento se inclinaban hacia la secularización y mostraban signos evidentes de decadencia moral. Muchos estaban descontentos y esperaban una oportunidad para desafiar al régimen. Como resultado, el incidente de Juhayman se convirtió en un punto de inflexión que obligó al gobierno saudí a modificar su postura pública. Aunque adoptó una fachada islámica y salafista, continuó su curso subyacente de secularización, occidentalización y dependencia extranjera. Esta estrategia reflejaba el enfoque del fundador del reino, Abdulaziz Al Saud, quien mantenía una apariencia de religiosidad mientras alineaba sus

[1] Para más información sobre este tema, véase Fahmi al-Huwiedi, *Irán min al-Dākhil* (Irán desde dentro).

[2] Para un examen del impacto de la Revolución Iraní en un líder de la resistencia palestina, Fathi Shaqaqi, consúltese sus *Obras Completas* (*al-Aʿmāl al-Kāmilah*), pp. 190 en adelante, 218 en adelante y 258 en adelante.

políticas y esfuerzos de construcción estatal con los intereses de potencias extranjeras.

Esta dualidad perduró durante casi cuatro décadas, culminando en el reinado del rey Salman y su hijo, Mohammed bin Salman. Bajo su liderazgo, Arabia Saudita dio pasos sin precedentes para desmantelar las normas tradicionales, inaugurando una era de decadencia moral y liberalización social a una escala antes inimaginable.

Mientras tanto, la ocupación soviética de Afganistán desató una ola de yihad en todo el mundo islámico, especialmente después de que los afganos demostraran una resistencia extraordinaria y una capacidad de aguante inesperada. Esto tomó por sorpresa a los estadounidenses, que comenzaron a apoyar la yihad facilitando el traslado de musulmanes para unirse al combate y suministrando armas y equipos de forma encubierta a través de países árabes, en particular Egipto, Arabia Saudita y los Estados del Golfo.

Este desarrollo reavivó la cuestión del yihad en Palestina e incluso creó oportunidades para que algunos establecieran campamentos de entrenamiento en Pakistán y Afganistán, preparando a jóvenes reclutas para el yihad en Palestina. La lógica era convincente: si los afganos, a pesar de su escaso número, pobreza y debilidad, podían resistir ante la formidable maquinaria soviética, ¿por qué los palestinos no podrían hacer lo mismo frente a Israel?

Estos tres acontecimientos decisivos, combinados con el impulso del despertar islámico en los años setenta y ochenta, generaron un punto de inflexión en la causa palestina y en la lucha por Jerusalén.

El Declive de los Movimientos de Resistencia Secular

A mediados de los años ochenta, era evidente que los movimientos de resistencia secular estaban en declive o al borde del colapso. Este deterioro culminó cuando el movimiento Fatah fue expulsado de Líbano tras la invasión israelí de 1982. Sus miembros se dispersaron por países como Yemen, Libia y Argelia, mientras que la dirigencia de Fatah se trasladó a Túnez—una nación distante de Palestina e incapaz de servir

como base viable para la resistencia. Esto marcó la expulsión efectiva de la resistencia no solo de Palestina, sino también de sus Estados vecinos: Jordania en 1970 y Líbano en 1982.

Al evaluar los resultados de estos movimientos durante las dos décadas comprendidas entre 1965 y 1985, sus logros parecen escasos, a pesar de los considerables recursos de los que dispusieron: territorio, financiación, campos de entrenamiento y respaldo árabe e internacional ocasional.[1]

Además, los escándalos financieros, las faltas morales y los conflictos internos dentro de estos movimientos generaron un ambiente de desilusión que llevó a muchos a perder la fe en ellos y retirar su apoyo. Esta creciente decepción facilitó el abandono de toda esperanza de que estos movimientos pudieran alcanzar sus objetivos.

Asimismo, estos movimientos se vieron envueltos en una lucha de corte izquierdista que los llevó a enfrentamientos directos con los regímenes gobernantes en Jordania y Líbano, al intentar establecer bastiones armados. Esto los puso en conflicto con muchos sectores, incluidos simpatizantes de la causa palestina, así como con los propios regímenes. Aunque estos regímenes no eran genuinamente nacionalistas ni comprometidos con el arabismo o Palestina, el enfoque confrontativo y arrogante de los movimientos les ofreció una excusa conveniente para reprimirlos y desmantelarlos, a menudo con la ayuda de facciones locales desencantadas.

Por otro lado, los fundamentos intelectuales de estos movimientos—basados en ideologías izquierdistas, seculares y nacionalistas—ya habían sufrido golpes significativos, lo que redujo su atractivo, especialmente en comparación con las décadas de 1950 y 1960.

---

[1] Los recursos financieros y políticos disponibles para movimientos como Fatah, el Frente Popular, el Frente Democrático y otros fueron relativamente significativos, especialmente en comparación con los que estarían disponibles para los movimientos islámicos en años posteriores, recursos de los cuales estos últimos no recibirían ni una fracción. No obstante, a pesar de la magnitud de este apoyo, estos recursos seguían siendo insuficientes para construir un movimiento de resistencia capaz de enfrentarse a un Estado militar con respaldo político, económico y militar continuo.

El proyecto nacionalista árabe recibió un golpe devastador con la derrota de 1967, y la influencia de las ideologías izquierdistas y comunistas continuó disminuyendo en los años setenta y ochenta, mientras el despertar islámico ganaba fuerza, especialmente en Egipto y la Península Arábiga. Este cambio ideológico amplió la brecha entre el pueblo y estos movimientos, muchos de los cuales se habían vuelto cada vez más extremos en su secularismo, ateísmo y prácticas inmorales como el baile, el consumo de alcohol y la violencia.

Finalmente, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) realizó una serie de concesiones políticas, comenzando con la demanda de un Estado palestino único y el retorno de los judíos a sus tierras. Luego aceptó la idea de un Estado secular donde palestinos y judíos tuvieran igualdad de derechos y responsabilidades, posteriormente respaldó la solución de dos Estados sobre parte del territorio, y finalmente abandonó la creencia de que la lucha armada era la única vía, reconociéndola como una entre varias opciones. Se hizo evidente, incluso para quienes habían apoyado a la OLP hasta ese momento, que la organización y sus movimientos estaban agotados, debilitados y carentes de vitalidad.[1]

La experiencia de los movimientos de resistencia secular se convirtió en fuente de pesar y reproche dentro del movimiento islámico. El sentimiento predominante era que, si los fundadores de Fatah hubieran pertenecido a los Hermanos Musulmanes y no se hubieran separado del grupo únicamente por el deseo de resistir, su visión habría sido más fructífera. Si los Hermanos hubieran participado más plenamente en sus objetivos, los resultados podrían haber sido más exitosos. El movimiento podría haber evitado la decadencia secular y moral que lo infiltró, así como los fracasos dolorosos que sufrió. El declive de Fatah y el ascenso del secularismo dentro de la resistencia fueron una fuente constante de frustración y decepción para quienes analizaban la situación desde una

[1] Para conocer las reflexiones dentro de Fatah y de la Organización para la Liberación de Palestina, véase Salah Khalaf, *Palestino sin identidad*, p. 215 y siguientes. Curiosamente, en la parte final de sus memorias, este firme dirigente escribe: "Palestinos e israelíes estaban destinados a entenderse, pero antes deben reconocer los hechos, reconocerse mutuamente y aceptar la necesidad de coexistir en la misma tierra." (p. 312).

perspectiva islámica. Esto fue especialmente cierto considerando que muchas de las figuras clave de Fatah habían sido parte del movimiento islámico, el cual no supo captar la urgencia del momento, erró en su diagnóstico y desperdició una oportunidad de oro.

Estos factores convergentes—la normalización árabe, el despertar islámico y el declive de los movimientos seculares—crearon un terreno fértil para el surgimiento del movimiento de resistencia islámica, Hamas.

Las primeras organizaciones islámicas fueron fundadas bajo el liderazgo del Dr. Fathi al-Shaqaqi, quien creía que los islamistas ya estaban capacitados para participar en la resistencia y que era irresponsable e inaceptable no hacerlo. Le preocupaba profundamente la división existente, que resumió en la frase: "Nacionalistas sin islam, e islamistas sin Palestina."[1] En 1980, fundó el Movimiento de la Yihad Islámica, separándose de los Hermanos Musulmanes tras constatar que estos seguían aferrados a su postura tradicional. El brazo armado del movimiento comenzó a tomar forma en el verano de 1981, y su primera operación se llevó a cabo en 1986, conocida como la operación de Bab al-Magharbah, en la que se atacó a aproximadamente ochenta soldados israelíes. Esta acción marcó el inicio de una serie de operaciones posteriores.[2]

La ruptura de Fathi al-Shaqaqi con los Hermanos Musulmanes fue una de las últimas divisiones significativas. Nacido dentro o cerca del grupo—según la versión—formó parte del movimiento que finalmente lo conduciría a la resistencia. Hasta hoy, existe información limitada y fragmentada sobre la formación de Hamas y su conexión con los Hermanos Musulmanes en Palestina, particularmente en Gaza, que sigue siendo el centro del movimiento islámico. Sin embargo, los datos disponibles sugieren que Hamas representó un golpe silencioso o una toma discreta del espacio que los Hermanos ocupaban en Palestina. El enfoque introducido por el jeque Ahmed Yassin contradecía los métodos

[1] Fathi al-Shaqaqi, vol. 1, p. 347.
[2] El propio al-Shaqaqi escribió sobre la fundación e ideología del movimiento. Véase *Obras Completas*, vol. 1, p. 346 y siguientes.

establecidos por los Hermanos en la región, métodos que habían aceptado y seguido durante mucho tiempo.

Como resultado, algunos de los líderes fundadores de Hamas gestionaron esta toma silenciosa con habilidad y tacto, manteniendo intacta la bandera de los Hermanos mientras apartaban discretamente a los dirigentes que se oponían al giro hacia una postura más militante. Algunos de estos líderes actuaron con sinceridad y desprendimiento,[1] optando por renunciar a sus cargos sin provocar rupturas abiertas que pudieran haber debilitado el movimiento islámico en Palestina.

En general, los casos de líderes que renuncian voluntariamente son raros, ya que las disputas de liderazgo suelen estar en el corazón de las divisiones dentro de los movimientos islámicos. Tales actos de desprendimiento requieren un alto nivel de integridad personal.

Aunque el jeque Ahmed Yassin más tarde simbolizó una ruptura con la postura tradicional de los Hermanos Musulmanes, nunca se unió a Fatah en sus primeros días y rechazó abiertamente su enfoque fundacional. Argumentaba que ese método no produciría resultados significativos. Lanzar la resistencia armada desde Estados árabes débiles, en su opinión, solo permitiría a Israel expandirse aún más hacia otros territorios y daría a esos regímenes el control sobre los esfuerzos de resistencia. En cambio, defendía que la resistencia debía surgir exclusivamente desde los territorios ocupados, y si esto no era posible de inmediato, proponía trabajar sistemáticamente hacia ese objetivo.[2]

Aunque el periodo de abstención islamista respecto a la resistencia conllevó la pérdida de oportunidades invaluables, no fue del todo improductivo. La naturaleza dinámica del islam y la energía que inspiraba en sus seguidores se canalizaron hacia actividades caritativas, educativas y misioneras, junto con un activismo estudiantil vibrante. Durante el amplio despertar islámico de las décadas de 1970 y 1980, los islamistas se expandieron significativamente, estableciendo numerosos marcos sociales e institucionales, incluidas organizaciones educativas, benéficas y misioneras tanto en Palestina como entre la diáspora palestina.

---

[1] El jeque Abd al-Fattah Dukhkhan es un ejemplo de tal liderazgo.
[2] Ahmed Mansour, pp. 76 ss., 88. Véase también Ahmad Jibril, pp. 100-102.

Con el tiempo, los sindicatos estudiantiles palestinos comenzaron a caer bajo influencia islamista,[1] y la sociedad palestina empezó a producir una élite de liderazgo islámico cuya visión contrastaba marcadamente con la orientación secular de Fatah y la OLP.

En consecuencia, cuando finalmente emergió el Movimiento de Resistencia Islámica, lo hizo respaldado por redes sociales extensas y profundamente arraigadas.[2] Esta sólida base garantizó que su ascenso repentino fuera tanto formidable como de gran alcance.

Las etapas iniciales del desarrollo de Hamas se remontan a 1980, cuando algunos jóvenes miembros fueron enviados al extranjero para recibir entrenamiento militar. Para 1981, el movimiento había establecido un aparato de seguridad dedicado a la recopilación de inteligencia, el rastreo de colaboradores palestinos que trabajaban con los sionistas y la identificación de reclutas alistados como agentes. Este aparato logró descubrir a algunos colaboradores y los responsabilizó discretamente, sin divulgación pública.[3]

Posteriormente, Hamas fundó un ala militar encargada de reclutar jóvenes combatientes y adquirir armas—tareas peligrosas en un entorno ocupado, especialmente bajo un régimen construido sobre estrictas medidas de seguridad. Estos desafíos se agravaban por la limitada experiencia, lo que obligaba a depender de un enfoque de ensayo y error.

A pesar de los riesgos, el progreso fue deliberado y encubierto. El ala militar ejecutó varias operaciones que resultaron en la muerte o captura de soldados israelíes. Sin embargo, la exposición de algunas células militares acabó provocando arrestos, incluido el encarcelamiento del jeque Ahmed Yassin en 1984.[4]

Algunas fuentes sugieren que la primera mitad de la década de 1980 fue testigo de un preocupante declive en las actividades de resistencia,

[1] Ahmed Mansour, p. 84 ss.
[2] Ibid., p. 125.
[3] Ibid., p. 127 ss.
[4] Ibid., p. 119 ss.

particularmente dentro de Palestina.[1] Aún más alarmante fue la creciente normalización y adaptación entre amplios sectores de la sociedad palestina y la población judía. En algunos casos, las interacciones entre ambos comenzaron a parecer relaciones naturales. Muchos palestinos trabajaban en zonas israelíes, pasando a menudo una semana o más lejos de sus pueblos, residiendo en sus lugares de trabajo dentro de los territorios ocupados desde 1948. Mientras tanto, comerciantes israelíes frecuentaban los mercados de Gaza y Cisjordania.

Con el tiempo, la exposición prolongada, el aumento de la familiaridad y la reducción de amenazas inmediatas permitieron que la presencia judía permease la sociedad palestina, inicialmente a través del comercio y luego extendiéndose a interacciones sociales. Esta dinámica, a su vez, condujo a periodos de alienación social y rechazo de las actividades de resistencia dentro de ciertos sectores de la sociedad palestina.

Esta situación no resulta sorprendente, ya que refleja las dinámicas naturales del comportamiento social bajo presión. Es crucial recordar las circunstancias extremas de la época, durante las cuales Israel, con la cooperación de gobiernos árabes, asestó golpes severos a los movimientos de resistencia. Los más notorios fueron los acontecimientos en Jordania en 1970 y en Líbano en 1982, junto con una prolongada campaña de asesinatos selectivos que tuvo como objetivo a líderes clave de la resistencia en Europa, Líbano, Túnez y otros lugares. Estas acciones generaron una percepción generalizada de que la resistencia no solo era inútil, sino también peligrosamente contraproducente, especialmente cuando varios Estados árabes comenzaron a buscar acuerdos de paz y a normalizar relaciones con Israel.

Esta creciente normalización y la aceptación cada vez mayor de la presencia judía dentro de la sociedad palestina envalentonaron a Israel para tomar medidas sin precedentes. Comenzó a colaborar con ciertos

[1] Oí esto personalmente de algunos dirigentes del movimiento Hamás en diversas reuniones públicas, así como de testigos presenciales de aquella época. También puede encontrarse referencia a ello en otras fuentes; véase, por ejemplo, Abdel Wahab El-Messiri, *Mi viaje intelectual*, pp. 524–525.

individuos y a formar pequeños cuerpos administrativos en aldeas para gestionar el gobierno cotidiano de la sociedad palestina. Esta iniciativa siguió al éxito de Israel en desmantelar y neutralizar el liderazgo de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en el extranjero.

Ante este contexto, el jeque Ahmed Yassin y sus compañeros priorizaron contrarrestar la normalización y adaptación que se extendía dentro de la sociedad palestina, especialmente entre los jóvenes. Sus esfuerzos misioneros y de movilización se dedicaron a reforzar la comprensión de que estos individuos eran ocupantes, que representaban un proyecto colonial en curso, y que la convivencia con ellos bajo cualquier circunstancia era absolutamente inaceptable.

El ascenso del movimiento islámico enfrentó numerosos obstáculos, de los cuales dos fueron especialmente significativos:

Primero: El alejamiento social de las prácticas y actividades islámicas, junto con el dominio de las ideologías izquierdistas. Uno de los líderes fundadores de las Brigadas al-Qassam señaló que su pueblo, Salfit, fue apodado "Pequeña Moscú" debido a la influencia generalizada del comunismo y el ateísmo. Esto se reflejaba en la ausencia del hiyab, la escasa presencia juvenil en las mezquitas, la hostilidad hacia los islamistas y otras condiciones que marcaban una ruptura evidente con los valores islámicos.[1]

Segundo: La oposición del movimiento Fatah, que percibía el ascenso del liderazgo islámico como una amenaza directa a su hegemonía. Esta oposición escaló hasta llegar a asesinatos, atentados contra las viviendas de líderes islámicos, enfrentamientos estudiantiles e incluso hostilidad dentro de las cárceles israelíes, donde los detenidos de Hamas eran perseguidos por simpatizantes de Fatah. El jeque Ahmed Yassin navegó hábilmente esta situación volátil, logrando un equilibrio entre evitar el conflicto interno y no permitir que el movimiento fuera humillado o desarmado. Su estrategia tuvo éxito, permitiendo que el

[1] Zahir Jabarin, *Hikāyat al-Dam: min Sharayīn al-Qassām* (*La historia de la sangre: De las arterias de al-Qassam*), p. 25 ss.

movimiento islámico resistiera estos desafíos sin fracturarse ni perder su impulso.[1]

El ala militar del movimiento fue reconstituida tras su desarticulación en 1984. Un punto de inflexión llegó cuando el Frente Popular para la Liberación de Palestina capturó a tres soldados israelíes durante la guerra del Líbano y los intercambió por 1,200 prisioneros palestinos, entre ellos el jeque Yassin, quien había cumplido solo once meses de una condena de trece años.[2] Tras su liberación, Yassin reanudó sus esfuerzos en 1986. Sin embargo, Hamas no anunció formalmente su existencia hasta el estallido de la Primera Intifada en diciembre de 1987.

Un conductor sionista atropelló deliberadamente a un grupo de trabajadores palestinos, provocando una ola de indignación en la sociedad palestina. Sin armas, la comunidad respondió arrojando piedras. Esta erupción de furia se conoció como la "Intifada de las Piedras". En sus primeros días, fue liderada por estudiantes de la Universidad Islámica de Gaza. El movimiento islámico, que llevaba años preparándose para un momento así, decidió intervenir, intensificando la situación y trasladando la intifada desde la universidad—cerrada por los israelíes—a las calles, plazas y mezquitas.[3]

La intifada se propagó rápidamente por toda Palestina, y el pueblo—que parecía sometido, debilitado y desgastado, como si Israel hubiera extinguido las semillas de la resistencia y a sus líderes—se levantó una vez más en desafío a la ocupación. Este levantamiento repentino tomó por sorpresa tanto al liderazgo israelí como al palestino.[4] Surgieron acciones revolucionarias en todos los sectores de la sociedad, amplificando la resistencia generalizada, incluyendo huelgas, rechazos fiscales y boicots a la autoridad civil israelí. Por primera vez, parecía que la comunidad palestina interna, largamente sometida y normalizada, había tomado la iniciativa, tras el declive de los movimientos de resistencia operando desde el extranjero.

---

[1] Ahmed Mansour, pp. 104 ss., 156; Ibrahim Gosheh, pp. 167-168.
[2] Ahmed Mansour, p. 147 ss.
[3] Ibid., p. 169 ss.
[4] Fathi al-Shaqaqi, vol. 1, p. 358 ss.

Sin embargo, esta intifada introdujo también un nuevo y peligroso elemento para los israelíes y sus aliados: el surgimiento de organizaciones islámicas. Estos grupos aportaron una perspectiva renovada a la lucha. Mientras que la Organización para la Liberación de Palestina había perseguido una visión de un solo Estado donde judíos y árabes coexistieran, las organizaciones islámicas revivieron la idea de liberar toda Palestina, desde el río hasta el mar. Esta visión se presentó como una causa sagrada, profundamente arraigada en principios religiosos, lo que hacía cualquier concesión no solo difícil, sino impensable—en marcado contraste con el enfoque más pragmático y secular de las organizaciones que operaban dentro de los límites de lo considerado posible.

La ocupación empleó una gama de medidas punitivas, comenzando con la práctica brutal de romper huesos. Jóvenes palestinos eran capturados y se les fracturaban intencionalmente brazos o manos. Estas acciones escalaron hasta incluir arrestos, encarcelamientos, torturas, el uso de granadas de gas lacrimógeno y, finalmente, tiroteos con víctimas mortales. Durante los seis años de la intifada, el saldo incluyó más de 1,500 mártires, aproximadamente 130,000 heridos y cerca de 120,000 detenciones.

Además de las protestas generalizadas, ocurrieron otras operaciones significativas, como el secuestro de soldados israelíes, el aumento en la persecución de colaboradores y varios ataques armados contra asentamientos y sitios judíos. Estos acontecimientos desconcertaron a los israelíes, especialmente porque ningún grupo—including Hamas—reivindicó oficialmente estas operaciones, lo que aumentó la confusión en torno a los hechos.[1]

Tras el anuncio oficial del Movimiento de Resistencia Islámica (Hamas), Israel lanzó una campaña agresiva para capturar a sus miembros y líderes sospechosos. En sus primeras etapas, numerosos dirigentes fueron detenidos en Gaza y Cisjordania junto con otros activistas. No obstante, las actividades sobre el terreno, incluida la organización de la intifada y la emisión de comunicados, continuaron sin interrupción.

[1] Ahmed Mansour, p. 159 ss.

Durante este periodo, el régimen jordano tomó una decisión significativa y polémica al anunciar su desvinculación de Cisjordania el 31 de julio de 1988, dejando el destino del territorio en manos de los palestinos.[1] Esto cedió efectivamente mayor control a Israel y agravó las disputas internas palestinas sobre la gobernanza bajo ocupación. La medida fortaleció aún más el dominio de la ocupación en un momento particularmente crítico.

Algunos analistas sugieren que la decisión del rey Hussein surgió de la necesidad de escapar de dos presiones contradictorias que ya no podía gestionar simultáneamente. La primera provenía del pueblo árabe jordano, que incluía una importante población palestina refugiada en Jordania tras diversas crisis. Este grupo exigía un mayor apoyo a la intifada y un papel más decisivo en la resistencia a la ocupación, especialmente dado que, según la constitución jordana de entonces, Cisjordania seguía siendo territorio jordano.

La segunda presión emanaba de Israel, que exigía una mayor colaboración política, de seguridad e incluso militar por parte del régimen jordano. Tales demandas amenazaban la supervivencia de la monarquía, ya que el rey Hussein, a pesar de su alineamiento con los intereses sionistas, mantenía una fachada de retórica panárabe para preservar su legitimidad ante su pueblo.

Sin embargo, la secuencia de acontecimientos indica un motivo más insidioso. La decisión de desvinculación revitalizó la posición política de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) al cederle la representación de la población de Cisjordania. La OLP aprovechó rápidamente esta oportunidad, convocando su XIX Consejo Nacional tres meses después. Esta reunión marcó un giro decisivo en la postura de Fatah y la OLP, señalando una traición a sus posiciones anteriores y

[1] La Ribera Occidental, según la constitución jordana, formaba parte del Reino Hachemita. El propio rey Hussein declaró en la década de 1960 que "la unidad de las dos orillas es una unidad bendecida por Dios, apoyada por el pueblo y un núcleo pionero para una unidad mayor". Véase el texto del discurso del rey Hussein en la ciudad de Ajloun el 14 de junio de 1966, en Ahmad al-Shuqeiri, *Obras Completas*, 5/379.

preparando el terreno para acciones que acabarían socavando la intifada palestina.

Durante la conferencia, la OLP aceptó el Plan de Partición de la ONU de 1947 para Palestina y abogó por una resolución política del conflicto. Esta medida implicaba el reconocimiento de Israel y la renuncia a las reivindicaciones sobre los territorios ocupados en 1948. Para evitar que la conferencia se percibiera únicamente como una serie de concesiones, la OLP proclamó también la llamada independencia de Palestina. Aunque carecía de capacidad práctica para lograr dicha independencia, la declaración ofreció a muchos Estados y regímenes una vía para reconocer a "Palestina"—o, más precisamente, al liderazgo que ahora la dirigía hacia el compromiso político y la rendición. Mientras tanto, las naciones occidentales continuaron negando el reconocimiento tanto a Palestina como a la OLP.[1]

La causa palestina fue traicionada dos veces, en dos etapas distintas, bajo dos banderas contradictorias. Primero, fue socavada bajo el pretexto del arabismo y el nacionalismo, lo que privó al pueblo palestino del derecho a establecer un liderazgo y una representación independientes. En ese momento, se afirmaba que la liberación de Palestina era tarea de ejércitos, no de grupos guerrilleros, lo que obstaculizó la participación palestina en la resistencia popular armada y la guerra de guerrillas.

Más tarde, después de que los regímenes árabes entregaran toda Palestina a los sionistas, se produjo una segunda traición, esta vez bajo la bandera del nacionalismo. Se argumentó que eran los propios palestinos quienes estaban mejor posicionados para defender su causa y la independencia de su tierra. Sin embargo, esta transición fue orquestada solo después de que el liderazgo de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) se debilitara, se agotara y fuera dirigido hacia una vía de sumisión y negociaciones desesperadas.[2]

A pesar de estas maniobras políticas, la intifada ardía con fuerza sobre el terreno. Durante el levantamiento, la resistencia armada

[1] Abdullah Azzam, vol. 1, p. 853; Muhsin Saleh, pp. 109-110.
[2] Véase el Comunicado N.º 28 de Hamás, emitido el 18 de agosto de 1988, sobre la decisión de desvinculación y sus advertencias acerca de sus repercusiones.

comenzó a consolidarse y perfeccionar sus capacidades. El ala militar de Hamas inició sus operaciones con el secuestro de dos soldados israelíes en 1989. Aunque este primer intento fue reprimido, el grupo se reorganizó y reapareció en 1990 como las Brigadas Izz al-Din al-Qassam. La nueva organización ganó impulso rápidamente y, para 1993, había llevado a cabo unas 140 operaciones que causaron la muerte de 80 israelíes y heridas a más de 200.[1]

Lo verdaderamente extraordinario es que gran parte de este éxito surgió mediante un proceso de ensayo y error, adaptándose y aprendiendo de los reveses y sacrificios. La rapidez con la que la resistencia progresó desde sus inicios hasta estos logros—en un entorno opresivo y sin experiencia previa—es un testimonio impactante de su resiliencia y determinación.[2]

El levantamiento, conocido como la "Intifada de las Piedras", también fue ampliamente llamado la "Intifada de las Mezquitas."[3] Esta designación se debía a sus raíces en las mezquitas, al impulso que tomaba cada semana tras las oraciones del viernes, y a la orientación abiertamente islámica de su liderazgo. El movimiento se caracterizó por eslóganes islámicos, la presencia de predicadores religiosos y el surgimiento de facciones islámicas, lo que subrayaba su identidad marcadamente islámica. Esto no excluyó la participación de miembros de movimientos izquierdistas y nacionalistas, cuya implicación no desvirtuó el carácter predominantemente islámico del levantamiento.

En respuesta, Israel lanzó una represión masiva, arrestando a más de 400 líderes islámicos de Cisjordania y Gaza y exiliándolos al Líbano. Sin embargo, estos líderes desafiaron la expulsión organizando una sentada en Marj al-Zohour, una zona remota y hostil en el sur del Líbano. Instalando un campamento improvisado en condiciones gélidas e inhóspitas, transformaron su prueba en una oportunidad que produjo logros significativos:

[1] Muhsin Saleh, pp. 106-107.
[2] Véase, por ejemplo, Zahir Jabarin, p. 36 ss.
[3] Ahmed Mansour, pp. 174-175.

1. **Una clara distinción respecto al liderazgo de la OLP:** Esta nueva ola de líderes islámicos contrastaba radicalmente con las figuras de la OLP, muchas de las cuales estaban inmersas en la política de países extranjeros y perseguían intereses personales alejados de Palestina.

2. **Un compromiso profundo con Palestina:** Los líderes exiliados demostraron su apego inquebrantable a la patria, permaneciendo en la frontera bajo condiciones extremas y buscando regresar, incluso a riesgo de sus vidas. Su desafío fue un acto poderoso e inspirador de resistencia.

3. **Una oportunidad única para la unidad:** La congregación de estos líderes en un solo lugar creó una ocasión rara e invaluable para la coordinación estratégica, permitiéndoles consolidar planes y fortalecer sus esfuerzos organizativos, algo imposible bajo las restricciones dentro de Palestina.

4. **Mayor atención mediática:** La sentada se convirtió en un foco para los medios árabes e internacionales, destacando esta forma inédita de resistencia. Subrayó el carácter distintivo de estos líderes islámicos, diferenciándolos del enfoque de la OLP.

5. **Un ascenso exponencial en la influencia de Hamas:** Estos acontecimientos provocaron un aumento dramático en la popularidad de Hamas, con su liderazgo ganando mayor peso simbólico y práctico. Esto no solo consolidó su posición, sino que también reforzó su atractivo e impacto general.[1]

Uno de los resultados más significativos de la intifada fue el desplazamiento del campo de batalla y del liderazgo de la resistencia hacia el interior de Palestina. Anteriormente, la resistencia había estado basada en el extranjero—primero en Jordania, luego en Líbano. Esta internalización intensificó la amenaza para la ocupación, ya que los combatientes locales conocían íntimamente el terreno y estaban en una

[1] Sobre el suceso de Marj al-Zuhour, véase Adnan Masudi, *Ilà al-Muwäjahah*, p. 111 ss.

posición única para dirigir el conflicto y satisfacer sus necesidades operativas. Como dice el refrán: "Un solo soldado dentro de la patria vale más que cien fuera de ella, y un solo fusil dentro vale más que cien más allá de sus fronteras."[1]

La resistencia prosperó dentro de su base social palestina natural, libre de los compromisos políticos y cálculos que a menudo agobian a los regímenes externos. A diferencia de las organizaciones que operaban desde el extranjero, no tenía intereses creados que proteger. Lo más importante es que la resistencia era fluida y aún no se había formalizado en instituciones públicas o estructuras que pudieran ser fácilmente atacadas o desmanteladas. Su carácter clandestino le permitía moverse con fluidez dentro de una población agraviada y solidaria, creando una dinámica que planteaba enormes desafíos para cualquier intento de represión.

En la historia moderna, los ocupantes extranjeros, cuando no logran sofocar una revolución, suelen recurrir a estrategias alternativas más insidiosas. Una de ellas consiste en fomentar o facilitar el ascenso de un liderazgo subordinado—o caracterizado por la debilidad o la corrupción—para que asuma la representación del movimiento. Una vez que esto ocurre, el propósito de la revolución se ve socavado, su unidad se fragmenta y su impulso se disipa, quedando vulnerable al colapso ante la más mínima presión.[2]

En ese momento, Yasser Arafat, presidente de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), se encontraba en el punto más bajo de su carrera. Su liderazgo se había vuelto sinónimo de una serie de fracasos

---

[1] Zahir Jabarin, p. 121.

[2] Este patrón fue evidente en Egipto tras la revolución de 1919 contra el dominio británico. Los británicos se aseguraron de que la dirección de la revolución recayera en uno de sus aliados de confianza, Saad Zaghloul. Bajo su dirección, la otrora poderosa revolución se canalizó hacia prolongadas negociaciones que se extendieron durante treinta años sin resultados significativos, permitiendo a la ocupación británica mantener su dominio en Egipto. Este escenario se repitió en numerosos movimientos de liberación del siglo XX. Una y otra vez, el pueblo—especialmente los islamistas—soportó los sacrificios y pagó el precio más alto, solo para que los frutos de su lucha fueran arrebatados por colaboradores y leales a los ocupantes.

desastrosos—aun si se lo juzgara con la mayor indulgencia y se ignoraran las numerosas sospechas que lo rodeaban. Había sido expulsado de Jordania en 1970 y más tarde de Líbano en 1982, ambas veces derrotado y humillado. El asesinato de figuras clave y cuadros prominentes dentro de la OLP y Fatah debilitó aún más su posición, mientras que la frecuencia e impacto de las operaciones llevadas a cabo por su organización se habían desplomado.

Mientras tanto, los Estados árabes comenzaron a abandonar la causa palestina. Egipto dio el primer paso con su tratado de paz en 1979, seguido por la iniciativa del príncipe Fahd en 1982, respaldada por la cumbre árabe en Fez, Marruecos. Incluso los regímenes árabes que se oponían a la normalización y a los acuerdos de paz no ofrecieron apoyo significativo. Retuvieron la financiación y se distanciaron de Arafat. El régimen de Assad le dio la espalda durante su estancia en Líbano, y Gaddafi hizo lo mismo. Estos regímenes buscaban subordinarlo, tratando la causa palestina como una mera moneda de cambio para avanzar en sus propios intereses.

La posición precaria de Arafat empeoró cuando cometió el error fatal de apoyar la invasión de Kuwait por parte de Saddam Hussein. Esta decisión enfureció a Kuwait y a los Estados del Golfo, que habían sido algunos de los principales financiadores de la OLP. Tras la derrota de Saddam y la intervención liderada por Estados Unidos en el Golfo, Arafat se encontró aislado y profundamente debilitado, tanto en el mundo árabe como entre los propios palestinos. Su situación se había convertido en una de desesperación y desorden absoluto.

Hasta donde se sabe, sigue sin estar claro quién propuso por primera vez la idea de utilizar a Yasser Arafat para socavar la intifada palestina posicionándolo como su líder. Esto marcó un giro sin precedentes en la historia de la lucha palestina, ya que fue la primera vez que los ocupantes permitieron el establecimiento de un liderazgo político para el pueblo palestino—algo que había estado estrictamente prohibido desde el inicio de la ocupación británica. Los intentos anteriores de liderazgo se habían limitado a elevar figuras menores para supervisar asuntos municipales y servicios públicos, nunca para representar políticamente al pueblo.

La intifada islámica generalizada demostró que una población sin liderazgo podía representar una amenaza significativa y persistente. Su naturaleza fluida y descentralizada generaba desafíos constantes, ya que desmantelar un grupo solo conducía al surgimiento de otro. Esta dinámica llevó a la conclusión de que establecer un liderazgo palestino dócil y subordinado podría servir mejor a los intereses del ocupante que el control directo.[1] El precedente establecido por los regímenes árabes, con su capacidad para reprimir a sus poblaciones y proteger a Israel, reforzó aún más esta idea. Observar cómo los Estados vecinos salvaguardaban eficazmente a Israel mientras contenían a sus ciudadanos consolidó la creencia de que una autoridad palestina similar podría ofrecer una solución duradera.

El arreglo tácito que ha regido a los regímenes árabes desde la fundación de Israel ha sido su papel implícito en garantizar la seguridad de Israel a cambio del respaldo internacional que sostiene su poder. Este pacto no declarado fomentó una competencia entre líderes aspirantes, cada uno buscando la aprobación israelí para asegurar el respaldo estadounidense a su gobierno.

En ese momento decisivo, Yasser Arafat emergió como el líder palestino dispuesto a asumir ese papel. Para él, era un salvavidas, una oportunidad para recuperar relevancia tras una larga historia de fracasos y errores. Sin ello, corría el riesgo de desaparecer en la irrelevancia, convirtiéndose en una figura palestina más, olvidada por la historia y superada por los acontecimientos.

A lo largo de su carrera, Arafat mostró una personalidad multifacética, escurridiza y elusiva, tanto que un exdirector de la CIA lo describió como "la persona más complicada con la que he tratado, sin

[1] Zaher Jabarin, uno de los fundadores de las Brigadas al-Qassam en la Ribera Occidental y actual dirigente de Hamás, recuerda en sus memorias que un interrogador israelí le dijo que las operaciones militares de la resistencia fueron la razón por la que se permitió la entrada de la OLP en Palestina. El interrogador añadió: "De no ser por ustedes, no les habríamos dado nada. Si no hubiéramos hecho esto, habríamos tenido un segundo Líbano." Véase Zaher Jabarin, *La historia de la sangre*, p. 55.

lugar a dudas."[1] Exhibía una tendencia despótica, especialmente en lo relativo al control de las armas y las finanzas dentro del movimiento palestino. Numerosos aspectos oscuros y enigmáticos de su vida permanecen sin explorar, y este espacio es demasiado breve para abordarlos en profundidad. Sin embargo, el punto clave aquí es que Arafat se había convertido en la figura adecuada para realizar las concesiones necesarias en este momento crítico de su trayectoria.[2]

En el plano internacional, también se estaban produciendo cambios significativos. La Unión Soviética colapsó, y Estados Unidos emergió como la única superpotencia en la región. La hegemonía estadounidense se consolidó aún más al desmantelar el poder de Irak tras la fallida invasión de Kuwait por parte de Saddam Hussein y su intento de controlar el Golfo. Estos cambios globales condujeron a una serie de consecuencias cruciales, entre las cuales destacan:

1. **La desintegración de los regímenes árabes**, que una vez más se mostraban débiles y vulnerables. Estos regímenes eran incapaces de defenderse ante amenazas externas, lo que los llevó a buscar refugio en los brazos de Estados Unidos, o bien se mostraban impotentes cuando los estadounidenses llegaban a sus puertas.

2. **La retirada del respaldo firme de países antes influenciados por la Unión Soviética**, como Siria, Irak, Libia y otros. Aunque esto

[1] George Tenet, *En el centro de la tormenta: Mis años en la CIA*, p. 110 [edición árabe].

[2] Es digno de mención que Arafat fue la única figura destacada dentro de Fatah que no fue asesinada. Sus rivales fueron eliminados mediante asesinatos o forzados al exilio cuando representaban una amenaza para su liderazgo. Aunque parte de las críticas hacia él pudieron tener motivaciones personales, como se refleja en las memorias de izquierdistas e islamistas, también fueron expresadas por respetados intelectuales independientes conocidos por su integridad. Por ejemplo, Anis Sayigh, un distinguido historiador nacionalista cristiano, lo acusó de corrupción financiera y administrativa, así como de falta de honestidad. Del mismo modo, el Dr. Walid Sayegh, lingüista, intelectual y novelista independiente, mencionó en sus memorias las prolongadas comunicaciones entre Arafat e Israel. Véase Anis Sayigh, *Sobre Anis Sayigh*, p. 289 y siguientes; y Walid Saif, *El testigo y lo atestiguado*.

no los obligó a rendirse de inmediato, los dejó demasiado debilitados para enfrentar a Israel o brindar apoyo sustancial a los palestinos.

3. **El segundo desplazamiento de cientos de miles de palestinos**, especialmente aquellos que residían en Kuwait (un Estado del Golfo con una población palestina significativa) e Irak, durante la invasión de Kuwait por parte de Saddam Hussein y su posterior expulsión por fuerzas internacionales. Esto agravó su sufrimiento, detuvo la financiación necesaria y diezmó recursos vitales palestinos, deteriorando aún más las relaciones con los Estados del Golfo, que consideraron imperdonable el alineamiento de Arafat con Saddam.

4. **La afluencia masiva de inmigrantes judíos desde la colapsada Unión Soviética**, con más de un millón llegando a Israel en los diez años posteriores a su caída. Entre ellos había numerosos profesionales altamente capacitados en ciencia y asuntos militares, lo que fortaleció la capacidad israelí.

5. **El resultado final fue una realidad más sombría:** la causa palestina se volvió cada vez más marginal, mientras que la influencia israelí crecía y se volvía más dominante.[1]

Los Acuerdos de Oslo y el Establecimiento de la Autoridad Palestina

Yasser Arafat se encontró del lado perdedor al alinearse con Saddam Hussein, lo que intensificó su desesperada necesidad de encontrar una salida. Mientras tanto, la victoria estadounidense y el colapso de la Unión Soviética llevaron a estadounidenses e israelíes a considerar una nueva propuesta: la creación de una autoridad palestina débil y subordinada que pudiera servir como solución conveniente al problema persistente que representaban los palestinos.

En medio de estos acontecimientos, Arafat realizó otra concesión peligrosa, como se mencionó anteriormente. En 1988, abandonó el objetivo largamente sostenido de un Estado secular único—ni judío ni islámico—y aceptó la solución de dos Estados: un Estado palestino junto

[1] Fathi al-Shaqaqi, vol. 1, p. 339 ss.; Muhsin Saleh, pp. 111-112.

a un Estado judío. Este Estado palestino debía establecerse en Cisjordania y la Franja de Gaza, según las fronteras anteriores a 1967. Esta fue la primera gran concesión respecto a la Palestina histórica y representó el primer paso hacia el reconocimiento del Estado sionista judío.

Las potencias internacionales revelaron su traición a los principios seculares que alguna vez defendieron, respaldando al Estado judío mientras abandonaban al movimiento palestino secular que había abogado por un Estado único y laico. Incluso presionaron a quienes defendían ese modelo para que aceptaran la existencia de un Estado judío a su lado. Como se señaló anteriormente, si Israel fuera simplemente un proyecto colonial secular, el objetivo habría sido establecer un Estado secular único. Sin embargo, Israel está intrínsecamente vinculado a una ideología cruzada, inseparable del Occidente, y constituye uno de los pilares de su civilización.[1]

Así, la situación quedó clara: Arafat, el líder palestino derrotado militarmente y traicionado políticamente, que había abandonado sus principios anteriores y dado un paso decisivo hacia el reconocimiento de Israel, estaba ahora en posición de convertirse en el caballo de Troya que engañaría a la intifada palestina.

Se inició una nueva fase de comunicación y negociaciones, durante la cual los israelíes buscaron varios objetivos clave: garantías absolutas de que la Autoridad Palestina permanecería subordinada, no representaría amenaza alguna para Israel y gestionaría eficazmente a los palestinos, suprimiendo los movimientos de resistencia. También querían que la Autoridad canalizara la intifada hacia negociaciones, disipando su impulso. A cambio, Arafat aspiraba a obtener tanto poder real como fuera posible, buscando un papel político legítimo dentro de Palestina o en el mundo árabe. Intentaba extraer todas las concesiones posibles para redimirse de la vergüenza y los compromisos que había asumido al

[1] En 2006, Richard Koch y Chris Smith publicaron un libro titulado *El suicidio de Occidente*, en el cual sostienen que la civilización occidental se funda en siete pilares esenciales, uno de los cuales es el cristianismo. El libro advierte sobre la erosión gradual de estos pilares fundamentales que durante mucho tiempo han sostenido la cultura y la sociedad occidentales.

reconocer a Israel y su derecho a existir sobre más de tres cuartas partes de la tierra palestina. También deseaba distanciarse del papel de ejecutor de la seguridad israelí, reprimiendo la resistencia de su propio pueblo.

Estos desarrollos se concretaron a través de una serie de reuniones secretas y públicas, culminando en el Acuerdo de Oslo de 1993.

Al considerar el equilibrio de poder, la naturaleza de los actores involucrados y los patrocinadores externos de ambas partes, el resultado es trágicamente claro: se creó una Autoridad Palestina que reconocía el derecho de Israel a existir, se comprometía a mantener su seguridad combatiendo la resistencia, y renunciaba a toda la tierra ocupada antes de 1967. A cambio, la Autoridad Palestina recibió únicamente reconocimiento, junto con promesas de una retirada gradual y por fases de la Franja de Gaza y de unas cinco zonas en Cisjordania.[1] Los temas clave se aplazaron para futuras negociaciones, incluyendo el estatus de Jerusalén, el retorno de los refugiados, las fronteras del Estado palestino, los derechos sobre el agua y el destino de los asentamientos judíos en tierras ocupadas en 1967.

Además, la cuestión de los prisioneros palestinos fue completamente ignorada en estos acuerdos, lo que tuvo consecuencias duraderas tanto para los propios prisioneros como para los valores que defendían los miembros de Fatah.[2]

Así, Israel otorgó a Arafat una autoridad limitada, permitiéndole asumir responsabilidades administrativas y de seguridad que le permitían controlar la sociedad palestina y reprimir su resistencia. A cambio, Arafat recibió solo promesas vagas de negociaciones futuras. Esta fue la mayor concesión jamás realizada en la historia de la causa palestina, extraída por un "líder palestino" traído para desactivar la poderosa intifada.

[1] La Ribera Occidental fue dividida en Áreas A, B y C. El Área C, que constituye la porción más grande (60% de la Ribera Occidental), está bajo soberanía y control de seguridad israelíes. El Área B está bajo control compartido, aunque con dominio israelí, mientras que el Área A está totalmente controlada por la Autoridad Palestina.

[2] Véase, por ejemplo, Zaher Jabarin, p. 167 ss.

Mientras tanto, Israel mantuvo sus políticas de ocupación, fortaleciendo su presencia sobre el terreno, expandiendo los asentamientos y profundizando la judaización de Jerusalén. No se alcanzó ninguna resolución final sobre ninguno de estos temas cruciales, por lo que Israel no asumió ninguna obligación vinculante. La Autoridad Palestina y el Acuerdo de Oslo proporcionaron cobertura legal a la ocupación, transformándola de una presencia ilegítima e ilegal en una que ya no violaba ningún acuerdo entre las partes. En otras palabras, Israel aseguró una ocupación sin costo mediante este acuerdo.

La Declaración Balfour suele describirse como "una promesa hecha por quien no tenía derecho a quien no tenía ningún reclamo", y esta descripción se ajusta perfectamente al caso de Arafat y el Acuerdo de Oslo. Arafat entregó lo que no le pertenecía a quienes no tenían derecho a ello. Palestina nunca fue suya para ceder, ni por la ley islámica, que la designa como waqf (donación sagrada) para todos los musulmanes, ni por principios democráticos seculares, ya que Arafat no fue elegido por el pueblo palestino. Su reconocimiento como jefe de la OLP provino de regímenes árabes oficiales, ninguno de los cuales llegó al poder mediante un juramento islámico legítimo ni a través de elecciones democráticas justas. Así, regímenes ilegítimos reconocieron a una organización ilegítima, que luego firmó un acuerdo ilegítimo, estableciendo otra autoridad ilegítima en esta región árabe sufriente.

Esta crítica va más allá de los principios, reflejando las consecuencias devastadoras del Acuerdo de Oslo. El acuerdo no trajo ningún beneficio real para el pueblo palestino ni para su causa. Los temas fundamentales—como el tamaño y la soberanía del Estado palestino, el estatus de Jerusalén, el retorno de los refugiados, los asentamientos y los derechos sobre el agua—fueron todos aplazados. Mientras tanto, el control militar y de seguridad de Israel sobre todos los territorios permaneció intacto, se le otorgó el derecho de vetar la legislación promulgada por la Autoridad Palestina, y el término "ocupado" fue eliminado de Cisjordania y Gaza.

Este desarrollo condujo a un resultado profundamente peligroso orquestado por la Autoridad Palestina: una división interna profunda y divisiva entre los palestinos. Algunos comenzaron a abogar por una vía

basada en negociaciones, paz, normalización y coexistencia, dispuestos a aceptar cualquier concesión que pudiera asegurarse. Otros, sin embargo, rechazaron firmemente esta vía, considerándola no una solución, sino una nueva traición.

Esta división fue mucho más allá de las diferencias ideológicas. Arafat y la Autoridad Palestina se convirtieron en una facción respaldada por recursos financieros significativos, la promesa de cargos lucrativos y oportunidades de ascenso social. Esto atrajo inevitablemente a muchos a su lado, especialmente en una sociedad debilitada y desgastada por décadas de sufrimiento, donde innumerables personas vivían en condiciones precarias en campos de refugiados miserables. Arafat y su autoridad no ofrecieron una propuesta que pudiera aceptarse o rechazarse, como cabría esperar de un partido político. En cambio, sembraron las bases de un sistema que remodeló activamente la sociedad palestina, extendiendo favores o exclusión según afiliaciones ideológicas y faccionales.

Como resultado, los partidarios de la resistencia, el yihad y la intifada se encontraron etiquetados como criminales y fuera de la ley—esta vez bajo las leyes de la "autoridad nacional", no solo bajo la ocupación sionista. La carga sobre los combatientes de la resistencia creció exponencialmente, colocándolos en una situación inquietantemente similar a la de sus homólogos en otros Estados árabes, soportando la opresión de autoridades "nacionales" autoproclamadas.

La Autoridad Nacional Palestina se convirtió en el principal interlocutor ante los israelíes, evolucionando hacia una entidad débil y restringida, completamente dependiente de Israel para prácticamente todo. Desde el movimiento de sus funcionarios a través de los puestos de control militares israelíes, hasta las transferencias financieras y la coordinación diaria para la entrada y salida de bienes y personas, su dependencia culminó en la llamada "coordinación y cooperación en seguridad", que equivalía a una colaboración abierta.

Esta dinámica ofreció a Israel una oportunidad invaluable para profundizar su influencia, cooptando a numerosos funcionarios dentro de la Autoridad. Estos se convirtieron en subordinados de facto de Israel,

promoviendo sus intereses con mayor fidelidad que su lealtad a Arafat o a la propia Autoridad.

El segundo al mando de esta estructura, Mahmoud Abbas—arquitecto de los Acuerdos de Oslo—es un ejemplo revelador. Encarnó el papel de la Autoridad como una "invención brillante" diseñada para servir los intereses de Israel. A lo largo de su carrera, Abbas actuó sistemáticamente como uno de los activos más valiosos de Israel en el asunto palestino. Finalmente se volvió contra Arafat y, tras el asesinato de este, fue elevado al poder para continuar el proceso, concediendo incluso más de lo que Arafat había estado dispuesto a ceder. Bajo su liderazgo, la causa palestina y su pueblo sufrieron calamidades que habrían sido inimaginables si no hubiera estado al mando.[1]

Esta traición se extendió a los jefes del aparato de seguridad, quienes se convirtieron en algunos de los colaboradores más peligrosos. Jibril Rajoub, jefe de la Fuerza de Seguridad Preventiva en Cisjordania, y su homólogo Mohammad Dahlan en Gaza, junto con sus adjuntos, proporcionaron a Israel inteligencia y asistencia en seguridad que superaban con creces lo que Israel habría logrado por sí solo. En los centros de detención operados por estas agencias, numerosos combatientes de la resistencia fueron torturados hasta la muerte. A través de estas prácticas brutales, se extrajo inteligencia crítica, se expusieron combatientes, se frustraron operaciones de resistencia y martirio, y se desperdiciaron incontables vidas, recursos y preparativos meticulosos.

Resulta notable que esta Autoridad débil y restringida, cuyo presidente y ministros requerían permisos israelíes para cruzar puestos de control, presenciara una proliferación excesiva de agencias de seguridad: Seguridad Interior, Seguridad General, Policía, Inteligencia, Seguridad Preventiva e Inteligencia Presidencial, entre otras.[2] El número exacto de estas agencias sigue siendo objeto de debate entre investigadores, lo que refleja la naturaleza y los objetivos de la Autoridad.

---

[1] Véase, por ejemplo, sobre Abbas: Hillary Clinton, *Decisiones difíciles: Memorias de Hillary Rodham Clinton*, p. 308 [edición árabe].

[2] Condoleezza Rice menciona que estas agencias sumaban al menos doce organizaciones de seguridad. Véase Condoleezza Rice, *No hay mayor honor: Memorias de mis años en Washington*, p. 167 [edición árabe].

Solo la fuerza policial contaba con 40,000 agentes, la proporción policía-población más alta del mundo. Además, un asombroso 70% del presupuesto total de la Autoridad se destinaba a las agencias de seguridad y a la oficina de Arafat.[1]

A pesar de la corrupción, la degradación moral, la colaboración y los innumerables desastres que esta Autoridad trajo a una sociedad palestina ya marcada por la pobreza, la miseria y la opresión,[2] Arafat apostó por mantener su posición mediante otro enfoque. Reconoció que su papel principal, para consolidar su autoridad, era suprimir la resistencia palestina. En su primer discurso tras llegar a Gaza, Arafat declaró audazmente que, mientras Nelson Mandela se abstuvo de disparar contra las tribus zulúes, él (Arafat) sí lo haría—refiriéndose a Hamas.[3]

Aunque Arafat logró sofocar las protestas públicas masivas y la resistencia civil, no logró erradicar por completo la resistencia armada, que había avanzado significativamente durante y después de la intifada. Lo que comenzó como lanzamiento de piedras evolucionó hacia ataques con cuchillos contra soldados israelíes, obligándolos a retirarse de zonas densamente pobladas y reubicarse en bases militares fuertemente fortificadas, rodeadas de puestos de control y diseñadas para proteger los asentamientos judíos.

El surgimiento de armas de fuego, como pistolas y rifles, marcó una nueva fase en la resistencia, acompañada de esfuerzos intensificados para contrabandear y adquirir armamento. Ingenieros palestinos, aprovechando los recursos locales disponibles, comenzaron a producir materiales explosivos. Esta inventiva permitió a la resistencia realizar emboscadas, detonar vehículos militares y atacar a funcionarios clave. Con el tiempo, desarrollaron una táctica decisiva y de gran impacto: las operaciones de martirio. Estas misiones involucraban combatientes que portaban cinturones explosivos y se infiltraban deliberadamente en zonas israelíes densamente pobladas para inmolarse. Estas operaciones permitieron a la resistencia palestina responder a masacres y agresiones,

[1] Muhsin Saleh, p. 117.
[2] Ibid., pp. 117-118.
[3] Ibrahim Gosheh, p. 214.

como la perpetrada en la Mezquita Ibrahimi de Hebrón (al-Khalil),[1] tras la cual se llevaron a cabo cinco operaciones que causaron alrededor de 40 muertos israelíes y unos 160 heridos.[2]

El cerebro detrás de este giro fue un joven ingeniero discreto llamado Yahya Ayyash,[3] conocido como "El Ingeniero". Ayyash demostró un talento excepcional en la fabricación y preparación de estos explosivos, junto con habilidades extraordinarias de camuflaje, movilidad y seguridad personal. Su pericia le permitió evadir la detección, incluso viajando entre Cisjordania y Gaza sin ser identificado. Trágicamente, Ayyash fue víctima de la colaboración entre la Autoridad Palestina e Israel. En enero de 1996, fue asesinado cuando su teléfono móvil—entregado por un informante palestino al servicio de Israel—fue manipulado con explosivos y detonado a distancia.

La resistencia respondió al asesinato de Ayyash con una serie de potentes operaciones de martirio, marcando una escalada peligrosa. Esto llevó a la convocatoria de una conferencia internacional sobre "terrorismo" en Sharm El-Sheikh, Egipto, el 13 de marzo de 1996. El objetivo era fomentar la cooperación internacional para reprimir la resistencia palestina, evidenciando uno de los ejemplos más claros de la conspiración de los regímenes árabes contra los esfuerzos palestinos y su papel en la protección de Israel. Durante la conferencia, se le dijo explícitamente a Arafat: "El proceso de paz terminará si no actúas en el tema de seguridad. No puedes manipularlo; debe ser real."[4]

Al regresar de Sharm El-Sheikh, Arafat se mostró más decidido y despiadado en sus esfuerzos por aplastar la resistencia palestina. Armado con apoyo israelí, tácticas estadounidenses y respaldo oficial árabe, lanzó una campaña de seguridad brutal que desarticuló gravemente la

---

[1] En la mañana del 25 de febrero de 1994, que coincidía con la mitad del mes de Ramadán de 1414 H, un judío irrumpió en la Mezquita Ibrahimi en la ciudad de Hebrón y abrió fuego contra los fieles, matando a treinta e hiriendo a 150.
[2] Véase Zahir Jabarin, p. 103 ss.
[3] Para información sobre la incorporación de Ayyash a la resistencia y sus comienzos, véase Zahir Jabarin, *La historia de la sangre*, p. 45 y siguientes. Para una mirada a su historial militar, virtudes y valentía, véase p. 182 y siguientes.
[4] George Tenet, p. 80.

resistencia,[1] provocando la muerte de figuras clave como Mahyuddin Al-Sharif (el segundo ingeniero), torturado hasta la muerte por las fuerzas de Seguridad Preventiva palestinas el 29 de marzo de 1998, y los hermanos Imad y Adel Awadallah, líderes de las Brigadas Izz ad-Din al-Qassam. Adel fue arrestado, torturado y su asesinato fue coordinado con las fuerzas israelíes el 10 de septiembre de 1998. La campaña llevó a la detención de miles, muchos de los cuales sufrieron torturas extremas, incluyendo fracturas óseas y arrancamiento de barbas, con algunos incluso alcanzando el martirio.[2]

A nivel internacional, Israel asesinó a Fathi Shaqaqi el 26 de octubre de 1995, intentó asesinar a Khaled Meshaal, jefe del buró político de Hamas, en Jordania el 25 de septiembre de 1997, y cerró la oficina de Hamas en Jordania en agosto de 1997. Los líderes de Hamas fueron encarcelados durante dos meses antes de ser exiliados a Catar.

La Autoridad Palestina avanzó rápidamente en sus capacidades de represión, tortura y vigilancia. Esto se evidenció apenas tres meses después de su establecimiento en octubre de 1994, cuando una operación para capturar a un soldado israelí provocó una incursión israelí que mató tanto al soldado como a sus captores. Las fuerzas de la Autoridad también abrieron fuego contra una manifestación que salía de una mezquita, matando a 18 manifestantes y dejando cientos de heridos. En la secuela, multitudes enfurecidas rodearon la sede de seguridad de la Autoridad en Gaza, casi superando a su personal.[3]

Solo en Gaza, la Autoridad estableció 24 centros de detención e interrogatorio. Para mediados de 1995, había allanado 57 mezquitas un total de 138 veces en solo un mes. A principios de 1997, la Autoridad detenía a 1,600 palestinos, la mitad de ellos sin cargos ni juicios.[4] No era raro que dos miembros de una misma familia fueran encarcelados por la misma acusación de "pertenecer a Hamas", uno por las fuerzas israelíes y otro por la Autoridad Palestina.[5] Mientras tanto, los detenidos de

[1] Ibid., p. 78 ss.
[2] Ibrahim Gosheh, p. 228.
[3] Ibid., p. 218 ss.
[4] Muhsin Saleh, p. 118.
[5] Abdullah al-Barghouthi, *Amīr al-Zill* (*El príncipe de las sombras*), p. 44.

Hamas y sus familias sufrían negligencia y humillación por parte del Ministro de Prisioneros de la Autoridad.[1]

Estos esfuerzos contribuyeron a una disminución significativa de las actividades de resistencia palestina entre 1996 y 2000. Este resultado fue celebrado abiertamente por el jefe de inteligencia estadounidense, quien reconoció el papel que su agencia había desempeñado en el respaldo a Arafat y a las fuerzas de seguridad de la Autoridad Palestina. Sus esfuerzos culminaron en la creación de centros de operaciones conjuntas entre las fuerzas de seguridad israelíes y palestinas, establecidos incluso antes de que los palestinos obtuvieran algún beneficio político tangible.[2]

Simultáneamente, Jordania intensificó su represión contra Hamas. La oficina política del movimiento en Ammán fue allanada, lo que llevó al arresto y tortura de sesenta jóvenes miembros, la confiscación de fondos del movimiento y el exilio forzado de varios líderes y funcionarios prominentes.[3]

A pesar del éxito considerable de Arafat en socavar la resistencia, estos esfuerzos no le proporcionaron ningún avance sustancial en el proceso político. Esta trayectoria enfrentó un revés significativo por parte de los propios israelíes, que se dividieron en dos facciones distintas.

La primera facción, representada por figuras como Yitzhak Rabin, Shimon Peres y más tarde Ehud Barak—líderes del gobierno bajo el Partido Laborista—abogaba por acuerdos de paz abiertos y negociaciones prolongadas. Creían que comprometerse con una Autoridad Palestina desarmada y desprovista de recursos, bajo una dinámica de poder marcadamente asimétrica favorable a Israel, fortalecería la seguridad israelí y consolidaría su posición. Este enfoque, argumentaban, aliviaría a Israel de numerosas cargas políticas, financieras, de seguridad y administrativas,[4] permitiéndole redirigir su

---

[1] Véase, por ejemplo, Hasan Salamah, *Khamsat Ālāf Yawm fī ʿĀlam al-Barzakh* (*Cinco mil días en el mundo del Barzakh*), p. 55.
[2] George Tenet, pp. 96, 98.
[3] Ibrahim Ghosheh, pp. 224, 228 ss.
[4] Israel se benefició de los procesos de paz, las negociaciones y el establecimiento de la Autoridad Palestina, alcanzando estabilidad y prosperidad. Entre 1983 y 2000, su PIB se multiplicó por siete, y las subvenciones y ayudas—que antes

atención hacia otros regímenes que aún no se habían alineado con el proceso de paz, como Irak, Siria e Irán.

Además, la solución de dos Estados se consideraba una medida estratégica para abordar la amenaza demográfica que representaban las altas tasas de natalidad y el crecimiento poblacional palestino. En un escenario de Estado único, las realidades demográficas acabarían por inclinar el equilibrio de poder a favor de los palestinos, ya fuera en el corto o largo plazo.[1]

La otra facción estaba encarnada por figuras como Benjamin Netanyahu y Ariel Sharon,[2] quienes lideraban el gobierno bajo el Partido Likud o sus afiliados. Este grupo se oponía rotundamente al establecimiento de un Estado palestino en cualquier forma. Veían la existencia de la Autoridad Palestina no como un paso hacia la paz, sino como una amenaza potencial, una maniobra que podría permitir a los palestinos armarse, entrenar combatientes y recibir financiación externa. También advertían que regímenes como Irak, Siria e Irán podrían explotar la Autoridad como herramienta para socavar la seguridad israelí.

Para esta facción, el concepto de un Estado palestino representaba una reversión y traición al proyecto sionista-judío de un Estado que se extendiera desde el Nilo hasta el Éufrates. Guiados por esta ideología,

---

representaban una cuarta parte de su presupuesto—se redujeron al 3%. El ingreso per cápita de los israelíes superó los 18.000 dólares, situándose entre los más altos del mundo en 2000. Véase Mohsen Saleh, p. 119.

[1] Hillary Clinton, pp. 307-308.

[2] Netanyahu es considerado el político israelí más destacado desde la generación fundadora. Posee el récord como primer ministro con más años en el cargo (17 en total), incluidos 11 consecutivos. En 1996, con solo 47 años, se convirtió en el primer ministro más joven de Israel. Antes de ello fue viceministro de Asuntos Exteriores a los 39 años y embajador ante la ONU a los 35. Su padre fue un historiador sionista destacado y estrecho colaborador de Ze'ev Jabotinsky, una de las figuras ideológicas más extremas de Israel y arquitecto de su teoría de la disuasión. Sharon, por su parte, es considerado el líder militar más destacado de Israel después de la generación fundadora. Participó en todas las guerras de Israel y ganó fama como uno de sus combatientes más feroces y eficaces. Para muchos israelíes, es un héroe nacional celebrado por sus decisivas contribuciones militares. Aunque Sharon era mayor y más experimentado que Netanyahu, ambos compartían fidelidad a la misma facción radical, encarnando su ideología intransigente.

Yitzhak Rabin fue asesinado en 1995, y el Likud triunfó en las elecciones de 1996. Esta victoria paralizó las negociaciones de paz durante tres años, periodo en el que se intensificó la expansión de asentamientos alrededor de Jerusalén, alterando drásticamente los hechos sobre el terreno. En 1999, el Partido Laborista recuperó el poder con Ehud Barak al frente, reavivando cierta esperanza en las negociaciones.

Sin embargo, el paréntesis de tres años reveló la fragilidad de los Acuerdos de Oslo, exponiéndolos como promesas vacías. Los políticos israelíes incumplieron sistemáticamente sus compromisos, y la Autoridad Palestina carecía de garantías o influencia para exigir responsabilidades. Durante este periodo, la Autoridad centró sus esfuerzos en reprimir el levantamiento popular, extinguiendo efectivamente la resistencia masiva y dejando activos únicamente a los núcleos de movimientos islámicos. Estos también se vieron debilitados por el declive del levantamiento, la disminución del apoyo público y la persecución implacable por parte de las fuerzas de seguridad de la Autoridad.

Estos años son una evidencia contundente del fracaso catastrófico—si no de la complicidad directa—de la Autoridad Palestina. Habiendo utilizado el proceso de Oslo para desmantelar el levantamiento, Israel finalmente abandonó el acuerdo una vez que logró su objetivo de neutralizar la resistencia.

El mandato de Barak, que coincidió con la presidencia de Bill Clinton en Estados Unidos, marcó un capítulo revelador en la trayectoria del proceso de paz y sus acuerdos. Barak, considerado uno de los políticos israelíes más conciliadores;[1] Clinton, posiblemente el presidente estadounidense más comprometido con la resolución del conflicto; y Yasser Arafat, quien había reconocido formalmente el derecho de Israel a existir y reprimido activamente la resistencia, se reunieron en julio de 2000 para lo que sería otra ronda fallida de negociaciones.

[1] La reputación de Barak como "el más conciliador" es solo relativa respecto a otros líderes israelíes; en realidad, fue el artífice de los cinco rotundos "no" que proclamó antes de iniciar las negociaciones: no a dividir Jerusalén, no a retirarse a las fronteras de 1967, no al retorno de los refugiados, no al desmantelamiento de los asentamientos en Cisjordania y Gaza, y no a la presencia de fuerzas árabes en Cisjordania.

Israel se mantuvo firme en su negativa a permitir el retorno de los refugiados palestinos, conceder soberanía árabe sobre Jerusalén o revertir a las fronteras de 1967—tres cuestiones fundamentales en el corazón del conflicto. Arafat, reacio a ceder en estos puntos, habría declarado que aceptar el acuerdo propuesto equivaldría a su asesinato.[1] Sus intentos por salvar su posición mediante propuestas simbólicas, como transferir la soberanía sobre Al-Aqsa a la Organización de Cooperación Islámica—un organismo en gran medida ineficaz—o asegurar un territorio contiguo sin interrupciones por asentamientos israelíes, también fracasaron. Las negociaciones colapsaron.

Este periodo reveló una verdad contundente: ni siquiera el líder israelí más conciliador estaba dispuesto a conceder las condiciones básicas para establecer un Estado palestino viable, y ni siquiera el líder palestino más complaciente pudo asegurar un resultado lo suficientemente significativo como para presentarlo a su pueblo.

Durante los periodos en que se enarbolaba la bandera de las negociaciones, los ataques contra la Mezquita de Al-Aqsa continuaron sin cesar. Bajo el mandato de Barak, en septiembre de 1996, los israelíes abrieron un túnel bajo el muro occidental de la mezquita. Esta acción provocadora desató enfrentamientos violentos, que resultaron en el martirio de más de sesenta palestinos y dejaron más de 160 heridos.

La Intifada de Al-Aqsa

Quedó dolorosamente claro que las máximas concesiones que un líder palestino como Arafat podía ofrecer estaban aún muy lejos de satisfacer las mínimas exigencias de un líder israelí. Una vez más, las negociaciones colapsaron en fracaso.

Durante este periodo, el general retirado Ariel Sharon—una de las figuras militares y políticas más influyentes e intransigentes de Israel—asumió el liderazgo del partido opositor Likud. El 28 de septiembre del año 2000, Sharon realizó una visita altamente provocadora a la Mezquita de Al-Aqsa, lo que desató protestas masivas que marcaron el inicio del

[1] Condoleezza Rice, p. 77.

segundo levantamiento palestino, conocido posteriormente como la Intifada de Al-Aqsa.

Inicialmente, las manifestaciones y el lanzamiento de piedras fueron las principales formas de resistencia disponibles para el pueblo palestino. A pesar de enfrentarse a la formidable maquinaria represiva de Israel, la población palestina demostró un coraje y sacrificio extraordinarios. Las fuerzas israelíes respondieron con medidas brutales: asesinatos, agresiones y arrestos masivos. En cuestión de días, el número de mártires superó el centenar, luego el millar, y las cifras siguieron aumentando.

A medida que el levantamiento se desarrollaba, las facciones de resistencia palestina comenzaron a intensificar sus operaciones. Con el tiempo, las manifestaciones masivas y los enfrentamientos callejeros disminuyeron, dando paso a acciones más estratégicas y sofisticadas. Entre ellas, las operaciones de martirio emergieron como el arma más poderosa y devastadora empleada por la resistencia palestina, dejando una huella significativa en su lucha contra la fuerza abrumadora de Israel.

La situación se descontroló, lo que provocó un cambio en el gobierno israelí pocos meses después del estallido de la Intifada. Ariel Sharon asumió el liderazgo del nuevo gobierno, prometiendo acabar con el levantamiento en 100 días. A pesar de lanzar campañas militares y de seguridad brutales en diversas regiones, no logró cumplir su promesa. En cambio, el conflicto se intensificó en una lucha feroz y desigual, enfrentando a una población palestina desarmada pero resiliente contra la maquinaria militar israelí. Sharon implementó una estrategia de asesinatos sistemáticos contra líderes de facciones militantes, y más tarde amplió estos asesinatos para incluir figuras políticas.

Inicialmente, Arafat intentó distanciarse del levantamiento, frenando discretamente los esfuerzos de sus fuerzas de seguridad para perseguir y reprimir a los combatientes de la resistencia. Consideraba esto una maniobra táctica para presionar a Israel a regresar a la mesa de negociaciones en términos más favorables. Sin embargo, su estrategia fracasó. El ascenso de Sharon al poder marcó un giro hacia el rechazo total de las negociaciones y una ofensiva agresiva para imponer el control absoluto israelí sobre los territorios.

La situación se agravó aún más cuando el presidente estadounidense Bill Clinton dejó el cargo y fue reemplazado por el republicano[1] George W. Bush.[2] La administración Bush reforzó la postura radical de Sharon y debilitó aún más la posición de Arafat. Al año siguiente, el 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos sufrió un ataque devastador que conmocionó al mundo, hirió profundamente el orgullo nacional y dio inicio a la llamada "Guerra Global contra el Terrorismo".

En respuesta, el ejército estadounidense invadió Afganistán en octubre de 2001 e Irak en marzo de 2003, lo que desató una ola global de represión contra el activismo islámico. Aunque inicialmente se dirigía contra grupos yihadistas, esta campaña se amplió para incluir organizaciones islámicas caritativas, humanitarias e incluso políticas. Sharon aprovechó este giro, enmarcando sus acciones como parte de la lucha contra el terrorismo islámico en Palestina y presentando a Arafat como figura central en esa supuesta campaña de terror.

El fracaso de las negociaciones y el estallido de la Intifada provocaron tensiones significativas dentro de las instituciones de la Autoridad Palestina (AP). Aunque una minoría dentro de la AP intentó apoyar la resistencia o al menos ignorarla, la mayoría se mantuvo fiel al propósito para el cual la Autoridad había sido diseñada.

Muchos líderes dentro de estas instituciones, especialmente en el aparato de seguridad, mantenían contacto directo con funcionarios israelíes. Algunos aspiraban a convertirse en el próximo presidente de Palestina, alineándose con los planes occidentales para reemplazar a Arafat. Como resultado, la AP—especialmente sus agencias de seguridad—trabajó sistemáticamente para rastrear, arrestar e interrogar a combatientes de la resistencia, recurriendo a la tortura para extraer información sobre sus redes y células. Muchos murieron bajo tortura, y

[1] Los demócratas tienden a depender más de la diplomacia y el poder blando, mientras que los republicanos suelen ser más duros y menos propensos a un discurso sereno o evasivo.

[2] George W. Bush fue descrito por su madre como "el primer presidente judío de Estados Unidos" debido a su fuerte sesgo a favor de los judíos (véase Condoleezza Rice, p. 177). Hay poca diferencia entre los dos principales partidos en cuanto a sus políticas hacia Israel y la cuestión palestina.

la inteligencia obtenida fue entregada a las fuerzas israelíes, facilitando el asesinato selectivo de numerosos líderes políticos y militares de la resistencia.

En algunos casos, estas agencias arrestaban a miembros de la resistencia solo para entregarlos a Israel, o abandonaban sus sedes para permitir que las fuerzas israelíes tomaran custodia de los detenidos. También frustraron operaciones importantes contra Israel y lograron desmantelar componentes críticos de la infraestructura de la resistencia, obligándola a reconstruirse desde cero en varias zonas.

Las acciones de la AP y sus aparatos de seguridad se convirtieron en una calamidad profunda y sin precedentes para el pueblo palestino, imponiendo una carga inmensa sobre su lucha por la liberación y la autodeterminación.

Arafat abandonó rápidamente su estrategia inicial de tolerar la resistencia, que había esperado usar como palanca para obtener mejores condiciones en las negociaciones. En cambio, se vio cada vez más amenazado—personal, política y estratégicamente. En un intento por proteger su posición, Arafat redobló su compromiso con el proceso de paz, condenando enérgicamente las operaciones de resistencia. Incluso se jactó del éxito de su aparato de seguridad en frustrar cientos de ataques contra Israel, arrestar líderes y operativos de la resistencia, y proporcionar inteligencia crítica a las autoridades israelíes.

A pesar de estos esfuerzos, Arafat no logró protegerse. Sharon impuso un asedio asfixiante al complejo presidencial de Arafat en Ramala, con fuerzas israelíes que irrumpieron en la ciudad y demolieron parcialmente su sede. Quedó claro que Arafat ya no era considerado un socio viable,[1] y comenzó la búsqueda de un nuevo líder palestino—alguien dispuesto a retomar las negociaciones y concesiones donde Arafat las había dejado. Mahmoud Abbas emergió como el candidato

[1] A pesar de las numerosas concesiones y traiciones de Arafat, los responsables estadounidenses lo retratan con desdén y desprecio en sus memorias. Esto refleja no solo su alineación con los intereses sionistas, sino también su clara conciencia del declive político y moral de Arafat. Ejemplos de ello pueden encontrarse en George Tenet, *En el centro de la tormenta* (p. 103); Condoleezza Rice, *No hay mayor honor* (p. 177); y Hillary Clinton, *Decisiones difíciles* (p. 306).

preferido y enfrentó una intensa presión internacional para aceptar el cargo de primer ministro con poderes ampliados.

Inicialmente, Arafat se resistió a nombrar un primer ministro que rivalizara con su autoridad y actuara, en la práctica, como líder de facto. Sin embargo, la amenaza inminente de asesinato lo obligó a ceder, y nombró a Mahmoud Abbas el 29 de abril de 2003. Rápidamente surgieron luchas internas por el poder entre ambos, lo que llevó a Abbas a dimitir en menos de cinco meses. En respuesta, Arafat nombró a Ahmed Qurei como primer ministro el 5 de octubre de 2003, considerándolo más alineado con su visión que Abbas, quien era favorecido por Israel. Sharon, sin embargo, asestó el golpe final orquestando el asesinato de Arafat en noviembre de 2004, presuntamente mediante un veneno de acción lenta administrado por alguien de su círculo cercano. Este desenlace fue facilitado por una autoridad de gobierno diseñada desde el inicio para operar bajo dominio israelí.

Tras la muerte de Arafat, Mahmoud Abbas regresó para liderar la Autoridad Palestina y la Organización para la Liberación de Palestina, respaldado por un sólido apoyo de Israel y Estados Unidos.

En enero de 2005, se celebraron elecciones presidenciales cuidadosamente orquestadas con el objetivo inequívoco de instalar a Mahmoud Abbas como jefe de la Autoridad Palestina. Participaron siete candidatos, ninguno con apoyo popular significativo ni recursos para desafiar seriamente a Abbas, el heredero preferido de la AP y colaborador destacado con la ocupación israelí. Como era de esperar, las elecciones culminaron con la victoria de Abbas, asegurando su posición como presidente de la Autoridad Palestina.

El asesinato de Arafat marcó la conclusión de una serie de asesinatos selectivos de líderes palestinos. Sharon amplió el alcance de estos asesinatos, apuntando a líderes políticos de facciones palestinas, una escalada significativa respecto al enfoque anterior centrado en comandantes militares. El pueblo palestino pagó un precio altísimo, perdiendo a muchos de sus mejores líderes militares y políticos durante la Intifada.

Entre los líderes militares más prominentes asesinados se encuentran Mahmoud Abu al-Hanoud, comandante de las Brigadas al-Qassam en Cisjordania, en noviembre de 2001, y Salah Shehadeh, comandante general de las Brigadas al-Qassam, en julio de 2002. Entre los líderes políticos

A pesar de estas pérdidas profundas, la resistencia palestina demostró una resiliencia extraordinaria, reponiendo sus filas y continuando la lucha. Desarrolló estrategias innovadoras de seguridad y combate que frustraban constantemente a las fuerzas israelíes. Incluso con medidas de seguridad reforzadas, los combatientes de la resistencia lograban penetrar las defensas para ejecutar operaciones de martirio en el corazón del territorio israelí. Estas operaciones incluyeron la participación de mujeres[1] y sumaron 135 misiones entre 2000 y 2005, de las cuales Hamas llevó a cabo 61.[2]

La resistencia también logró avanzar en su capacidad armamentística, comenzando con la producción de cohetes de fabricación local. Estos cohetes tenían inicialmente un alcance de 10 km, que luego se extendió a 12 km, utilizando componentes obtenidos dentro del entorno palestino. Esto representó una escalada significativa en la amenaza a la seguridad de los asentamientos israelíes.

Durante los cinco años de la Intifada, el ejército israelí registró más de 22,000 ataques, tiroteos y lanzamientos de cohetes,[3] incluyendo operaciones de alto perfil como el asesinato del ministro de Turismo israelí Rehavam Ze'evi por el Frente Popular el 17 de octubre de 2001.

Tanto Gaza como Cisjordania ofrecían ventajas distintas para la lucha de resistencia. Gaza se distinguía por su alta densidad poblacional, especialmente en los numerosos campos de refugiados. También se caracterizaba por la fuerza del movimiento islámico, que operaba activamente dentro de esta población densa, particularmente en los campamentos. En contraste, Cisjordania presentaba un terreno

[1] La vanguardia de las mártires palestinas durante la Segunda Intifada provenía de diversas facciones, entre ellas Wafa Idris, Ayat al-Akhras, Dareen Abu Aisheh, Hanadi Jaradat, Reem al-Riyashi y otras.
[2] Muhsin Saleh, p. 128.
[3] Ibid.

escarpado, lleno de cuevas, acantilados y numerosos senderos montañosos que permitían a los combatientes infiltrarse en Israel, a pesar de los extensos puestos de control en las carreteras principales.

Como resultado, las operaciones en Gaza se destacaban por su frecuencia, diversidad y la dificultad para rastrear y capturar a los perpetradores entre la población densa. El ejército israelí enfrentaba grandes desafíos para lanzar incursiones a gran escala en Gaza. Por otro lado, las operaciones en Cisjordania eran más focalizadas e impactantes, especialmente por la proximidad a centros clave israelíes como Jerusalén y Tel Aviv, y por la dificultad de controlar los estrechos caminos montañosos.

La Intifada y las operaciones de martirio lograron desestabilizar la doctrina de seguridad israelí, provocando un aumento en la emigración y causando daños económicos significativos. Ante las pérdidas crecientes, Sharon comprendió que la única forma de detener la espiral descendente era tomar dos decisiones cruciales—decisiones que ningún primer ministro israelí podría haber adoptado sin el poder y la trayectoria militar que Sharon poseía: el retiro de la Franja de Gaza y la construcción del muro de separación en Cisjordania.

El objetivo de Sharon con el muro era cerrar todos los puntos de entrada posibles para los atacantes suicidas. Su razonamiento para retirarse de Gaza era alejar a los israelíes de la amenaza, dejando a Israel el control del bloqueo externo mientras las fuerzas de seguridad palestinas tomaban el control interno, provocando así una lucha interna entre los propios palestinos.

Para muchos israelíes, el retiro de Gaza y la construcción de una barrera de separación en vastas zonas de Cisjordania eran impensables. Estas acciones se consideraban una violación de tabúes profundamente arraigados—una admisión de derrota ante la resistencia palestina, a pesar de la disparidad militar. También se corría el riesgo de sentar un precedente para futuros retiros en Cisjordania, lo que podría desmantelar asentamientos establecidos desde 1967. Sin embargo, Sharon siguió adelante con su plan, aplastando cualquier oposición interna en Israel.

A mediano plazo, estas medidas lograron frenar las operaciones de martirio, obligando a la resistencia palestina a explorar nuevas tácticas. No obstante, Sharon no previó que una Gaza liberada evolucionaría hacia un bastión resiliente de resistencia, una plataforma de lanzamiento para una campaña intensiva de cohetes y una base militar significativa—alterando fundamentalmente el equilibrio de poder.

El retiro israelí de Gaza fue el resultado más significativo de esta valiente Intifada, durante la cual más de 4,000 palestinos fueron martirizados entre 2000 y 2005, incluyendo cerca de 800 niños y alrededor de 300 mujeres. Más de 45,000 resultaron heridos, aproximadamente 10,000 fueron arrestados y más de 70,000 viviendas fueron destruidas.[1] En comparación, Israel sufrió más de 1,500 bajas y más de 3,000 heridos. Económicamente, 2002 fue el peor año en la historia de Israel, con pérdidas que totalizaron ocho mil millones de dólares en los dos primeros años de la Intifada, un promedio de 11 millones de dólares por día. Además, los israelíes sufrieron un profundo impacto psicológico, perdiendo la confianza en la seguridad, prosperidad y bienestar que se les había prometido para fomentar la inmigración. Desde entonces, la migración inversa ha aumentado gradualmente.[2]

Aunque estas cifras puedan sugerir inicialmente una derrota para el pueblo palestino y una victoria para los israelíes, un análisis más profundo revela otra historia. Considerando el deterioro del equilibrio de poder, se hace evidente que el pueblo palestino demostró una resiliencia, determinación y coraje notables.

Además, al considerar los cambios morales significativos, el panorama se aclara aún más. Uno de los más notables provino de Tzipi Livni, figura sionista y nacionalista acérrima, quien reconoció que el concepto del Gran Israel había llegado a su fin. Admitió que los israelíes ya no podían continuar dominando a los palestinos sin realizar concesiones dolorosas.[3]

---

[1] Muhsin Saleh, pp.126, 128.
[2] Ibid., pp.129–130.
[3] Condoleezza Rice, p.328.

La Liberación de la Franja de Gaza

Una de las diferencias clave entre los movimientos de resistencia en Cisjordania y Gaza es que los islamistas en Cisjordania vivieron bajo el régimen jordano hasta 1967, un régimen que generalmente se basaba en una estrategia de contención y control suave. En cambio, sus homólogos en Gaza estuvieron sometidos al régimen egipcio, duro y represivo, lo que influyó profundamente en el desarrollo del movimiento islámico y moldeó su enfoque hacia el reclutamiento y el activismo.

Además, la geografía de Gaza—su terreno relativamente plano y su pequeño tamaño—la convirtió en un refugio natural para muchos desplazados, lo que dio lugar a una población densamente concentrada. Esto generó una estructura social estrechamente conectada, aunque no moderna, con comunidades cohesionadas, calles angostas y un laberinto de callejones y pasajes. Estas condiciones hicieron que Gaza fuera especialmente resistente a las medidas de vigilancia y control empleadas por las autoridades modernas.

Estos factores, entre otros, permitieron que los islamistas en Gaza crecieran en fuerza en comparación con sus homólogos en Cisjordania, convirtiéndose en un desafío significativo para los ocupantes israelíes. Incluso se dice que Yitzhak Rabin deseaba despertar y encontrar que Gaza había sido tragada por el mar. Esta región se convirtió en uno de los asuntos más complicados dentro de la estrategia de seguridad israelí, y fue uno de los primeros temas que intentaron transferir a la autoridad de Arafat. Sin embargo, fue Sharon quien finalmente se retiró de Gaza.

Internamente, los islamistas en Gaza eran más audaces, más proactivos y más dispuestos a tomar la iniciativa que sus pares. Desde el inicio del establecimiento de la Autoridad Palestina, reconocieron la importancia de participar en las elecciones de 1996, a diferencia de sus homólogos en Cisjordania y en el extranjero.[1] Fue desde Gaza que

[1] Ibrahim Gosheh, p. 225.

comenzó la primera Intifada, desde Gaza que surgió la resistencia armada, y desde Gaza que emergieron algunos de los líderes más influyentes de la resistencia palestina.

Retiro israelí de Gaza

El retiro israelí de Gaza fue programado para 2005. En respuesta, la Autoridad Palestina declaró su disposición y capacidad para gobernar el territorio, mientras que las facciones de resistencia señalaron su voluntad de asumir el control, con el objetivo de eliminar cualquier excusa que pudiera socavar el retiro y mantener la esperanza de una futura reconciliación con la Autoridad.

Mohammad Dahlan, jefe del Servicio de Seguridad Preventiva en Gaza, era visto por los israelíes como su principal esperanza para mantener la seguridad en el sector. Dahlan fue uno de los colaboradores más leales de Israel, conocido por sus esfuerzos implacables para rastrear, arrestar y torturar a miembros de la resistencia. También era considerado un posible sucesor de Yasser Arafat, con aspiraciones de convertirse en presidente de la Autoridad Palestina. Sin embargo, la presencia de figuras mayores como Mahmoud Abbas frustró sus ambiciones, ya que Dahlan era considerado demasiado joven para obtener aceptación dentro del liderazgo establecido.

Aunque perdió la oportunidad de liderar la Autoridad, Gaza le ofreció a Dahlan una oportunidad única para demostrar su valía o incluso buscar una independencia regional. Esto sentó las bases para una escalada de tensiones entre él y Abbas. La estrategia de Sharon para apoyar el control de Dahlan sobre Gaza incluyó el asesinato de líderes clave de la resistencia, como el jeque Ahmed Yassin y Abdul Aziz al-Rantisi.

Si bien el retiro israelí de Gaza fue un logro significativo para la resistencia palestina—demostrando su capacidad para lograr lo que los ejércitos árabes no pudieron—también marcó un giro peligroso en la situación. De este desarrollo surgieron dos cuestiones principales: Primero, la Autoridad Palestina, liderada por Dahlan y Abbas, y sus fuerzas de seguridad llenas de colaboradores, iniciaron una serie de campañas severas contra las facciones de resistencia, bajo el lema de que

"las armas legítimas pertenecen a la Autoridad Palestina." Segundo, el desafío abrumador de gobernar la Franja de Gaza, densamente poblada, sin recursos económicos, sin profundidad geográfica y sin respaldo político, hizo que la administración efectiva fuera cada vez más difícil.

La resolución práctica y realista de estos desafíos se desarrolló a través de una serie de acontecimientos, todos ellos ocurridos fuera de Gaza:

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 provocaron una conmoción sin precedentes en Estados Unidos, una que no se había experimentado desde la Segunda Guerra Mundial. En el período posterior, comenzó a circular una nueva idea dentro de los círculos políticos estadounidenses: la necesidad de democratizar el mundo islámico. Aunque este concepto había existido durante mucho tiempo en discusiones académicas, orientalistas y de seguridad, no había atraído a los responsables políticos. Mientras los dictadores árabes mantuvieran los intereses estadounidenses e israelíes, no había incentivo para reemplazarlos ni promover la democracia en sus países, dado el riesgo e incertidumbre que tal cambio podría implicar.

Sin embargo, las secuelas del 11 de septiembre revelaron una realidad dura: estos autócratas árabes estaban alimentando niveles explosivos de ira y resentimiento. Estas bombas de tiempo ya no estaban confinadas al mundo árabe e islámico, sino que habían comenzado a detonar en el corazón mismo de América y Europa. En este contexto, dos modelos en el mundo islámico—Turquía y Pakistán—se volvieron particularmente atractivos para los estrategas estadounidenses.

En ambos países, los procesos democráticos permitían el cambio de partidos gobernantes, pero el núcleo del poder estatal—encarnado en el ejército—permanecía firmemente alineado con los intereses estadounidenses. El ejército en estas naciones podía intervenir o ejecutar golpes de Estado siempre que la democracia produjera resultados desfavorables para ellos o para Estados Unidos. Por ejemplo, Turquía se

ganó la reputación de experimentar un golpe militar aproximadamente cada década,[1] mientras que Pakistán promediaba uno cada ocho años.[2]

La principal ventaja de estos modelos era su capacidad para absorber la energía de los movimientos islamistas, redirigiéndolos hacia la participación política en lugar de la resistencia militante. Esto impedía el surgimiento de movimientos yihadistas, ya que la perspectiva de un cambio político ofrecía una alternativa plausible, alcanzable y menos costosa que la lucha armada.

En consecuencia, la política estadounidense se orientó hacia la "difusión de la democracia" en el mundo árabe—no por un compromiso genuino con los principios democráticos ni por preocupación por las poblaciones árabes, sino como una maniobra estratégica para desviar la energía islamista de los caminos yihadistas que podrían conducir a futuros ataques como los del 11 de septiembre. Palestina fue identificada como terreno de prueba para este experimento, especialmente porque los israelíes vieron una oportunidad para alinear esta versión de democracia con sus propios intereses estratégicos.

Yasser Arafat ejerció como líder de la Autoridad Palestina, representando al pueblo palestino sin haber sido elegido directamente ni contar con un mandato electoral. Su ascenso comenzó como dirigente del movimiento Fatah, que, al integrarse a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP)—originalmente establecida con el respaldo del régimen nasserista egipcio—asumió rápidamente el control de la organización. Arafat se convirtió posteriormente en su presidente. El papel de la OLP como representante del pueblo palestino no fue una decisión tomada por los propios palestinos, sino el resultado de una resolución de los Estados árabes. Tras la Intifada, Arafat fue elevado a liderar la causa palestina, una vez más sin la legitimidad de una elección.

---

[1] En Turquía se produjeron golpes militares en los años 1960, 1971, 1980 y 1997, siendo este último conocido como un "golpe blando" contra el gobierno del líder islamista Necmettin Erbakan.

[2] En Pakistán tuvieron lugar golpes militares en 1958, 1971, 1977, 1998 y 1999. Además, en 1988 fue asesinado el general Zia-ul-Haq, quien se oponía a los intereses estadounidenses.

Aunque estas circunstancias excepcionales permitieron a Arafat alcanzar el liderazgo sin validación electoral, no ofrecieron el mismo camino a sus sucesores, en particular a Mahmoud Abbas. Abbas carecía de un historial notable de resistencia, no era un orador elocuente y arrastraba una reputación controvertida como arquitecto de los Acuerdos de Oslo. Por ello, surgió la necesidad de unas elecciones palestinas respaldadas por Estados Unidos e Israel que otorgaran legitimidad a Abbas como presidente de la Autoridad Palestina. Esta legitimidad era esencial para permitirle realizar las concesiones que se esperaban de él en cuestiones críticas como Jerusalén, los refugiados y los asentamientos.[1] Además, se pretendía que le diera poder para liderar una campaña decisiva contra las facciones de resistencia, aprovechando su estatus como presidente legítimamente electo en unas elecciones "libres y justas", respaldado por una mayoría de Fatah en el Consejo Legislativo—esencialmente el parlamento palestino.

En ese momento, las facciones de resistencia palestina se alarmaron, al darse cuenta de que la resolución y posible cierre de la causa palestina podía acelerarse drásticamente a través de las próximas elecciones. A esta crisis se sumaba el hecho de que estas facciones se habían estructurado y operaban en torno a su identidad como movimientos de resistencia, no como partidos políticos diseñados para competir en elecciones. Desde su origen, nunca se había imaginado ni anticipado que Israel permitiría elecciones para el pueblo palestino. Esta situación sin precedentes planteó un desafío sustancial, provocando una división significativa entre las dos principales facciones islámicas de resistencia: Hamas y la Yihad Islámica.

Hamas decidió participar en las elecciones, con el objetivo de hacer todo lo posible para impedir la liquidación de la causa palestina y evitar que Fatah, que ya monopolizaba el poder, tomara decisiones críticas y definiera unilateralmente el destino de la causa. Por el contrario, la Yihad

[1] Mahmoud Abbas no dudó en condenar la resistencia ni en declarar que el retorno de los refugiados no era una solución realista, a pesar de que él mismo proviene de una familia de refugiados originaria de la ciudad ocupada de Safed. Con ello, se convirtió en el primero en renunciar a su propio derecho y al derecho de todo el pueblo palestino.

Islámica optó por boicotear las elecciones, sosteniendo que estas no podían otorgar legitimidad a concesiones sobre derechos históricos y subrayando que el movimiento de resistencia debía mantenerse firmemente comprometido con la lucha militar y de campo, independientemente de las decisiones de la Autoridad.

Desde la perspectiva de los estadounidenses, israelíes, regímenes árabes e incluso de Fatah, la participación de Hamas en las elecciones no representaba una amenaza real. La victoria de Fatah parecía asegurada, dada su prolongado control sobre la Autoridad Palestina, sus recursos financieros y sus trece años de dominio sobre la maquinaria administrativa. Los movimientos de resistencia, a pesar de su popularidad, carecían de cuadros experimentados en gobernanza y administración, no tenían experiencia previa en operaciones políticas y (especialmente entre los candidatos locales que competían en las elecciones) carecían de relaciones internacionales. Además, como movimientos islámicos, enfrentaban un rechazo inherente en el entorno árabe regional, lo que reducía aún más sus perspectivas.

Las elecciones se llevaron a cabo con gran cuidado para garantizar su transparencia, sin dejar espacio para dudas sobre la legitimidad de Mahmoud Abbas y del gobierno de la Autoridad Palestina. Sin embargo, los resultados fueron un auténtico terremoto: Hamas emergió victorioso con una mayoría abrumadora, obteniendo 74 de los 132 escaños y logrando la capacidad de formar gobierno de manera independiente. Este resultado, inesperado para todos—incluso para Hamas—redefinió el panorama político. Hamas había aspirado inicialmente a desempeñar el papel de una oposición fuerte capaz de impedir cualquier concesión sobre los derechos palestinos, no a asumir el gobierno. Mientras tanto, Fatah logró apenas 45 escaños.

Los resultados electorales resonaron en toda Palestina, el mundo árabe y las naciones occidentales. El proceso democrático había elevado al poder a Hamas, un grupo clasificado por muchos como organización terrorista. Este desarrollo colocó a la comunidad internacional en una encrucijada. Reconocer la legitimidad de las elecciones implicaba respetar la voluntad del pueblo palestino, mientras que rechazar los resultados

exponía la hipocresía de su retórica democrática.[1] Sin embargo, los opositores al resultado electoral encontraron una vía: reconocieron la limpieza del proceso, pero se negaron a aceptar sus resultados, lanzando esfuerzos para obstruir y finalmente anular el impacto de las elecciones.

La Resolución Militar en Gaza

La consecuencia más profunda de estas elecciones fue el desmantelamiento del plan para resolver la cuestión palestina mediante un gobierno dominado por Fatah. La posibilidad de instalar un presidente palestino con plena legitimidad para renunciar a los derechos sobre la Palestina histórica y hacer concesiones en asuntos críticos—como Jerusalén, los refugiados, la soberanía estatal, los derechos sobre el agua y los asentamientos—fue efectivamente frustrada. Esto representó una victoria monumental y un retroceso frente a una amenaza peligrosa.

Sin embargo, este logro también introdujo nuevos y complejos desafíos para el movimiento de resistencia, ahora encargado de gobernar una población asediada y sofocada bajo presiones externas constantes. Administrar los asuntos de cualquier sociedad es inherentemente difícil, pero para la comunidad palestina bajo tales restricciones excepcionales, resultó ser una prueba sin precedentes de lucha política, administrativa y humanitaria.

Hamas intentó formar un gobierno de unidad nacional que incluyera a todas las facciones palestinas, con el fin de compartir la responsabilidad de gobernar y mitigar la inminente ola de hostilidad proveniente de la Autoridad Palestina, los regímenes árabes y las naciones occidentales. Sin embargo, esta iniciativa fue frustrada mediante amenazas dirigidas a cualquier facción dispuesta a unirse al gobierno de Hamas. En consecuencia, Hamas no tuvo más opción que gobernar en solitario, con Ismail Haniyeh como Primer Ministro, Mahmoud al-Zahar como Ministro de Asuntos Exteriores y Saeed Siyam como Ministro del Interior, siendo estos dos últimos figuras prominentes dentro del movimiento.

[1] Véase Condoleezza Rice, pp. 476–477.

Se lanzó una campaña coordinada de oposición, encabezada por la Autoridad Palestina y Fatah. Una de las primeras acciones de Mahmoud Abbas fue convocar una sesión del consejo legislativo saliente para aprobar enmiendas constitucionales que despojaban al gobierno de sus poderes y los concentraban en manos del presidente. Abbas emitió decretos adicionales para reestructurar ministerios y agencias, transfiriendo responsabilidades clave—como las fuerzas de seguridad, supervisión de medios, gestión fronteriza y operaciones diplomáticas—directamente a su cargo.

El golpe más perjudicial, sin embargo, provino del interior de los sistemas administrativos de la Autoridad Palestina. Los ministros de Hamas encontraron sus ministerios vacíos, sin fondos ni recursos. La infraestructura administrativa estaba completamente dominada por miembros de Fatah que obstruían activamente las directivas ministeriales, incluyendo las emitidas por el Ministro del Interior Saeed Siyam. Siyam enfrentó una resistencia inmensa, especialmente de su adjunto Rashid Abu Shbak, nombrado por Abbas para supervisar todas las fuerzas de seguridad. La falta de cooperación generó un caos generalizado en materia de seguridad, agravado por elementos de Fatah que instigaban desórdenes en las calles y por personal de seguridad que se negaba a cumplir sus funciones.

Para recuperar el control, Saeed Siyam estableció una "Fuerza Ejecutiva", compuesta por miembros de diversas facciones y directamente subordinada a él. Esta fuerza, liderada por Jamal Abu Samhadana, fundador de los Comités de Resistencia Popular, fue clave para restaurar el orden. Sin embargo, el liderazgo de Abu Samhadana fue breve, ya que fue asesinado en un ataque aéreo israelí en junio de 2006.

Este no fue el único intento de obstaculizar al nuevo gobierno. Las fuerzas israelíes en Cisjordania lanzaron una campaña de arrestos contra legisladores palestinos que habían ganado escaños en las elecciones, especialmente aquellos afiliados a Hamas, con el objetivo de reducir su número. La meta era asegurar que Fatah mantuviera la mayoría en el Consejo Legislativo o impedir que se alcanzara el quórum si los miembros de Fatah decidían abstenerse, dejando así al consejo inoperante.

Los gobiernos árabes y occidentales también suspendieron la ayuda financiera a la Autoridad Palestina, que representaba más de la mitad de su presupuesto. Además, Israel retuvo los ingresos fiscales recaudados de los palestinos, que constituían aproximadamente un tercio del presupuesto. La comunidad internacional, a través del "Cuarteto"—Estados Unidos, Rusia, la Unión Europea y las Naciones Unidas—impuso condiciones para cualquier trato con Hamas. Estas incluían el reconocimiento de Israel, el rechazo al terrorismo, el cese de actividades de resistencia y la aceptación de todos los acuerdos previamente firmados por la OLP.

Al mismo tiempo, el caos de seguridad orquestado por elementos de Fatah se intensificó. Estallaron protestas por salarios impagos, que derivaron en sentadas, huelgas y manifestaciones, escalando hacia enfrentamientos violentos y asesinatos. Las fuerzas de seguridad de la Autoridad Palestina se involucraron cada vez más en el conflicto, agravando la situación. Ministros y líderes de Hamas fueron blanco de asesinatos, incluyendo figuras destacadas tanto del ala política como militar. Por ejemplo, Abdul Karim al-Qouqa fue asesinado el 31 de marzo de 2006, Muhammad al-Tatar el 16 de mayo de 2006, y Hussein al-Aouja el 6 de julio de 2006. Militantes de Fatah recurrieron a tácticas brutales, como disparar a jóvenes de Hamas en los pies y dejarlos desangrarse, bloquear el acceso de ambulancias o arrojarlos desde edificios altos. A pesar de la creciente violencia, Hamas se esforzó por mantener la contención, profundamente preocupado por la posibilidad de un conflicto interno o guerra civil.

Se realizaron numerosos intentos de reconciliación. En junio de 2006, palestinos encarcelados en prisiones israelíes propusieron un documento destinado a crear un marco de consenso entre ambas facciones. Siguieron varias reuniones, celebradas en El Cairo y La Meca, culminando en el Acuerdo de La Meca el 7 de febrero de 2007. A pesar de estos esfuerzos, todos los intentos fracasaron, ya que ni Fatah ni Israel estaban dispuestos a aceptar una resolución que permitiera a Hamas gobernar de manera efectiva. Al final de ese año turbulento, el caos de seguridad había cobrado aproximadamente 700 vidas y dejado más de 3,000 heridos. Abbas anunció repetidamente su intención de convocar

elecciones anticipadas, tratando el proceso político como si estuviera sujeto a sus decisiones unilaterales.[1]

Este año agotador de tensión hizo que la reconciliación pareciera cada vez más inalcanzable. Las instituciones de la Autoridad Palestina se negaban a ceder el control o reconocer el gobierno de Hamas.[2] Abbas estableció una fuerza especial conocida como la Guardia Presidencial, que recibió más de 80 millones de dólares en apoyo estadounidense y fue entrenada bajo la supervisión de un asesor militar. Abbas también nombró a Mohammed Dahlan, un feroz opositor de Hamas, como asesor en asuntos de seguridad, otorgándole de facto la autoridad de un Ministro del Interior. Dahlan socavó sistemáticamente al Ministro del Interior independiente Hani al-Qawasmi, hasta que finalmente lo llevó a renunciar.

La situación de seguridad continuó deteriorándose, marcada por un aumento de los puestos de control y una oleada de asesinatos. En una semana particularmente sombría, 22 miembros de Hamas fueron asesinados. Entre principios de 2006 y mediados de 2007, Hamas documentó la muerte de 76 de sus miembros y afiliados a manos de fuerzas de seguridad vinculadas a Fatah. Además, se registraron 462

---

[1] Véase un análisis detallado de estos acontecimientos en el capítulo de Ahmad Saeed Nofal y Mohsen Saleh, "La posición de Hamás respecto a la Organización para la Liberación de Palestina y sus facciones", en Mohsen Saleh (ed.), *El Movimiento de Resistencia Islámica Hamás: Estudios en pensamiento y experiencia*, 2.ª ed., Beirut: Centro Al-Zaytouna, 2015, p. 144 y siguientes.

[2] Estados Unidos proporcionó instructores para la Guardia Presidencial Palestina como parte de los esfuerzos para fortalecer a Mahmoud Abbas y a la Autoridad Palestina (AP) tras la victoria electoral de Hamás en 2006. Esta iniciativa incluyó la colaboración con Jordania, donde tuvo lugar el entrenamiento, y contó con el apoyo del Coordinador de Seguridad de EE. UU. para Israel y la AP. Los instructores incluían expertos en seguridad estadounidenses y personal del Buró de Asuntos Internacionales de Narcóticos y Aplicación de la Ley del Departamento de Estado (INL). Este programa, destinado a formar una fuerza de seguridad profesional y competente, se centró en la protección de personalidades y en la lucha contra el terrorismo. Aunque buscaba estabilizar el gobierno de la AP, también contribuyó a agravar las tensiones entre Fatah y Hamás, especialmente durante los enfrentamientos entre facciones.
Véase: https://pdf.usaid.gov/pdf_docs/Pcaab579.pdf (CRS-4), y https://2001-2009.state.gov/documents/organization/113300.pdf.

incidentes violentos en los cuatro meses posteriores a la firma del Acuerdo de La Meca.

En ese momento, las Brigadas al-Qassam tomaron la decisión decisiva de poner fin a la situación anómala, actuando de forma independiente del buró político de Hamas. Lanzaron un ataque rápido y dirigido contra la sede principal de la Fuerza de Seguridad Preventiva de Mohammed Dahlan en Tel al-Hawa, considerada el "centro neurálgico" de la oposición. En cuestión de horas, el bastión se derrumbó, dejando a su personal disperso—ya sea huyendo, desplazado o escondido.

Esta resolución militar se erige como uno de los momentos más decisivos en la historia palestina, anunciando lo que muchos consideran la verdadera liberación de Gaza. Desde entonces, Gaza ha permanecido como el único territorio genuinamente liberado en Palestina y, posiblemente, la única zona plenamente emancipada en todo el mundo árabe.

Como represalia, la Autoridad Palestina (AP) y las fuerzas de Fatah en Cisjordania desataron una violenta campaña de represión contra Hamas y sus instituciones. Mahmoud Abbas destituyó al gobierno de Ismail Haniyeh e impuso unilateralmente una nueva administración encabezada por Salam Fayyad—una figura criticada por sus estrechos vínculos con intereses israelíes y estadounidenses—sin elecciones, referéndum ni aprobación legislativa, en flagrante violación de las normas constitucionales. Este acontecimiento marcó el inicio de lo que se conocería como la división palestina: Hamas tomó el control de la Franja de Gaza liberada, mientras que la AP, bajo Fatah, mantuvo su dominio sobre la Cisjordania ocupada por Israel.

La administración de Abbas en Cisjordania reanudó las negociaciones y la coordinación de seguridad con Israel, intensificando la represión de actividades religiosas, organizaciones benéficas e iniciativas sociales bajo el pretexto de combatir a Hamas. Este periodo presenció un nivel de colaboración sin precedentes con Israel para desmantelar redes de resistencia, arrestar activistas, compartir inteligencia

y realizar interrogatorios conjuntos. Para los palestinos en Cisjordania, esto inauguró una era excepcionalmente dura y opresiva.[1]

En una medida inusual y sin precedentes, Fatah decidió suspender los salarios de los empleados del sector público en Gaza a menos que se abstuvieran de presentarse a trabajar. La lógica era que, al acudir a sus puestos, los empleados estarían ayudando a Hamas a gobernar Gaza, y por tanto sus salarios serían eliminados. Esta "huelga forzada" obstaculizó gravemente la capacidad de Hamas para gestionar el territorio, al tiempo que purgaba los cargos administrativos de leales a Fatah, dejando únicamente a quienes eran afines a Hamas o se oponían a la coerción.

Los regímenes árabes también tomaron medidas contra Hamas. Egipto cerró completamente el cruce de Rafah e impuso un cerco total sobre Gaza. Arabia Saudita impidió que los gazatíes realizaran la peregrinación del Hajj en el primer año tras la toma militar de Hamas. Mientras tanto, los gobiernos árabes y occidentales reanudaron el apoyo financiero al gobierno de Salam Fayyad, otorgando subvenciones y ayuda para fortalecer la administración de Abbas y financiar los esfuerzos contra la resistencia en Cisjordania.

Israel intensificó sus ataques sobre Gaza, conmocionado por la inesperada toma militar de Hamas tras el retiro israelí. Pocos habían anticipado que la retirada israelí de Gaza culminaría en el control de Hamas, respaldado por la legitimidad de una victoria electoral abrumadora. Este hecho marcó la primera vez desde la ocupación

[1] Véanse las siguientes obras para conocer las políticas de la Autoridad Palestina en la Ribera Occidental:

- Oficina de Medios de Hamás, *El Libro Negro: Investigación y documentación de las prácticas de la "Autoridad de Dayton" y las violaciones de su aparato de seguridad en la Ribera Occidental (14/6/2007–15/6/2008)*, 1.ª ed. Gaza: versión electrónica, 2008.
- Mohsen Saleh (ed.), *Choque de voluntades: La conducta de seguridad de Fatah, Hamás y otras partes implicadas (2006–2007)*, 1.ª ed. Beirut: Centro Al-Zaytouna, 2008.
- Esraa Lafi, *Políticas para combatir la resistencia: Hamás en la Ribera Occidental como estudio de caso*, Instituto Egipcio de Estudios, 16 de marzo de 2018.

británica que los palestinos gobernaban una porción de tierra, con líderes provenientes de la resistencia en lugar de aquellos que habían comprometido principios y renunciado a derechos.

Abbas intentó recuperar el control de la Franja de Gaza, abogando por el despliegue de fuerzas internacionales para ocupar la zona. Sin embargo, esta propuesta fue rechazada debido a dos obstáculos principales: las complejidades en torno a la autoridad y las operaciones de dichas fuerzas bajo la supervisión de los gobiernos egipcio e israelí, y la suposición predominante de que el estricto bloqueo sobre Gaza acabaría forzando a Hamas a rendirse y colapsar. Ese escenario anticipado nunca se materializó.

Aunque Hamas resistió el asedio, tanto el movimiento como el pueblo de Gaza enfrentaron dificultades extremas bajo el bloqueo. Los sectores económico, sanitario y educativo se deterioraron rápidamente, diversos proyectos de desarrollo colapsaron y las condiciones sociales empeoraron significativamente. Las tasas de pobreza y desempleo se dispararon, la escasez de agua se volvió crítica y las enfermedades proliferaron debido a la falta de medicamentos y a las restricciones en la importación de equipos médicos. Gaza se convirtió, en efecto, en la prisión al aire libre más grande del mundo.

Las Cinco Guerras en Gaza

Desde la consolidación militar de Hamas, Gaza se transformó en un territorio palestino liberado, gobernado por una administración que respalda la resistencia en lugar de reprimirla. Este giro representó una amenaza seria para sus adversarios. A pesar de enfrentar desafíos significativos, como garantizar el suministro de salarios y bienes, las operaciones de resistencia prosperaron y evolucionaron, marcando una nueva fase de resiliencia y crecimiento estratégico.

Hamas emprendió esfuerzos para desmantelar las redes de espionaje israelíes dentro de Gaza mediante diversos métodos. Estos incluyeron ofrecer amnistía y protección a los colaboradores arrepentidos, procesar y ejecutar a otros, y en ocasiones reutilizar informantes para desinformar a la inteligencia israelí. La organización facilitó el crecimiento de la resistencia fortaleciendo sus capacidades operativas, fomentando la

cooperación entre facciones y estableciendo salas de operaciones conjuntas y comités de coordinación. Estas medidas garantizaron una toma de decisiones unificada, equilibrando las responsabilidades de gobernanza con el compromiso militar frente a Israel.

Equilibrar la gobernanza y la resistencia supuso un desafío considerable para Hamas, que debía gestionar los asuntos políticos, de seguridad y cotidianos de Gaza mientras desarrollaba sus capacidades militares. Esto fue especialmente difícil debido al aislamiento geográfico de Gaza y al estricto bloqueo egipcio, a menudo más severo que las restricciones impuestas por Israel.

Desde la consolidación militar, Gaza ha experimentado cuatro guerras importantes con Israel: la primera entre finales de 2008 y principios de 2009, la segunda en 2012, la tercera en 2014 y la cuarta en 2021. Entre estos conflictos también hubo escaramuzas e intensificaciones intermitentes.

Israel intentó sistemáticamente eliminar a Hamas o desalojarlo del poder en Gaza durante estas guerras, pero fracasó en cada ocasión. Por el contrario, cada conflicto reveló avances notables en el armamento y la pericia técnica de la resistencia. La principal condición de Hamas para cesar las hostilidades ha sido el levantamiento del bloqueo, incluyendo el establecimiento y operación de un puerto marítimo en Gaza. Sin embargo, esta demanda sigue sin cumplirse.

Un quinto conflicto, anterior a la consolidación militar de Hamas en Gaza, fue la guerra de 2006, que sirvió como testimonio contundente del compromiso inquebrantable del movimiento con la resistencia—aun después de participar en elecciones y formar gobierno. Esto contrastó marcadamente con la trayectoria de Fatah, que había abandonado sus principios, abrazado la colaboración y se había convertido en una herramienta de los intereses israelíes.

En junio de 2006, la resistencia ejecutó una audaz operación militar que resultó en la captura del soldado israelí Gilad Shalit. Esta acción provocó una ofensiva israelí intensa, cuyo objetivo era recuperar a Shalit, desmantelar la infraestructura de lanzamiento de cohetes dirigida a los asentamientos israelíes del sur y destruir las redes de túneles de Gaza. A

pesar de estos objetivos, Israel no logró sus metas, y el conflicto concluyó con un alto el fuego en noviembre de 2006.

Consideradas en conjunto, estas guerras afectaron desproporcionadamente a los palestinos en términos de víctimas y destrucción. Superficialmente, los daños materiales podrían parecer derrotas repetidas. Sin embargo, esta narrativa ignora el desequilibrio significativo de poder y los objetivos divergentes de ambas partes. Para la resistencia, sobrevivir, infligir daño al enemigo y frustrar sus objetivos bajo severas restricciones militares y políticas representó logros extraordinarios.

El papel de Egipto como mediador y adversario también moldeó las luchas de Gaza. El régimen egipcio, uno de los enemigos más formidables de la resistencia, impuso un bloqueo estricto sobre Gaza. El cierre del cruce de Rafah, la única vía de entrada y salida de bienes y personas, intensificó la crisis humanitaria. Suministros críticos, incluyendo combustible para electricidad y equipos médicos, fueron severamente restringidos. Como resultado, la población de Gaza soportó penurias inimaginables: hospitales cerrados por cortes de energía y escasez de medicamentos, cirugías suspendidas, y pacientes que fallecieron esperando permiso para recibir tratamiento en el extranjero.

El pueblo de Gaza, con el apoyo de su gobierno, recurrió a la construcción de túneles entre los lados palestino y egipcio de Rafah (originalmente una sola ciudad antes de ser dividida por una frontera trazada por los británicos). Estos túneles se convirtieron en el único salvavidas del enclave, facilitando el transporte de bienes y suministros vitales. A pesar de las expectativas de solidaridad con los palestinos, el régimen egipcio adoptó una postura de "mediación neutral" que en la práctica favorecía abiertamente a Israel y ejercía una presión inmensa sobre la resistencia.

Tras la consolidación militar de Hamas, Egipto lanzó una campaña sin precedentes contra el movimiento y sus aliados. La inteligencia egipcia arrestó a varios miembros de Hamas que transitaban por Egipto, sometiendo a algunos a torturas brutales que resultaron en muertes. Entre los asesinados se encontraba Yusuf Abu Zuhri, hermano del portavoz de Hamas Sami Abu Zuhri. Otro fue Ayman Nofal,

comandante de alto rango de las Brigadas al-Qassam, quien sufrió torturas severas hasta que logró escapar durante la revolución egipcia de 2011.

Mientras actuaba como mediador en un alto el fuego entre Hamas e Israel—basado en el levantamiento del bloqueo de Gaza—Egipto no logró hacer cumplir los compromisos israelíes. Cuando Israel incumplió sus promesas, las facciones de resistencia se negaron a renovar el alto el fuego. En medio de las negociaciones, Israel lanzó una ofensiva sorpresa el 27 de diciembre de 2008, atacando una ceremonia de graduación de cadetes de la policía palestina y matando a más de 100 personas. El ataque ocurrió apenas un día después de una reunión entre la ministra de Asuntos Exteriores de Israel, Tzipi Livni, y el presidente egipcio Hosni Mubarak, lo que generó serias dudas sobre el papel de Egipto.

La guerra resultante, que duró 21 días, devastó Gaza. Más de 1,300 palestinos fueron asesinados, incluyendo más de 400 niños y 100 mujeres, y más de 5,000 resultaron heridos. En contraste, Israel reportó nueve muertes, aunque las facciones de resistencia estimaron que aproximadamente 80 soldados israelíes fueron abatidos.[1]

El resultado más significativo de esta guerra fue la incapacidad de Israel para reocupar la Franja de Gaza. Ante una resistencia inesperada y feroz, se vio obligado a retirarse incondicionalmente, volviendo a su estrategia de bloqueo. Del mismo modo, sus intentos de derrocar al gobierno de Hamas fracasaron, consolidando el papel de Gaza como territorio firme frente a una fuerza militar israelí abrumadoramente superior.

Durante el conflicto, el Emir de Catar intentó convocar una cumbre árabe para abordar la situación de Gaza. Sin embargo, el régimen egipcio hizo grandes esfuerzos para obstruir la cumbre, reduciéndola finalmente a una reunión privada en lugar de una cumbre de emergencia árabe.[2]

---

[1] Muhsin Saleh, pp. 132–133.

[2] El régimen egipcio considera la causa palestina como un activo estratégico que debe permanecer bajo su control exclusivo, viéndola como un medio para reforzar su importancia ante Estados Unidos. Para preservar este monopolio, Egipto se opone activamente a la participación de otras naciones o mediadores. Sin embargo, su constante postura proisraelí y sus crecientes debilidades internas

Cabe destacar que Mahmoud Abbas se negó a asistir, alegando objeciones a la presencia del líder de Hamas, Khaled Meshaal. Abbas consideraba la participación de Meshaal como un desafío a su pretensión de ser el único representante legítimo del pueblo palestino, una pretensión que había sido su preocupación central desde la consolidación militar de Hamas.

La revelación más alarmante de esta guerra fue el grado en que la Autoridad Palestina y el régimen egipcio se opusieron a la resistencia islámica, en particular a Hamas. Esta hostilidad subrayó los desafíos que Hamas enfrentaba no solo por parte de enemigos externos, sino también de actores regionales.

Las acciones controvertidas de la Autoridad Palestina quedaron expuestas durante el escándalo del Informe Goldstone. Richard Goldstone, jurista sudafricano, elaboró un informe documentando violaciones de derechos humanos en la guerra de Israel contra Gaza. Sorprendentemente, la Autoridad Palestina se opuso al informe. Posteriormente se reveló que Israel había amenazado con publicar un video de Mahmoud Abbas en una reunión con el ministro de Defensa israelí Ehud Barak, en la que supuestamente Abbas instaba a Israel a continuar su campaña militar contra Gaza para derrocar a Hamas.

Más evidencia de las acciones de la AP surgió a través de una conversación telefónica filtrada entre Tayyib Abdul Rahim, secretario general de la presidencia palestina, y Dov Weissglas, jefe de gabinete del primer ministro israelí. En la llamada, Abdul Rahim habría alentado al ejército israelí a irrumpir en los campos de refugiados de Jabalia y Shati en Gaza, desestimando la posible pérdida de vidas civiles al declarar que todos habían votado por Hamas, por lo tanto habían elegido su destino.

---

han permitido que Catar y Turquía se conviertan gradualmente en actores influyentes en la mediación del conflicto palestino. A pesar de estos cambios, la ventaja geográfica de Egipto, en particular su control sobre el paso de Rafah, continúa consolidando su papel dominante en la gestión del expediente palestino. Este margen de maniobra garantiza que El Cairo siga siendo un actor crucial, capaz de ejercer su influencia incluso cuando otros actores regionales buscan establecerse como mediadores.

El régimen egipcio también desempeñó un papel polémico durante la guerra. A las campañas mediáticas contra Hamas se sumaron operaciones encubiertas. Observadores sugieren que Omar Suleiman, jefe de inteligencia egipcia, buscaba posicionarse como sucesor del presidente Hosni Mubarak, entonces octogenario, demostrando lealtad a los intereses israelíes y estadounidenses.[1] Suleiman obstruyó las negociaciones para el intercambio de prisioneros entre Hamas e Israel, priorizando la localización del soldado israelí capturado Gilad Shalit. Sus acciones buscaban privar a Hamas de una herramienta clave de negociación para liberar prisioneros palestinos. Además, Suleiman impuso condiciones más duras que las exigidas por Israel, retrasando el intercambio a pesar de las intervenciones de mediadores internacionales, incluidos Francia y Alemania.

Un alivio se extendió por la región cuando estalló la revolución egipcia en enero de 2011, poniendo fin al gobierno de Hosni Mubarak y al de Omar Suleiman, quien había sido nombrado vicepresidente en los últimos días del régimen. Todo el mundo árabe fue sacudido por esta agitación monumental, e Israel percibió una amenaza existencial con la caída de Mubarak. El ministro israelí Benjamin Ben-Eliezer lo describió como "un tesoro estratégico para Israel,"[2] mientras que el exdirector de la CIA George Tenet lo elogió como "uno de los socios más confiables en la lucha contra el terrorismo y la búsqueda de la paz en Oriente Medio."[3] En el léxico de seguridad estadounidense, sin embargo, "terrorismo" suele traducirse como islam, mientras que "buscar la paz" equivale a fortalecer a Israel.

---

[1] Varios miembros del buró político de Hamás compartieron en conferencias en Estambul que Omar Suleiman, exjefe de inteligencia egipcio, mantuvo una postura relativamente equilibrada hacia Hamás hasta 2005, tras lo cual su posición cambió. El jeque Rifai Taha, líder del Grupo Islámico, relató una reunión de 2003 en la que Suleiman trató de conocer las opiniones de las facciones islamistas sobre su posible candidatura presidencial. En 2005 comenzaron a aparecer en las calles de El Cairo campañas que promovían a Suleiman como candidato a la presidencia.

[2] Declaración a la Radio Militar Israelí, 5 de mayo de 2010.

[3] George Tenet, p. 103.

La turbulencia se profundizó con otro evento sísmico: el estallido de la revolución siria en marzo de 2011. Esta revuelta representó una amenaza seria para el régimen de Assad, que había mantenido la seguridad de los Altos del Golán durante cuatro décadas. Crucialmente, la caída del régimen de Mubarak eliminó un obstáculo importante, allanando el camino para que Hamas negociara un acuerdo histórico en octubre de 2011. Este pacto aseguró la liberación del soldado israelí capturado a cambio de mil prisioneros palestinos, incluyendo veinte mujeres.

Con el ascenso de las revoluciones árabes, el sueño de liberar Palestina pareció más cercano que nunca. Estas aspiraciones alcanzaron su punto culminante cuando la Hermandad Musulmana triunfó en las elecciones presidenciales de Egipto, llevando a Mohamed Morsi al poder. Parecía que la historia se había acelerado y que sueños distantes estaban repentinamente al alcance, simbolizados por la cálida recepción de los líderes de Hamas en el palacio presidencial egipcio.

Morsi, quien asumió la presidencia en julio de 2012, luchó por consolidar su autoridad sobre un aparato estatal profundamente arraigado en la hostilidad hacia el islam y los musulmanes, dedicado a reprimir a los islamistas. Enfrentó desafíos significativos para navegar las complejas dinámicas de gobernanza y fue cauteloso al involucrarse en conflictos con Estados Unidos o Israel. La estrategia de la Hermandad Musulmana priorizó tranquilizar a las potencias internacionales y buscar reformas graduales.

A pesar de estas limitaciones, muchas restricciones sobre los palestinos fueron aliviadas durante la presidencia de Morsi, especialmente en lo relativo al cruce fronterizo de Rafah, el único salvavidas para la asediada Franja de Gaza. Aunque el cruce seguía bajo control del mismo aparato de seguridad, que prohibía el traslado de armas o materiales que pudieran facilitar su fabricación, el único año de Morsi en el poder se convirtió en una era dorada para Gaza. Durante ese tiempo, Hamas logró introducir grandes cantidades de armas, beneficiándose del debilitamiento de las fuerzas de seguridad egipcias tras la revolución y de la percepción de que se avecinaba una era liderada

por islamistas. También llegaron suministros clave desde los arsenales libios tras la caída de Muammar Gaddafi.

Este año crucial vio el asesinato de Ahmed Jabari, subcomandante de las Brigadas al-Qassam, el 14 de noviembre de 2012, lo que desencadenó la segunda guerra contra Gaza desde su liberación de facto en 2007. A diferencia de conflictos anteriores, esta guerra ocurrió bajo un régimen egipcio que apoyaba políticamente a Gaza, en medio de una movilización pública árabe creciente y de instituciones estatales egipcias debilitadas. El entorno precario aumentó el temor de que una escalada sin control pudiera provocar una inestabilidad generalizada. En consecuencia, la diplomacia estadounidense se movilizó rápidamente para detener el conflicto. Se alcanzó un acuerdo de alto el fuego en apenas una semana, convirtiéndola en la guerra más breve y menos costosa sobre Gaza. Las hostilidades dejaron 105 palestinos muertos, aproximadamente 1,000 heridos, y causaron 4 muertes israelíes y 219 heridos.

La era dorada terminó abruptamente con un sangriento golpe militar que derrocó a Mohamed Morsi el 3 de julio de 2013. El líder del golpe desató una represión brutal contra la Hermandad Musulmana, evocando las campañas nasseristas de hace seis décadas. El 14 de agosto de 2013, alrededor de 1,000 miembros de la Hermandad fueron asesinados en un solo día durante la infame masacre de Rabaa, nombrada por la plaza donde ocurrió.

En relación con Gaza, el nuevo régimen militar trató a Hamas y a la Franja como enemigos principales, iniciando esfuerzos sin precedentes para reprimirlos y aislarlos. Esta campaña comenzó con el endurecimiento máximo del bloqueo y el cierre casi total del cruce de Rafah. Escaló con una operación militar vigorosa para destruir la red de túneles que conectaban Rafah palestina con Rafah egipcia—líneas vitales que se habían expandido para eludir el bloqueo terrestre desde la era de Mubarak. El ejército egipcio empleó diversas tácticas destructivas, incluyendo detonaciones, inundaciones con agua salada o contaminada, y el uso de gases tóxicos. La campaña incluso llegó a demoler el pueblo egipcio de Rafah para cortar todas las rutas de contrabando. Además, el régimen de Abdel Fattah al-Sisi construyó una colosal muralla de acero,

que se extendía profundamente bajo tierra y se elevaba sobre la superficie, para impedir futuras operaciones de túneles. Para Gaza, la década posterior al golpe estuvo marcada por penurias y adversidades constantes.

Menos de un año después del golpe, Israel lanzó su tercera guerra contra Gaza en 2014, la más devastadora hasta entonces. En ese momento, el régimen egipcio parecía tan decidido como Israel—o incluso más—en su esfuerzo por aplastar a Hamas. Por primera vez, el cruce de Rafah fue cerrado incluso para los heridos que necesitaban atención médica urgente no disponible en Gaza. La postura política y mediática de Egipto se alineó ferozmente con la ofensiva israelí, marcando una colaboración sin precedentes.

A pesar de los desafíos, la resistencia logró un golpe inesperado durante esta guerra cuando sus cohetes alcanzaron Tel Aviv, el corazón económico y administrativo de Israel. Aunque el poder destructivo de los cohetes era limitado, lograron interrumpir la economía israelí, paralizando aeropuertos, escuelas y otras infraestructuras esenciales. El impacto principal de estos cohetes fue menos militar y más psicológico y económico, transmitiendo un mensaje de resiliencia en medio de la adversidad.

Esta guerra, la más intensa hasta la fecha, también fue la más larga, con una duración de más de cincuenta días. Las fuerzas israelíes, tras intensos bombardeos, intentaron una incursión terrestre pero fueron recibidas con una resistencia feroz y una firmeza notable por parte de los defensores de Gaza, frustrando sus objetivos. Los mediadores intentaron negociar un alto el fuego, pero la resistencia exigió firmemente el levantamiento del bloqueo sobre Gaza. Incapaz de lograr sus metas, Israel recurrió a la destrucción indiscriminada de edificios residenciales como medio de presión. Finalmente, se alcanzó un …acuerdo de alto el fuego.

A pesar de la devastación, la guerra de 2014 consolidó aún más la imagen de Gaza como bastión de resistencia. La capacidad de sus combatientes para resistir una ofensiva terrestre prolongada, mantener la presión sobre Israel y sobrevivir a una campaña de destrucción masiva reafirmó su posición en el conflicto. Aunque el bloqueo no fue

levantado, la resistencia logró frustrar los objetivos estratégicos de Israel, demostrando que incluso bajo condiciones extremas, Gaza no sería doblegada fácilmente.

Este conflicto también reveló la profundidad de la alianza entre Israel y el nuevo régimen egipcio, así como el aislamiento regional que enfrentaba Hamas. Sin embargo, la resistencia palestina emergió con renovada legitimidad popular, reforzada por su firmeza, su capacidad de respuesta militar y su negativa a ceder ante la presión internacional.

La guerra puso de manifiesto la ineficacia de la acción militar para resolver la cuestión de Gaza, ya que el enclave continuó fortaleciéndose y mostrando una resiliencia creciente. Tras el conflicto, todas las partes cambiaron su enfoque hacia estrategias políticas, lo que dio lugar a tres enfoques distintos—aunque a veces superpuestos—para lidiar con Gaza. Estas estrategias se implementaron de forma simultánea o alternada:

1. **Maximización del bloqueo**: Esta estrategia buscaba endurecer el cerco al máximo, cerrando todas las posibles rutas de contrabando. También pretendía desestabilizar Gaza internamente mediante el uso de operativos de Fatah o la incorporación de afiliados al ISIS para realizar asesinatos selectivos, generar disturbios internos y erosionar el apoyo público al gobierno de resistencia.

2. **Alivio controlado**: Este enfoque permitía un alivio limitado de las restricciones, incluyendo la entrada de bienes y una mayor libertad de movimiento, para proporcionar a Gaza un modesto respiro económico. La intención era que estos pequeños logros fueran lo suficientemente valiosos como para que la resistencia los defendiera, apostando a que la población de Gaza—ya al borde del colapso—se derrumbaría si incluso estos privilegios mínimos fueran retirados.

3. **Desvinculación y marginación**: Esta estrategia trataba a Gaza como un enclave problemático que debía ser ignorado, enfocándose en cambio en avanzar la agenda sionista más amplia. Esto incluía la expansión de asentamientos, la judaización de Jerusalén y la planificación del desplazamiento de residentes de Cisjordania, creando de facto una separación práctica entre el asunto de Gaza y la causa palestina en su conjunto.

Estas estrategias fueron habilitadas y amplificadas por el régimen egipcio, cuyos esfuerzos activos y rigurosos buscaron someter y humillar a Hamas. El cruce de Rafah, el salvavidas de Gaza, fue convertido en un instrumento de presión para apretar aún más el cerco sobre la resistencia, agravando las ya precarias condiciones en la Franja.

Ante el creciente desafío que suponía esta política más suave y no confrontativa, Hamas emprendió varias iniciativas significativas, de las cuales destacan tres acciones clave:

1. **Búsqueda de un gobierno de unidad**: Hamas intentó alcanzar un acuerdo con la Autoridad Palestina para formar un gobierno de unidad nacional, ofreciendo incluso ceder completamente el control sobre Gaza. El movimiento mostró una clara disposición a realizar concesiones sustanciales. Sin embargo, la Autoridad Palestina impuso una condición inviable: el desarme total de Hamas.[1] Esta exigencia, vista como una rendición, era inaceptable bajo cualquier circunstancia. En consecuencia, los esfuerzos por establecer un gobierno de unidad fracasaron, dejando a Gaza bajo la administración de Hamas—o más precisamente, dejando a Hamas con la carga de gobernar y gestionar.

2. **Lanzamiento de las "Marchas del Retorno"**: Para abordar el creciente descontento público con su gestión, Hamas introdujo el concepto de las "Marchas del Retorno". Estas marchas buscaban redirigir la frustración popular hacia la ocupación israelí, reactivar la atención global sobre la causa palestina y contrarrestar los intentos de marginar a Gaza y a sus habitantes. Las marchas consistieron en manifestaciones masivas y pacíficas a lo largo de las fronteras con zonas controladas por Israel, acompañadas de diversos esfuerzos civiles no militares para cruzar esas fronteras y perturbar a las fuerzas estacionadas

[1] Durante una entrevista con el canal egipcio CBC el 2 de octubre de 2017, Mahmoud Abbas afirmó que no habría armas ilegales en Gaza y que no aceptaría una repetición del modelo de Hezbolá. Esta postura fue reiterada por el director general de la Policía Palestina, Hazem Attallah, en una conferencia de prensa con periodistas extranjeros en Ramala el 8 de noviembre de 2017. Por su parte, Khalil al-Hayya, miembro del buró político de Hamás, ofreció una conferencia de prensa en Gaza el 27 de noviembre de 2017, donde declaró con firmeza que las armas de la resistencia son una línea roja y expresó su preocupación por los recientes acontecimientos, que, según él, no auguraban nada bueno.

allí. A pesar de la limitada atención mediática y política internacional sobre la situación de Gaza, las marchas lograron reavivar cierta conciencia sobre la lucha palestina y canalizar la ira pública hacia el ocupante, identificado como la raíz de la crisis.

3. **Reactivación de la resistencia en Cisjordania**: Hamas se centró en revitalizar los esfuerzos de resistencia en Cisjordania, con el objetivo de reconstruir y reactivar su red de células de resistencia. La región se había vuelto fuertemente controlada, primero por las fuerzas de seguridad israelíes y luego por la Autoridad Palestina. A partir de 2006, Estados Unidos identificó grupos dentro de la Autoridad Palestina para ser entrenados en Jordania bajo la dirección de un general estadounidense, Keith Dayton, cuyo nombre se volvió sinónimo de esta iniciativa. Estas fuerzas fueron diseñadas como el brazo de aplicación inflexible de la Autoridad Palestina, profundamente implicadas en la neutralización de la resistencia. A diferencia de la era de Yasser Arafat, cuando algunos miembros de la Autoridad ocasionalmente hacían la vista gorda ante actividades de resistencia o brindaban apoyo limitado durante el colapso de las negociaciones de paz y el estallido de la Intifada, el programa de Dayton buscaba eliminar por completo esas excepciones.

Dayton y sus sucesores lograron entrenar y desplegar operativos que se hicieron notorios por su colaboración y traición,[1] actuando como ejecutores de la Autoridad Palestina. Estas fuerzas eran, a menudo, más opresivas para la población palestina en Cisjordania que la propia ocupación israelí, desmantelando sistemáticamente las redes de resistencia y destruyendo la infraestructura de los esfuerzos de lucha.

En medio de este clima asfixiante, surgió un puñado de individuos que se convirtieron en mártires, llevando a cabo ataques con arma blanca o disparos. Algunos lograron matar o herir a sus objetivos, otros fracasaron. Sin embargo, su destino estaba sellado: eran asesinados de inmediato, en cuestión de horas tras ser perseguidos, o como mucho, pocos días después. El dominio abrumador de las fuerzas de seguridad

[1] Véase Condoleezza Rice, p. 652; Robert Gates, *Deber: Memorias de un secretario en guerra*, p. 346. Gates fue secretario de Defensa y director de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos.

israelíes y de la Autoridad Palestina hacía que nuevos éxitos parecieran casi imposibles.

No obstante, estos actos persistentes de desafío insuflaron nueva vida a la resistencia en Cisjordania, ofreciendo un destello de resurgimiento tras un largo periodo de represión y estancamiento.

Las evaluaciones de estas medidas varían ampliamente. Quienes las analizan desde la óptica de los recursos disponibles podrían considerarlas logros notables. Sin embargo, cuando se juzgan frente a los objetivos más amplios, resultan insuficientes. Estos esfuerzos no lograron avanzar significativamente la causa palestina ni reconectar la situación de Gaza con la lucha palestina en su conjunto. Lo más importante: la demanda principal de Gaza—el levantamiento del bloqueo—permanece incumplida, sin señales de progreso en el horizonte.

Durante este tiempo, el aparato de seguridad de Hamas logró neutralizar intentos de incitar disturbios, ejecutar asesinatos selectivos y reclutar operativos desde Fatah y el ISIS (Daesh), desbaratando eficazmente los planes tanto de Israel como de la Autoridad Palestina.

Como resultado, ni Israel logró sus objetivos estratégicos en Gaza, ni Hamas consiguió romper el bloqueo, evitar el agravamiento de la división interna o contrarrestar los esfuerzos por aislar Gaza de la causa palestina. Ante este punto muerto, Hamas tomó la medida sin precedentes de iniciar una guerra, lanzando la campaña de la Espada de Jerusalén en 2021.

Esta fue la primera guerra ofensiva iniciada por Hamas, motivada por las crecientes amenazas de judaización, incluyendo la provocadora Marcha de las Banderas planeada por Israel. Tras ignorar una advertencia emitida por Mohammed Deif, comandante de las Brigadas al-Qassam, Hamas comenzó a lanzar cohetes. El conflicto, que duró 11 días, resultó en el martirio de más de 200 palestinos, mientras que Israel reportó 13 muertes.

La guerra transmitió un mensaje rotundo: Gaza podía tomar la iniciativa para defender la Mezquita de Al-Aqsa, y Jerusalén contaba ahora con una espada metafórica lista para ser empuñada desde Gaza.

Esta afirmación crucial se convirtió en el legado definitorio de la batalla de la Espada de Jerusalén.

El Diluvio de Al-Aqsa (Tūfān al-Aqsā)

Desde la conclusión de la batalla de la "Espada de Jerusalén", Israel ha violado persistentemente la santidad de la Mezquita de Al-Aqsa, intentando socavar los logros de la resistencia en aquel conflicto. Estas provocaciones incluyeron irrupciones durante el mes de Ramadán, agresiones contra los fieles y la imposición de severas restricciones incluso durante las oraciones de *tarāwīh*. Sin embargo, la respuesta de la resistencia en Gaza fue menos intensa de lo esperado, especialmente considerando la alta expectativa generada tras la "Espada de Jerusalén". Las reacciones se limitaron en gran medida a condenas y amenazas, que Israel desestimó mientras consolidaba su dominio absoluto sobre Al-Aqsa, actuando con aparente impunidad.

Esto llevó a Israel a creer que Hamas había sido efectivamente disuadido y que ahora era un "adversario racional", poco propenso a acciones temerarias. Animado por esta percepción, Israel reubicó varias de sus fuerzas estacionadas cerca de Gaza para reforzar sus operaciones militares y de seguridad en Cisjordania.

Esta suposición fue dramáticamente desmentida en la mañana del sábado 7 de octubre de 2023. Cientos de combatientes de la resistencia lanzaron una ofensiva a gran escala, atravesando el perímetro altamente fortificado de Gaza en medio de una masiva andanada de cohetes dirigida a múltiples zonas de Israel. Penetraron en decenas de asentamientos, mataron a más de 1,000 israelíes—principalmente personal militar—y tomaron por completo la División de Gaza, capturando su cuartel general y regresando a Gaza con cientos de prisioneros israelíes. El ataque coincidió con un concierto cerca de la frontera, organizado por grupos artísticos israelíes, lo que convirtió a los asistentes en blancos fáciles para la captura.

Según fuentes cercanas a la resistencia, la operación fue diseñada originalmente para durar un solo día. Sin embargo, todos sus objetivos fueron alcanzados de forma asombrosa en apenas seis horas. Durante esa ventana crítica, los sistemas de defensa israelíes quedaron

completamente paralizados, incapaces de comprender la magnitud o naturaleza del ataque, que se convirtió en una de las ofensivas más devastadoras e inéditas en la historia de Israel.

A pesar de sus recursos limitados y de los confines de un asedio de 17 años, la resistencia en Gaza asestó un golpe de magnitud sin precedentes, uno que ni siquiera los ejércitos árabes combinados habían logrado. El ataque infligió la cifra más alta de muertes en un solo día en la historia de Israel. Lo más sorprendente fue que Israel, con su avanzado aparato de seguridad monitoreando Gaza las 24 horas, no detectó señales de una operación de tal escala. Su valla de seguridad altamente fortificada, equipada con múltiples capas de sensores, salvaguardas y vigilancia, resultó completamente ineficaz—un espejismo incapaz de detener la ofensiva.

El objetivo principal de la resistencia era asegurar un intercambio de prisioneros que condujera a la liberación de todos los detenidos palestinos en cárceles israelíes. Sin embargo, la escala, intensidad y sorpresa del ataque provocaron una feroz represalia israelí, que a su vez motivó una rápida intervención de las potencias occidentales, encabezadas por Estados Unidos. El presidente estadounidense se apresuró a visitar Israel, acompañado por altos funcionarios, incluidos los secretarios de Defensa y Estado, así como figuras militares y de inteligencia. Estados Unidos también desplegó sus dos portaaviones más grandes en el Mediterráneo, emitiendo una advertencia severa para disuadir a cualquier actor regional de unirse al conflicto. Esta reacción reveló una realidad impactante: Israel, a pesar de su imagen de potencia formidable, podía ser golpeado y sacudido por un pequeño grupo de combatientes de la resistencia armados con armas ligeras, operando dentro de los límites de un entorno sitiado y empobrecido.

Es prematuro ofrecer una evaluación definitiva del "Diluvio de Al-Aqsa", ya que los acontecimientos siguen desarrollándose. No obstante, lo ocurrido hasta ahora representa un capítulo monumental en la historia de Gaza. Al momento de redactar este texto, la guerra ha cobrado la vida de más de 36,000 gazatíes y ha dejado aproximadamente 90,000 heridos. Este conflicto ha desvelado verdades que antes estaban ocultas o

ignoradas, sin dejar espacio para la duda—excepto entre quienes tienen el corazón y la visión nublados por la negación.

Esta guerra reveló la profundidad de la brutalidad, la sed de sangre y la inhumanidad demostradas por los sionistas y sus aliados. Se atacaron indiscriminadamente hospitales, mezquitas, iglesias, refugios, tiendas que alojaban desplazados, organizaciones humanitarias e incluso infraestructuras críticas como pozos de agua y generadores eléctricos esenciales para la desalinización y el funcionamiento hospitalario. Se ejecutaron masacres en el terreno, se enterraron víctimas en fosas comunes, se profanaron tumbas, y bebés—incluidos prematuros—fueron dejados a morir de hambre y frío en camas hospitalarias.

El conflicto también puso de manifiesto el apoyo inquebrantable de las naciones occidentales, encabezadas por Estados Unidos, hacia Israel. Este respaldo se manifestó en un flujo constante de armas, municiones y misiles, junto con una red de expertos, operativos de inteligencia y sistemas de vigilancia desplegados para localizar prisioneros y líderes de la resistencia. El apoyo se extendió a esfuerzos políticos, mediáticos y legales coordinados tanto en el ámbito internacional como doméstico. La desfachatez de este respaldo reveló una complicidad abierta y sin precedentes, mostrando un sesgo grotesco y sin filtros.

Además, esta guerra expuso la traición y el colapso moral de ciertos regímenes árabes, en particular Egipto, Jordania, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos. Estos estados protegieron activamente a Israel y facilitaron rutas marítimas y terrestres alternativas para sus suministros, eludiendo las interrupciones causadas por los ataques hutíes cerca del estrecho de Bab al-Mandeb. Sus intenciones quedaron claras al apoyar abiertamente los esfuerzos de Israel por desmantelar rápidamente a Hamas y a la resistencia en Gaza. Jordania reforzó medidas de seguridad fronteriza para garantizar la seguridad de Israel, mientras que Egipto reguló estrictamente el cruce de Rafah bajo directrices israelíes, controlando el movimiento de personas y bienes. Incluso los ciudadanos egipcios atrapados en Gaza requerían el consentimiento israelí para regresar, y los palestinos enfrentaban tarifas exorbitantes, que oscilaban entre $5,000 y $10,000 por persona, solo para salir—una muestra de traición y explotación.

Esta guerra también dejó al descubierto la parálisis y complicidad de las instituciones internacionales. Las Naciones Unidas, junto con sus brazos humanitarios, sanitarios y jurídicos, poco pudieron hacer más allá de contar víctimas, redactar informes y emitir condenas débiles. Sus operaciones sobre el terreno estaban completamente sujetas a la discreción israelí, lo que expuso las fallas sistémicas de la gobernanza global y el dominio sin control de la agenda israelí.

La impotencia del mundo árabe e islámico para ayudar a sus hermanos y brindar apoyo se hizo dolorosamente evidente. Se vieron obligados a reconocer que sus acciones estaban confinadas a los límites impuestos por sus propios regímenes. Las protestas solo eran posibles cuando se permitían, y las expresiones en redes sociales se toleraban solo dentro de márgenes estrictos. Algunos fueron silenciados por completo, incapaces de hablar o escribir incluso en plataformas digitales. Esta realidad descarnada reveló la verdadera magnitud de su poder—o su ausencia—y el dominio asfixiante que estos regímenes ejercen sobre ellos. En verdad, no hay poder ni fuerza sino por Allah, el Altísimo, el Grandioso.

Perspectivas de la Historia Moderna de Palestina

La historia de Palestina es un tapiz profundo e intrincado, colmado de lecciones y reflexiones. Cuanto más se explora, mayor es la comprensión de las dinámicas del mundo durante los últimos dos siglos. De hecho, no es exagerado afirmar que la causa palestina encarna la convergencia de las luchas más significativas del mundo: religiosas, históricas, intelectuales, políticas y jurídicas.

A continuación se presentan los puntos más críticos que exigen una consideración enfocada desde esta historia rica y multidimensional.

Perspectivas Históricas e Intelectuales

Las narrativas históricas suelen permanecer fragmentadas y desconectadas a menos que se acompañen de las lecciones e interpretaciones que las entretejen en un todo coherente. De estos acontecimientos, surgen las siguientes ideas clave:

(1)

La lucha por Jerusalén está indiscutiblemente arraigada en la religión, siendo las motivaciones religiosas las fuerzas impulsoras más poderosas y explícitas. A lo largo de la historia, quienes han combatido por esta causa sagrada—ya sean musulmanes, cristianos o judíos—lo han hecho en nombre de su fe. Aunque algunos guerreros individuales hayan buscado ganancias mundanas, y aunque gobernantes, reyes y emperadores hayan perseguido gloria o expansión territorial, invariablemente envolvieron sus ambiciones en el manto de la religión y la santidad. Comprendieron que solo invocando el profundo significado religioso de Jerusalén podían movilizar combatientes desde sus hogares e inspirarlos a desplegar todo su potencial en su defensa.

Theodor Herzl consideró inicialmente varios lugares para establecer un hogar nacional judío, pero pronto reconoció que solo un retorno a

Jerusalén uniría al pueblo judío tras su causa. De manera similar, durante las Cruzadas, aunque algunos reyes europeos soñaban con tierras fértiles y riquezas, solo pudieron reunir ejércitos apelando a la causa de defender la tumba de Cristo. Lo mismo ocurre con los musulmanes: sin el profundo significado religioso de Jerusalén—como la primera qibla, el sitio del Viaje Nocturno del Profeta y su Ascensión—la cuestión no tendría el mismo peso.

Parece divinamente dispuesto que esta verdad sea inconfundiblemente clara. Palestina no está entre las tierras más fértiles ni abundantes en ríos como Egipto o Irak. Carece de petróleo y riqueza mineral como los estados del Golfo. Sin embargo, cautiva corazones y atrae más atención que Bagdad, El Cairo, Riad u otras ciudades.

Es tanto absurdo como traicionero que los judíos levanten consignas religiosas mientras los musulmanes respondan con retórica secular sobre reclamaciones históricas, derechos humanos o autodeterminación—argumentos que no inspiran acción ni tienen peso en este mundo despiadado.

Cuando los judíos tomaron la Mezquita de Al-Aqsa, Moshe Dayan proclamó, "Si la Torá está con nosotros, y somos el pueblo de la Torá, entonces somos los legítimos propietarios de la tierra de la Torá—la tierra de los sacerdotes y patriarcas en Jerusalén, Hebrón, Jericó y las áreas circundantes. No nos iremos. Esto no es mera retórica política; es mucho más que eso—es el cumplimiento del sueño de nuestros antepasados."[1]

De manera similar, Menachem Begin escribió en sus memorias:

"La firma del acuerdo de partición es nula y no obliga a los judíos. Jerusalén fue y será nuestra capital eterna, y la tierra de Israel volverá a pertenecer a su pueblo—toda ella, y para siempre."[2]

---

[1] *Jerusalem Post*, edición del 10 de agosto de 1967.
[2] Eric Hoffer, *El verdadero creyente: Reflexiones sobre la naturaleza de los movimientos de masas*, pp. 118, 130 [edición árabe].

¿Puede una retórica tan resuelta ser contrarrestada con apelaciones a las cartas de la ONU, resoluciones del Consejo de Seguridad o recomendaciones de la Corte Internacional de Justicia?

La religión ofrece algo insustituible en esta lucha—algo que solo la fe puede convertir en esperanza.

Eric Hoffer observó con agudeza que los judíos que fueron conducidos a las cámaras de gas y ejecuciones masivas en la Alemania nazi sin resistencia fueron los mismos que luego lucharon ferozmente en Palestina. Muchos murieron sin ver cumplidas sus esperanzas, pero combatieron incansablemente por la visión que llevaban en el corazón. En contraste, otros se rindieron y perecieron sin defender la realidad que ya poseían.[1]

Esta esperanza es precisamente lo que alarmó a Ze'ev Jabotinsky, pionero de la doctrina de seguridad israelí. Comprendió que mientras persistiera una sola chispa de esperanza entre los árabes, el futuro de Israel seguiría siendo incierto. Esa esperanza, entendió, alimentaría su resistencia a la transformación de Palestina en Israel. Por ello, diseñó una estrategia de seguridad orientada a erradicar por completo esa esperanza. Su enfoque se basaba en una disuasión abrumadora, rápida e ineludible, asegurando que el poder de Israel para castigar y anticiparse aplastara cualquier posibilidad de resistencia árabe.

Si Israel se hubiera enfrentado a una población no musulmana en circunstancias similares, su doctrina de seguridad podría haber tenido éxito. Sin embargo, su desafío radica en enfrentar a una población profundamente arraigada en una fe que garantiza la victoria final—una creencia en su eventual retorno a la mezquita, el desmantelamiento de las estructuras construidas por los judíos, y una batalla en la que incluso la naturaleza, simbolizada por los árboles y las piedras, se une a su causa.

Esta resiliencia espiritual, impulsada por la fe, es la única fuerza capaz de desafiar las estrategias de seguridad de Israel y de cerrar la enorme brecha tecnológica. Incluso los partidarios seculares o ateos de la causa palestina, motivados por el nacionalismo, la ideología o los derechos

[1] Eric Hoffer, *El verdadero creyente: Reflexiones sobre la naturaleza de los movimientos de masas*, pp. 118, 130 [edición árabe].

humanos, se ven a menudo obligados a invocar el sentimiento religioso, ya que ningún otro motor iguala su eficacia para sostener esta lucha.

(2)

La historia revela que el destino de Jerusalén rara vez se decide dentro de sus propios muros. En cambio, refleja la vitalidad más amplia del mundo musulmán, en particular el poder de las capitales vecinas como El Cairo y Damasco. Estas ciudades influyen significativamente en el estado y la condición de Jerusalén.

Los Compañeros del Profeta ejemplificaron este enfoque estratégico. Priorizaron la conquista de Damasco por encima de Jerusalén, a pesar de la santidad de esta última y su proximidad geográfica, comprendiendo que el poder bizantino estaba anclado en Damasco. Una vez conquistada Damasco en Rajab del año 14 AH, la liberación de Jerusalén en Rabi' al-Akhir del año 16 AH se volvió directa, con solo un año y medio separando estos eventos decisivos.

Jerusalén no cayó en manos de los cruzados durante la Primera Cruzada sino hasta que el mundo musulmán se fracturó entre dos califatos rivales: el califato suní abasí en Bagdad y el califato chií ismailí fatimí en El Cairo. Esta división creó una falla geopolítica en el Levante, con Damasco bajo los selyúcidas, alineados con Bagdad, y El Cairo bajo los fatimíes. Esta fragmentación permitió a los cruzados apoderarse de Jerusalén en 492 AH / 1099 EC.

Los esfuerzos musulmanes por recuperar Jerusalén solo tuvieron éxito cuando se restauró la unidad entre Egipto y el Levante. Este proceso comenzó con Imad al-Din Zangi, avanzó bajo su hijo Nur al-Din, y culminó con Salah al-Din al-Ayyubi (Saladino). Una vez lograda esta unificación, Jerusalén fue liberada en el plazo de tres años, en Rajab del año 583 AH / 1187 EC.

Los periodos de división entre Egipto y el Levante, sin embargo, permitieron a los cruzados reocupar Jerusalén. Durante el periodo ayyubí, el sultán al-Kamil de Egipto se alió con los cruzados contra su hermano, el sultán al-Mu'azzam Isa del Levante. En 624 AH (1229 EC), al-Kamil cedió Jerusalén a Federico II mediante un acuerdo pacífico. Una

ocupación cruzada posterior ocurrió en 641 AH / 1244 EC, liderada por al-Nasir Dawud.

La seguridad de Jerusalén fue restaurada cuando Egipto y el Levante se reunificaron bajo Najm al-Din Ayyub en 642 AH / 1244 EC. Durante los siguientes seis siglos, bajo los mamelucos y posteriormente los otomanos, Jerusalén permaneció segura mientras Egipto y el Levante estuvieron políticamente unificados.

La ciudad cayó nuevamente en 1366 AH / 1917 EC, tras la derrota del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial, un colapso precedido por la ocupación británica de El Cairo en 1882 EC. Esto marcó el inicio de una nueva era de control extranjero sobre Jerusalén.

Es extremadamente difícil—quizás imposible, como ilustran los precedentes históricos—esperar que los palestinos por sí solos carguen con la responsabilidad de liberar Jerusalén. Las realidades de recursos humanos y materiales limitados restringen su capacidad para una confrontación decisiva con las fuerzas sionistas, especialmente cuando estas cuentan con un sólido respaldo occidental. Este apoyo se basa en la alineación del sionismo con los intereses geopolíticos del Occidente y su dominio sobre los territorios islámicos.

Este reconocimiento no disminuye el extraordinario coraje y la resiliencia del pueblo palestino. Han realizado hazañas casi milagrosas mediante su firmeza, lucha y determinación, manteniendo viva la causa a pesar de traiciones y aislamiento. Sin embargo, el camino hacia la liberación exige reconocer esta lucha como una responsabilidad colectiva de toda la Ummah musulmana, especialmente de las naciones clave de Egipto y el Levante.

(3)

Uno de los pilares del éxito de Theodor Herzl en la promoción de la visión de un "Estado judío" fue su capacidad para aprovechar el poder de las fuerzas globales existentes, en lugar de intentar establecer una entidad completamente independiente para cumplir ese sueño. La Organización Sionista de Herzl fue instrumental en influir sobre las principales potencias internacionales, asegurando que sus recursos y políticas se alinearan con la agenda sionista.

Herzl dedicó grandes esfuerzos a acceder a los centros de decisión, utilizando diversos enfoques: apelando a sus intereses, inclinaciones religiosas, o mediante infiltración, amenazas, conspiraciones e incluso asesinatos. Su objetivo era claro: involucrar a las potencias existentes, incluidos los otomanos, sin presentar a los judíos como rebeldes contra el Califato ni desafiar las fuerzas dominantes de su época.

Una de las principales razones por las que los movimientos islámicos han enfrentado dificultades en el último siglo radica en su tendencia a ignorar el principio de interactuar con las estructuras de poder existentes y aprovechar las fuerzas sociales naturales. En lugar de adaptarse a las dinámicas de los sistemas predominantes, a menudo intentaron construir organizaciones aisladas y artificialmente fuertes, destinadas a librar batallas por el gobierno o la liberación de forma independiente. Este enfoque los dejó con frecuencia mal preparados para enfrentar los desafíos inevitables que plantean las estructuras consolidadas, haciéndolos vulnerables a la infiltración, la división y la represión.

Cabe destacar que los movimientos islámicos lograron sus mayores éxitos cuando se adaptaron a los sistemas vigentes y utilizaron los marcos sociales existentes para avanzar en sus objetivos. Por ejemplo, algunos movimientos penetraron estructuras de gobernanza, como en el caso de Turquía, o influyeron en instituciones militares, como se vio en Sudán. Otros se apoyaron en redes tribales y clánicas dentro de jerarquías sociales profundamente arraigadas, como lo ejemplifican sus actividades en Yemen.[1]

El enfoque del Profeta Muhammad ejemplifica este principio. En lugar de crear una organización aislada para consolidar el poder, interactuó activamente con las estructuras sociales predominantes de su tiempo, aprovechando su influencia para fortalecer y avanzar en su misión. Por ejemplo, priorizó la conversión de líderes influyentes de La

[1] Cabe señalar que dije: "los movimientos islámicos alcanzaron sus éxitos más significativos", lo cual no implica un éxito absoluto. Un examen más detenido revela que los reveses en Yemen y Sudán se debieron a otros factores. Sin embargo, el nivel de influencia y de consolidación alcanzado por los islamistas en estos casos superó con creces lo logrado en otras experiencias que dependieron únicamente de la fuerza de su estructura organizativa.

Meca, comprendiendo el papel decisivo que desempeñaban en la configuración de su sociedad. Cuando estos esfuerzos fueron rechazados, se dirigió a los líderes de Ta'if, a pesar de su dura repulsión. Sin desanimarse, recurrió a diversas tribus durante la temporada de peregrinación, buscando su apoyo y protección. Finalmente, la aceptación del Islam por parte de los líderes de los Ansar proporcionó la base social y tribal necesaria para la fortaleza de la comunidad musulmana y su eventual establecimiento en Medina.

Herzl, sin duda, habría fracasado si hubiera confiado únicamente en los esfuerzos independientes de una organización judía secreta o pública para establecer un Estado judío.

Ninguna sociedad está exenta de desacuerdos internos, ya sea entre individuos o grupos. El progreso depende de la capacidad de los líderes para gestionar y aprovechar eficazmente estas diferencias. Un factor clave en el éxito de Israel, especialmente durante sus primeros años, fue la habilidad de sus líderes—como Chaim Weizmann y David Ben-Gurion—para canalizar los conflictos internos entre los sionistas hacia resultados productivos. Ben-Gurion, por ejemplo, priorizaba los objetivos nacionales a largo plazo, ignorando con frecuencia la opinión pública y las críticas mediáticas, convencido de que Israel sería juzgado por sus logros y no por la aprobación contemporánea. En contraste, Moshe Sharett enfatizaba la imagen de Israel, cuidando que sus acciones se alinearan con la opinión pública y evitaran la controversia. A pesar de sus diferencias, colaboraron durante años, separándose solo siete años después del establecimiento de Israel.[1]

La Haganá, fuerza militar fundacional de Israel, también vio surgir grupos disidentes como el Irgún y Lehi (Grupo Stern), que adoptaron métodos más extremos. Ben-Gurion condenó con frecuencia sus acciones, incluyendo la masacre de Deir Yassin, pero logró reintegrar a muchos de sus miembros en el ejército israelí. El radicalismo de Lehi incluso llevó a contactos con la Alemania nazi contra los británicos y al asesinato del enviado de la ONU, el conde Folke Bernadotte. Aunque sus miembros fueron brevemente encarcelados, pronto fueron

[1] Golda Meir, p. 219.

indultados, y algunos recibieron pensiones u honores. Yitzhak Shamir, exmiembro de Lehi, llegó a ser primer ministro. Hasta el día de hoy, los líderes israelíes conmemoran al fundador de Lehi, Avraham Stern, con homenajes anuales y un sello postal en su memoria.

El movimiento sionista, como cualquier empresa humana, enfrentó desacuerdos internos, algunos de los cuales escalaron en divisiones, revueltas e incluso asesinatos.[1] Dentro de sus filas surgieron visiones divergentes. Algunos miembros buscaban el retorno judío a Palestina dentro del marco de un Estado existente, aspirando a la convivencia con la población árabe,[2] al estilo de otros contextos multiculturales. Esta visión contrastaba con las ambiciones de quienes abogaban por un retorno expansivo, basado en el reemplazo de la población nativa y la expansión más allá de Palestina hacia Transjordania. Esta tendencia expansionista fue ejemplificada por el partido liderado por el influyente teórico Ze'ev Jabotinsky.[3] Como arquitecto de la doctrina de disuasión rápida—concepto central en la estrategia de seguridad actual de Israel—Jabotinsky se opuso a que la Agencia Judía aceptara las fronteras vigentes de Palestina.

El Corán arroja luz sobre ciertas características persistentes dentro de las comunidades judías, afirmando:

﴿لَا يُقَٰتِلُونَكُمْ جَمِيعًا إِلَّا فِي قُرًى مُّحَصَّنَةٍ أَوْ مِن وَرَآءِ جُدُرٍۭ بَأْسُهُم بَيْنَهُمْ شَدِيدٌ تَحْسَبُهُمْ جَمِيعًا وَقُلُوبُهُمْ شَتَّىٰ ذَٰلِكَ بِأَنَّهُمْ قَوْمٌ لَّا يَعْقِلُونَ﴾

(Su hostilidad entre ellos es intensa. Tú los crees unidos, pero sus corazones están divididos.) [Surat al-Hashr, 59:14].

Este versículo refleja la dualidad de presentar una fachada de unidad a pesar de divisiones internas. Históricamente, incluso cuando estaban políticamente fragmentados, los grupos judíos priorizaron la solidaridad colectiva, como el rescate de prisioneros de guerra judíos, incluso si

[1] Véase, por ejemplo, *La autobiografía de Ariel Sharon*, pp. 29–30.
[2] Roger Garaudy, p. 29 y siguientes.
[3] Parte del discurso de Ze'ev Jabotinsky ante el XVI Congreso Sionista en 1929 se cita en *Palestine Documents Files*, vol. 1, p. 411.

pertenecían a facciones opuestas. Esto se ilustra en otro versículo del Corán:

﴿ثُمَّ أَنتُمْ هَٰٓؤُلَآءِ تَقْتُلُونَ أَنفُسَكُمْ وَتُخْرِجُونَ فَرِيقًا مِّنكُم مِّن دِيَٰرِهِمْ تَظَٰهَرُونَ عَلَيْهِم بِٱلْإِثْمِ وَٱلْعُدْوَٰنِ وَإِن يَأْتُوكُمْ أُسَٰرَىٰ تُفَٰدُوهُمْ وَهُوَ مُحَرَّمٌ عَلَيْكُمْ إِخْرَاجُهُمْ ۚ أَفَتُؤْمِنُونَ بِبَعْضِ ٱلْكِتَٰبِ وَتَكْفُرُونَ بِبَعْضٍ فَمَا جَزَآءُ مَن يَفْعَلُ ذَٰلِكَ مِنكُمْ إِلَّا خِزْىٌ فِى ٱلْحَيَوٰةِ ٱلدُّنْيَا ۖ وَيَوْمَ ٱلْقِيَٰمَةِ يُرَدُّونَ إِلَىٰٓ أَشَدِّ ٱلْعَذَابِ ۗ وَمَا ٱللَّهُ بِغَٰفِلٍ عَمَّا تَعْمَلُونَ﴾

(Luego ustedes son los mismos que se matan entre sí y expulsan a un grupo de los suyos de sus hogares, colaborando contra ellos en pecado y agresión. Pero si vienen a ustedes como cautivos, los rescatan, aunque su expulsión les estaba prohibida. ¿Creen entonces en parte del Libro y rechazan otra parte? ¿Cuál es, pues, la recompensa para quienes hacen eso entre ustedes sino la humillación en la vida mundana; y en el Día del Juicio serán devueltos al castigo más severo? Y Allah no está desatento a lo que hacen.) [Surat al-Baqarah, 2:85].

Esta combinación de unidad y discordia interna ha contribuido a la preservación de la identidad y cohesión judía a lo largo de su historia, incluso durante períodos de dispersión y marginación. Allah describe este estado aún más:

﴿وَقَطَّعْنَٰهُمْ فِى ٱلْأَرْضِ أُمَمًا ۖ مِّنْهُمُ ٱلصَّٰلِحُونَ وَمِنْهُمْ دُونَ ذَٰلِكَ ۖ وَبَلَوْنَٰهُم بِٱلْحَسَنَٰتِ وَٱلسَّيِّـَٔاتِ لَعَلَّهُمْ يَرْجِعُونَ﴾

(Y los dispersamos por la tierra en naciones. Algunos de ellos eran rectos, y otros no tanto. Los probamos con lo bueno y lo malo para que regresaran.) [Surat al-A'raf, 7:168].

Durante épocas de desesperanza, opresión y debilidad, la comunidad judía experimentó una profunda desilusión, similar a los sentimientos de derrota y duda que se observan hoy entre algunos musulmanes. Estas emociones solían ir acompañadas de duras autocríticas y acusaciones de pereza, ineptitud y pasividad. Dentro de la comunidad judía, algunos ridiculizaban la idea de esperar al Mesías o anhelar el retorno a Palestina,

optando en cambio por explorar soluciones alternativas. Propusieron iniciativas de autonomía judía lideradas por sus dirigentes, en lugares distintos a Palestina, que consideraban inalcanzable en ese momento.

En 1882, Leon Pinsker articuló estas ideas durante un periodo en que los esfuerzos globales comenzaban a converger para establecer un hogar nacional judío en Palestina. Irónicamente, ese mismo año, Gran Bretaña ocupó Egipto, un acontecimiento que acercó el sueño de recuperar Palestina más de lo que muchos creían. Pinsker estaba lejos de ser apático—fue uno de los fundadores de las sociedades "Amantes de Sion", que desempeñaron un papel clave en sentar las bases intelectuales del sionismo moderno. Aunque su enfoque no logró el objetivo final, desempeñó un papel crucial en reavivar la conciencia judía y redirigir el enfoque hacia Palestina.

Traigo este paralelo para destacar la naturaleza cíclica de estas luchas. Los patrones de duda, demandas de reforma y preferencia por soluciones prácticas sobre aspiraciones elevadas en partes del mundo islámico hoy reflejan una sensación más amplia de vulnerabilidad. Sin embargo, como demuestra la historia, la victoria puede estar al alcance incluso cuando parece más distante para quienes están agobiados por un espíritu derrotado. Así como los movimientos judíos históricos—aunque inicialmente infructuosos—sentaron las bases vitales para éxitos futuros, los esfuerzos islámicos contemporáneos, incluso si tropiezan, contribuyen con pasos indispensables hacia metas mayores.

A lo largo de la historia, muchos judíos hicieron diversas predicciones sobre el momento de su retorno a Palestina, la mayoría de las cuales resultaron erróneas. Estas previsiones, a menudo basadas en cálculos de años y días extraídos de textos religiosos y tradiciones, reflejan la mentalidad de quienes, a pesar de sentirse impotentes, se aferraban a la esperanza de una victoria eventual.

Incluso dentro del movimiento sionista, algunos líderes se vieron obligados a colaborar con regímenes gobernantes en circunstancias difíciles. Un ejemplo notable es Alfred Nossig, figura sionista que negoció con Talaat Pasha en 1918 sobre el estatus de los judíos en Palestina. Más tarde, Nossig se alineó sorprendentemente con el régimen nazi, contribuyendo a planes para la exterminación de judíos en Europa.

Esta historia sirve como recordatorio para la comunidad musulmana: si un grupo históricamente oprimido y condenado pudo alcanzar lo que parecía un sueño imposible tras 3,000 años, apoyándose en alianzas externas, entonces la nación islámica tiene una base aún más sólida para la esperanza. Con promesas divinas de éxito y empoderamiento, y como comunidad elegida a la que se le confió la escritura después de que otros fallaran en preservarla, los musulmanes tienen todas las razones para creer en su potencial de triunfo.

Algunas Conclusiones sobre el Contexto Internacional y Regional

Si examinamos la historia de Palestina con la intención de comprender la naturaleza de las dinámicas internacionales y regionales, surgen varias observaciones críticas.

(1)

Uno de los debates clave gira en torno a la cuestión del control: ¿Domina el judaísmo y el sionismo al Occidente y su política, o es el Occidente la fuerza superior que utiliza a los judíos y sionistas para avanzar sus objetivos coloniales e imperiales? Este debate involucra dos perspectivas principales.

La primera sostiene que los judíos, mediante organizaciones secretas, influencia financiera y una profunda penetración en los medios, las artes y la cultura, han logrado apoderarse de los asuntos políticos occidentales a través de la manipulación, el engaño y las conspiraciones. La segunda perspectiva afirma que las potencias occidentales no son ingenuas ni débiles. Los judíos vivieron entre ellas durante siglos, pero permanecieron marginados y perseguidos. Se argumenta que el Occidente empoderó deliberadamente a los sionistas y facilitó el establecimiento de Israel, no por sumisión, sino como herramienta estratégica para sus intereses coloniales. Israel, en este marco, funciona como un puesto militar dentro de tierras musulmanas, con los judíos actuando como recursos humanos prescindibles para proteger vidas cristianas occidentales.

Me inclino por esta segunda opinión: el Occidente sigue siendo la fuerza dominante, habiendo utilizado a los sionistas[1] para sus fines coloniales más de lo que los sionistas han utilizado al Occidente. Estados Unidos mantiene la ventaja, con la capacidad de regular y controlar las políticas israelíes cuando lo desea.

Aunque este no es el lugar para una exposición exhaustiva de evidencias históricas y políticas, encuentro respaldo para esta visión en el Corán. Por ejemplo, Allah dice:

﴿إِذْ قَالَ ٱللَّهُ يَٰعِيسَىٰٓ إِنِّي مُتَوَفِّيكَ وَرَافِعُكَ إِلَيَّ وَمُطَهِّرُكَ مِنَ ٱلَّذِينَ كَفَرُواْ وَجَاعِلُ ٱلَّذِينَ ٱتَّبَعُوكَ فَوْقَ ٱلَّذِينَ كَفَرُوٓاْ إِلَىٰ يَوْمِ ٱلْقِيَٰمَةِۖ﴾

([Recuerda] cuando Allah dijo: "¡Oh Jesús! Te tomaré, te elevaré hacia Mí, te purificaré de los que no creen y haré que quienes te sigan sean superiores a los que no creen hasta el Día del Juicio.") [Surat Al-Imran 3:55].

Algunos intérpretes entienden que esto significa que los cristianos y romanos mantendrán la supremacía sobre quienes no creyeron en Jesús (los judíos) hasta el fin de los tiempos.[2] Otro versículo relevante afirma:

---

[1] Véase Abd al-Wahab El-Messiri, vol. 7, p. 347; vol. 8, p. 39.

[2] He revisado diversas interpretaciones del versículo y he encontrado que algunos comentaristas afirman explícitamente que el significado pretendido es que los cristianos (y algunos mencionan específicamente a los romanos) son superiores a los judíos. Esta es la opinión de eruditos como ʿAbd al-Raḥmān ibn Zayd ibn Aslam y otros. Las diferencias interpretativas pueden resumirse así: Algunos entendieron la "superioridad" de forma metafórica, refiriéndose a la superioridad mediante argumentos, evidencias y adhesión a la verdad. Sin embargo, esta interpretación parece inconsistente con el contexto del versículo. Otros la interpretan como dominio literal en este mundo, lo cual parece más plausible y coherente con el contexto. Entre quienes sostienen esta visión, algunos sostienen que los que logran el dominio son los creyentes en el Islam. Otros opinan que el versículo se refiere a quienes creen en Jesús, incluidos musulmanes y cristianos. Esta última interpretación parece menos probable porque el discurso está dirigido a Jesús antes de la profecía de Muhammad y del surgimiento de la comunidad musulmana.

Aunque la idea de que los musulmanes, como seguidores de Jesús, sean los mencionados es comprensible, la historia muestra que los musulmanes dominaron a los judíos durante siglos, salvo en tiempos recientes. No obstante,

﴿ضُرِبَتۡ عَلَيۡهِمُ ٱلذِّلَّةُ أَيۡنَ مَا ثُقِفُوٓاْ إِلَّا بِحَبۡلٖ مِّنَ ٱللَّهِ وَحَبۡلٖ مِّنَ ٱلنَّاسِ﴾

(Se les impuso la humillación dondequiera que se encuentren, excepto cuando estén bajo una cuerda de Allah y una cuerda de los hombres.) [Al-Imran 3:112].

Esta descripción de humillación, junto con la condición de depender de apoyo externo, niega la posibilidad de que los judíos sean la potencia dominante definitiva en cualquier época.

Independientemente del debate y su resolución, el punto crítico es que el Occidente nunca abandonará a Israel ni cesará su apoyo y protección, ya sea mediante diplomacia o guerra. Este compromiso firme abarca a cristianos evangélicos motivados por su fe, cristianos que consideran a los judíos como asesinos de Cristo pero ven tanto a judíos como a musulmanes como adversarios comunes, y secularistas que ven a Israel como un activo estratégico para las ambiciones coloniales occidentales.[1]

Esta dinámica explica la extraordinaria tolerancia del Occidente hacia acciones sionistas que serían inaceptables si provinieran de cualquier otra entidad. Por ejemplo, grupos sionistas en la década de 1940 atacaron a fuerzas británicas en Palestina con bombas, asesinatos y otros actos violentos, causando numerosas bajas entre soldados y oficiales británicos. Sin embargo, Gran Bretaña finalmente entregó Palestina a ellos.[2] De manera similar, espías israelíes han sido capturados infiltrando la inteligencia estadounidense, y líderes políticos estadounidenses han

---

dado el contexto actual, en el que los judíos han alcanzado preeminencia sobre los musulmanes, la interpretación más sólida señala a los cristianos y a los romanos como el grupo dominante, tal como sostienen Ibn Zayd y otros.
Para más referencias, véase:
• Al-Tabari, *Tafsir al-Tabari*, vol. 6, p. 463.
• Ibn Abi Hatim, *Tafsir Ibn Abi Hatim*, vol. 2, p. 662.
• Al-Tha'labi, *Tafsir al-Tha'labi*, vol. 3, p. 83.
• Al-Suyuti, *Tafsir al-Jalalayn*, p. 74.
• *Enciclopedia de Tafsir por transmisión*, vol. 5, pp. 245–246.

[1] Roger Garaudy, p. 16.

[2] Véase, por ejemplo, Regina Sharif, p. 142; Rashid Khalidi, pp. 79–80; Eugene Rogan, p. 315 y siguientes.

sido públicamente despreciados por políticos israelíes, sin que tales afrentas tengan consecuencias.[1]

Además, la identidad de Israel como un Estado religioso y étnico judío contrasta radicalmente con los principios fundacionales del Occidente, como el secularismo, la inclusión liberal, el antirracismo y el marco westfaliano de fronteras estatales definidas. Israel no solo ignora tales límites, sino que declara abiertamente ambiciones expansionistas (del Nilo al Éufrates). A pesar de esta contradicción fundamental, el Occidente sigue siendo aliado de Israel mientras se opone a grupos como la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), que se alinea más estrechamente con los ideales liberales occidentales de un Estado secular e inclusivo. Los funcionarios occidentales pueden reconocer abiertamente esta contradicción, ofreciendo una justificación—o ninguna—para sus acciones o políticas. Incluso masacres violentas han sido defendidas como "necesidades inevitables."[2]

Comprender esto revela la profundidad y complejidad del conflicto. Israel no es simplemente un proyecto sionista judío, sino también una cruzada colonial occidental con fundamentos religiosos y estratégicos. Esta ideología cruzado-sionista, profundamente arraigada en las élites políticas, culturales y económicas del Occidente, refleja una reactivación contemporánea de las ambiciones cruzadas medievales.

Este análisis disipa el error común de que los occidentales solo necesitan ser "informados" sobre la justicia de la causa palestina, o que su falta de conocimiento es la raíz del problema. Muchos abogan por presentar el asunto en marcos como los derechos humanos, la autodeterminación o el cumplimiento del derecho internacional, esperando que esto despierte empatía o acción occidental. En realidad, una parte significativa de la sociedad occidental comprende plenamente y se adhiere a un sistema de creencias que considera la tierra como divinamente prometida a los judíos, restaurada para ellos con el fin de

---

[1] Hillary Clinton, pp. 313–314; Robert Gates, pp. 460, 469.

[2] Véase, por ejemplo, Condoleezza Rice, pp. 67–77, 328–329; Hillary Clinton, p. 29 y siguientes, y compárese con p. 23; Henry Kissinger, *Orden mundial: Reflexiones sobre el carácter de las naciones y el curso de la historia*, pp. 132, 135 [edición árabe]; George Tenet, p. 111.

desplazar a los árabes—descritos por algunos como una anomalía histórica desafortunada, incluso "una mancha en el rostro de la civilización."[1] En esta cosmovisión, los judíos, respaldados por cruzados occidentales, son vistos como cumpliendo una misión divina para reclamar, desarrollar y poseer esta tierra, expulsando a sus supuestos ocupantes malignos.

Esta comprensión también agudiza nuestra visión sobre la complejidad del conflicto y los inmensos recursos financieros y humanos que exige. Una falacia persistente entre algunos palestinos, incluso hoy, es la idea de que pueden lograr la liberación de forma independiente. Inspirados por éxitos aislados, algunos han llegado a soñar con extender su lucha para liberar otros territorios después de liberar Palestina. Aunque estas aspiraciones suelen nacer de buenas intenciones, tienden a pasar por alto la magnitud y ferocidad del conflicto.

Una comparación con la independencia de Argelia en 1962—que en su momento inspiró a la resistencia palestina—pone de relieve distinciones críticas. Francia, debilitada por la Segunda Guerra Mundial, enfrentó una creciente presión internacional tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética, y finalmente cedió su dominio colonial. En cambio, Israel goza de un apoyo occidental sin precedentes. La población más numerosa de Argelia, su vasto territorio y sus abundantes recursos superan ampliamente las capacidades de Palestina. Además, Argelia se benefició de un entorno geopolítico que, en el peor de los casos, era neutral, mientras que los vecinos de Palestina a menudo actúan en connivencia con su adversario, prestando apoyo a los esfuerzos de su enemigo.

Este sentimiento ha sido reiterado por numerosos líderes occidentales, incluso aquellos con ideologías opuestas,[2] subrayando la importancia estratégica de Israel para el Occidente. Afirman que sin Israel, el Occidente habría tenido que asumir costos financieros y humanos inmensos para establecer y mantener bases militares en Oriente

[1] Regina Sharif, p. 145. El orador es el senador republicano estadounidense Henry Cabot Lodge, y la declaración fue realizada en junio de 1922.
[2] Cabe destacar que esta afirmación fue hecha por dos acérrimos rivales entre los presidentes de Estados Unidos: Trump y Biden.

Medio. Como resultado, el apoyo al sionismo antes de la fundación de Israel, y a Israel después, ha sido una política constante entre las facciones políticas occidentales, incluyendo grupos rivales como demócratas y republicanos en Estados Unidos, y liberales y conservadores en Gran Bretaña.

Netanyahu destacó esta dinámica en sus memorias, recordando una declaración de un congresista estadounidense, "Si tuviéramos un Israel en Afganistán, nos ahorraríamos un billón de dólares y tendríamos un aliado confiable contra los malos."[1] Esta perspectiva se alinea con la visión de Herzl, articulada hace más de un siglo, de un Estado judío que sirviera como "parte de un muro defensivo para Europa en Asia."[2] Esta conexión ha llevado a algunos analistas a concluir que la lucha global más amplia encuentra su epicentro en el conflicto por Palestina.[3]

Sin embargo, esta dinámica no sugiere que los judíos o sionistas actúen simplemente como agentes de las potencias occidentales. Son un pueblo con visión y agenda propias, trabajando activamente para fortalecer su Estado, expandir su influencia y ampliar su alcance dentro de las instituciones occidentales. No obstante, la dinámica favorece al Occidente, que conserva la ventaja en esta relación. Los desacuerdos entre ambas partes se gestionan, en última instancia, dentro del marco de sus objetivos estratégicos compartidos.

A partir de esta conclusión, surge una idea clave:

Si Israel sirve como pilar central del proyecto occidental de dominación en la región, se deduce lógicamente—sin necesidad de un análisis político o histórico exhaustivo—que los regímenes árabes actuales son igualmente componentes de ese mismo proyecto. Ya sea protegiendo directamente los intereses occidentales o priorizando la

[1] Netanyahu, *Bibi: Mi historia*, p. 758 (p. 574 en la edición impresa).
[2] Rashid al-Khalidi, p. 23.
[3] El Dr. Gamal Hamdan considera que el conflicto mundial y el destino del imperialismo dependen del destino del Tercer Mundo, el cual, a su vez, depende del destino del mundo árabe. Además, el destino del mundo árabe está vinculado al resultado de la lucha con Israel. Véase Gamal Hamdan, *La estrategia del colonialismo y la liberación*, p. 351.

seguridad de Israel, eje de esta agenda, estos regímenes han desempeñado sus roles en consecuencia.

Los regímenes árabes fueron los primeros en reconocer esta exigencia. Todo aspirante al poder ha buscado demostrar su capacidad para avanzar las prioridades occidentales, con especial énfasis en garantizar la posición de Israel. A pesar de sus marcadas diferencias ideológicas y estructurales—ya sean monarquías o repúblicas, socialistas o capitalistas, civiles o militares—estos regímenes comparten un compromiso unificador: la protección de Israel. Las rivalidades internas a menudo obligan a las facciones a superarse mutuamente en su disposición a normalizar relaciones con Israel y profundizar el compromiso. Además, cuando la estabilidad de alguno de estos regímenes—especialmente los que están en la línea de frente—se ve amenazada, suelen advertir que su caída pondría en peligro la seguridad de Israel.

Esto arroja luz sobre una realidad crítica: desde la creación de Israel, ningún Estado árabe ha lanzado jamás una ofensiva contra él ni ha diseñado una estrategia concreta para la liberación de Palestina. No por solidaridad religiosa, orgullo árabe, ni siquiera por el objetivo pragmático de mitigar una grave amenaza a la seguridad nacional. Esta paradoja persiste a pesar de que estos regímenes se presentan con frecuencia como defensores del islam, campeones de la identidad árabe o guardianes de la soberanía nacional.

Un reconocimiento franco de esta realidad vino de Gamal Abdel Nasser, quien, al dirigirse al Consejo Nacional Palestino en Gaza, declaró:

"Quien les diga que tiene un plan para liberar Palestina, les está mintiendo. Y si yo dijera que tengo un plan para liberar Palestina, les estaría mintiendo."[1]

Estos regímenes no solo fallaron en apoyar a quienes deseaban resistir a Israel, sino que activamente trabajaron en su contra: persiguiéndolos, encarcelándolos, torturándolos e incluso asesinándolos.

[1] Ahmed Mansour, p. 61; Ahmad Jibril, p. 57.

Esto ocurrió de forma constante, tanto en tiempos de guerra como de paz. Las condiciones que enfrentaron quienes lucharon o intentaron luchar por Palestina dentro de las prisiones de estos regímenes fueron tan atroces que desafían toda comprensión.

Además, un examen de la historia palestina revela un patrón revelador: la resistencia palestina solo prosperó bajo regímenes débiles. En cambio, los regímenes fuertes prohibieron estrictamente las actividades de resistencia dentro de sus fronteras. Por ejemplo, mientras que regímenes como Egipto y Siria ni libraron guerras por la liberación de Palestina ni formularon planes para hacerlo, regímenes más débiles como Jordania y Líbano permitieron temporalmente que la resistencia operara desde sus territorios. Sin embargo, cuando dicha resistencia ganó impulso, estos regímenes intervinieron para suprimirla. Esto fue evidente en Jordania en 1970 y en Líbano en 1982, donde la resistencia palestina fue aplastada o expulsada por la fuerza. Como resumió acertadamente un observador:

"Toda revolución nacida en Palestina fue abortada en las capitales árabes."[1]

Perspectivas Clave sobre la Resistencia

Si tuviera la oportunidad de aconsejar a quienes participan en la resistencia, o si creyera que leerán lo que escribo, mi enfoque principal sería transmitir las siguientes ideas:

(1)

Un examen de la historia de Palestina revela que su declive coincidió con el debilitamiento de las grandes capitales como El Cairo, Damasco y Estambul. Por el contrario, sus periodos de seguridad, prosperidad y estabilidad se alinearon con la fuerza y vitalidad de estas ciudades. De manera similar, el establecimiento de Israel fue resultado de decisiones tomadas en capitales poderosas como Londres, Washington y Moscú. Es indiscutible que, sin el apoyo sostenido del Occidente, Israel colapsaría por sí solo o sería derrotado con un esfuerzo mínimo.

[1] Salah Khalaf, pp. 13, 65.

Esta observación exige una reevaluación de la estrategia actual de limitar los esfuerzos de resistencia al interior de Palestina. Aunque este enfoque pudo haber sido comprensible en un contexto histórico específico, se basaba en suposiciones que han demostrado ser erróneas—en particular, la creencia en la sinceridad de los regímenes árabes hacia la causa de la unidad árabe o incluso hacia sus propios intereses nacionales.

Las llaves para liberar Jerusalén están en El Cairo, Ammán y Damasco. Transformar los regímenes en estas capitales podría alterar fundamentalmente el equilibrio de la lucha. Es poco realista esperar que la liberación de Palestina se logre mientras estos regímenes permanezcan en el poder.

Los movimientos islámicos han cometido históricamente el error de retirarse del conflicto armado directo, adoptando en su lugar la noción de que establecer un Estado islámico era un requisito previo para liberar Palestina. Esta estrategia, aunque no carente de lógica, resultó en oportunidades perdidas significativas. También condujo a la migración de miembros activos hacia movimientos de resistencia seculares o nacionalistas como Fatah, que creían que la liberación podía preceder a la unificación de los Estados árabes.

Esta creencia no fue exclusiva de los movimientos islámicos, sino que también fue adoptada por partidos nacionalistas, que igualmente sostenían que la unidad árabe era un prerrequisito para liberar Palestina. Esta divergencia estratégica ha moldeado el curso de los esfuerzos de resistencia y pone de relieve la compleja interacción entre la política regional y la lucha por la liberación.

Sí, el movimiento islámico reajustó su estrategia a principios de los años ochenta, incorporándose a la lucha por la liberación en lugar de esperar la instauración de un Estado islámico. Sin embargo, esto no invalida el argumento anterior: los palestinos por sí solos no pueden lograr la liberación. Ese punto sigue siendo válido, pero el yihad defensivo exige esfuerzo y acción inmediata, lo cual a su vez impulsa y acerca la posibilidad de establecer un Estado islámico.

Si el movimiento islámico se hubiera aferrado rígidamente a su principio original y no hubiera fundado organizaciones como Hamas y la

Yihad Islámica, el escenario actual podría haber sido mucho más sombrío. Es concebible que hoy estuviéramos enfrentando un Israel que se extendiera desde el Nilo hasta el Éufrates.

El giro del movimiento hacia la acción marcó un cambio significativo. A pesar de la disparidad de poder, se involucró en la lucha y logró resultados extraordinarios dadas sus limitadas capacidades. Aun así, es esencial reflexionar sobre el movimiento nacionalista, en particular Fatah, que inicialmente creyó que la liberación podía lograrse de forma independiente, inspirado por el ejemplo de Argelia. Esta noción fue eventualmente abandonada.

A través de su experiencia, Fatah reconoció a los regímenes árabes como verdaderos obstáculos para la liberación. Salah Khalaf (Abu Iyad) expresó célebremente que la resistencia palestina representaba una amenaza mayor para los regímenes árabes que para Israel mismo. Lo ilustró con una analogía: imagina a alguien sacudiendo un naranjo para obtener su fruto, pero al hacerlo, provoca que las otras naranjas podridas caigan primero. En esta analogía, el fruto deseado es Israel, mientras que las frutas podridas son los regímenes árabes, destinados a caer antes que Israel.[1]

(2)

Alcanzar el poder es una necesidad ineludible, ya sea mediante elecciones u otros medios, tanto en Palestina como en las capitales árabes e islámicas.

Inicialmente, los movimientos de resistencia—including la mayoría de los grupos islámicos—operaban como organizaciones militantes o misioneras. Sin embargo, cuando Hamas participó en las elecciones de 2006, tomó una decisión crucial. De no haberlo hecho, Mahmoud Abbas podría haber desmantelado la causa palestina, neutralizando estos movimientos bajo el pretexto de una autoridad legal respaldada por potencias regionales y globales. En cambio, al entrar en la arena política, Hamas bloqueó los intentos de eliminar la causa y se defendió frente a la traición, asegurando finalmente autonomía en Gaza. Esta autonomía

[1] Salah Khalaf, p. 6.

convirtió a Gaza en un bastión resiliente de resistencia, a pesar de sus duras condiciones.

Hoy en día, las elecciones son una vía reconocida hacia la legitimidad, especialmente cuando se realizan con transparencia. Esta legitimidad es fundamental. Cualquier grupo islámico o de resistencia que no busque o construya caminos hacia el poder corre el riesgo de desaparecer a corto o mediano plazo. Incluso los movimientos que se mantienen firmes en sus principios—aunque escasos—pueden debilitarse internamente o sucumbir eventualmente ante fuerzas dominantes, ya sea por presión o por seducción.

La distinción entre Gaza y Cisjordania subraya este punto. En Gaza, el liderazgo islámico ha logrado avances significativos en el desarrollo de misiles y en la defensa territorial. Mientras tanto, la resistencia en Cisjordania se ha reducido a actos individuales como apuñalamientos o ataques con vehículos, que a menudo terminan con la muerte del autor.

De manera similar, comparar el breve pero impactante mandato de Mohamed Morsi en Egipto con el de Mubarak antes de él y el de Sisi después, resalta la disparidad. Incluso un gobierno islámico frágil logró resultados mucho más significativos que cualquier régimen autoritario.

(3)

Sin duda, uno de los problemas más arraigados que ha afectado la trayectoria de la resistencia palestina desde la ocupación británica son las divisiones internas entre el liderazgo palestino. Estas divisiones, que la ocupación trabajó para exacerbar, fueron alimentadas además por los regímenes árabes. No cabe duda de que estos desacuerdos han drenado tiempo, energía y recursos valiosos. Sin embargo, también debemos reconocer que el verdadero progreso en la causa palestina solo se materializó cuando Gaza logró una resolución militar y se liberó de la Autoridad Palestina, que había actuado como otra fuerza traicionera que socavaba la resistencia. De hecho, la Autoridad Palestina, con su conocimiento local, experiencia y naturaleza, logró lo que ni siquiera la ocupación israelí pudo.

Para cualquier movimiento de resistencia, uno de los desafíos más peligrosos es equilibrar dos prioridades en conflicto: la unidad de

propósito—o al menos la gestión eficaz de las divisiones internas—y la lucha contra los colaboradores y los proyectos traicioneros que se ocultan tras esas divisiones. Lograr ese equilibrio requiere flexibilidad y decisiones rápidas según la situación, más que principios rígidos.

Una crítica hacia Hamas, sin embargo, es que ha adoptado de forma constante una estrategia de resistencia silenciosa, absorbiendo los crímenes cometidos por Fatah. Incluso la bendita resolución militar en Gaza fue una decisión táctica en el campo de batalla, no una decisión política. Hasta el día de hoy, el enfoque hacia Fatah y la Autoridad Palestina sigue siendo de coexistencia pasiva, lo cual, a mi juicio, ha desperdiciado numerosas oportunidades para deslegitimar a esa autoridad, exponer sus debilidades y, en ocasiones, confrontarla en Cisjordania.

La Autoridad Palestina y sus aliados—including aquellos que se ocultan tras afiliaciones con Fatah—han cosechado beneficios significativos de este enfoque. Sin embargo, no han mostrado ninguna vacilación en rastrear, asesinar y torturar a combatientes de la resistencia, revelando sus comportamientos más despreciables. Esto fue particularmente evidente durante la batalla en curso del "Diluvio de Al-Aqsa", que ha persistido durante nueve meses al momento de redactar este texto.

La misma estrategia que se aplica a las relaciones con Fatah también se aplica a las interacciones con los regímenes árabes. Adoptar una política de evitar antagonismos con estos regímenes y mantenerse al margen de sus conflictos internos ha ayudado al movimiento a evitar muchos problemas, aprendiendo de la experiencia de Fatah y de la Organización para la Liberación de Palestina. Sin embargo, es esencial reconocer que tal política requiere flexibilidad y no puede aferrarse rígidamente a una sola línea de acción. La adhesión a un enfoque fijo ha provocado oportunidades perdidas, especialmente durante la Primavera Árabe.

Dado que los regímenes árabes se oponen sistemáticamente a Hamas y a otros movimientos de resistencia, y están desconectados de principios nacionalistas o de preocupaciones reales de seguridad nacional, la situación plantea naturalmente la necesidad de actuar para remover a

estos regímenes. Tal política podría tener sentido si estos regímenes fueran genuinamente nacionalistas, pero la realidad demuestra que no lo son. Por lo tanto, mantener una postura de evitar antagonismos, apaciguar a estos regímenes y descuidar las oportunidades para desafiarlos sería un grave error histórico para la resistencia palestina.

Es crucial enfatizar que el enfoque hacia la Autoridad Palestina y los regímenes árabes debe ser flexible, con énfasis en aprovechar las oportunidades, en lugar de una política rígida que trate las luchas internas como terreno prohibido o considere la oposición a los regímenes árabes como una desviación de la estrategia general.

Una observación crucial al examinar la historia de la resistencia palestina es que las organizaciones que surgieron en las décadas de 1950 y 1960 eran modernas, o incluso modernistas, en su naturaleza. Se trataba de estructuras jerárquicas que ignoraban los vínculos sociales tradicionales como la familia, la tribu o la comunidad. Este cambio puede atribuirse a dos factores principales: primero, el trastorno social dentro de la sociedad palestina, especialmente en los campos de refugiados donde se fundaron estas organizaciones, lo cual alteró su tejido social; y segundo, la visión negativa que estos nuevos líderes tenían de las estrategias de resistencia de las décadas de 1930 y 1940. Consideraban aquella forma de resistencia—basada en el concepto de faz'ah, una movilización espontánea y comunitaria para asistir al necesitado—como desorganizada y de corto alcance, carente de planificación a largo plazo o liderazgo centralizado. Desde su perspectiva, este tipo de movilización fue uno de los factores que contribuyó a la Nakba y debía evitarse.

Esta reflexión conduce a otro problema crítico que contribuyó a los fracasos sucesivos en Palestina: la exclusión del pueblo de la participación activa en la lucha. Este problema tiene varias dimensiones, entre ellas:

1. **La naturaleza del Estado moderno**: La cultura y el sistema del Estado moderno ejercen una influencia penetrante, incluso sobre los líderes de la resistencia, moldeando su visión de la lucha como una empresa dependiente de un ejército bien organizado, armado y con ramas especializadas, lo cual excluye la participación popular. De hecho, a menudo existe una

reticencia a involucrar al pueblo, ya que el aparato militar ve la resistencia popular como una carga más que como un recurso.

2. **La naturaleza del armamento moderno**: La guerra moderna ya no se libra con espadas, lanzas o flechas. Incluso las armas más simples—como rifles, pistolas y proyectiles—son el resultado de procesos de producción complejos. Este asunto está directamente vinculado a la estructura del Estado moderno, donde el aparato estatal y militar condiciona la producción de armas. El resultado ha sido severo: somos una nación que no carece de combatientes, pero en la que los combatientes a menudo no pueden acceder a las armas y municiones necesarias. Esta escasez fue un factor determinante en la Nakba. El ocupante y sus sistemas aliados negaron deliberadamente a los palestinos el acceso a armamento, y quienes no murieron en combate se vieron obligados a huir ante la abrumadora superioridad del arsenal militar judío.

3. **Superioridad tecnológica y militar**: La ventaja tecnológica y militar abrumadora del enemigo sionista y sus aliados occidentales suele hacer que la valentía, el coraje e incluso grandes cantidades de combatientes resulten ineficaces.

4. **Fragmentación de nuestras fuerzas**: La situación se agrava cuando nuestras fuerzas están divididas en facciones sin cohesión, sin estructura formal ni armamento pesado, mientras que el enemigo despliega un ejército altamente equipado, tecnológicamente avanzado y con apoyo constante desde la retaguardia.

Estos factores, entre otros, nos obligan a replantear el enfoque de un "pueblo armado"—uno en el que se busque involucrar al mayor número posible de personas en la lucha, equiparlas con las armas disponibles y proporcionar recursos dentro de las limitaciones del entorno.

Esta tarea exige perseverancia incansable combinada con creatividad e innovación. Se centra en diseñar armas que puedan fabricarse localmente en grandes cantidades, permitiendo el armamento masivo de

la población. Mentes innovadoras ya han propuesto numerosas ideas para abordar este desafío.

La pregunta central es: ¿Cómo pueden transformarse los recursos naturales y las herramientas civiles en armas de resistencia? Esto requiere que ingenieros, técnicos e inventores canalicen su experiencia hacia soluciones prácticas.

Igualmente crucial es la pregunta: ¿Cómo puede desarrollarse un arma disuasoria? Si la producción o importación de sistemas antiaéreos resulta inalcanzable, abordar los bombardeos aéreos se vuelve crítico. Durante más de un siglo, los ataques aéreos han representado el mayor desafío en los conflictos regionales. Neutralizar esta amenaza alteraría drásticamente los resultados de las batallas y podría reescribir la historia. Si contrarrestar el poder aéreo directamente no es viable, ¿podrían las fuerzas de resistencia innovar dentro de sus posibilidades?

Aunque las preocupaciones sobre un pueblo armado y la disponibilidad de armas son comprensibles, la historia demuestra que una población bien armada es difícil, si no imposible, de someter. Desarmar a las comunidades ha sido a menudo el primer paso de los ocupantes para ejercer control. Muchos de los mayores reveses en la región provienen de haber despojado al pueblo de sus armas, dejándolo vulnerable ante fuerzas superiores.

Además, el armamento generalizado puede fomentar dinámicas sociales equilibradas—entre facciones sociales, entre ciudadanos y autoridades, y entre poblaciones y ocupantes. Las comunidades armadas tienden a experimentar tasas de criminalidad más bajas en comparación con las desarmadas, donde los elementos delictivos sin control dominan. El desequilibrio se vuelve aún más grave cuando quienes aplican la ley son ellos mismos corruptos u opresivos.

Una población armada también desarrolla un sentido más fuerte de dignidad y resiliencia, fomentando el coraje y una mayor disposición a resistir la ocupación. Crea una base sólida para la resistencia popular, ofreciendo apoyo firme a los movimientos organizados.

Aunque los temores en torno a estos asuntos son naturales, no son insuperables. Organizar un grupo de "leones" en un ejército está lejos de

ser imposible—lo verdaderamente inútil es intentar convertir ovejas o gallinas en soldados.

Referencias

- Michael Oren, *Poder, fe y fantasía: Estados Unidos en Oriente Medio desde 1776 hasta el presente*, 2007.
- Abd al-Aziz Awad, *La emigración de los judíos a Palestina y la posición del Estado Otomano al respecto*, Revista de la Facultad de Letras, Universidad de Riad, 1974.
- Abd al-Wahab El-Messiri, *Enciclopedia de los judíos, el judaísmo y el sionismo*. 1.ª ed. El Cairo: Dar al-Shuruq, 1999.
- Abd al-Wahab El-Messiri, *Enciclopedia de los judíos, el judaísmo y el sionismo*. El Cairo: Dar al-Shuruq, 1999.
- Abdel Wahhab al-Kayyali (ed.), *Enciclopedia política*. Beirut: Fundación Árabe de Estudios y Publicaciones.
- Abdullah al-Tall, *La catástrofe de Palestina: Memorias de Abdullah al-Tall, comandante de la batalla de Jerusalén*. 2.ª ed. Dar al-Hudá, 1990.
- Abdullah Azzam, *Los grandes tesoros*. Peshawar: Centro Azzam de Información, 1997.
- Ahmad Jibril, *Memorias de la revolución*.
- Ahmad Mansur, *Ahmad Yasin: Testigo de la era de la Intifada*. El Cairo: Oficina Egipcia Moderna, 2004.
- Anis Sayigh, *Sobre Anis Sayigh*. 1.ª ed. Beirut: Riyadh al-Rayyis, 2006.
- Arif al-Arif, *La Nakba de Palestina y el paraíso perdido*. Kafr Qari', Palestina: Dar al-Hudá, 1956.
- Asad Rustam, *Los archivos reales egipcios: Declaración de los documentos del Levante y lo que ayuda a comprenderlos y aclara los*

objetivos de Muhammad Ali Pasha. Beirut: Universidad Americana, 1940, 1/44.

- Awatif Abd al-Rahman, *Egipto y Palestina*. Serie ʻĀlam al-Maʻrifah, n.º 26. Kuwait: Consejo Nacional de Cultura, febrero de 1980.
- ʻAwnī Farsakh, *El desafío y la respuesta en el conflicto árabe-sionista: raíces del conflicto y sus leyes reguladoras (1799–1949)*. 1.ª ed. Beirut: Centro de Estudios de la Unidad Árabe, junio de 2008.
- Bahjat Abu Gharbiyah, *Al servicio de la lucha árabe palestina*. Beirut: Fundación de Estudios Palestinos, 1993.
- Ben Halpern y Jehuda Reinharz, *El sionismo y la creación de una nueva sociedad*. Oxford: Oxford University Press, 1998.
- Benjamin Netanyahu, *Bibi: Mi historia*. Threshold Editions. Nueva York: 2022.
- Carl Brockelmann, *Historia del pueblo islámico*. 5.ª ed. árabe. Traducido por Nabih A. Faris y Munir al-Baabaki. Beirut: Dar al-ʻIlm li al-Malayīn, 1968.
- Condoleezza Rice, *Un honor más alto: Memorias de mis años en Washington*. Edición árabe. Beirut: Dar al-Kitāb al-ʻArabī, 2012.
- Constantine Bazili, *Siria y Palestina bajo el dominio otomano*, traducido por Tariq Masrani. Moscú: Progress Publishers, 1989.
- David Reubeni, *Diarios de David Reubeni*. 1.ª ed. árabe. Estambul: Dar al-Usūl al-ʻIlmiyah, 2021.
- Dawud Tariq, *El conquistador heroico Ibrahim*. El Cairo: Fundación Hindawi, 2014.
- Eric Hoffer, *El verdadero creyente: Reflexiones sobre la naturaleza de los movimientos de masas*. 1.ª ed. árabe. Abu Dhabi: Autoridad Cultural de Abu Dhabi, 2010.
- Essam Sakhnini, *Tiberíades: Historia enciclopédica*. 1.ª ed. Beirut: Fundación Árabe de Estudios y Publicaciones, 2009.

- Eugene Rogan, *Los árabes: Una historia*. 1.ª ed. árabe. El Cairo: Kalimāt ʻArabiyah, 2011.
- Fahmi al-Huwiedi, *Irán desde dentro*. 1.ª ed. El Cairo: Fundación Al-Ahram, 1987.
- Fathi al-Shiqaqi, *Obras completas: El viaje de sangre que venció a la espada*. El Cairo: Centro Yafa de Estudios, 1997.
- Fawzi al-Qawiqji, *Memorias de Fawzi al-Qawiqji*. 2.ª ed. Damasco: Dar al-Numayir, 1995.
- Gamal Hamdan, *Estrategia del colonialismo y la liberación*. 1.ª ed. El Cairo: Dar al-Shurouk, 1983.
- George Tenet, *En el centro de la tormenta: Mis años en la CIA*. Edición árabe. Beirut: Dar al-Kitāb al-ʻArabī, 2007.
- Ghazi al-Ghoseibi, *El ministro acompañante*. 1.ª ed. Beirut: Fundación Árabe de Estudios y Publicaciones, 2010.
- Hamilton Gibb y Harold Bowen, *La sociedad islámica y Occidente*. 1.ª ed. árabe. Traducido y editado por Ahmad Ibish. Abu Dhabi: Autoridad de Turismo y Cultura de Abu Dhabi, 2012.
- *La guerra de Palestina: La versión oficial israelí*. Traducido por Ahmad Khalifah. 2.ª ed. Beirut: Fundación de Estudios Palestinos, 1986.
- Harold Temperley, *Inglaterra y el Cercano Oriente*. Londres: Longmans Green Co., 1936.
- Hasan Salamah, *Cinco mil días en el mundo del Barzakh*. 1.ª ed. Beirut: Centro al-Zaitūnah, 2022.
- Henry Kissinger, *Orden mundial: Reflexiones sobre el carácter de las naciones y el curso de la historia*. 1.ª ed. árabe. Beirut: Dar al-Kitāb al-ʻArabī, 2015.
- Hillary Clinton, *Decisiones difíciles: Memorias de Hillary Rodham Clinton*. 1.ª ed. árabe. Beirut: Sharekat al-Matbūʻāt, 2015.
- Hussein ben Talal, *Mi trabajo es ser rey (Miḥnatī ka Malik)*.

- Ibn al-Athīr, *Al-Kāmil fī al-Tārīkh*. 1.ª ed. Beirut: Dar al-Kitāb al-ʻArabī, 1997.
- Ibrahim Ghusha, *El minarete rojo: Autobiografía*. 2.ª ed. Beirut: Centro al-Zaitūnah, 2015.
- Jalal Kishk, *La revolución americana de julio*. 2.ª ed. El Cairo: al-Zahrāʻ li al-Iʻlām al-ʻArabī, 1988.
- Jonathan Frankel, *El asunto de Damasco: Asesinato ritual, política y los judíos en 1840*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- Kāmil al-Sharīf, *La Hermandad Musulmana en la guerra de Palestina*. 3.ª ed. Zarqa: Librería al-Manār, 1984.
- Karen Armstrong, *Jerusalén: Una ciudad, tres religiones*. Edición árabe. El Cairo: Sutur, 1998.
- Latifa Salim, *El dominio egipcio en Siria*. El Cairo: Librería al-Madbuli, 2.ª ed., 1990.
- M. H. Haikal, *Hablando de política: Cuestiones y figuras*. 7.ª ed. El Cairo: al-Misriyah li al-Nashr, 2002.
- Mahmoud Shīth Khattāb, *La voluntad de combatir en el yihad islámico*. 2.ª ed. Damasco: Dar al-Fikr, 1973.
- Mahmud Abd al-Halim, *La Hermandad Musulmana: Acontecimientos que hicieron historia*. 5.ª ed. Alejandría: Dar al-Daʻwah, 1994.
- Malika Oufkir, *Vidas robadas: Veinte años en una cárcel del desierto*. 1.ª ed. árabe. Beirut: Dar al-Jadīd, 2006.
- Mary Wilson, *El rey Abdullah, Gran Bretaña y la creación de Jordania*. 1.ª ed. árabe. Beirut: Qudmus, 1987.
- Michael Oren, *Poder, fe y fantasía: Estados Unidos en Oriente Medio desde 1776 hasta el presente*. Edición árabe, traducido por la Fundación Hindawi. Londres, 2009.

- Michael Winter, *Las relaciones de los judíos con el sultán y la sociedad no judía*, en *Historia de los judíos en Egipto durante el periodo otomano*, por Yaqub Landau, traducido por Jamal Ahmed al-Rifa'i y Ahmed Abdel-Latif Hamad. El Cairo: Consejo Supremo de Cultura, 2000.
- Mikhail Fenter, *Las relaciones de los judíos con las autoridades y la sociedad no judía*, en: Ya'qub Landau, *La liberación de Egipto durante el periodo otomano*. El Cairo: Centro Nacional de Traducción, 2000, p.522.
- Moshe Sasson, *Siete años en la tierra de los egipcios*. 1.ª ed. árabe. El Cairo/Damasco: Dar al-Kitāb al-'Arabī, 1994.
- Muhammad Elhamy, *En los pasillos de la historia*. 1.ª ed. Estambul: Dar al-Usūl al-'Ilmiyah, 2022.
- Muhammad Farid, *La crónica alegre sobre la historia del fundador de la familia khedivial*. 2.ª ed. El Cairo: Dar al-Kutub wa al-Wathā'iq al-Qawmīyah, 2005.
- Muhammad Fawzi, *La guerra de octubre: Estudio y lecciones*. El Cairo: Autoridad General Egipcia del Libro, 2015.
- Muhammad Hussinain Haikal, *La historia de Suez: Las últimas batallas en la era de los gigantes*. 2.ª ed. Beirut: Sharekat al-Matbū'āt, 1982.
- Munīr Shafīq, *De brasa en brasa: Páginas de las memorias de Munīr Shafīq*. Beirut: Centro de Estudios de la Unidad Árabe, 2021.
- Mustafa al-Siba'i, *Nuestra lucha en Palestina*. 1.ª ed. Beirut: Dar al-Warraq, 2000.
- Mustafa Kamil Pasha, *La cuestión oriental*. 2.ª ed. Egipto: Imprenta al-Liwā', 1909.
- Qāsim al-Rīmāwī, *Dentro del muro antiguo*. 1.ª ed. Doha: Centro Árabe de Investigaciones, 2020.

- Regina El-Sharif, *El judaísmo no sionista: Sus raíces en la historia occidental*. Libro n.º 96 de la serie ʻĀlam al-Maʻrifah. Kuwait: Consejo Nacional de Cultura, diciembre de 1985.
- Robert Gates, *Deber: Memorias de un secretario en guerra*. 1.ª ed. árabe. Beirut: Sharekat al-Matbūʻāt, 2017.
- Shakib Arslan, *El vínculo de la unión entre los combatientes del yihad*. 1.ª ed. Shawf (Líbano): Dar al-Taqaddumiyah, 2009.
- Stanford J. Shaw, *Los judíos del Imperio Otomano y la República Turca*. Hampshire: Macmillan Press LTD, 1991.
- Sulaiman Abu Sittah, *El derecho al retorno*. Gaza: Centro Nacional de Estudios y Documentación, 1999.
- Suzanne Taha Hussien, *Contigo*. 1.ª ed. árabe. El Cairo: Fundación Hindawi, 2015.
- Tāha al-Hāshimī, *Memorias de Tāha al-Hāshimī*. 1.ª ed. Beirut: Dar al-Talīʻah, 1978.
- Tarik al-Bishri, *La vida política en Egipto*. 2.ª ed. El Cairo: Dar al-Shurouk, 2002.
- *Autobiografía de Ariel Sharon*. Edición árabe. Traducido por Intwan Obaid. Beirut: Librería Baisan, 1992.
- Thomas Walker Arnold, *La predicación del Islam*. Westminster: Archibald Constable & Co., 1896.
- Autor desconocido, *Memorias históricas sobre la campaña de Ibrahim Pasha en Siria*, editado por Ahmad Ghassān Sbānū.
- Walid Sayf, *El testigo y el presenciado*. 1.ª ed. Ammán: al-Ahliyah, 2016.
- Zahir Jabbarin, *La historia de la sangre: Desde las arterias de al-Qassam*. 1.ª ed. Damasco: Fundación Palestina para la Cultura, 2012.

Muhammed Ilhami es investigador en historia y civilización islámica, Director de la Unidad de Movimientos Islámicos en el Instituto Egipcio de Estudios Políticos y Estratégicos (Estambul), y miembro de la Asociación de Académicos Árabes en Turquía. Revisor académico para varias revistas científicas en árabe.

• Posee un diploma en economía islámica con distinción.
• Actualmente cursa una maestría en economía islámica en la Universidad Sabahattin Zaim (Turquía).
• Colaborador en diversas publicaciones, incluyendo *Al-Mujtamaʿ* (Kuwait), *Al-Bayan* (Arabia Saudita), y sitios web como *Al Jazeera* y *Türkiye Post*.
• Ha participado en numerosas conferencias y seminarios internacionales en Turquía, Egipto, Catar, Sudán y otros países.
• Ha aparecido en aproximadamente 300 entrevistas televisivas en canales como *Al Jazeera*, *TRT (Árabe)*, *Al-Sharq*, *Mekameleen* y *Al-Rafidain*, además de impartir decenas de conferencias y cursos sobre pensamiento e historia islámica.

Ha escrito 10 libros, entre ellos:
• *En los pasillos de la historia – Parte Uno* (2017)
• *En los pasillos de la historia – Parte Dos* (2018)
• *Hacia una fundamentación islámica del occidentalismo* (2015)
• *La metodología del Islam en la construcción de la sociedad* (2015)
• *Muhyi al-Din Piri Reis* (2014)
• *El viaje del Califato Abasí* (3 volúmenes) (2013)
• *Reflexión* (2010)

Además, ha publicado numerosos estudios académicos revisados por pares en centros de investigación y revistas científicas egipcias y árabes.